



---

---



LOS ECOS  
DE  
MI LIRA



RAILED PQ7297

.Z3

E2

002651



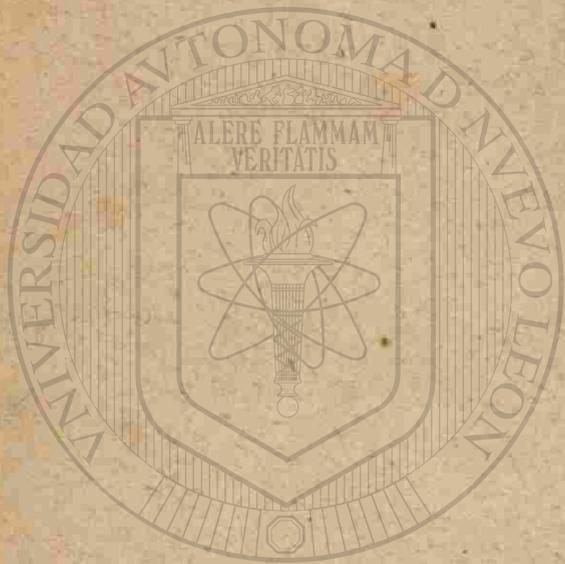


1080019438

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS ECOS

DE

MI LIRA.

SU AUTOR

D. Niceto de Zamacois.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO: 1849.

IMPRESO POR TOMAS OROZCO Y NIGANOR CANO,  
CALLE DE SAN JUAN DE DIOS NUM. 2.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellería

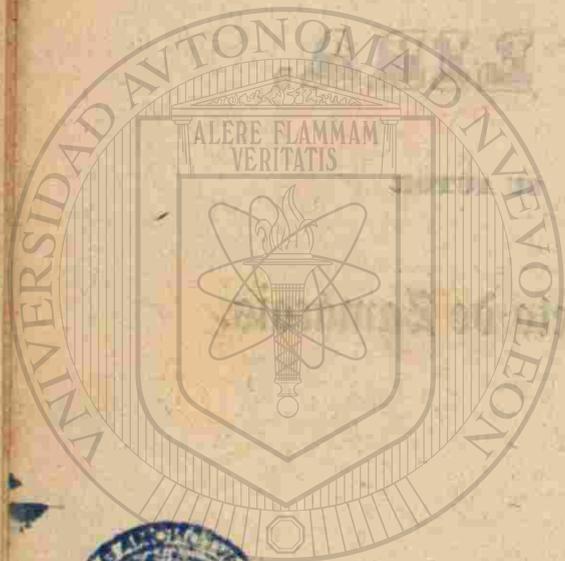


PQ7297

.Z3

E2

2035 20J



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

002851



*Niceto de Zamacois.*



A MI MEJOR AMIGO

*D.* Juan Repomuceno Bolaños;

Catedrático de Medicina en el Instituto de ciencias  
y artes del Departamento de Oajaca, médico de  
los hospitales de Caridad de San Cosme y San  
Damian, y del militar de San Juan de Dios &c.;  
&c.

O los sublimes primores  
Mostrad de vuestro talento,  
O punto en boca censores;  
Obras, obras son amores,  
Todo lo demás es cuento.

"J. M. Villergas."

Mi querido Juan Bolaños,  
Tres obras van que publico;  
Y esta también te dedico  
Donde hay mil lances estraños.

Mas es tan mala mi estrella  
Y tan corto mi talento,  
Que ni un nuevo pensamiento  
Tal vez hallarás en ella.

Pero ¿debia dejar  
De escribir con pluma ó palo,  
Cuando tanto y tanto malo  
Se llega ya á publicar?

Seguramente que no;  
Que en el siglo diez y nueve  
Si vivir libre otro debe,  
Libre vivir debo yo.

Que es siglo de socialismo;  
Y si cada cual se afana  
Por hacer su santa gana,  
Yo hacer pretendo lo mismo.

Me dirán que esto es injusto  
Y de criticarse digno;  
Razon tienen: me resigno  
Con hacer... mi santo gusto.

Que si á otros dan libertad  
Para que escriban, sus canas,  
A mí me la dan mis ganas  
Y mi mas florida edad.

Que alguien diga ¿qué me importa  
Que soy tonto y gente bruta,  
Cuando es esta ya una fruta  
Que abunda y nadie la corta?

Mientras alguna costilla  
La critica no me cueste,  
Aunque esta sea algo agreste,  
Diré yo lo que Zorrilla.

“Aquí, para entre los dos,  
“Los criticones de ogaño  
“No nos harán mucho daño,  
“Saben poco ¡vive Dios!

“No se echan muchas vigalias  
“Hoy en críticos estudios,  
“Tras poquísimos preludios  
“Hoy de critico te filias.”

Conque así cuando critiquen  
Mis versos y los desdeñen,  
Diles tú que á hablar me enseñen  
Conque los suyos publiquen.

Mas su charla sempiterna  
A prueba no han de poner,  
Porque estos suelen tener  
Apagada la linterna.

Por eso en mí ese ruido  
Que alzan, lugar nunca encuentra,  
Que por un oido me entra,  
Y sale por otro oido.

Pues siempre cuando critican  
Mis versos ciertos orates,  
Digo; ¿si son disparates  
Por qué ¡oh Dios! tanto se pican?

Cuando hombres de calidad  
No me miran con desidia,  
Pregunto, ¿será de envidia  
O será por caridad?

Pues ya sabes que de un nécio  
Que dá á las musas agravios,  
Nunca hacen caso esos sábios  
Porque lo ven con desprecio.

Luego algo bueno ha de haber  
En las obras que desmochan,  
Cuando por ellas trasnochan  
Hombres de tanto saber.

Así cuando zafarancho  
Creen en mi versos hacer  
Y que yo me he de ofender,  
Es cuando quedo mas anecho.

Dirás que es grande mi alma  
Cuando nada me hace mella,  
¡Qué quieres! mi pasta es bella,  
Y todo escucho con calma.

Bien pueden los sábios gordos  
Gritar, mientras tú me aprecias;  
Porque yo á palabras nécias  
Tengo, Juan, oídos sordos.

Griten, sí; por todo paso:  
¿Quién antes se ha de cansar,  
Ellos de tanto gritar,  
O yo de no hacerles caso?

Los críticos que nos cercan  
Hacen oficio de moscas,  
Pues que con sus plumas toscas  
Cuanto se escribe lo empuercan.

Y lo que se empuerca es claro  
Que limpio debió de estar,  
Pues no se puede emporcar  
Lo sucio, pues fuera raro.

Luego es fuerte mi argumento:  
Que es bueno lo que critican:  
Luego aquel por quien se pican  
Debe de tener talento.

Luego yo debo apreciar  
La crítica de esos hombres:  
Luego, sin que tú te asombres,  
Debo que hablen anhelar.

Luego no soy un jumento:  
Luego mi obra no es tan mala,  
Luego es buena y á otra iguala:  
Luego yo tengo talento.

Luego yo puedo instruir:  
Luego yo debo agradar:  
Luego yo puedo pensar:  
Luego yo debo escribir.

Mas ¿qué he dicho amigo mio?  
¿Yo talento . . . ? yo . . . . perdona,  
Borra esa voz que te encona  
Y puse en mi desvario.

Fué un momento de ilusion  
Que los críticos me dieron:  
Estos la culpa tuvieron;  
Mis versos perversos son.

Ellos, Juan, ellos, yo no,  
Turbaron mi fantasía;  
Mas los críticos del día  
Son tan tontos como yo.

Y lo siento, amigo Juan;  
Porque era grande mi gozo;  
Mas este cayó en el pozo  
Como lo dice el refrán.

Mas siempre tengo en mi pro  
Que hablen mal de lo que he escrito,  
Pues sentiria infinito  
Que hablasen bien de ello yo.

Pues dice un sábio escritor,  
Y aquí su máxima instalo,  
Si el sábio no aprueba, malo:  
Si el nécio aplaude, peor.

Si no hallas, no hablo de broma,  
Aquí esas frases confusas  
Que dicen usan las musas,  
Es porque yo odio ese idioma.

Porque nacido en España  
Amo mas la lengua que antes  
Habló el inmortal Cervantes,  
Que otra cualquier lengua estraña.

Mas te juro que si quiero  
Podré escribir mil dislates,  
Que para hacer disparates  
Me pinto como el primero.

Pero como soy muy llano,  
Aunque las musas se ofendan,  
Quiero que todos me entiendan,  
Y así escribo en castellano.

Pues para mí, y no te asombres,  
Consiste la poesía  
No en la oscura algaravia  
De que usan algunos hombres.

Sino en aquel bien decir,  
Sencillo, dulce, fluido,  
Que entiende todo nacido  
Sin estudiar ni sufrir.

Y aunque alabarme no pueda  
De haber tal bien alcanzado,  
Siempre de haberlo intentado  
El gran consuelo me queda.

¡Cuántas veces al leer  
A algun poeta de moda,  
Pasado he la noche toda  
Sin poderle comprender! . . .

Hasta que al fin mas que el vicio  
Pudiendo en mí la cordura,  
He dejado la lectura  
Temiendo perder el juicio.

Pues cuando mas vueltas daba  
Al libro y mas lo leia,  
Menos, sí, lo comprendia,  
Y mas confuso quedaba.

Y me acordaba de aquella  
Lectura, confusa y rara,  
Que á Quijote trastornara  
El cerebro solo ella.

“La razon de sinrazon  
“Que á mi razon enflaquece,  
“Que con razon”... Me parece  
Bien cortar ya la oracion.

Por estas y otras razones  
Que decir no necesito,  
Hinchadas frases evito  
Poner en mis producciones.

Pues la hinchazon para mí  
Será, en tanto el sol me alumbre,  
Daño solo, podredumbre,  
No el bien que hallar pretendi.

Malas son [no soy un vano  
En hacerme yo ilusiones]  
Malas son mis producciones;  
Pero están en castellano.

Y aunque las estimen poco  
Porque frías son en sí,  
Placer tendré en que, por mí,  
Nadie se haya vuelto loco.

O tal vez mis desatinos  
Algunos los juzguen bellos,  
Mientras otro, do están ellos,  
Envuelva arroz ó cominos.

Mas yo espero (no te inquietes)  
Que medio mundo iluminen,  
Cuando algunos los destinen  
Para hacer de ellos..... cohetes.

Nada importa; pues jamas  
Pasar por sábio he querido,  
Si malo el libro ha salido,  
Habrá un libro malo mas.

Sin embargo, yo quisiera,  
Porque á ti lo he dedicado,  
Que en él, Bolaños amado,  
Algo bueno y grato hubiera.

Mas, si nada por quien sois,  
Hallais bueno amigo fiel,  
El afecto ved en él,  
De Niceto Zamacois.



## INTRODUCCION.

Oid, oid los ecos de la templada lira  
Que pulsa en este instante tranquilo el trovador:  
Venid, en torno mio, vereis cuan dulce espira  
La nota en el espacio perdiendo su vigor.

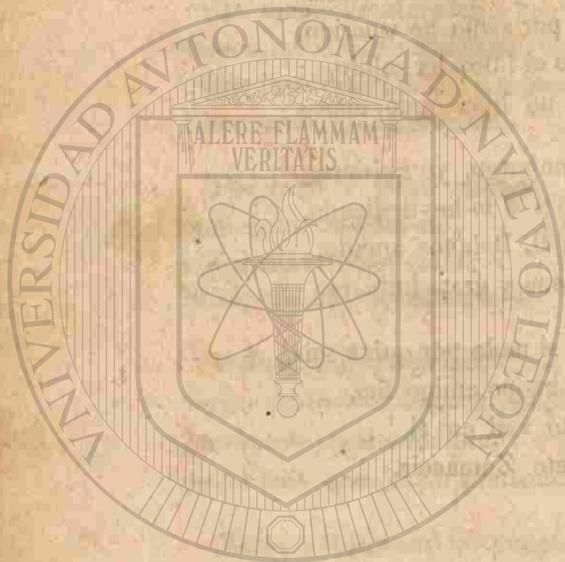
Venid, venid en torno del trovador que intenta  
Sacar del triste olvido los hechos de hombres mil;  
Y entonces cuán brillantes vereis os los presenta  
Corriendo el denso velo que los oculta vil.

Vereis dejar las tumbas á los guerreros fieles  
Para cojer de nuevo la espada y el broquel;  
Y defender los templos y conquistar laureles  
En las sangrientas lides contra morisma infiel.

Vereis á los valientes y nobles paladines  
Por la infeliz doncella correr á combatir;  
Y dar la muerte á impuros y falsos malandrines  
Que su virtud divina quisieran deprimir.

Vereis en las almenas las ricas banderolas  
Del viento al suave impulso magníficas flotar;  
Y en Flandes y en Italia las armas españolas  
El pabellon triunfante do quiera colocar.

Vereis apariciones de muertos y de trasgos  
Que siguen al impío sin le dejar dormir;  
Y por su patria y dama vereis sublimes rasgos  
De los que van gustosos por Dios á combatir.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Os contaré las citas, los lances amorosos,  
Y las empresas nobles de nuestra media edad;  
Y lances que hoy se tienen tal vez por fabulosos,  
Pero que son sin duda sublime realidad.

Os contaré las glorias de nuestra grande España,  
Para la cual no llega jamás á hundirse el sol:  
Que al verme lejos de ella, viviendo en tierra estraña,  
Conozco que más la amo, que soy más español.

Mil otros dulces trovas eleven más sentidas  
Dejando mis conceptos humildes muy atrás,  
Que al alabar de España las huestes no vencidas,  
Me ganarán en todo; más á español jamás.

También á los serrillos os llevaré, do amores  
Le mienten las hermosas á su cruel señor,  
Do en redes de oro presos se ven los ruiñeños,  
Y do se aspira un aura de celestial olor.

Os contaré las glorias del Padre Soberano,  
Y de la Virgen santa su amor tierno y sin fin:  
Pues no de buen poeta: me precio de cristiano:  
Que el cielo y Dios son grandes: el mundo muy ruin.

Vereis del Nerva undoso muy próximo á la orilla,  
El Arenal divino, remedo del Eden:  
Vereis Bilbao, la hermosa, la pintoresca villa,  
Donde la luz primera mirara, por mi bien,

Venid, venid en torno del trovador que intenta  
Sacar del triste olvido los hechos de hombres mil;  
Y entonces cuán brillantes vereis os los presenta,  
Corriendo el denso velo que los oculta vil.



## DON FADRIQUE ESPINDOLA.

LEYENDA,

FANTASTICA--RELIGIOSA.



ESPOSICION.

ABANDONANDO la pompa  
Y el bullicio de la corte,  
Y las lides do Mavorte  
Muestra su furia y ardor,  
En su palacio, Don Diego  
Vive, en Alvia edificado,  
Todo su esmero y cuidado  
Poniendo en su hija Leonor.

Y aunque ya de este palacio  
No quedan muros ni escaños,  
Porque ha ya trescientos años  
Que este caso aconteció,  
Los sucesos memorables  
Que en él entonces pasaron,  
Y que ha mucho me contaron,  
Contarlos quiero ahora yo.

Os contaré las citas, los lances amorosos,  
Y las empresas nobles de nuestra media edad;  
Y lances que hoy se tienen tal vez por fabulosos,  
Pero que son sin duda sublime realidad.

Os contaré las glorias de nuestra grande España,  
Para la cual no llega jamás á hundirse el sol:  
Que al verme lejos de ella, viviendo en tierra estraña,  
Conozco que más la amo, que soy más español.

Mil otros dulces trovas eleven más sentidas  
Dejando mis conceptos humildes muy atrás,  
Que al alabar de España las huestes no vencidas,  
Me ganarán en todo; más á español jamás.

También á los serrillos os llevaré, do amores  
Le mienten las hermosas á su cruel señor,  
Do en redes de oro presos se ven los ruiñeños,  
Y do se aspira un aura de celestial olor.

Os contaré las glorias del Padre Soberano,  
Y de la Virgen santa su amor tierno y sin fin:  
Pues no de buen poeta: me precio de cristiano:  
Que el cielo y Dios son grandes: el mundo muy ruin.

Vereis del Nerva undoso muy próximo á la orilla,  
El Arenal divino, remedo del Eden:  
Vereis Bilbao, la hermosa, la pintoresca villa,  
Donde la luz primera mirara, por mi bien,

Venid, venid en torno del trovador que intenta  
Sacar del triste olvido los hechos de hombres mil;  
Y entonces cuán brillantes vereis os los presenta,  
Corriendo el denso velo que los oculta vil.



## DON FADRIQUE ESPINDOLA.

LEYENDA,

FANTASTICA--RELIGIOSA.



ESPOSICION.

ABANDONANDO la pompa  
Y el bullicio de la corte,  
Y las lides do Mavorte  
Muestra su furia y ardor,  
En su palacio, Don Diego  
Vive, en Alvia edificado,  
Todo su esmero y cuidado  
Poniendo en su hija Leonor.

Y aunque ya de este palacio  
No quedan muros ni escaños,  
Porque ha ya trescientos años  
Que este caso aconteció,  
Los sucesos memorables  
Que en él entonces pasaron,  
Y que ha mucho me contaron,  
Contarlos quiero ahora yo.

En él, pues, Don Diego vive  
Lleno de dicha y contento,  
Trayendo á su pensamiento  
Sus hazañas, su valor:  
Y cuenta las lides crudas  
En que se hallara empeñado,  
En extremo entusiasmado,  
A su amada hija Leonor.

Es Leonor de quince abril,  
De frente clara, espaciosa,  
Boca y mejillas de rosa,  
Pelo negro y blanca tez:  
De ojos como el sol radiantes,  
Cuerpo esbelto, planta breve,  
Voz de ángel, cuello de nieve;  
Sin orgullo ni altivez.

De alma celestial y cándida  
Como la dulce azucena,  
Sonrisa de gracia llena  
Cual la que tiene el amor:  
De un mirar tan hechicero,  
Tan tierno, tan agraciado,  
Que al que ve deja estasiado,  
Adormido, sin vigor.

A orillas del Nerva undoso  
El palacio está en do vive,  
Y de su padre recibe  
Religiosa educacion:  
Y allí oculta y encerrada  
Vive tranquila la hermosa,

Como encerrada la rosa  
Está dentro del boton.

Sin conocer de este mundo  
Mas que el palacio y el rio,  
No tiene mas albedrio  
Que aquel de su padre fiel;  
Y libre de ese tormento  
Que amor el hombre le llama,  
Feliz vive; pues solo ama  
Las flores de su vergel.

Una amiga solamente  
Acompañar suele á ella,  
Como Leonor pura y bella,  
Y tierna como Leonor;  
Pero cuya faz revela,  
En su gran melancolía,  
Que siente la llama impía,  
En su pecho, del amor.

Y no se engaña quien juzgue  
Que aquella jóven padece  
Esa pasion que enardece  
Y que abrasa el corazon:  
No se engaña quien al verla  
Dulce lloro derramando,  
Juzgue que se está acordando  
Del que adora con pasion.

Si; que dentro de su pecho  
Amor poderoso guarda,  
Amor que jamas aguarda

De su seno desterrar.  
Amor á un jóven guerrero  
Arrogante y entendido,  
A quien al ver no ha podido  
Sino tiernamente amar.

Mas ¡ay! en vano en su mente  
Tiene el objeto que adora,  
Y en vano él á cada hora  
La dice que ella es su amor:  
Pues promesas, juramentos  
De uno y otro, son en vano,  
Porque ella tiene un hermano  
Que se opone á aquel amor.

Y razón tiene sin duda  
En oponerse Fernando  
Al amor que va minando  
De su hermana el corazón:  
Que su amante indigno es de ella,  
Y á su hermano le es notorio,  
Que es otro D. Juan Tenorio  
Quien la turba la razón.

Y por eso cariñoso  
La dice olvide á aquel hombre,  
Que ha dejado de su nombre  
Memoria amarga do quier;  
Y la pinta el hondo abismo  
A donde á mil ha arrojado  
Aquel Fadrigue malvado  
Que ella se empeña en querer.  
Y por eso siempre triste

Do quier la infeliz se halla,  
Y con mil dudas batalla  
Que la asaltan sin cesar:  
Pues desconfía y adora  
A aquel guerrero atrevido,  
A quien al ver no ha podido  
Sino tiernamente amar.

—Isabel ¿por qué estás triste?  
Dijola Leonor un día  
En que llorar la veía  
Sin poderse contener.  
¿Por qué lloras? ¿te atormenta  
Algún pesar inclemente?  
Dime, dime lo que siente  
Tu alma, si puedo saber.

¿Hate ultrajado tu hermano,  
Mi tierna y querida amiga?  
¡Ah! di el dolor que te ostiga  
A tu adorada Leonor.  
—¡Mi hermano! ¡Ah! no, nadie, nadie  
Es como él, para mí, bueno....  
—¿Pues qué tienes?—Un veneno....  
El fuego impío de amor....

Y ambas guardaron silencio;  
Isabel triste y llorando,  
Y Leonor aun no acertando  
De su amiga con el mal:  
Era la ocasión primera  
Que en aquel sitio se oía  
La voz amor, que tenía  
Para ella algo celestial.

Jamas Isabel sus penas  
A su amiga hubo contado,  
Pues siempre tuvo cuidado  
Su inocencia de no herir;  
Que al verla alegre y risueña,  
Cándida como las flores,  
Juzgó que hablarla de amores  
Sería hacerla sentir.

—¡Amor, amor un veneno!...  
Leonor, entre sí, decía:  
¡Voz tan dulce repetía,  
Significar el dolor!....  
Si ahora lo que decir quiere  
De Isabel no hubiera oído,  
Yo hubiera el amor creído  
Que era un bien del Criador

Y acercándose á su amiga,  
Que gemía sin consuelo,  
Impelida de su anhelo  
Y pueril curiosidad;  
Dijola que la esplicase  
El mal que amor se llamaba,  
Porque saber deseaba  
Si era horrible enfermedad.

—¡Horrible!.... Isabel la dijo.  
Mal que está en el pensamiento  
Sin dejarnos ni un momento  
De deliciosa quietud:

Que nos presenta á la vista  
Un objeto que buscamos,  
Y que al verle huir, quedamos  
En insufrible inquietud.

Es un mal que por los ojos  
Entra y á el alma descende,  
Y un fuego implacable enciende  
En lo hondo del corazón:  
Un mal que de él á librarse  
No son los mortales dueños,  
Y que aun turba en nuestros sueños  
Dulcemente la razón.

Mal de formas seductoras  
Que da la muerte y la vida,  
Y tiene á el alma oprimida  
Con un divino dolor:  
Mal que un hombre que apreciamos  
Solamente nos inspira,  
Y que cuando habla ó nos mira  
Nos cubrimos de rubor.

Hombre cuya imágen pura  
Va en el alma eternamente,  
Con quien pasan velozmente  
Los momentos sin sentir:  
Que el verle nos da consuelo,  
Y tormento si se ausenta:  
Pues su vista nos alienta  
Y su ausencia hace morir.

Hombre que tiene un influjo

Superior á un ser humano,  
Que se prefiere á un hermano,  
A un padre... á todo mortal;  
Y que por mas que nos digan  
Que de él tímidas huyamos,  
Nosotras ¡ay! le buscamos  
Como á un ser angelical.

Mal es eterno, terrible,  
Que nos causa pena mucha,  
Que se halla en continua lucha  
Con el alma y la razon:  
Pues cuando esta diz que huyamos  
Del que nos mata y seduce,  
Aquella ácia él nos conduce  
Inflamada de pasion.

Es un afan indecible  
Que nos dá grata amargura:  
Melancólica dulzura,  
Tierna á la vez que cruel:  
Es una pena, una dicha,  
Un padecer, un consuelo,  
El bien único del suelo;  
Y el mal único de él.

Esto es amor; y esto sufre  
El corazon de tu amiga;  
Mas no quieras que te diga  
Quién me causa este dolor:  
Es un secreto; mi hermano  
Quiere que olvide á ese hombre,  
Y nunca diré su nombre  
A nadie, tierna Leonor.

Y ambas otra vez quedaron  
En silencio el mas tranquilo,  
Vertiendo Isabel hilo á hilo  
Lágrimas mil sin cesar;  
Y Leonor meditabunda  
Estaba quieta á su lado,  
De lo que habia escuchado  
Sin saber lo que pensar.

Mas á sacarlas de su éxtasis  
Llegó una anciana corriendo,  
Un caballero diciendo  
Que ver queria á Isabel:  
—¿Su nombre? preguntó ésta,  
—Dice se llama Fernando.  
—¿Qué estoy, gran Dios, escuchando!...  
Ese es mi hermano: sí, es él.

—¿Tú hermano?—Sí, Leonor mía:  
El hermano de mi alma,  
Que hace me dejó sin calma,  
Dos meses, desdeque partió:  
Tú, amiga, nunca le has visto,  
Pues de su patria ocupado,  
Nunca á aquí me ha acompañado  
Por mas que lo quise yo.

Esto al decir, á do estaban  
Llegó un altivo guerrero,  
Vestido de limpio acero,  
Lleno el rostro de sudor;

Que en los brazos arrojándose  
De Isabel, con alegría,  
De besos mil la cubria,  
Diciendo, "hermana, mi amor."

Leonor miraba esta escena  
Tiernamente conmovida,  
Y de su amiga querida  
Consideraba el placer;  
Y contemplaba del joven  
Su presencia, su apostura,  
Y dentro de su alma pura  
Sintió un deleite correr.

Y cuando á Isabel dejando,  
Se acercó amoroso á ella,  
Diciéndola, "Leonor bella,  
En mí ved un servidor,"  
Encenderse sus mejillas  
Sintió la hermosa inocente;  
Y se juzgó de repente  
Con la enfermedad de amor.

Isabel, sin notar nada  
De lo que allí sucedia,  
A su hermano si queria  
Preguntó, al jardin entrar;  
Y admitiendo en el instante  
La oferta, de ambas asido  
Entró al lugar mas florido  
Do abundaba el azahar.

De Leonor el tierno pecho

Con dulce inquietud latia,  
Cuando el contacto sentia  
Del brazo de aquel mortal;  
Y él que sus gracias y encantos  
Tambien absorto miraba,  
Un deleite disfrutaba,  
Infinito, celestial.

Así dos horas, sin duda  
Las mas bellas de su vida,  
Pasó Leonor sumerjida  
En grata meditacion;  
Hasta que el sol ocultando  
Su disco tras la ladera,  
Señaló la horrible y fiera  
Y triste separacion.

—A Dios, Leonor, la fortuna  
Por mi hermana me ha traído  
A este sitio, do he tenido  
De admiraros el honor!"  
Dijo Fernando; y la hermosa  
Contestó: "si no os molesta  
Venir, vuestra casa es esta,  
Y vuestra esclava Leonor."

Y á Isabel luego abrazando  
Con inocente alegría,  
Hasta el inmediato dia  
Se despidieron las dos;  
Y ella quedó en su palacio  
Por do los vientos cruzaban,  
Mientras los otros marchaban  
Dándola el último á Dios.

Y llegó el siguiente día,  
Ya por Leonor anhelado;  
Y de Isabel á su lado  
Llegó Fernando tambien;  
Y al jardín á entrar volvieron,  
Fernando de ambas asido,  
Contemplando enternecido  
Las flores de aquel eden.

Y de Leonor, tierno el pecho  
Con dulce inquietud latía,  
Cuando el contacto sentía  
Del brazo de aquel mortal;  
Y él que sus gracias y encantos  
Tambien absorto miraba,  
Un deleite disfrutaba  
Infinito, celestial.

Y así pasaban las horas,  
Y un día y otro pasaba,  
Y un mes tras otro llegaba,  
Sin en su fin, meditar;  
Y Leonor miró asustada  
Huir su dulce alegría,  
Y suave melancolía  
En pos de aquella llegar.

Y sola al verse en su cuarto,  
Sin descansar en el lecho,  
Quiso estudiar de su pecho  
La súbita variación;

Y saliendo á la ventana  
Que al río Nerva caía,  
Estas palabras decía  
Con terrible agitación.

¡Ah! yo tengo á ese Fernando  
Por siempre en el pensamiento,  
Sin que me deje un momento  
Su recuerdo encantador:  
Le tengo siempre á la vista:  
Le busco constantemente. . . .  
¡Ay Dios! lo que mi alma siente  
Es el mal llamado amor.

El se ha entrado por mis ojos  
Y por el alma descende,  
Y un fuego implacable exciende,  
Cual dijo Isabel, y ardor;  
Y de él no puedo librarme,  
Pues no soy de mi ya dueña. . . .  
¡Ay Dios!, si mi alma no sueña,  
Este es mal llamado amor.

Tiene formas seductoras,  
Y me causa muerte y vida,  
Y tengo el alma oprimida  
Con un divino dolor:  
Mal, sí, que un hombre que aprecio,  
Tan solamente me inspira. . . .  
¡Ah! si mi alma no delira.  
Tengo el mal llamado amor.

Su imagen llevo en el pecho

Grabada, constantemente. . . .  
Con Fernando velozmente  
Las horas van sin dolor. . . .  
Siento, si él llega, consuelo,  
Y tormento si se ausenta. . . .  
¡Oh! sí: esta ansia violenta  
La produce el mal de amor.

Tengo ese afán indecible  
Que causa grata amargura:  
Siento esa triste dulzura  
Que dijo Isabel y ardor:  
Siento, á la par pena y dicha,  
Dolor amargo y consuelo:  
Sí; siento ese bien del suelo. . . .  
¡Ay, sí! lo mio es amor! . . .

Y dos perlas de sus ojos  
Por su blanca faz rodaron,  
Do los rayos resbalaron  
De la luna al asomar;  
Y abatida volvió al lecho  
Do soñaba antes con flores;  
Y ahora sueña en los amores  
Que llegó triste á probar.

Y pasaron nuevas horas  
Y nuevos días pasaron,  
Y nuevos meses llegaron  
Que volvieron á pasar;  
Pero Leonor y Fernando,  
Ya, cuando juntos paseaban,

Amor firme se juraban,  
Porque á esto vino á parar.

Mas ¡ay! cuando mas felices  
Los dos allí se creían,  
La tormenta no veían  
Que iba muy pronto á caer:  
No veían sus amantes  
Y sensibles corazones,  
Los oscuros nubarrones  
Que va la calma á romper.

Era costumbre en don Diego,  
Ir á Bilbao á pasearse,  
Y á la noche retirarse  
A su apartada mansion;  
Que allí la gente es pacífica,  
Y provisto de su acero,  
No teme algun lance fiero,  
Ni alguna oculta traicion.

Mas una noche que el cielo  
En agua se deshacia,  
En el punto en que ponía  
Fuera de Bilbao el pié,  
Tres hombres enmascarados  
Que esperando le estuvieron,  
Sobre él súbitos cayeron,  
Con vil afán, cual se ve.

Pero don Diego al instante  
Echó mano de su acero,  
Y el choque resistió fiero

De los tres, con gran valor:  
Que aunque muestra en sus cabellos,  
La nieve de un noble anciano,  
Aun tiene fuerza en la mano  
Y en su corazón ardor.

Pero eran tres los traidores  
Contra quienes combatía,  
Y amagado se veía  
Por sus espadas do quier;  
Y temiendo por la espalda  
Que alguno le acometiese,  
Luchando ácia un muro fuese  
Para aquella guarecer.

En esto un hombre á su lado  
Se presentó de repente,  
Acuchillando inclemente  
A los asesinos tres:  
Y á uno dejando sin vida,  
Y á otro hiriendo con su acero,  
La salvación del tercero  
Puso al instante en sus pies.

—Caballero, pues me dice  
Que lo sois vuestro denuedo,  
Muy obligado vos quedo,  
Dijo Diego, á este favor.

—Hice por vos lo que hiciera  
Cualquier español soldado,  
Que noble nació y honrado,  
Y por tanto con valor.

—¿Podré saber á quien debo  
La existencia?—Sí, buen hombre:  
Fadrique Espíndola el nombre  
Es de vuestro servidor.  
—¡Espíndola! ¡Ah! vuestro padre  
Fué, sí, mi mejor amigo.  
—Y yo á serlo de hoy me obligo  
Si me cedéis tanto honor.

—El honor ha de ser mio;  
Y ved en que, francamente,  
A Diego de Benavente  
Ocupar quereis desde hoy:  
Que nada habrá, si en mi estriva,  
Que yo os niegue, don Fadrique;  
Y sabed, sin que os lo explique,  
Que amigo fiel vuestro soy.

Y ya en plática sabrosa,  
Envainando los aceros,  
Acia el palacio marchaban  
Ambos llenos de contento.  
Pues empeñado ya Espíndola  
En acompañar al viejo,  
Cedió al fin á sus instancias  
Por no pasar por grosero.  
Pronto al palacio llegaron  
Do Leonor salió al encuentro  
De su padre, en cuya mano  
Colocó sus labios tiernos.  
—Aquí tienes, hija mia,  
La dijo á Leonor don Diego,

Al que esta noche la vida  
Me ha salvado con su acero.  
—¡Ah! ¡cómo! ... exclamó asustada.  
—Tres á matarme salieron  
Al venir para mi casa,  
Y ya cansado en extremo  
Me encontraba de luchar  
Tanto contra los perversos,  
Cuando don Fadrique Espindola,  
Que es aqueste caballero,  
Llegando á allí de repente,  
Hirió y mató á dos de ellos.  
Y Leonor agradecida  
A aquel favor tan inmeso,  
Dió las mas rendidas gracias  
Al salvador de don Diego.  
Luego en plática amistosa  
Largo rato se estuvieron:  
Hasta que al fin don Fadrique,  
Que era tarde conociendo,  
Se despidió de los dos  
Con grandes muestras de aprecio.  
Y otra noche y otra mas  
Siempre Espindola y don Diego,  
Despues de las oraciones  
Juntos á casa volvieron,  
Cada día dando el último  
Muestras al otro de aprecio,  
A la vez que don Fadrique  
Se las daba de respeto.  
—Esto es todo lo que pido  
Si tanto á esperar me atrevo.

Una noche don Fadrique  
Dijo al dejar á don Diego.  
La adoro con toda el alma.  
—Vuestra será: os lo prometo:  
Contestó, dando la mano  
A don Fadrique, don Diego.  
Y mientras que se alejaba  
Lleno de dicha el primero,  
El segundo, de Leonor  
Entró alegre al aposento.  
—Leonor, decirte que te amo,  
Que inútil seria creo,  
Cuando sabes que en tí cifro  
Mi orgullo, mi bien entero.  
Dijo sentándose al lado  
De su hija tierna don Diego.  
Pues bien, mirando á tu suerte,  
Darte un esposo pretendo,  
Que en nobleza y en virtudes  
No tenga igual en el reino.  
Este es don Fadrique Espindola,  
A quien la vida le debo,  
Y que tu mano rendido  
Me ha pedido hace un momento.  
—¡Dios mío! exclamó la jóven,  
Agudo dolor sintiendo;  
Y por algunos minutos  
La estancia quedó en silencio.  
—¿Qué es lo que escucho, Leonor?  
¿Tal vez lamenta tu pecho  
La union que Fadrique y yo  
Con ansia tanta queremos? 3

—¡Padre!...—Calla; nada escucho:  
 Tu repugnancia comprendo  
 De donde nace. A Fernando  
 Amas: ya sé tu secreto.  
 —Jamás mentir he sabido:  
 Me amó: yo escuché sus ruegos;  
 Y esperaba ¡oh padre mio!  
 Que vos, su nobleza viendo,  
 Bendijerais un amor  
 Al cual di entrada en mi pecho.  
 —Es ya tarde: mi palabra  
 Está dada, y yo no puedo  
 Faltar nunca á una promesa,  
 Pues soy noble y caballero.  
 Oye, pues, mi voluntad.  
 Desde este mismo momento  
 Te impido que á don Fernando  
 Le recibas cual lo has hecho.  
 Dile en cuanto á aquí se acerque  
 Claramente mis deseos;  
 Y á Isabel del mismo modo  
 Que la despidas espero,  
 Para que así no fomenten  
 Esa pasión en tu pecho.  
 No olvides que don Fadrique  
 Tu esposo ha de ser muy presto,  
 Y que yo nunca he faltado  
 A lo que una vez prometo.  
 Y alzándose con enojo  
 Muy marcado, de su asiento,  
 Salióse de allí, dejando  
 A Leonor ya sin consuelo.

Y desde entonces llorando  
 La infeliz su vida pasa;  
 Y de su fortuna escasa  
 Se queja al Eterno Ser;  
 Mas cuando la noche estiene  
 Su oscuro y lúgubre manto,  
 Siente en su pecho un encanto  
 Mayor á todo placer.

Un arrogante mancebo  
 En una fragil barquilla,  
 Suele de la opuesta orilla  
 A verla en la noche ir;  
 Y sube á la estancia de ella,  
 Cuando van las doce dando,  
 A quien llama ella Fernando,  
 Y al cuarto suele subir.

Y pues de los personajes  
 El carácter he mostrado,  
 Dar ya fin aquí he pensado  
 A la estensa esposicion;  
 Mas si hay alguien que á Fadrique  
 No conoció, sepa ahora  
 Que es aquel á quien adora  
 Isabel con fiel pasión.

Isabel que nada sabe  
 De lo que á Leonor le pasa,  
 Y que recibe en su casa  
 A Fadrique infiel, traidor:

Al amante que de noche,  
Mientras ausente está su hermano,  
La jura, asiendo su mano,  
Constante y ardiente amor.



## PRIMERA PARTE.

### RAPTOS Y CUCHILLADAS:

Sacad, Eusebio, la espada,  
Que yo de aquesta manera  
A los hombres como vos  
Saco a renir.  
Calderon de la Barca.

#### I.

Por medio de dos frondosas  
Y pintorescas riberas,  
Donde copados y altivos  
Mil fuertes tilos se elevan,  
Pródiga sombra prestando  
Al que al pié de ellos se sienta  
A gozar la brisa errante  
Que en sus hojas juguetea,  
Y por las cuales el sol  
Se atreve á pasar apenas,  
Corre tranquilo y sonoro  
Sus olas alzando el Nerva,  
Murmurando dulcemente,  
Mojando la leve arena  
Que en la una y en la otra orilla  
Tersa cual cristal se encuentra.

Al amante que de noche,  
Mientras ausente está su hermano,  
La jura, asiendo su mano,  
Constante y ardiente amor.



## PRIMERA PARTE.

### RAPTOS Y CUCHILLADAS:

Sacad, Eusebio, la espada,  
Que yo de aquesta manera  
A los hombres como vos  
Saco a renir.  
Calderon de la Barca.

#### I.

Por medio de dos frondosas  
Y pintorescas riberas,  
Donde copados y altivos  
Mil fuertes tilos se elevan,  
Pródiga sombra prestando  
Al que al pié de ellos se sienta  
A gozar la brisa errante  
Que en sus hojas juguetea,  
Y por las cuales el sol  
Se atreve á pasar apenas,  
Corre tranquilo y sonoro  
Sus olas alzando el Nerva,  
Murmurando dulcemente,  
Mojando la leve arena  
Que en la una y en la otra orilla  
Tersa cual cristal se encuentra.

Y llevando en su corriente  
Las que se caen hojas secas  
De los árboles frondosos  
Que oscilan y se blandean  
Como las olas del mar  
Cuando está en calma serena,  
Llega por fin de Bilbao  
A la riente alameda,  
Eden de dicha y plácemes,  
Paraíso de la tierra,  
Do se aspira el dulce aroma  
Del jazmin y la azucena,  
Del azahar, del clavel,  
De la rosa y violeta.  
Muy cerca de este recinto,  
De Bilbao preciosa perla,  
Se levanta solitario,  
Del rio en la orilla amena,  
Un magnífico palacio,  
Que claramente demuestra  
Ser morada de algun noble,  
En las parduscas almenas  
Que como seres fantásticos,  
O cual visiones aéreas,  
Al cielo tiene en tanto  
Y en tal desprecio á la tierra,  
Que ni osan llegar á aquel,  
Ni bajar quieren á esta,  
Suspendidas manteniéndose  
Entre ambas mansiones quietas.  
Mas dejando descripciones  
Que al lector nada interesan,

Y cansadas digresiones  
Que en vez de agradar molestan,  
Daré principio á mi historia,  
Que de fabulosa y cierta  
Tiene mucho, como tienen  
Casi todas las leyendas.

Era una lóbrega noche  
En que las nubes se agrupan  
Unas sobre otras veloces  
Y el cielo esplendente enlutan,  
Con su vapor ofuscando  
De la amarillenta luna  
El rayo pálido y suave  
Que quietud y calma anuncia.  
Noche en que el hombre malvado  
Entre las sombras oculta  
Los crímenes horrorosos  
Que sin temor ejecuta,  
Y que el silencio profundo  
De las solitarias tumbas,  
El aquilon impetuoso  
Silvando con fuerza turba.  
En el campo Volantín,  
Envuelto en su capa oscura,  
De pié y apoyado á un árbol,  
Sin cuidarse de la lluvia  
Que á descender comenzaba  
En grandes gotas con furia,  
Un caballero se encuentra  
De jigantesca figura,  
Fija la vista en un punto  
Que allá, en las ondas, dibuja

Del Nerva sus cien almenas  
Y sus ventanas vetustas.  
Al verle parado, inmóvil,  
Envuelto en la espesa bruma  
Que de la tierra se eleva  
Y á la del cielo se junta,  
Cualquiera le juzgaria  
De marmol fria escultura,  
O vision ó trasgo horrible,  
Que las tempestades busca.  
A distancia de diez pasos,  
Amarrada una falua  
Oscila sobre las aguas,  
Que ya braman, no murmuran,  
Azotadas por el viento  
Que constantemente zamba.  
Mas por mas que el rayo estalla,  
Puertas abriendo á la lluvia  
Que dentro las negras nubes  
Marchan en incierta ruta,  
Inmóvil siempre aq iel hombre,  
Envuelto en su capa oscura,  
Fija la vista en un punto  
Que allá en las hondas dibuja  
Del Nerva sus cien almenas  
Y sus ventanas vetustas,  
Sigue debajo del árbol,  
Y de posicion no muda.  
En esto una luz opaca,  
En la ventana penúltima  
Del edificio, que el hombre  
Contempla con ansia mucha,

Dejóse ver; y al traves  
De una cortina importuna,  
La sombra de una persona  
Que algo en descorrerla duda.  
Dejó el hombre, al divisarla,  
Su negligente postura;  
Y ávido en la luz fijando  
Sus ojos, parece estudia  
Los mas leves movimientos,  
De aquella vision nocturna,  
Cuyas formas seductoras  
Ser de una mujer auuncian.  
Poco despues la vidriera  
De la ventana importuna,  
Se abrió, cuando en una torre  
El reló sonó la una.  
Vestida de leve gasa,  
Que rivaliza en blancura  
Con el ampo de la nieve  
Y con la limpida espuma,  
A ella se asomó una jóven,  
Que ajitando con presura  
Por tres veces un pañuelo  
Que tiene en la mano suya,  
Avandonó la ventana  
Y en su estancia asiento busca.  
El arrogante mancebo  
Que entre las sombras se oculta,  
A esta señal dejó el árbol,  
Y el espacio corto cruza  
Que hay desde donde se halla  
Hasta dó está la falua.

Desató el cable afanoso  
 Que en una argolla se anuda  
 Y que el liviano vatel  
 Del otro extremo asegura.  
 Y cojiendo el fuerte remo  
 Con extrema fuerza, hercúlea,  
 Dejando antes un laud  
 Que bajo la capa oculta,  
 Remando á la opuesta orilla  
 Llegó, venciendo la furia  
 De la terrible corriente  
 Del rio, por el cual surca.  
 Allí, el remo abandonando,  
 Volvió á amarrar la falúa  
 En otra argolla que al muro  
 Del palacio se asegura;  
 Y cojiendo entre sus manos  
 El laud que suave pulsa,  
 Cantó bajo la ventana,  
 Con armónica dulzura,  
 Esta cancion que la hermosa  
 Desde su estancia la escucha.

Mujer hermosa  
 Como los ángeles,  
 Cual la radiosa  
 Lumbre del sol,  
 Tú eres del cielo  
 Querub purísimo;  
 Gloria del suelo  
 Rico Español.

Tú eres la estrella  
 Que guia al misero

Que de tu huella  
 Siempre va en pos:  
 Tú de mi vida  
 Eres el bálsamo,  
 Prenda querida  
 Que me dió Dios.

A la ventana  
 Muger angélica,  
 Sal mas galana  
 Que el astro rey:  
 Sal, virgen pura,  
 Que tu eres mi ídolo,  
 Tú mi ventura,  
 Mi amor, mi ley.

Calló el cantor y siguióse  
 A su voz tierna y meliflua,  
 Del viento el silbido horrisono  
 Que entre las almenas zumba.  
 Esperó por un momento  
 Con impaciencia profunda,  
 Mirando acia la ventana  
 Donde ya no hay luz ninguna,  
 A que saliera la hermosa  
 Cuyos ojos los de él buscan;  
 Y cuando desesperado  
 Maldecia su fortuna,  
 Se dejó ver su adorada  
 Blanca en la ventana oscura,  
 Cual entre mil negras nubes  
 Se vé esplendente la luna.

—¡Fernando!—¡Leonor!—¡Ah! sube,  
Que cae el agua á torrentes,  
Y mil rayos inclementes  
Salen de esa negra nube.

No te pude antes llamar,  
Aunque con dolor bien harto,  
Que estaba padre en mi cuarto  
Y fué preciso esperar.

—Voy á colocar la escala,  
Dijo el dichoso galan,  
Cuyo imponderable afan  
Al de ella tan solo iguala.

Y arreglándola al instante,  
A la pared la arrimó,  
Y por ella se subió  
Hasta el cuarto de su amante.

Dejó á un lado su laud;  
Y lleno de fé y de amor,  
Se sentó de su Leonor  
Al lado ya con quietud.

Y ambos de dicha embriagados,  
Llenos de gloria y ventura,  
Así hablaron con ternura,  
Del mundo entero olvidados.

Fernando.

Eres un angel, Leonor,  
Un ángel que dentro el alma

Vierte esa agradable calma  
A todo bien superior.

Eres la gloria, la vida  
Que anima mi corazon,  
De la celeste mansion  
Un alma á mi ser unida.

Mi ventura, mi tesoro,  
Mi consuelo, mi alegria;  
Una imájen de María,  
Virgen madre á quien adoro.

Mas no un amor terrenal  
Me arrastra ácia tí ¡oh muger!  
Que algo tiene, á mi entender,  
Este amor de celestial.

Algo tiene, sí, que mi alma  
Al estar junto de tí,  
No siente ese frenesí  
Que roba al hombre la calma.

Goza pasion menos dura,  
Mas dulce, mas deleitable,  
Cuanto indecible agradable,  
Y cuanto agradable, pura.

Tierna cual de amante padre  
Acía el hijo de su amor:  
Dulce como es el dolor  
Del recuerdo de una madre.

Grata cual la del cristiano  
Acia el Señor de Israel;  
Y bella, inocente y fiel,  
Cual de una hermana á un hermano.

Así te amo yo, Leonor,  
Porque en tu virtud contemplo  
Que eres de pureza un templo,  
Y que es muy puro tu amor.....

Leonor.

¡Fernando, Fernando mío!  
Tus palabras, de amor llenas,  
Mitigan todas mis penas,  
Que es oírte mi albedrío.

Un éstasis delicioso  
Se apodera de mi misma,  
Que en hondo placer me abisma  
Si oigo tu acento armonioso.

Es un encanto imposible  
Al labio mío espresar,  
Que es dado solo gozar,  
Bello, grato, indefinible.

En vano mi padre anhela  
Que arranque del corazón  
Esta terrible pasión,  
Y porque no entres, tú, vela.

En vano procura inquieto  
Que ame á Fadrique y no á tí.

Cuando no encuentro, ¡ay de mí!  
A mi amor un amuleto.

Cuando es mi gloria escucharte,  
Cuando es mi dicha quererte,  
Cuando es mi infierno perderte,  
Y mi ventura mirarte.

Cuando no encuentro en el mundo  
Mas consuelo, en mi dolor,  
Que tu ternura y tu amor  
Respetuoso y profundo.

Si; Fernando; y si á los dos  
Nos separa adverso el hado,  
No ser ya de otro he jurado,  
Y seré esposa de Dios.

—¡Leonor! dijo de amor lleno  
El ardoroso Fernando,  
Con tierno afán estrechando  
A su amada contra el seno.

Mas pasos al escuchar,  
En silencio ambos quedaron,  
Y fina atención prestaron  
Para ya nada dudar.

Y cuando Leonor segura  
Quedó de que alguien llegaba,  
Dijo á su amante que estaba  
Mirándola con ternura.

Leonor.

Huye; mi padre es quien viene  
Huye, pues si te alla aquí,  
Matará, en su frenesí,  
A la hija única que tiene.

Huye, por Dios, al momento:  
Avierta está la ventana;  
Y yo te diré mañana  
A que vino á mi aposento.

Fernando.

Desecha todo temor  
Y toda inquietud y susto:  
Voy á huir por darte gusto:  
A Dios mi bella Leonor.

Y ya había á la ventana  
Subido el amante jóven,  
Cuando del cuarte la puerta  
Dando entrada á un viejo abriose.

—¡Ynfame! exclamó furioso  
Echando mano al estoque,  
Y corriendo ácia su hija  
Que al mirarle demudóse.

Tu sangre impura es preciso  
Que tu mancha horrible borre.  
Y ya el golpe dirigia  
Acia el seno de la jóven,  
Cuando Fernando lijero  
Entre los dos se interpone

Desviando con su brazo  
El bien dirijido golpe.  
—¡Maldicion! clamó el anciano;  
Mi venganza será doble;  
Y sobre Fernando al punto  
A cuchilladas lanzose.  
Sacó el amante su espada,  
Siempre cuidando á la jóven  
Que detras de él sin aliento  
Estaba pálida, inmoble.  
Ciego de furia el anciano  
Estocadas tira enormes,  
Anhelando dar la muerte  
Al que á sus miras se opone.  
Fernando, sin tirar nunca,  
Solo contiene los golpes  
De su contrario, tranquilo,  
Sin que en nada le provoque.  
—Fernando, tente, decia  
Leonor; no hieras al hombre  
A quien debo la ecsistencia,  
Si quieres que yo te adore.  
—Nada temas, Leonor mia,  
Que no mancharé mi nombre  
Con la muerte de tu padre,  
Aunque á nuestra union se opone.  
Mas si quieres no sucumba  
Mi vida á sus rudos golpes,  
Huye mientras me defiendo  
Y en salvo, Leonor, te pones.  
—¡Huir! no: dijo la hermosa:  
Lo que tu lengua propone

Es imposible que admita;  
Con mi suerte estoy conforme.  
—Pues bien, no huyas: á los dos  
Nos matará aquí su estoque;  
Mas al decir esto herido  
El desgraciado sintióse,  
Y un ¡ay! lanzó que á Leonor  
La sangre en el cuerpo helóle.  
Pero viendo que aun seguia  
Combatiendo, decidióse  
La infeliz á obedecerle  
Viendo que á morir le espone.  
Y subiendo á la ventana,  
Por la escala descolgose,  
Y tras ella don Fernando  
Bajó cerrando de golpe  
La ventana; y de la argolla  
Desató el barco veloce.  
Quedó el anciano furioso  
Mirando, un gran rato, inmoble,  
El rumbo ácia do bogaban;  
Y poco despues saliose  
Del cuarto, diciendo airado,  
"Mios son si Dios me acorre."

II

En una chica falúa  
Aun mas lijera que el viento,  
Sobre el húmedo elemento

Navegan de noche dos:  
Un jóven que rema ufano,  
Y una muger inocente  
Que revela en su alba frente  
Ser hija digna de Dios.

Lleva su brazo el primero  
Con un pañuelo vendado,  
Que de sangre está manchado  
Aunque en corta cantidad;  
Pero nada le incomoda,  
Segun se ve, aquella herida,  
Pues rema, lleno de vida,  
Al lado de la beldad.

Ya no se oye el ronco estruendo  
Del rayo que ardiendo estalla:  
El cielo, aunque oscuro se halla,  
No truena ya con furor:  
Ni el aquilon impetuoso  
Silba con afan impio,  
Ni ya sus ondas el rio  
Al trono alza del Señor,

Todo es calma en este instante,  
Aunque calma pasajera,  
Pues tal vez mas cruda y fiera  
Va á volver la tempestad:  
Pues aunque en calma está el cielo,  
Mil negras nubes se agrupan,  
Que toda la esfera ocupan,  
Y caerán con crueldad.

—¿Fernando? dijo la jóven  
Que iba dentro la barquilla:  
He cubierto de mancilla  
Al hombre que me dió el ser:  
El triste estará llorando,  
Pensando en mí, en este instante;  
No pasemos adelante,  
Quiero aunque muera, volver.

—¡Leonor! contestó el mancebo,  
Calma tu afán importuno,  
Que si pesar tiene alguno,  
Pronto fin tendrá el pesar:  
Que cual te he dicho mañana  
A verle iré yo rendido,  
Después que nos haya unido  
Un ministro del altar.

Y mas tranquila la bella  
Con tan plácida esperanza,  
Llena de fé y confianza,  
Pensó ya solo en su amor;  
Y el arrogante mancebo,  
De nuevo el remo tomando,  
Fué acia adelante vogando  
Ya contento y sin temor.

Mas por un solo momento  
Dejemos á estos amantes,  
Tan tiernos y tan constantes,  
Y volvamos á Isabel,  
Que mientras su hermano ausente  
De noche se halla de casa,

Como que en amor se abrasa  
Recibe á su amante infiel.

Es la casa de Fernando  
Un edificio suntuoso,  
Al cual por un delicioso  
Jardín preciso es pasar:  
Que se halla á un cuarto de legua  
De la en que don Diego vive,  
Colocada en un declive  
Pintoresco y singular.

Allí, en el jardín ameno,  
Es donde Isabel de noche,  
Cuando la rosa su broche  
Suele hermosa recoger,  
Con su amante don Fadrique  
Las horas pasa embriagada,  
Del mundo entero olvidada,  
Horas de dicha y placer.

Y allí es donde, en esta noche  
En que nos halla esta historia,  
De tan amarga memoria  
Para el padre de Leonor,  
A su Isabel don Fadrique  
Que en impura llama ardia,  
Estas palabras decia  
Que á ella inspiraban amor.

Fadrique

No malogres, Isabel,

Este favorable instante,  
Que manda el Dios Israel,  
Sigue á este infeliz amante  
Que te adora tierno y fiel.

Isabel

Fadrique, bien sabe el cielo  
Que ardiente mi pecho te ama;  
Mas ¡ay! que en el triste suelo,  
La mas leve cosa infama  
A quien no vence su auhelo.

Que el honor de la muger  
Cualquier accion la desdora;  
Y si se llega á perder,  
Es éter que se evapora  
Para nunca mas volver.

Nada importa que segura  
Esté á su lado: que el hombre  
La accion tan solo murmura,  
Y aunque me juzgue muy pura,  
Ha de aborrecer mi nombre.

Fadrique.

¿Y qué importa, di, Isabel,  
Que en duda pongan tu honor  
Por un momento cruel?  
Al ser yo tu esposo fiel,  
Bendecirán nuestro amor.

Mil veces, tierno querube,

Cubre el inmenso farol  
Del cielo, ligera nube;  
Pero mas brillante el sol,  
Deshecha la niebla, sube.

Así el lijero nublado  
Que tu honor llegue á eclipsar,  
Se mirará disipar;  
Y tierna esposa, á mi lado,  
Mas luciente has de brillar.

Humildemente á tu hermano,  
Rendido pedi tu mano  
En que cifro mi plaecer,  
Y tu has visto que inhumano,  
No me la quiere ceder.

Sigueme, pues, por favor,  
Y acábense penas tantas;  
Y esposos ya, sin temor,  
Echándonos á sus plantas  
Bendecirá nuestro amor.

Isabel.

No, Fadrique; en que te siga  
No insistas mas: si mi llanto  
A alguna cosa te obliga,  
Deja que en duro quebranto  
Mi triste suerte maldiga.

Si, que en mi duro jemir  
Tendré siquiera el consuelo,  
De no haber hecho sufrir

002851

A un hermano, cuyo anhelo  
Es mi pasión destruir.

Fadrique.

Y mientras que de un tormento  
A él salvas, muger querida,  
Tú, encerrada en un convento,  
Jemiras ya sin contento,  
Y yo perderé la vida.

¡Olvidas que del Señor  
Pretende, en su furia impía,  
Hacerte esposa el traidor?...  
¡Ah! tú has jurado ser mía,  
Como yo tuyo, mi amor.

Pues bien, huyamos: no así  
Perdamos estos momentos:  
Que si tú quedas aquí,  
Pronto, entre crudos tormentos,  
Oirás que he muerto por tí.

¡Ingrata! cuando te adoro  
Cual nunca fué otra muger,  
Tú te deleitas en ver  
Por mi faz ardiente lloro  
Continuamente correr.

Mas no importa: si atrevida  
Te amó con afán mi alma,  
No estés mas tiempo afligida,  
Que, aunque me cueste la vida,  
No he de turbar mas tu calma.

Iré por el mundo, solo,  
Cual errante peregrino,  
Siguiendo incierto camino,  
Desde el uno al otro polo  
Maldiciendo mi destino.

Queda á Dios; mas si algún día  
Oyes que al fuerte dolor  
Sucumbí de ardiente amor,  
Sabrás que á la tumba fría  
Fuí amándote con ardor.

Isabel.

¡Ah! Fadrique, tú has vencido:  
Débil flor, sin guarda alguna,  
Soy en el pensil florido,  
A quien con mano importuna  
Arranca el hombre atrevido.

Y ya fuera del jardín,  
En donde las flores cándidas  
Suavemente se mecían  
Al impulso de las auras,  
Iban á poner los dos  
Henchidos de amor la planta,  
Cuando allá en las sombras lúgubres,  
Y á muy próxima distancia,  
Distinguiéron dos personas  
Que ácia el jardín se acercaban.  
Al verlas, los dos quedaron  
Estáticos y sin habla,

Sin movimiento los pies,  
Y con inquietud el alma.  
—Fadrique, somos perdidos:  
Dijo Isabel consternada;  
Mi hermano es el que se acerca.  
Si aquí me encuentra me mata.  
—No temas, sol de mi vida,  
Aquí, tras de aquestas Hayas,  
A cubierto nos pondremos  
De su vista mientras pasa.  
Y esto diciendo, en los árboles  
Que entrelazados se alzaban  
Como torres gigantescas  
Hasta las nubes que pardas,  
Unas sobre otras veloces  
En raras formas cruzaban,  
Se ocultaron cuidadosos  
Perdida los dos la calma.  
Pronto Leonor y Fernando,  
Del brazo aquella apoyada  
De su adorado galán  
Que trae al cinto la espada,  
Llegaron á do Isabel  
Y Don Fadrique se hallaban,  
Que sin ser vistos oyeron  
Estas sentidas palabras.  
—Mi Leonor, tu inquietud pierde;  
Vuelva á tu pecho esa calma,  
Por la cual diera mi vida,  
Si ella á dártela bastara.  
Nadie ha seguido tus pasos;  
Y aquí con mi tierna hermana

Estarás mientras un ministro,  
Por el cual iré mañana,  
Viene para unir piadoso  
Nuestras manos y dos almas.  
—Fernando, de que te adoro  
Tienes hasta hoy pruebas hartas,  
Y esta noche la mas fuerte  
De darte mi amor acaba.  
Mas el pecho de mi padre  
Acerbo dolor embarga  
En este instante, y al mío  
Este recuerdo desgarrá.  
Como hija tierna padezco  
Al abandonar mi casa;  
Y como amante, disfruto  
A tu lado paz y calma.  
Y siguiendo su camino  
Por bajo las verdes ramas,  
Y por medio de una calle  
Que los árboles formaban,  
Los dos amantes entraron  
A la deliciosa casa,  
Mientras Isabel y Fadrique  
Su oculto rincón dejaban.  
—¡Aquí Leonor con Fernando....!  
Dijo, para sí con rabia,  
El infame Don Fadrique.  
Fiera ha de ser mi venganza....  
¡Oh! ya tengo en mi poder  
A su idolatrada hermana....  
Huiré con ella; y despues  
Vendrá por Leonor mi espada.

—¿Qué te detiene, Fadrique?  
Dijo Isabel asustada;  
Huyamos.—Si, sí, Isabel,  
Fuera un coche nos aguarda.  
Y esto diciendo pusieron  
Fuera del jardín la planta,  
Y huyeron precipitados,  
Temiendo los alcanzaran.  
Un hombre en este momento  
Embozado en una capa,  
Y por bajo de la cual  
Su largo acero asomaba,  
Con paso resuelto y firme  
Y respirando con ansia,  
Llegó al jardín, do entre sombras  
Envuelta natura estaba.  
—¡Oh! murmuró: ya son míos,  
Aquel viviente fantasma:  
No he de permitir en mi honra  
La mas leve y triste mancha.  
Y penetrando en la calle  
Formada de altivas hayas,  
En cuyas sonantes hojas  
Brillaban mil gotas de agua,  
Se dirigió, asaz airado,  
De Fernando á la morada,  
A cuya puerta al llegar  
Llamó tocando la aldaba.  
Don Fernando que furioso  
Por la ausencia de su hermana,  
Corria por todas partes  
Desatinando buscándola,

Al oír aquellos golpes  
Al balcon salió con ansia,  
De que fuera su Leonor  
Con la plácida esperanza.  
—¿Quién es, preguntó con voz  
Conmovida, el que así llama?  
—Un caballero.—¿A quién busca?  
—A Don Fernando de Ibarra.  
—¿Qué le queréis?—Verle á solas.  
—Ved que anhelais, que él os habla.  
—Temeis acaso bajar  
Hasta do estoy?—Basta, basta.  
No volverá vuestra lengua  
A proferir tal palabra,  
Que ya bajo en el instante  
Con este acero á arrancároslo.  
Y con impetu cerrando  
El balcon que al jardín daba,  
Del edificio la puerta  
Abrió al instante con rabia;  
Y al incógnito acercándose  
Que se cubría la cara  
Con el embozo, le dijo  
Arrogante estas palabras.  
Fernando.

Ya estoy delante de vos,  
Caballero, Dios os guarde;  
Veremos quien el cobarde  
Es ahora de los dos.

Mas ¿por qué ocultais la faz  
Con el embozo? El malvado,

Y jamás el hombre honrado  
Oculta el rostro falaz.  
¿Quién sois?

Incógnito.

Seguidme, y sabreis.

Fernando.

Os sigo sin sobresalto;  
Que nunca de valor falto  
A mi corazón vereis.

Y diciendo esto, los dos  
Como unas catorce varas  
De la casa se alejaron  
Donde Leonor se quedaba.  
Las negras y pardas nubes,  
Que fieras encapotaban  
El azul del claro cielo  
En formas tristes y varias,  
A desprenderse empezaron  
En espesas gotas de agua;  
Mientras la luz del relámpago  
Tempestad cruda anunciaba;  
Mas Fernando y el incógnito,  
Sin cuidar de la borrasca,  
Y atendiendo solamente  
A la furia de sus almas,  
Prosiguieron su camino  
Sin hablar una palabra,

Hasta que al fin el segundo  
Dijo cesando en su marcha.

Incógnito.

Ya adelante no paseis,  
Que aquí es donde quiero hablaros:  
Miradme ya sin turbaros:  
Fernando, ¿me conoceis?

Y quitándose el embozo  
Que le cubria la cara,  
Dejó ver la furia toda  
Que en ella estaba pintada.  
Retrocedió Don Fernando,  
Al ver la aparición rara,  
Sorprendido algunos pasos,  
Y así exclamó ya sin calma.

Fernando.

¡Vos, Don Diego! . . .

Diego.

Hombre cruel,  
Tú mi honor has mancillado,  
Y vengo, como hombre honrado,  
A lavar la mancha de él.

Tú la hija de mi amor  
Me has robado, fementido,  
Y yo he tus pasos seguido  
Por salvar mi honra y su honor.

Ya no puedes de mí kuir:  
Mi voluntad ahora rija,  
Que es llevar mi amada hija  
Despues de verte morir.

Fernando.

Don Diego, vuestro rigor  
Contened, que es facil cosa,  
Haciéndola yo mi esposa,  
Salvar vuestra honra y su honor.

Que nunca, testigo es Dios,  
Otro fué mi pensamiento:  
Dádmela, pues, y el contento  
Renazca otra vez en vos.

Diego.

¿Qué has osado proferir?  
¿Yo darte mi hija? . . . . primero  
La mataré con mi acero  
Que tal cosa consentir.

A Fadrique destinada  
Tengo ha tiempo su beldad,  
Y variar mi voluntad  
No hará ya en el mundo nada.

Pero es inútil ya dar  
Razones que causar mengua,  
Cuando en lugar de la lengua  
El acero debe hablar.

Fernando:

Sacadle si habeis razon;  
Vedme á vuestros pies rendido;  
Y si en algo os he ofendido  
Traspasad mi corazon.

Sabeis que tengo valor;  
Y que cuando humilde os ruego,  
Debo de tener, Don Diego,  
A vuestra hija mucho amor.

Diego.

¡Vos á mis plantas! . . . tal vez.  
Esa accion la cobardia  
Os la inspira: la osadia  
No se rinde á la altivez.

Fernando.

¡Yo cobarde! sí altanero  
Otro ¡oh Dios! me lo dijera,  
Ya muerto al punto le hubiera  
Con la punta de mi acero.

Mas sufra esta humillacion  
Quien tanto á Leonor adora:  
Decidme hasta vil ahora  
Sin temer mi indignacion.

Y no á infame cobardía  
Mi respeto atribuyais,

Pues bien persuadido estais,  
De mi esfuerzo é hidalguia.

Diego.

Pues reñid; que pensaré,  
Si así seguís abatido,  
Fernando, que habeis mentido,  
Y por cobarde os tendré.

Fernando.

¡Yo mentir! ¡Ah! ¿que decis...?  
Ved que os engañais, Don Diego.

Diego.

Pues sacad la espada luego  
Y sepa que no mentis.

Fernando.

No, no: jamas contra vos  
La he de sacar.

Diego.

Os desprecio.  
Tened; y seréis un necio  
Sino os vengais, vive Dios.

Dijo imprimiendo en el rostro,  
Del jóven que suplicaba,

Con insultante desprecio  
Una horrible bofetada.  
Entonces Fernando, ciego,  
Echando mano á la espada,  
Se levantó, ardiendo en ira,  
Y dijo á Diego con rabia,

Fernando.

¡Ah! ¿qué habeis hecho...? Llegar  
Pudo hasta aquí el sufrimiento...  
Sacad la espada al momento,  
Que esta afrenta he de vengar.

La he de vengar, sí, por Dios...  
Temblad que ya no me abato;  
Mas Don Diego, si yo os mato,  
La culpa la tendreis vos.

Y cruzando los aceros,  
Sin pronunciar mas palabras,  
Se acometieron los dos  
Con imponderable rabia.  
Crecia en este momento,  
De ellos á la par del ánsia  
Conque mudos combatian,  
La destructora borrasca.  
Silbaba con fuerza el viento  
Haciendo oscilar las hayas,  
Y el relámpago lucia  
En las cortantes espadas.  
Don Diego con gran destreza,  
Y con notable pujanza,

Sin descansar en sus golpes,  
Con su contrario cerraba;  
Mas Don Fernando que diestro  
En estas lides estaba,  
Resistiendo á su enemigo  
Con la muerte le amagaba.  
Así por espacio largo,  
Sin en nadie haber ventaja,  
Combatieron decididos  
A dar la muerte ó á hallarla.  
Hasta que Don Diego al fin  
Recibiendo una estocada,  
Lanzando un ¡ay! lastimero,  
Cayó en tierra con mil ansias.  
Corrió Fernando asustado,  
Sin embainar la su espada,  
Hasta bajo del balcon  
Gritando:—Mi Leonor, baja.  
—¿Nos han descubierto? dijo  
Esta, saliendo sin calma  
Al balcon.—Si; baja: huyamos,  
Que nos perdemos si tardas.  
Bajó Leonor al instante  
Llena de inquietud el alma,  
A donde estaba su amante  
Con impaciencia esperándola.  
Y al ver á la roja luz  
De un relámpago que pasa,  
La hoja del cortante acero  
En roja sangre manchada,  
Esclamó: ¡gran Dios! ¡qué miro! . . .  
Está ensangrentada, esa arma! . . .

¿Has herido á alguno? dime,  
Fernando, por piedad, habla.  
—No; pero huyamos, mi amor:  
Pues nos perdemos si tardas  
En seguirme: se que vienen  
A sorprenderte en mi casa.  
Leonor toda temerosa  
De Fernando á las palabras,  
Siguió sus pasos al punto  
En extremo consternada.  
Pero pronto tropezando  
Con un cuerpo la su planta,  
Detuvo ésta con horror,  
Su sangre el temer helándola.  
—¿Qué hay aquí? . . . ¡Cielos! . . . un hombre. . .  
Esclamó con voz cortada.  
—¿No me conoces, Leonor? . . .  
Dijo Don Diego mirándola.  
—¡Mi padre! . . . ¡gran Dios! . . . que veo! . . .  
—No: no es mi hija quien me mata,  
—¡Ah! dejad que vuestra herida  
Cierren mis lábios. . . —Aparta;  
Que prefiero á tus cuidados  
La muerte que ya me aguarda.  
Fernando que en este encuentro  
Su desventura miraba,  
Se acercó á Leonor queriendo  
Del sitio aquel apartarla;  
Pero ella de sí alejándole,  
Y vertiendo tristes lágrimas,  
Le dijo con faz severa:  
Huye monstruo. . . . ¿No te basta

Haberme de él apartado,  
Sino que tambien le matas?  
—Leonor, tu dolor comprendo  
Y perdono esas palabras....  
Replicóla Don Fernando  
Con voz placentera y blanda,  
Mas te juro que inocente  
Está, sí, Leonor, mi alma;  
Pero sígueme:—No; nunca:  
De sangre un mar nos separa  
Que tu has hecho que corriera  
Entre mi casa y tu casa.  
Replicó Leonor latiéndola  
El pecho tierno con ansia.  
Y cayendo de su padre  
A los pies arrodillada,  
Prosiguió con fuerte afán  
Pronunciando estas palabras.  
¡Perdonadme, padre mio!.....  
Perdonadme!....—Huye, hija ingrata,  
Huye para que la muerte  
No me sea tan amarga.  
—¡Ah! cuán infelice soy  
Esclamó la desgraciada.  
¡Cuán infeliz!... Mas Fernando  
Que veía en la tardanza  
Su perdicion infalible,  
De la cintura agarrándola,  
Sacóla en brazos al punto  
Huyendo con breve planta.

Y abandonado don Diego  
Quedó en el jardín herido,  
Y lanzó triste un gemido  
Al ver partir á Leonor:  
Que aunque estaba contra ella  
Tan altamente enojado,  
Era padre el desdichado,  
Y padre lleno de amor.

¡Huye con él y me deja  
Cuando me encuentro espirando!.....  
Dijo el infeliz llorando:  
¡Huye sin decirme á Dios!.....  
Vuelve, hija mia, sí, vuelve:  
Vuelve y perdona mi encono,  
Vuelve ¡ay Dios! ya te perdono,  
Vivamos juntos los dos!.....

Pero sus voces ninguno  
En el jardín las oía,  
Que el huracán que crecía  
Las apagaba al pasar:  
Y á las lágrimas amargas  
Que vertía sin consuelo,  
Se unía el agua que el cielo  
Arrojaba sin cesar.

Y entre el lodo y en la sangre  
Que brotaba de su herida,  
Con la faz descolorida,  
Casi prócsimo á espirar,  
Don Diego se revolcaba  
Tristes jemiidos alzando.

Que alguno fuera esperando  
En su mal á le auxiliar.

Pero á su jemir amargo,  
Y á su ya debil acento,  
Solo respondia el viento  
Y del rayo el trueno atroz:  
Y ya el triste resignado  
Se puso á esperar la muerte,  
Cuándo un hombre, por su suerte,  
Al jardín llegó veloz.

—Gracias á Dios ó al demonio,  
Dijo con terrible acento,  
El hombre que en tal instante  
Llegó á aquel sitio tremendo.  
Si; gracias á Dios ó al diablo  
Porque al fin al lugar entro  
Donde Leonor y Fernando  
Se encuentran: valedme, cielos,  
Y dad favor á un amante  
Que sufre crudos tormentos.  
En una quinta cercana  
A Isabel segura dejo,  
Y sin sospecha ninguna  
Tranquila duerme en su lecho.  
Valor, Fadrique: las sombras  
De la noche á tus deseos  
Son propicias: adelante;  
Y si no Dios, el infierno  
Te ayudará, que es lo mismo,  
Si al fin consigues tu anhelo.  
Y al decir esto á la casa  
Marchaba con paso recto,

Cuándo tropezó su planta,  
Del anciano con el cuerpo.  
—¡Ay.... yo espiro!.... con voz debil  
Esclamó el pobre don Diego.  
Y el jardín volvió á quedar  
En el mas triste silencio,  
Interrumpido tan solo  
Por el rujido del viento.  
—¿Quién sois?.... preguntó Fadrique....  
Mas al retumbar el trueno,  
La roja luz del relámpago  
Alumbró su rostro, y.... —¡Cielos!....  
Dijo Espíndola: ¡que miro!....  
¡Sois vos!.... miradme, don Diego.  
—Fadrique!.... Gracias, Dios mio,  
Que habeis óido mis ruegos.  
—¡Ah! decid quien con su espada  
Atravesó vuestro pecho?  
Decidme, si, quien ha sido;  
Que aunque se esconda en el centro  
De la tierra he de vengaros:  
Decid quien es al momento.

Diego.

Pues tú lo quieres, Fadrique,  
Aunque me desprecies luego,  
Oye la verdad.—Mi hija,  
De quien á ser ibas dueño,  
Esta noche con Fernando....

Fadrique.

No prosigáis: que mis celos

A este sitio me han guiado....

Todo lo sé.

Diego.

Pues queriendo

Castigar al inhumano

Que me robó mi contento,

He recibido esta herida.

Batiéndeme cuerpo á cuerpo

Con él, que en tierra al mirarme,

Con Leonor huyó al momento.

Fadrique.

¡Esto faltaba á mis penas!

¿Y no baja de ese cielo

Un rayo que me aniquile?....

Mas no perdamos el tiempo

En quejas que nada alcanzan.

Y agarrando en el momento

En sus brazos, con cuidado,

Al desdichado don Diego,

Entró con él en la casa

De Fernando así diciendo.

“Nada temáis por vuestra hija:

Nada temáis; que os prometo,

En cuanto ya mas tranquilo,

Esteis, mi señor don Diego,

Marchar tras de aqueso hombre;

Y juro á los altos cielos

De su poder arrancarla

Despues de dejarle á él muerto”.



## SEGUNDA PARTE.

### DIOS Y EL AMANTE:

La su noble faz nublaste  
Con nube de deshonori;  
Mas yo desfaré la niebla,  
Que es mi fuerza la del sol.  
Que la sangre despercude  
Mancha que tñca el honor;  
Y ha de ser, si bien me lembo,  
Con sangre del malhechor.

Romancero del Cid.

### I.

H agamos, lector, un viaje,  
Si te parece, los dos,  
Tras de un alto personaje,  
Que yo te daré carruaje  
Para seguirle, por Dios.

Que los poetas tenemos  
Privilegios tan sin tasa,  
Que vamos donde queremos,  
Y sin movernos de casa  
Todo el mundo recorreremos.

Y así van las cosas bien;  
Que gente somos urbana  
Que sin ver cómo ni á quien,

A este sitio me han guiado....

Todo lo sé.

Diego.

Pues queriendo

Castigar al inhumano

Que me robó mi contento,

He recibido esta herida.

Batiéndeme cuerpo á cuerpo

Con él, que en tierra al mirarme,

Con Leonor huyó al momento.

Fadrique.

¡Esto faltaba á mis penas!

¿Y no baja de ese cielo

Un rayo que me aniquile?....

Mas no perdamos el tiempo

En quejas que nada alcanzan.

Y agarrando en el momento

En sus brazos, con cuidado,

Al desdichado don Diego,

Entró con él en la casa

De Fernando así diciendo.

“Nada temáis por vuestra hija:

Nada temáis; que os prometo,

En cuanto ya mas tranquilo,

Esteis, mi señor don Diego,

Marchar tras de aqueso hombre;

Y juro á los altos cielos

De su poder arrancarla

Despues de dejarle á él muerto”.



## SEGUNDA PARTE.

### DIOS Y EL AMANTE:

La su noble faz nublaste  
Con nube de deshonori;  
Mas yo desfaré la niebla,  
Que es mi fuerza la del sol.  
Que la sangre despercude  
Mancha que tñca el honor;  
Y ha de ser, si bien me lembo,  
Con sangre del malhechor.

Romancero del Cid.

### I.

H agamos, lector, un viaje,  
Si te parece, los dos,  
Tras de un alto personaje,  
Que yo te daré carruaje  
Para seguirle, por Dios.

Que los poetas tenemos  
Privilegios tan sin tasa,  
Que vamos donde queremos,  
Y sin movernos de casa  
Todo el mundo recorreremos.

Y así van las cosas bien;  
Que gente somos urbana  
Que sin ver cómo ni á quien,

Al que nos sigue con gana  
Le llevamos al eden.

Mas si tú, porque cansado  
Estás, seguirme rehusas,  
Quedar puedes sin cuidado,  
Y sin que busques excusas  
Darme un *no* el mas descarado.

Con que sin perder instantes,  
Que tanto apréciolos yo  
Como á los mis consonantes,  
Ven si quieres; y sinó  
Tan amigos como antes.

Quédate, que yo á Sevilla  
Voy de don Fadrique en pos,  
Que me causa maravilla,  
Ver que no tiene Castilla  
Como el pendencieros dos.

Pero antes te contaré,  
Para tranquilo marchar,  
Lo que de don Diego fué;  
Y de Fadrique el por qué,  
Bilbao llegó á abandonar.

Despues de haber al anciano  
Colocádole en un lecho,  
Y curar su golpe insano,  
Salió tras Leonor, ufano,  
Ardiendo en ira su pecho.

Era la noche cruél,

Como dicho queda ya;  
Pero es favorable á él  
Que fiero buscando va  
Al hermano de Isabel.

Y pronto de don Fernando  
Llegó á descubrir las huellas  
Que al huir iba dejando,  
Y guiado ya por ellas,  
Tras él fué veloz marchando.

Y al relámpago fugaz  
Que todo el campo alumbró,  
Dos personas descubrió,  
Que aunque no las vió la faz,  
Por los prófugos tomó.

Y el duro acero sacando  
Gritó: “detente Fernando;”  
Y este que escuchado hubo  
Su nombre, el paso detuvo  
La mano á la espada echando.

Fernando.

¿Quién me llama?

Fadrique.

Tu rival,  
Que viene á darte la muerte.

Fernando.—¿Tú?

Fadrique— Sí.

Fernando.— ¿Como?

Fadrique.— De esta suerte.

Y furioso cada cual  
Se arrojó al contrario fuerte.

Y despues de estar luchando  
Largo tiempo con anhelo,  
Cayó herido don Fernando  
Sobre el muy mojado suelo,  
Un ¡ay! terrible lanzando.

Y desmayada Leonor  
Cayó tambien sin aliento;  
Y Fadrique en el momento,  
Cogiéndola con vigor  
La arrancó de allí contento.

Y á su padre la entregó,  
Como caballero fiel;  
Y al fin don Diego sanó,  
Y triste Leonor quedó,  
Y con esperanzas él.

Mas viendo que se pasaba  
Un día tras otro día,  
Y que Leonor no le amaba,  
Y que el tiempo mal gastaba  
Con su infructuosa porfia.

Quiso aquel sitio dejar  
Y la España recorrer,  
Mientras llegaba á olvidar  
Aquella hermosa muger  
Al que tanto llegó á amar.

Y relatando á don Diego  
El viaje que hacer queria,  
Dijole que volveria  
Cuando Leonor con sosiego  
Se hallase y sin pena im pia.

Y no preguntes, lector,  
Que es lo que hizo de Isabel,  
Que causa el saber-dolor,  
Pues la abandonó cruel  
Despues de gozar su amor.

Mas pronto de ella hablaremos  
Sin olvidar su memoria;  
Y tras de Fadrique iremos,  
Que hace al caso á nuestra historia  
El que de él nos ocupemos.

Licencioso y pendenciero  
Y afecto á ruines mugeres,  
Atrevido y altanero,  
En los juegos el primero  
Y el primero en los placeres,

En Sevilla de su nombre  
Deja memoria Fadrique,  
Que no hay cosa que le asombre  
A tan impetuoso hombre,  
Ni á su arrojó ponga dique.

Témenle allí los maridos  
Que estiman á sus esposas:  
Adóranle las hermosas,

Y los bravos y atrevidos  
Se ocultan de él cual raposas.

Tiene de *bravo* el renombre,  
Que es el valor su divisa;  
Mas nadie sabe su nombre,  
Pues muda este, no te asombre,  
Como muda de camisa.

Para uno es don Juan de España;  
Para otros Pedro Munguia,  
Para otro Enrique de Ocaña;  
Y á todos á un tiempo engaña,  
Y de todos se reia.

Segundo don Juan Tenorio,  
Tras orgias y amorios  
Corre sin mostrar desvios,  
Y hasta al mismo purgatorio  
Desafia con sus brios.

Si á algun rival que se enoja  
Por algun lance de amor,  
Reñir con él se le antoja,  
Pronto siente la ancha hoja  
De su acero matador.

Que él solo sabe vencer,  
Burlarse y enamorar,  
Y á ningun hombre temer,  
Y al que le quiere atajar  
Hacerle el polvo morder,

Fiel siempre para reñir,  
Con los hombres no faltó;  
Mas á las que enamoró,  
Si mucho las prometió  
Nada las llegó á cumplir.

Mas aunque á cada muger  
Miente su lengua traidora  
Un eterno amor tener,  
A una solamente adora,  
Que es su encanto y su placer.

Llámase doña Mencia  
A la que ama nuevamente;  
Y á su reja noche y dia,  
Con indecible porfia  
Pasea constantemente.

Y ella rendida al amor  
De tan apuesto galan  
Que ponderaba su ardor,  
Carrespondió con afan  
A su fuego encantador.

Y él tenaz y ella inocente,  
El seductor y ella amante,  
Y ambos con amor ardiente. . . .  
Hubo terrible un instante  
Que de ella empañó la frente.

Y sola quedó Mencia  
Desde este fatal momento,  
Que el que amor la prometia,

Huyó en el siguiente día  
Faltando á su juramento.

Y han pasado ya dos años  
Sin que haya vuelto á Sevilla,  
Que haciendo los mismos daños,  
Y con los mismos engaños  
Recorre toda Castilla.

Mas ya es tiempo que á Leonor,  
Dejando á Fadrique aquí,  
Volvamos á ver, lector,  
Para que la historia así  
Mas clara salga y mejor.

En aquel mismo aposento,  
En que una noche á estocadas  
Anduvieron Don Fernando  
Y el padre de su adorada,  
Tres personas de ambos sexos  
Reunidas ahora se hallan,  
Segun parece tratando  
De un asunto de importancia.  
Es uno un robusto anciano  
Cubierto de nobles canas,  
La otra una jóven hermosa,  
En cuya faz triste y pálida  
Revela que algo padece  
Su tierna y sensible alma.  
La tercera es de una edad  
Ni muy corta ni avanzada,

Que demuestra en su vestido  
Ser de los otros criada.  
Mas claros: él es Don Diego:  
La hermosa tan triste y pálida  
Es la aflijida Leonor  
Que vive sin paz ni calma;  
Y la última una antigua  
Y cariñosa criada.  
Pero oigamos un instante  
Con atencion sus palabras,  
Para llegar á saber  
El asunto de que tratan.

Diego.

Hija que has vuelto la quietud á el alma  
De un padre que te adora: tú que el llanto  
Has enjugado, que mi triste pecho  
En raudales vertia por los ojos,  
Puertas del corazon que dan salida  
En perlas claras á las negras penas:  
Un sacrificio mas; un sacrificio  
Te pido solamente, porque lleguen  
Hoy al colmo mis plácidas venturas.  
Fadrique, ese tu amante á quien la vida  
Le debo y la honra, si la vida y honra  
Una cosa no son, tu mano anhela;  
Y despues de dos años bien fatales  
De ausencia dice que á mi casa vuelve.  
Esta es su carta, mira, en ella dice  
Te haga saber que viene á ser tu esposo  
Y tu esclavo á la vez, Leonor hermosa.

El de los brazos te arrancó del hombre  
Que en aquella fatal noche terrible,  
En que herido me vistes, te alejaba  
Para siempre de mí. Pero el Eterno  
Que nunca impunes los delitos deja,  
Permitió le alcanzara; y que la muerte  
A Fernando le diera y te salvara.

Leonor.

¡Por Dios! ... por Dios, callad! ... no vuestra lengua  
Me recuerde una escena que á mi vista  
Se presenta horrorosa día y noche. ....  
¡Ah! yo te vi caer, Fernando amado. ...  
Yó á tu lado me hallaba cuando impio  
En tu pecho el acero de Fadrique  
Abrió mil puertas por do entró la muerte.  
Y al espirar, entre tu roja sangre  
Revolcándote, oí que con ternura  
Mi nombre pronunciabas, que á lo lejos  
El eco entre las rocas repetía.  
¿Y quereis que mi mano dé á ese hombre? ...  
¿De Fernando al verdugo? ... No ... que al darla  
Se manchará sin duda con la suya,  
De fresca sangre de mi bien aun tinta! ...

Diego.

¡Ah! mi Leonor: la muerte en tus acentos  
Me mandas: cesa, cesa: no así rompas  
Mi tierno corazón. ¿Tú alma, en dos años,  
No ha podido olvidar al hombre impío  
Que es causa de mi mal?

Leonor.

No; quien grabado  
Tiene en su pecho á quien amó constante,  
No le podrá olvidar ni aun en la tumba! ...

Diego.

Pues bien, ámale, sí: ya no pretendo  
Que destierres de tu alma su memoria;  
Mas á Fadrique, aunque aborrezcas, mando  
Que tu mano le entregues obediente.  
A Dios: piénsalo bien: de aquí á un instante  
Vendré á saber si me obedeces tierna;  
Mas no olvides jamas que es invariable  
La palabra de un noble caballero,  
Y que la mia con Fadrique ahora  
Está empeñada y que sabré cumplirla.

Y abrazando cariñoso  
A su hija desconsolada,  
Salió, pasado un momento,  
De aquella lúgubre estancia  
Donde quedaba Leonor  
Derramando amargas lágrimas.  
Y de un extremo dolor  
Oprimida su tierna alma,  
Para desahogar sus penas  
Prorrumpió en estas palabras,  
En los brazos arrojándose  
De su amorosa criada.

Leonor.

¿Habrá mas penas, Inés,  
Para el que vive sin calma?  
No, que tantas sufre mi alma,  
Que aumentarlas fácil no es:  
¡Infeliz de mí! despues  
Que me arrebató la muerte  
Mi bien con su brazo fuerte,  
Para aumentar mi agonía  
Quieren que la mano mia  
Dé al que hizo cruel mi suerte.

Inés.

Por Dios, señora, enjugad  
Vuestras lágrimas, que el cielo  
En tan fatal desconsuelo  
Tendrá, sin duda, piedad;  
Y cual tras la tempestad  
Suele la luna esplendente  
Brillar mas resplandeciente  
Allá en la celeste altura,  
Así en delicia y ventura  
Se tornará el mal presente.

Leonor.

Deja, Inés, que el dulce llanto  
Calme feliz mis enojos:  
Que del alma, por los ojos,  
Suele salir el quebranto;  
Y si poder tiene tanto

El lloro, que á mitigar  
Llega del hombre el pesar,  
¿Por qué pretendes, sabiendo  
Que está mi pecho sufriendo,  
Que yo no llegue á llorar?

Llora el árbol al tirano  
Golpe del hacha importuna;  
Llora en la noche la luna  
Al morir el sol su hermano:  
Llora el sangriento milano  
Cuando una mano traidora  
Roba los hijos que adora:  
Llora el tierno rui señor  
Las desventuras de amor,  
Y llora perlas la aurora.

Llora el esplendente cielo  
El rayo al abrir las nubes;  
Lloran tambien los Querubes  
La maldad viendo del suelo:  
Llora el límpido arroyuelo  
Su dulce curso al dejar  
Y confundirse en el mar;  
Llora el águila altanera,  
Y llora la leona fiera  
Si las abrumba el pesar.

Llora la roca escarpada  
Torrentes de agua, y el viento,  
Con suave movimiento,  
Llora en la verde enramada:  
Llora en la jaula encerrada,

La tórtola sus amores:  
Lloran las cándidas flores  
Dulce nectar y ambrosía,  
Pues sobre la tierra impia  
No hay sino llanto y dolores.

¡Ah! pues calma los enojos  
El lloro y los crudos males,  
Salgan en fuertes raudales  
Las lágrimas por mis ojos.  
Si son del dolor despojos  
Y calman las amarguras  
De todas las criaturas,  
Llore yo también con ellas:  
Llore mis tristes querellas  
Y acaben mis desventuras.

Inés.

No puedo contradecir  
Vuestro modo de pensar:  
Si hallais consuelo en llorar,  
Llorad para no sufrir.

Leonor.

¡Ah! yo quisiera morir:  
Morir sin vivir llorando,  
Porque es existir pensando  
De dolor siempre oprimida,  
Estar perdiendo la vida  
Cada hora que va pasando.

Y diciendo esto Leonor,  
Ante una imagen sagrada.

De la Madre Inmaculada  
Se arrodilló en su dolor:  
Y con ardiente fervor  
Y suspiros ecshalando,  
Hizo con acento blando  
Aquesta deprecacion,  
Bálsamo del corazon  
Que está en el mundo penando.

"¡Oh! tú, Madre de consuelo,  
"Que asentada en blancas nubes,  
"Cercada de mil querubes,  
"Hoy contemplas mi dolor:  
"Ten piedad de esta infelice  
"Que en tí tan solo confia:  
"Ten piedad ¡oh madre mia!  
"De mi ardiente y puro amor.

"Tú que perdonaste al hombre  
"Que á tu hijo enclavó altanero  
"En el rústico madero  
"Con inhumano furor:  
"Perdona también mis culpas,  
"Y estas lágrimas tranquilas  
"Que ruedan de mis pupilas  
"Por un recuerdo de amor.

"Perdona si yo rebelde  
"Hoy soy á mi padre amado;  
"Mas otro mi alma ha robado  
"Dejándome en el dolor:  
"Fernando es que hoy en el cielo  
"Goza del justo la palma:

"Por él hoy vivo sin calma:  
"Por él hoy muero de amor."

Mas no bien hubo acabado  
Aquesta oracion sencilla,  
Cuando un hombre en su barquilla  
Hasta el palacio llegó;  
Y amarrándola á una argolla  
Que estaba clavada al muro,  
Con paso firme y seguro,  
A tierra al punto saltó.

Son las once de la noche,  
Y aunque no brilla la luna,  
Tampoco el viento importuna  
Con su silbido cruel:  
Ni hay oscuros nubarrones  
Que anuncien cruda tormenta:  
Todo en calma se presenta,  
Y ni aun se mece el laurel.

El rio, el viento y las flores  
Yacen en calma serena:  
Ningun vientecillo suena  
Que turbe tanta quietud;  
Hasta que el hombre que á tierra  
Saltó con empeño tanto,  
Elevó este dulce canto  
Pulsando el suave laúd.

Muger hermosa  
Como los ángeles,  
Cual la radiosa

Lumbre del sol:  
Tú eres del cielo  
Querub purísimo:  
Gloria del suelo  
Rico español.

Tú eres la estrella  
Que guía al mísero  
Que de tu huella  
Siempre va en pos:  
Tú de mi vida  
Eres el bálsamo,  
Prenda querida  
Que me dió Dios.

A la ventana  
Muger angélica,  
Sal mas galana  
Que el astro rey:  
Sal, Virgen pura,  
Que tú eres mi ídolo,  
Tú mi ventura,  
Mi amor, mi ley.

Desde que la voz meliflua  
Del cantor oyó la hermosa,  
Su faz de un color de rosa,  
Grato y suave se cubrió;  
Y en éstasis delicioso  
Quedóse por un momento,  
Comprimido el dulce aliento  
Que dentro el pecho quedó.

Y lánguida, arrodillada,  
Sin levantarse del suelo,  
Con la mirada en el cielo,  
Sin nada ver ni pensar;  
En extremo conmovida,  
La voz estuvo escuchando,  
Divino placer gozando  
Que no se puede explicar.

Y cuando fin á su trova  
Dió el cantor, y no se oía  
Del laud ya la armonía  
Que de placer la embriagó:  
Dijo á Inés, lanzando un triste  
Y doloroso suspiro,  
¡Ah!... sin duda yo deliro.....  
Esa voz conozco yo!.....

—Y yo también, Inés dijo:  
Y ya iba ácia la ventana,  
Cuando una persona, ufana,  
Por ella al cuarto saltó;  
Era el cantor que subiera  
Por una escala atrevido;  
Y abrazando conmovido  
A Leonor, así la habló.

Cantor.

¿Me conoces, Leonor?

Leonor.

¡Oh! Fernando!...

Fern.—Imposible tal dicha eria.

Hoy dos años de cruda agonía  
Con usura me paga tu amor.

Leon.—Tú tan solo llorabas mi ausencia:  
Yo, infelice, lloraba tu muerte:  
Tu dolor era inmenso, era fuerte;  
Mas el mio infinito dolor.

¿Por qué, ingrato, sabiendo la pena  
Que debía ecsistir en mi alma,  
No escribias, mandando la calma  
En tu carta á esta triste muger?

Fern.—No me culpes, Leonor; ¡A! no hermosa:  
No le culpes de ingrato á Fernando,  
Pues el triste su hermana buscando,  
Loco estaba sin tí y sin placer.

Yo juzgué que Fadrique era el hombre  
Que mi dicha en mi hermana robaba;  
Mas despues conocí me engañaba,  
Pues él fué quien mi fuga impidió:  
¡Ay! en vano en mi mente discurro  
Quien el hombre inhumano seria!.....  
Pues Fadrique no fué, que él seguía  
Ya mis pasos y él fué quien me hirió,

¡Oh! que noche, Leonor!..... hasta el alba  
Allí estube tendido en el suelo,  
De mi sangre cubierto que en hielo  
Se volvió con el frio cruel:  
Brilló el sol, y sus trémulos rayos  
Reanimaron mi cuerpo ya yerto;  
Y del sueño de muerte, despierto  
En un mundo de sangre y de hiel.

Me arrastré cual culebra en el suelo  
Que me hería cruel con sus piedras;  
Y á una choza llegué que de yedras  
Sus paredes cubiertas están:  
De ella al punto, al tocar yo la puerta,  
Salió un jóven fornido aldeano,  
Que en sus brazos cojiéndome humano,  
A su lecho llevome en mi afán.

¡Ah! seis meses allí entre tormentos  
Pasé triste, esperando la muerte:  
Sin saber de mi hermana la suerte:  
Sin poderte mis males decir:  
Y al salvar del peligro la vida,  
Te escribí, mi Leonor adorada,  
Mas la carta, sin duda, estraviada,  
No lograste, mi bien recibir.

Desde entonces, errante, ocultando  
De los hombres mi nombre, he corrido  
Mil ciudades; y no he conseguido  
Saber nunca do se halla Isabel:  
Y abatido á mi pátria hoy he vuelto,  
A morir en tus brazos, hermosa,  
Pues tú ¡ay Dios! mi existencia enojosa  
Calmarás con tu amor puro y fiel.

Leon.—Si Fernando: á mi lado tus penas  
Hoy olvida, y los tiernos amores  
El lugar de los fuertes dolores  
Hoy ocupen tu fiel corazón:  
Tú mi bien eres solo en el mundo;  
Y la vida á tu lado es el cielo:

Huya, pues, el cruel desconsuelo,  
Y gocemos de amor la ilusion.

Ilusion eternal: de la vida  
La ventura, delicia y encanto:  
La que enjuga benigna ese llanto  
A que está condenado el mortal:  
Ilusion concedida á las almas  
Cual las nuestras, sublimes y puras,  
Que á las bajas crueles é impuras  
No es cedido este don celestial.

¡Ah! ¿no sientes aquí los latidos  
De este pecho que ansioso te ama?  
¿Quién podrá, mi Fernando, la llama  
Apagar de este ardiente volcán?  
Nadie, no, te lo juro: la muerte  
Que la pueda apagar aun recelo;  
Que inmortal es amor, y allá al cielo  
Nuestras almas amándose irán.

Aun no creo en mi dicha: aun no creo  
Que te estoy de mis glorias hablando...  
¿Estás vivo? ... responde, Fernando...  
¿Eres tú? ... ¿No es de mi alma ilusion? ...  
No, no es sueño ¿es verdad? ... ¡Ah! responde...  
Dí que cuanto me pasa hoy es cierto...  
Siempre el bien lo juzgamos incierto...  
Que en el mal solo cree el corazón.

Fern.— No Leonor; no es un sueño: tus ojos  
No te engañan. ¿No escuchas mi acento,  
Y no sientes la dicha que siento  
Con la mia tu mano al unir?

Realidad, realidad es; no turbe  
Nuestra dicha tu falso recelo:  
Siempre premia á los justos el cielo,  
Si les hizo algun tiempo sufrir.

Leon.—El es justo: él los ruegos fervientes  
Ha escuchado piadoso, de mi alma;  
Y la paz y la plácida calma  
Le ha devuelto á mi fiel corazón:  
¡Ah! pues bien, ya que él hoy á mis brazos  
Para hacerme feliz te ha traído,  
Ya que él hoy otra vez nos ha unido,  
Ya no pienso sino en tu pasión.

Y á abrazarse entrambos

Otra vez volvieron,  
De amor embriagados  
Sus amantes pechos,  
Cariño jurándose  
Mútuamente eterno.

En la opuesta orilla  
Dos hombres en esto,  
Mirando á la casa  
Gran rato estuvieron,  
Entrambos llevando  
Al cinto el acero.

—Ferrán dijo el uno:

Si mal yo no veo,  
Leonor no está sola  
En ese aposento.  
Descubro las sombras

Yo allí de dos cuerpos.  
—Razon os asiste;  
Con grande respeto  
Contestó el segundo.  
Hay un hombre dentro,  
Que en la sombra miro  
Tambien su sombrero.  
—¡Maldicion! . . . ¡Un hombre! . . .  
El sol de ese cielo  
Preciso es que alumbre  
Su cadáver yerto.  
Ferrán, vete á casa:  
Que á ese hombre aquí espero;  
Y en cuanto del cuarto  
Salga ufano, es muerto.  
—Señor, ¿y la cita?  
Las doce son creo.  
—¡Las doce! . . . ¡Ah! es la hora...  
Qué hacer no resuelvo....  
La monja es muy bella...  
¡Ah! corro al convento,  
Que el ir á la cita  
Debe ser primero;  
Y en cuanto la saque  
De aquel cautiverio,  
Y tú la conduzcas  
A do está dispuesto,  
Volveré á este sitio  
Con mis crudos celos  
A esperar á ese hombre  
Que se encuentra dentro.  
—Aun no hace dos horas

Que estais en el pueblo,  
Y ya una conquista. . . .  
—Me ayuda el infierno;  
Mas nada codicio  
Tanto en este suelo  
Como que se rinda.  
Leonor á mi empeño.  
¡Qué pronto á Fernando  
Olvidó su pecho! . . .  
Es muger al cabo. . . .  
¡Maldecido seco! . . .  
Mas, Ferran, partamos.  
—Si, al punto marchemos.  
Don Fadrique.—Quise  
Distraer el tiempo  
Llegando á este sitio  
De dulces recuerdos;  
Pero ¡ah! desgarrada  
El alma la llevo.  
Y aquestas palabras  
Fadrique diciendo,  
Huyó de aquel sitio  
Con Ferran, ligero.  
—Fernando, decia  
Leonor á este tiempo.  
Te digo que nunca  
Seré de otro dueño.  
Mañana Fadrique  
Acá llega; pero  
Jamás seré suya,  
Te juro y prometo,  
Por mas que mi padre.

Afan tenga en ello.  
Pero parte al punto,  
Porque mucho temo  
Que aquí nos sorprendan  
En este momento.  
Parte, sí, y mañana.  
Aquí nos veremos  
En esta hora misma  
Pues tierna te espero;  
Mas ahora es preciso  
Partir.—¡Ah! que presto  
Se pasan las horas  
Cerca del objeto  
Que se ama.

Leonor.— Fernando,  
Cual tú yo deseo  
Gozar de esta dicha  
Que nos manda el cielo;  
Mas si nos sorprenden,  
El bien perderemos  
Que ya disfrutamos  
De hablarnos y vernos.

Fern.—Tu razon conozco:  
Queda á Dios mi cielo.  
¡Ah! cuan triste el alma  
Se marcha, temiendo  
Que de un padre injusto,  
El vil tratamiento,  
Haga que zozobre  
Tu cándido pecho,  
Cual fuerte navio  
Que al fin cede al viento,

Y entregues tu mano  
A ese hombre perverso.

**Leonor.**—No: quien es constante  
No teme su ceño,  
Y sufre contenta  
Su vil tratamiento.  
Que injurias, insultos,  
Venganza y desprecios,  
Son nubes que al cabo  
Las disipa el tiempo.  
Mil fuertes tormentas  
El buen marinero,  
Sufre cuando lucha  
Contra el mar y el viento;  
Y al fin de ambos triunfa  
Después de mil riesgos,  
Y alcanza felice  
La dicha en el puerto.

**Fern.**—¡Ah! tu eres un ángel  
Bajado del cielo:  
A Dios, Leonor mía;  
A Dios mi embeleso.  
Y á la alta ventana  
Al punto subiendo,  
Bajó por la escala  
Al vote ligero,  
Y en el por el río  
Perdióse al momento.

II.

Allí junto á la plácida morada  
A do con su adorada  
Una noche Fernando marchó huyendo,  
De Don Diego temiendo  
El justo enojo y la terrible saña,  
Se eleva en la alta cumbre  
De un monte, que del sol toca la lumbre,  
Una humilde cabaña,  
Mansion do una indigente  
Vive haciendo una vida penitente.  
Hace un año que allí sola, escondida  
De los demas vivientes de este mundo,  
Pasa su triste vida  
En un recogimiento el mas profundo.  
Lágrimas de dolor por su semblante  
Corren á cada instante,  
Mostrando que su alma  
Perdió por siempre la apacible calma.  
En oracion piadosa  
Humilde y fervorosa  
Siempre está la infelice,  
Y al asomar la aurora  
Y el sol al descender, constante ora,  
Y al Ser Eterno sin cesar bendice.  
Nadie ha visto su faz: de espeso velo  
Cubierta siempre aquella,  
Si es jóven y si es bella  
Ignoran aun los mismos que consuelo  
La prestan en el mundo.  
Con paso macilento,

A pedir su alimento  
De Fernando á la casa  
Desciende triste con afán profundo,  
Donde las horas pasa  
Con los buenos criados,  
Que están desconsolados  
Desde la noche tempestuosa y fiera  
En que Fernando fiel desapareciera.

Y así por largo tiempo  
Vivieron sin ventura;  
En eternal tristura  
Y en eternal dolor:  
La vuelta deseando  
Del amo que adoraban,  
Y por el cual rogaban  
Al Santo Criador.

Y al fin compadecido  
El Rey de tierra y cielo,  
Envióles el consuelo  
Que ansiaban con afán:  
Brilló de gloria el día  
Que estaban anhelando,  
Y en el que ya á Fernando  
A ver felices van.

Aun brillan en el cielo  
Mil fúljidas estrellas  
Que resplandecen bellas  
Como el ardiente sol,  
Cuando á su casa llega,

Después que vió á su amante,  
Con pecho palpitante  
Un jóven español.

Fernando es que la aldaba  
Cogiéndola en su mano,  
Tocó, y un aldeano  
Salió al punto al balcon,  
Diciendo con voz dulce  
“¿Quien sois? hablad buen hombre,”  
Y al escuchar su nombre  
Bajó sin dilacion.

—;Señor! dijo al instante  
En que le abrió la puerta.  
—Buen Pedro.—Creo incierta  
Tal dicha, tal placer.  
¿Y vuestra hermana?....—Calla:  
Nunca su nombre el labio  
Pronuncie, si un agravio  
No quieres á mí hacer.

Y Don Fernando y Pedro  
Al edificio entraron,  
Do á platicar tornaron  
Allí solos los dos.

Fernando.

Me han dicho que aquí cerca  
Vive una penitente  
Que con fervor ardiente  
Consagra su alma á Dios.

Pedro

Señor, todo es muy cierto:  
Un año hace que ahí vive,  
Y á acá baja y recibe  
Racion de carne y pan.  
Es una santa, un ángel,  
Modelo de inocencia,  
Que en dura penitencia  
Los días se la van.

Jamas ninguno ha visto  
Su rostro en este suelo,  
Porque ella con un velo  
Lo oculta con afán.

Fernando.

Mañana iré á su choza  
Porque la tengo afecto;  
Y si es buena en efecto,  
Sus males fin tendrán.

Retírate y me deja,  
Pues descansar pretendo,  
Que el día va viniendo  
Y quiero madrugar.

Pedro.

A Dios, señor; y él quiera,  
Como es mi eterno empeño,  
Que disfruteis de un sueño  
Largo y dulce á la par.

Y Pedro conmovido  
Se retiró al instante,  
Mientras el tiernó amante  
El sol nuevo esperó,  
En una silla sólida  
De cerda bien forrada  
Con gran primor labrada,  
Donde se reclinó.

Y en cuanto por oriente  
La nueva luz del día,  
Vertiendo la alegría  
Llegó hermosa á brillar;  
Fernando deseoso  
De ver á aquella santa,  
Movió veloz su planta  
Con ella, ansiando hablar.

Y no bien á la cumbre  
Llegó de la montaña  
Do estaba la cabaña  
De la infeliz muger,  
Cuando esta, que á la puerta  
Estaba humilde orando,  
Quedó al ver á Fernando,  
Do estaba sin saber.

—No llegue mi presencia á intimidaros  
Santa muger, que estimo y que venero,  
Dijo Fernando con acento dulce,  
Llegando á do ella estaba, con respeto.  
No una curiosidad vana y estéril,

Sino un noble y cristiano sentimiento,  
 Ha guiado mis pasos á este sitio  
 De penitencia inimitable templo.  
 Si; las virtudes tantas que se anidan  
 En vuestro amante y candoroso pecho,  
 A mis oídos han llegado ha mucho  
 Y socorrer vuestra indigencia quiero.  
 —¡Gran Dios! la muger dijo interiormente;  
 En mi dicha y ventura apenas creo.  
 —No refuseis, pues, los dones que afanoso  
 Os traigo: don Fernando fué diciendo,  
 Para aliviar en algo la miseria  
 Que estais aquí con tal piedad sufriendo.  
 Tened, buena muger, este bolsillo,  
 Para que mejoreis vuestro aposento.  
 —¡Ah! no: guardad vuestro oro; soy felice:  
 Nada me falta: gracias, lo agradezco;  
 Dijo temblando la muger piadosa  
 El contacto levísimo sintiendo  
 De la mano que tierno don Fernando  
 Le alargaba la suya la oprimiendo.

Fern. —Mas ¿por qué tiembla vuestra mano?.. Vamos,  
 Recibid.

Isab. No...

Fern. Lo mando.

Isab. No... no debo...

Fern. Admitid, si; pues si rehusais, señora,  
 Creed que lo tomaré por un desprecio.

Isab. Hareis muy mal.

Fern. Pues aceptad.....

Isab. No, nunca...

Fern. Vamos...

Isab. Jamas recibiré... Y en esto  
 Ella en no recibir nada empeñada,  
 Y él en que recibiera algo insistiendo,  
 A un impulso de entrambos algo fuerte,  
 Cayó de la muger á tierra el velo,  
 Dejando ver un rostro de Querube  
 Que á Fernando dejó mudo y suspenso;  
 Y dando un paso atras, muy sorprendido,  
 Esclamó de repente: ¡Dios! ¡que veo!...  
 ¡Isabel!... Y á sus plantas ella echándose  
 “¡Fernando!” dijo con sensible acento.

Fern. Déjame, impia..

Isab. Por piedad no huyas...

De esta infeliz ablándete su ruego....

Fern. ¿Tuvistes tu piedad, hermana impura,  
 De mi?....

Leon. ¡Perdon!... ¡perdon!....

Fern. Huye al momento.

Apártate de mi presencia, y nunca  
 Te acuerdes de que tienes en el suelo  
 Un hermano.... jamas.... desde este instante,  
 Estoy, hermana, para tí ya muerto....

Isab. ¡Ah! qué podré decir para ablandarte!....

Solo llorar me es dado.... nada tengo

Que decir disculpando mi conducta....

Nada... no... nada.... Cometí un horrendo

Crimen... lo sé, Fernando... mas mi culpa

No, no ha dejado sin castigo el cielo.

Fern. Muger perversa, ¿piensas que ese lloro

Que has vertido en dos años, el inmenso

Delito borrar puede?... Te equivocas...

Castigo dulce es para tí el infierno!...

Mas ¿donde está, responde, ese malvado,  
Ese raptor que derramó el veneno  
Dentro mi corazón?... Dime su nombre....  
Su nombre pronto, que saber deseo  
Para buscarle al punto y destrozarle  
Con esta espada el maldecido pecho.

Isab. No se do está: me abandonó á muy poco,  
Y á verle desde entonces ya no he vuelto.  
Pretendia el inicuo mis caricias,  
Sin ser mi esposo, disfrutar; mas viendo  
Que en vano pretendia seducirme,  
Vertió en el agua que bebí un veneno  
Horrible que quitándome las fuerzas,  
Le hizo lograr su bárbaro deseo.

Fern. ¿Que escucho!....

Isab. Ya lo ves, hermano mio:  
No soy tan criminal cual te parezco....  
Muy mas soy infelice que culpable....  
Perdóname, Fernando, hermano tierno....

Fern. ¿Que te perdone!... no: nunca lo esperes.  
No es menor tu delito, porque al ruego  
No quisiste ceder lo que la fuerza  
Pudo alcanzar de un hombre, que sin freno,  
De un apetito bárbaro impulsado  
Logró de tí por fin.....

Isab. ¡Ah!... me estremezco!....

Fern. Déjame ya: bastante tus palabras  
Ma han hecho padecer. Dijo queriendo  
Huir de aquel lugar que con su lloro  
Lo regaba Isabel.

Isab. Del alto cielo  
Nuestros padres te piden me perdones....

No desatiendas, por piedad, sus ruegos.

Fern. Estéiles son todas tus palabras:  
Ellas jamas ablandarán mi pecho;  
Sollozos, llanto, súplicas, suspiros,  
Todo es inútil ya .... Pasó de un tiempo  
El fraternal cariño, y á él-la rabia,  
El baldon, los ultrajes y el desprecio  
Han sucedido, sí .... Nada en el mundo  
Nos une ya, Isabel .... El lazo tierno  
De hermanos, tu lo has roto; y nunca ... nunca...  
A unir se volverá .... No: lo prometo....  
Te angañaste en creer que nuestros padres,  
Que habitan las moradas de los buenos,

Me piden, Isabel, que te perdone  
Y olvide tu desliz .... Oigo su acento  
Poderoso que dice: "No es tu hermana  
La que á tus pies está: monstruo es horrendo  
De perfidia que el alma despedaza  
De aquella á quien el ser debe en el suelo"....

Isab. ¡Fernando!... por piedad... calla... ¡Ah! no sabes  
Que tus palabras son un plomo hirviendo,  
Que rápido abrasando mis entrañas  
Me hace sufrir las penas del infierno ....  
¿Quien, de mí, compasion tendrá en el mundo,  
Sino la tienes tú? .... ¿Que, ya en tu seno  
Ni un átomo de amor, Fernando, queda  
De aquel ¡ay Dios! que me tuviste un tiempo?....

Fern. No ... La deshonra que me abruma impía  
Mi corazón dejó por siempre seco....  
Mas no te opongas á mi paso .... deja,  
Deja que huya de tí .... que al verte siento  
Una furia sin límites que el labio

No la puede espresar....

Isab. No: yo no puedo  
Consentir que te vayas ... no ... Fernando....  
La muerte dame, por piedad. primero....

Fern. ¡Apártate!....

Isab. Jamas .... yo tus rodillas  
Estrecharé con sin igual esfuerzo....

Fern. Déjame ir, Isabel....

Isab. No .... lo he jurado ....

Fern. Pues mis manos harán lo que no han hecho  
Mis súplicas .... Y asiéndola con furia,  
A la infelice la arrojó en el suelo.

Isab. En vano ¡ay Dios! en vano así me arrastras,  
Sin compasion sobre la tierra, ciego ....  
Mientras no alcance tu perdon, asida  
A tus rodillas estaré. ....

Fern. El infierno  
Me trajo á esta morada ... ¡desgraciada...  
Mas, pues, de tí librarme ya no puedo,  
Llamaré á mis criados, porque al punto  
Te separen de mí....

Isab. No: ántes mi seno,  
En mil heridas, bárbaro Fernando,  
Por este acero mirarás abierto....  
Dijo el puñal cojiendo que su hermano  
En la cinta traia sin recelo,  
Y con su aguda punta amenazando,  
A la menor palabra, herir su seno.  
—¡Tente! ... exclamó Fernando sorprendido,  
Sobrecojido de terror su pecho.

Isab. Resuelta estoy: la muerte á tu abandono  
Mil y mil veces, infeliz, prefiero....

Fern. ¡Isabel! por piedad, detén tu diestra....  
No aumentes con tu muerte mis tormentos...  
¿Qué es esto?... Eterno Dios!... para si dijo,  
Un dolor dulce en su interior sintiendo,  
Fernando con afan.... ¿porqué al juzgarla  
Prócsima á perecer, nació en mi pecho  
Ese cariño fraternal, tan dulce,  
Que para siempre le juzgué ya muerto?..

Isab. ¡Fernando, qué escuché!... ¿tú me suplicas  
Que no me dé la muerte?... No: no creo  
En mi felicidad... ¡Ah!... dime, dime,  
Que no ha sido ilusion... oiga tu acento  
Otra vez y otras mil, para que el alma  
Se persuada del bien que la das tierno.  
Y Fernando en extremo conmovido  
De su hermana al mirar el mal acerbo,  
Interiormente dijo: En vano, en vano  
Cruel pretendo ser.... ¿quien está ecscnto  
De una fragilidad?... Su alma está pura...  
¡Es mi hermana!... ¡gran Dios!... No: ya no puedo  
Arrojarla de mí!....

Isab. ¿Qué es lo que anuncia,  
Hermano de mi amor, ese silencio?.....  
¡Ah! ... lo conozco, si: me compadeces...  
Me tienes compasion..... Siempre tan bueno  
Tú fuiste para mí, que es imposible  
Que hoy no quieras calmar mis sufrimientos...

Fern. ¡Por Dios!... tierna Isabel!... dijo y el llanto  
Por su rostro corrió, que él con empeño  
Quiso ocultar de su infeliz hermana.

Isab. No desconozco tu dolor, inmenso.....  
Sé la lucha, Fernando, en que se encuentra

En este instante tu aflijido pecho....

Nada ignoro.....Conozco que á tu lado

Ya no puedo vivir..... Sé que no debo

Darte el nombre de hermano ya en el mundo

Para salvar tu honor.....Mas no pretendo

Que te deshonres, no: sea sepulcro

Mío, desde hoy, un santo monasterio,

Donde perdón pidiendo de mis culpas,

Logre calmar las iras del Eterno.....

Solo codicio el que tus labios digan,

"Te perdono; Isabel, te compadezco"...

¡Fernando! compasion!... no de una hermana

La súplica desoigas..... no tu pecho

Endurecido se halle al triste llanto

Que están mis ojos sobre tí vertiendo.....

Fern. ¡Hermana!... hermana mia... me destrozan

Tus lágrimas ardientes.....

Isab. ¡Ah!... ¡qué veo!...

¡Lloras también, Fernando!... Si; tú lloras

Porque me amas aún..... ya nada temo....

¡Oh! tú no sabes, no, cuanto ese llanto

Que derramando estás Fernando, aprecio....

Fern. Has vencido, Isabel: ven á mis brazos.....

Ocultarte mis lágrimas no puedo.....

Hijas del alma son..... de una alma pura

Que es ya tuya.....

Isab. Mi bien, contra mi pecho

Cuan grato es estrecharte..... el alma mia

Parece sale de un horrible sueño,

Que cual la losa del sepulcro frio

Pesaba sobre mí..... Plácido el cielo

Un ambiente balsámico me envia

Que hasta hoy no disfruté desde el momento

Que con Fadrique huyendo de tu lado....

Fern. ¡Que oigo!... ¡Fadrique!...

Isab. ¡Yo le he descubierto!...

Y ambos hermanos un instante largo

Sin pronunciar palabra se e tuvieron,

Hasta que al fin Fernando, con enojo,

De esta manera interrumpió el silencio.

Fern. ¡Fadrique fué el raptor!... ¡Hombre malvado!...

Muy pronto pagará su atrevimiento....

¡Quien me robó la hermosa que idolatro

Mi honor arrebató!... ¡Viven los cielos

Que ha de verter su sangre fementida

Con este noble y cortador acero.

Mas ¿cómo pudo él ser, si en ese instante

Marchó á alcanzarme?...

Isab. Con ardientes ruegos

Consiguió en una quinta de aquí cerca,

Me quedara yo sola; y al momento

Partió él de allí, segun despues lo supe,

Mientras quedaba yo triste en mi lecho.

Algun tiempo alcanzó con sus promesas

Falsas, y amor sin limites fujiendo,

Que viviera en la quinta, sin que nada

Llegase yo á saber de los sucesos

Que tuvieron lugar aquella noche

Entre Fadrique y tú; pues siempre atento

Cuando por tí le preguntaba ansiosa,

Me respondia ¡ay Dios! que estabas bueno.

Pero despues, cuando aflijida y triste,

Y abandonada me miré, el horrendo

Delito conocí de su falsía,

Y á tí, Fernando, te lloré por muerto! . . .  
Fern. Se portó como un vil; mas de su infamia  
No ha de alvarse, no, por mucho tiempo.  
Isabel, soy tu hermano y te perdono;  
Pero es preciso tu delito horrendo  
Cubrir eternamente: tú lo has dicho:  
Tu sepulero desde hoy sea un convento.  
Isabel.—Es toda mi ambición: si, hermano mio,  
Después de tu perdón un monasterio:  
Acabar quiero en él mis tristes días  
En penitencia como aquí lo he hecho.  
Fern.—Pues bien, prepárate: mañana mismo  
Vendré por tí para llevarte luego.  
Desde hoy para mí vives: para el mundo,  
Hermana mía, por tu honor, has muerto.  
Y abrazándose entrambos cariñosos,  
Lágrimas dulces sin cesar vertiendo,  
Hasta el siguiente día, con voz dulce,  
Llenos de dicha ya se despidieron.

III.

Volvamos ahora, lector,  
Aunque tu labio critique  
De esta leyenda al autor,  
A la noche en que Fadrique  
Juzgó con otro á Leonor.  
Y sigámosle al convento  
Con su criado Ferran,  
Do una jóven, con afán,

Cuenta uno y otro momento:  
Que pasando tristes van.

En una celda elevada,  
Una monja de buen talle,  
Suspira por ver la calle,  
Como suspira, encerrada,  
La tórtola por el valle.

Dos lágrimas descendiendo  
Van por su faz de clavel,  
Que al último van cayendo  
Sobre un escrito papel  
Que está con afán leyendo.

—¡Cómo pondera su amor! . . .  
La infeliz monja decía.  
Su lenguaje seductor  
Difunde en el alma mía  
Un deleite encantador.

Nunca sentí este placer  
Que adormece y enagena  
El cielo haciéndonos ver.  
De dicha el papel me llena,  
Voy á volverlo á leer.

“Vida de la vida, mía:  
“En mis desdichas el bien  
“Que me inunda de alegría,  
“Flor cortada del eden  
“Donde el aura la mecia.

“Angel del celeste coro

“Que al lado del Criador  
“Pulsa las arpas de oro,  
“Yo muero por ti de amor;  
“Yo con delirio te adoro.

“Paloma blanca del cielo  
“Para el encanto nacida,  
“Remonta al punto tu vuelo;  
“Deja el claustro sin recelo  
“En donde estás escondida.

“Deja la triste clausura  
“Donde estas encarcelada,  
“Que perderas tu hermosura,  
“Cual la rosa delicada  
“Que no goza el aura pura.

“Sal al mundo á disfrutar  
“Los bienes que el Criador  
“Llegó en él á colocar;  
“Ven, angel mio, á probar  
“Las delicias del amor.

“De ese amor que embriaga el alma  
“Y enajena los sentidos;  
“De ese amor que adormecidos  
“Deja en deleitosa calma  
“En la tierra á los nacidos.

“Rompe, paloma, esos lazos  
“Que te amarran al altar:  
“Hazlos al punto pedazos,

“Y arrojate en los mis brazos  
“Desde hoy á vivir y á amar.

“A amar y á vivir, si, hermosa:  
“A amar y á vivir, mi bien.  
“¡Ah! deja ese encierro y ven:  
“Ven a mi seno amorosa,  
“Que es el amor el eden.

“Tres años ha que te ví,  
“Cuando huyendo de este suelo  
“Vestias de monja el velo,  
“Al traves del que ¡ay de mí!  
“Miré tu rostro de cielo!

“Y desde entonces, Rosmunda,  
“Ni un solo dia al convento  
“Dejé de ir, donde tu acento,  
“Mi herida de amor profunda,  
“Dulcificaba un momento.

“Y te adoré y te escribí;  
“Y tú, rendida á mi amor,  
“Piedad tuviste de mí;  
“Y llevé, do quier que fuí,  
“Tu recuerdo encantador.

“Y en los dos años de ausencia  
“Que lejos de tí he pasado,  
“Ni un instante te he olvidado,  
“Porque eres tú mi ecsistencia  
“Que Dios para amar me ha dado.

“Y hoy vuelvo para cumplir

“La oferta que te hice, hermosa;  
“Por tí esta noche he de ir,  
“Dadas las doce, mi diosa,  
“Para lejos de aquí huir.

“Espérame, pues, Rosmunda,  
“Que todo tengo arreglado.  
“Sabes mi pasión profunda,  
“Y que aunque el convento se hunda,  
“De él te sacaré arrestado.”

—¡Y aun no perece! decía  
La monja con inquietud.  
La infeliz no conocía  
Que aquella pasión impía  
Manchaba ya su virtud.

Ciega de un insano amor  
Que desgarraba su pecho,  
Se olvidaba del Señor  
Por un hombre corruptor  
Que infelice la hubo hecho.

Tierna y cándida paloma,  
Que el nido vas á dejar,  
Tus alas vuelve á plegar,  
Que la tempestad asoma  
Que va sobre tí á bajar.

Mas ¡ay! ¿qué hará una muger  
A quien la juran amor  
Y hacerla una reina ser,  
Sino adorar y querer,  
Y querer cencie goardor?

¿Que hará la tórtola amante  
Que está en la jaula encerrada,  
Sino suspirar constante,  
Sin descansar un instante  
Por la floresta adorada?

¿Que hará la jóven hermosa,  
A quien mandan, sin piedad,  
Que sea de Dios esposa,  
Sino suspirar llorosa  
Por su amada libertad?

¿Que hará el cautivo que jime  
En una estrecha prisión,  
Sino al que sus hierros lime  
Darle entero el corazón  
Al cual el dolor oprime?

¿Qué hará la jóven sencilla,  
Con el que rompe los lazos  
Que ella no ama y los mancilla,  
Sino arrojarle en sus brazos  
Donde su ventura brilla?

¡Pobre Rosmunda! ella entró  
Sin voluntad al convento;  
Y el voto que pronunció,  
El mandato violento  
De sus padres la arrancó.

Dispuesto su pecho a amar  
Al hombre con tierno ardor,  
Sintió un agudo pesar

Cuando solo al Criador  
La mandaron adorar.

Y por eso siempre tristes  
Pasa la vida llorando,  
Con impaciencia esperando  
Que del lugar donde existe  
La saque el que ella está amando.

Y por eso en esta oscura  
Noche triste en que murmura  
En la calle el rauda viento,  
Suspira ella en el convento  
Sin que aquel la dé pavora.

Pero aparta cuidadosa,  
Por un secreto temor,  
De una imagen milagrosa  
Que está allí del Redentor,  
Siempre la vista, afanosa.

Y evita mirar la sombra  
Que de él dibuja la luz  
Y que al delincuente asombra;  
Y de espalda ácia la cruz  
Solo á su Padre que nombra.

Y así pretende engañar  
De su alma triste el pavor;  
Pero al mas leve rumor  
Que detras llega á escuchar,  
Palidece de temor.

Y ya sin quietud ninguna

Esperaba ella el momento  
De respirar libre el viento,  
Cuando el reloj dió la una  
En la torre del convento.

—¡Y aun no viene! ..... repeticia;  
¡Ah! tendré que renunciar  
A la dicha que veia!.....  
¡Oh! mas morir me valdria  
Que en este encierro quedar!.....

Y al decir esto, un lamento  
De sí muy cerca escuchó  
Dado en el mismo aposento;  
Pero aunque todo miró,  
Nada ver pudo al momento.

—Será el aire: murmuró  
Despues de un ligero instante;  
Y de una mesa delante  
Afijida se sentó  
A esperar así á su amante.

¿Por qué me ha hecho conocer  
Ese amor que es mi existencia,  
Prosiguió volviendo á leer,  
Sino habia de romper  
Mis grillos, Dios de clemencia?

¿Por qué hacerme consentir  
En un bien dulce del cielo,  
Para hacerme maldecir  
Despues cuanto hay en el suelo  
Dejándome aquí á sufrir?

Y otro mas triste lamento  
De sí muy cerca escuchó;  
Y alzó la vista al momento,  
Y la infeliz sin aliento  
Por un gran rato quedó.

Del sitio do el Redentor  
Se veía colocado  
Y en la santa Cruz clavado,  
El acento de dolor  
Salió, que había escuchado.

Y asustada, fija en él  
La vista y sin respirar  
Quedó en el instante aquel,  
Viendo al Señor de Israel  
Sangre del cuerpo sudar.

—¡Dios mió! piedad, clamó  
Sintiendo un sudor de muerte,  
Y de rodillas cayó;  
Y el Cristo un brazo movió  
Con sacudimiento fuerte.

¡Ah! perdon!.... yo me arrepiento:  
Dijo Rosmunda de hinojos;  
Y el Cristo otro movimiento  
Hizo, y lanzó otro lamento  
Y fijó en ella los ojos.

Con el cabello herizado  
Rosmunda aquello veía;  
Y el Cristo crucificado,  
Vertiendo sangre seguía

De las manos y el costado.

Y la lámpara que estaba  
Alumbrando al Redentor,  
A la vez que este temblaba,  
Aquella se amortiguaba  
Dando un túbio resplandor.

Y conteniendo el aliento,  
De terror sobrecojida,  
Sin hacer un movimiento,  
Y con el alma oprimida  
La monja está en tal momento.

Mas su sorpresa profunda,  
Que en frío sudor la inunda,  
Mas á aumentarse llegó,  
Cuandó el Cristo pronunció  
Estas palabras: „Rosmunda“!....

Y todo en calma otra vez  
Quedó en la celda un instante:  
En su mortal palidez  
Mostrando, la monja amante,  
Su terror é insensatez.

Y otra vez, con voz profunda,  
Brillando opaca la luz  
Que estaba ya moribunda,  
Haciendo mover la cruz  
Volvió á esclamar Dios: „Rosmunda!“

—¡Perdon!.... Señor de Israel!....  
He sido una esposa infiel,

Dijo la monja: ¡perdon!....  
Y rasgó el fatal papel  
Que infamó su corazón.

Y todo en calma quedó;  
Y Dios á inclinar volvió  
Su cabeza sobre el pecho,  
Y la lámpara volvió  
A alumbrar el cuarto estrecho.

—¡Ah! te he ofendido, Dios mio;  
Te he ofendido y vuelvo á tí:  
Detesto mi amor impio:  
Vivir aquí es mi albedrío,  
Ten piedad, Padre, de mí!....

Defiéndeme del mortal  
Que esa pasión infernal  
Me hizo sintiera cruel:  
Haz que no vea yo á él  
Cuando entre aquí, por mi mal.

Y de la celda se abrió  
La puerta en aquel instante  
Que entrada á Fadrique dió,  
El cual á abrazar corrió  
A su amada, delirante.

—¡Rosmunda, paloma mia!  
Dijo ciego al abrazarla;  
Mas yerto quedó al tocarla,  
Porque era una estatua fría  
De bronce á quien fuera á hablarla.

—¡Qué es esto! dijo admirado....  
¡Una estatua!.... no: yo oí  
Al instante que entré aquí,  
Su voz, de dicha embriagado,  
Y su movimiento vi.

¡Rosmunda, Rosmunda mia!  
Habla, huyamos.—Pero en vano  
Que le hablara la pedía,  
Pues volvió á tocar su mano  
De bronce una estatua fría.

¡Este es un sueño horroroso!  
Decía, entré sí, Fadrique:  
Yo oí su acento armonioso....  
¿Y no hay nadie que me explique  
Este arcano misterioso?.....

Y otra vez volvió á tocar,  
Para ver si se engañaba,  
Aquél cuerpo singular;  
Y una estatua, á su pesar,  
Pesada y fría encontraba.

¡Yo voy á volverme loco!.....  
Dijo al fin desesperado,  
En la celda me sofoco,  
Que el aire está condensado  
Y respiro poco á poco.

Mas no quisiera salir  
Sin tal misterio aclarar;  
Pero pasos al oír

De gente que iba á llegar,  
Preparose para huír.

—Mis voces, voto á san Pablo,  
Han despertado á la gente;  
Mas si hoy el Omnipotente  
Me olvida, mañana el Diablo  
Me será mas complaciente.

Huyamos que la campana  
Escucho fuerte sonar:  
A Dios, Rosmunda tirana,  
Que yo volveré mañana  
Este misterio á aclarar.

Y diciendo esto salió  
De la celda en el momento,  
Y poco despues entró,  
De la Priora en seguimiento  
La gente que ella guió.

Y Rosmunda recobrando

Fué su espíritu vital;  
Y el bronce se fué animando,  
Y aquella estatua glacial  
Fué al fin su calor cobrando.

—¿Donde estoy! dijo, por fin,  
Con voz celestial, Rosmunda!  
Siento una dicha profunda,  
Como goza el Serafin  
A quien Dios de gloria inunda.

Del pasado no me acuerdo  
Sino muy confusamente:  
Ya soy otro ser viviente;  
Y solo guardo un recuerdo  
De que viví anteriormente.

¡Y siento en mi alma un ardor.  
Pero un ardor tan divino  
Y tan celestial amor,  
Que me arrastra mi destino  
A alabar al Criador.

Y ante su imagen sagrada  
Cayó al punto arrodillada  
A hacer oracion ferviente,  
Cuando la Priora asustada  
Entró allí violentamente.

Mas cuando á Rosmunda vió  
Con tanto fervor orando,  
Que ni aun á ella entrar sintió,  
Dejóla seguir rezando,  
Y sin hablarla salió.

IV.

Dicen que no ecsiste amor  
Los hombres en la muger:  
Que esta no llega á querer  
Con aquel vehemente ardor  
Que hace á el alma padecer.

¡Se engañan! El corazon  
De la muger es sensible;

Y al sentir una pasión,  
Esta se eleva terrible  
Cual volcán en su explosión.

Sin la extrema libertad  
Que el hombre goza indiscreto,  
Pudorosa y en secreto  
Vive en pura idealidad  
De su amor con el objeto.

Y tal vez aquel que amor  
Ha hecho á la infeliz sentir,  
Se burla de ella traidor,  
Y va á otras mil á mentir  
El mismo infinito ardor,

Que así los hombres crueles  
Hacen á todos instantes;  
Mientras ellas aman fieles,  
Ellos muéstranse inconstantes  
Y á su juramento infieles.

Y cuando alguna á saber  
Llega su incostancia odiosa  
Y al traidor esquiva ver,  
De inconstante y veleidosa  
El acusa á la muger.

Quiéranlas cual ellos son;  
Mas de infieles no las culpen:  
Paguén pasión por pasión;  
Mas preciso es las disculpen  
Si ántes las hacen traición.

Que en este mundo cruel,  
La muger sensible y bella  
Es ya inconstante ó ya fiel:  
Si el hombre es fiel, fiel es ella:  
Y si él infiel, ella infiel.

Y los que impíos deshacen  
La honra así de la muger,  
Sin milagros pretender,  
Búsquenlas como las hacen,  
Y no cual debieran ser.

Por eso la fiel Leonor  
No se olvida ni un instante  
Del objeto de su amor,  
Porque él la adora constante  
Y jamás la fué traidor.

Por eso la triste llora  
Por calmar su pena impia,  
Desde que nace la aurora  
Hasta que la luz del día  
Los montes ya no colora.

Y por eso abiertamente  
Se niega á tomar esposo,  
Aunque su padre inclemente,  
Sin descanso ni reposo  
Reconviene á la inocente.

Es el día que á la noche  
Siguió en que Fadrique, ciego,

Para sacar á Rosmunda  
Entré en el santo convento.  
Leonor triste y desolada  
En su casa, sin consuelo,  
Llora en tanto que su padre  
Así la habla algo severo.

—Leonor mia, don Fadrique  
Llegará dentro un momento  
A pedirme que le cumpla  
Lo que le ofreci hace tiempo.  
Si en algo aprecias mi vida,  
Si ya no te son molestos  
Mis cuidados, y conservas  
A tu padre algun respeto,  
Preciso es que des tu mano  
A quien la vida le debo.  
En esta carta que acabo  
De recibir con contento,  
A don Felix de Monzon  
Que me recomienda leo  
Un amigo de mi infancia.  
Y en cuanto venga pretendo,  
Que él llegue á ser el padrino  
De este feliz himeneo.  
Si obediente me obedeces  
Hija mia, como espero,  
Y como te pido amante,  
Derramarás en el pecho  
De tu anciano y triste padre  
La ventura y el consuelo.

---

Pero escucha; y segunda vez leamos  
El contenido de esta carta atenta,  
Y á un amigo infeliz favorezcámos.  
“Amigo Diego: Quien la horrible afrenta  
“No venga hecha al honor que tanto amamos,  
“A los ojos del hombre se presenta  
“Aun mas vil que el gusano que en el cieno  
“Despreciable se arrastra de ansia lleno.

“Dos años ha, dos años que una impia  
“Nube al honor se opuso que fulgente  
“Brilló cual sol en la familia mia:  
“Un hombre, por mi mal, con pecho ardiente,  
“De mi prima infeliz doña Mencía  
“Llegose á apasionar; y la inocente  
“Amándole tambien con toda el alma,  
“Perdió, por él, del corazon la calma.

“Pues bien, este hombre que juró rendido  
“Amor constante á la infeliz hermosa,  
“Un favor alcanzar quiso atrevido  
“De la que aun no era su adorada esposa;  
“Mas no logrando al fin, el fementido,  
“Su anhelo conseguir, una horrorosa  
“Bebida preparó, que ella al probarla,  
“Su honra perdió para jamas cobrarla.

“Hoy de la ciudad Pedro Mejia,  
“Que este es el nombre del feroz tirano;  
“Y al saber el hermano de Mencía,  
“Don Felix de Monzon, que en esa ufano  
“Hoy don Pedro se encuentra, muerte impia

“A darle marcha con fornida mano;  
“Mas mientras logra su venganza, os ruego  
“Que á mi primo ateadais, amigo Diego.  
“Ha algunos dias que emprendió el camino  
“Llevando solo su tajante espada,  
“Compañera del bueno ó mal destino  
“Que la suerte le tenga preparada.  
“Que le tengais en esa yo imagino,  
“A poco que esta carta os sea entregada,  
“En la cual mil venturas os desea  
“Francisco de Monzon y de Perea.”

Diego.—Pobre Francisco Monzon!  
Tus fuertes penas comprendo! . .  
El honor joya es preciosa  
Del que nació caballero! . .  
Dijo guardando la carta,  
Despues de leerla, Don Diego.  
Hija mia, voy al punto  
A mandar que un aposento  
Para mi recomendado  
Arreglen en el momento.  
Queda á Dios y no estes triste:  
Dá gusto á tu padre tierno  
Mostrándote placentera  
Y con el rostro risueño.  
Y diciendo esto salió  
Sin inquietud en el pecho,  
Dejando á Leonor llorosa  
Y agudo dolor sufriendo.

—;Que esté risueña y alegre! . .  
;Que muestre el rostro sereno  
Cuando la borrasca impía  
Destrozando está mi pecho! . .  
Dijo Leonor derramando  
Lágrimas mil sin consuelo.  
Mas no bien hubo acabado  
De decir estos conceptos,  
Cuando Fadrique á sus ojos  
Se presentó placentero.  
Asustóse la infeliz;  
Mas él sin notar su extremo,  
Sentándose junto á ella  
La habló afable en estos términos.

Fadrique.

Ya por fin, Leonor hermosa,  
Vuelvo á verme á vuestro lado,  
Rendido y apasionado  
Cual el mas fiel amador;  
Y otra vez, tierna mi alma,  
Pide, en su amargo destino,  
De vuestro labio divino  
Una palabra de amor.

No airada, Leonor hermosa,  
Os mostreis á mi querella,  
Que es impropio en una bella,  
El desprecio y el rigor:  
Antes calmad mis tormentos,  
Virgen candorosa y pura;

Y oiga yo, por mi ventura,  
Una palabra de amor.

Mas ¡ay! que si mis amores  
Os causan penas y enojos,  
Y airada volveis los ojos  
Por no calmar mi dolor:  
No mas os seré importuno:  
Ya no he de volver á veros;  
Mas oiga, antes de perderos,  
Una palabra de amor.

¡Ah! todo cuanto he sufrido  
En los dos años de ausencia,  
Sin gozar vuestra presencia  
Y pensando en vos, Leonor:  
Todo, todo, Leonor mia,  
Sufri con alma resuelta,  
Por alcanzar á mi vuelta  
Una palabra de amor.

Leonor.

No me habéis, por Dios, Fadrique,  
De vuestro amor y ternura,  
Cuando es hiel vuestra dulzura  
Y piedad vuestro rigor:  
Pues nunca oirá de mis labios  
El que hirió al bien de mi alma,  
Aunque siempre esté sin calma,  
Una palabra de amor.

Bien podrá mi amado padre

Hacer mas cruel mi suerte:  
Bien podrá darme la muerte  
Llevado de su furor;  
Mas nunca oirá de mis labios  
El rival de mi Fernando,  
Mas que yo viva penando,  
Una palabra de amor.

Olvidadme, pues, Fadrique;  
Y si me áprecia vuestra alma,  
Dejadme vivir en calma  
Sin aumentar mi dolor:  
Pues nunca oirá de mis labios  
El verdugo de mi amante,  
Ni aun en el último instante,  
Una palabra de amor.

Fadrique,

¡Ah! Leonor, vuestras palabras  
Confieso me han ofendido,  
Porque nunca he merecido  
Me traten con tal rigor:  
Un delito solamente  
A cometer he llegado,  
Que es haber solicitado  
Una palabra de amor.

Decís que soy de Fernando  
Verdugo; soy caballero,  
Y le maté con mi acero  
Cuerpo á cuerpo y con valor:  
Vuestro padre fué, sabedlo,

Quien me hizo vengar su ofensa;  
Y yo esperé en recompensa  
Una palabra de amor.

Leonor.

Recompensa de una triste  
A quien le quitais la vida  
En aquella misma herida  
Que á el abristeis. . . ¡ah! . . . que horror!...  
¡Callad, callad!... sois un monstruo  
A quien de veras maldigo....  
¡Oh! muera yo si os digo  
Una palabra de amor.

Fadrique.

¿Con que Leonor, ódio tanto  
Os inspiro?... ¡Ah!... sabe el cielo  
Que siempre ha sido mi anhelo  
Merecer vuestro favor;  
Mas si no logré rendido  
Interesar vuestro pecho,  
Yo alcanzaré, en mi despecho,  
Una palabra de amor.

A Dios, si sé que mi vista  
Os ofende, y que mi acento  
Amoroso, es un tormento  
Para vos aterrador;  
Mas os juro que muy pronto  
Me vereis menos humano;

Y oiré, al ser vuestro tirano,  
Una palabra de amor.

Y á salir Fadrique

Iba de allí luego,  
Cuando entró en la sala  
Gallardo un mancebo,  
Con el cual venia  
Hablando Don Diego,  
Las mismas palabras  
Que aquí copiar quiero.

Diego.—¿Conque el viage ha sido  
Feliz? Lo celebro.

Felix.—Mil gracias.

Diego.— La carta

Que ha un corto momento  
Recibí, me impone  
Del muy noble objeto  
Que os conduce á esta;  
Y con fuerte anhelo  
Esperaba vuestra  
Llegada.

Felix.— Don Diego,

Vuestras atenciones  
Gravaré en mi pecho.

Diego.—Es un deber mio

No mas. Te presento,  
Leonor, á Don Felix  
De Monzon.

— ¡Qué veo!  
Esclamó Fadrique,  
Sorpresa, al verlo.

Leonor. —Servidora vuestra.

Felix. —Soy esclavo vuestro.

Diego. —Don Fadrique Espíndola,

A quien os presento,

Es futuro esposo

De ella, á quien aprecio.

Y al fijar los ojos

En el caballero

A quien señalaba

Con afán don Diego,

Esclamó don Felix

Entre sí: ¿No sueño?.....

¡Que miran mis ojos!.....

¡El es!.... mas callemos,

Que á mi honra le importa

Por ahora el silencio.

—Ya me ha conocido.

Murmuró en silencio

Don Fadrique Espíndola;

Mas disimulemos.

Y la mano dándole,

Con marcial sosiego,

Hablóle á don Felix

En aquestos términos.

—Ved en mí, don Felix,

Un amigo tierno,

Si en algo serviros

Por fortuna puedo.

—Gracias. Este el hombre

Es que á buscar vengo;

Dijo interiormente

Monzon con sosiego:

Este el que á mi hermana

Sedujo perverso.

Y luego en voz baja

Le dijo á él: “yo creo,

Don Pedro Mejia,

Que nos conocemos.”

Fadriq. ¡Callad!....

Felix. Si ; mas pronto

Arreglar pretendo

De honor una cuenta

Que á cobraros vengo.

Y dando la mano

Fadrique al momento,

Contestó lo mismo

Con rostro sereno.

“Pagaré, don Felix,

Como caballero.”

Felix. Mañana, temprano.

Fadriq. A las ocho.

Felix. Bueno.

—Amigo don Felix,

Celebrar pretendo

La vuestra llegada,

Prorrumpió don Diego.

Leonor y Fadrique

Que se unan deseo

Mañana sin falta

Con un lazo eterno.

¿Quereis ser padrino

De tal himeneo?

—A cepto gustoso;

Pues me honro con serlo:  
Respondió don Felix  
Con rostro risueño.  
Y á Fadrique Espíndola  
Preguntóle luego,  
En voz baja: ¿cuando  
Quereis sea el duelo,  
Antes ó despues  
De vuestro himeneo?  
—Despues, porque mia  
Ver á Leonor quiero.  
--Corriente—Corriente.  
—A Dios—Hasta luego.  
Llegó la noche terrible,  
Como el porvenir oscura,  
Y triste como el silencio  
De las solitarias tumbas.  
El viento en las viejas torres  
Que se alzan jigantes, zumba,  
Y en ellas se oye el graznido  
Triste del ave nocturna.  
El encendido relámpago  
La atroz tempestad anuncia,  
Y del cielo en los espacios,  
El trueno fiero retumba.  
Las nubes unas sobre otras  
Con velocidad se cruzan,  
Y en un punto se detienen,  
Se condensan y se agrupan.  
Al huracan se doblegan  
Los tilos y hayas hercúleas,  
Y arranca á la flor de cuajo

Que en su capullo se oculta.  
Frente á una mesa sentado,  
Un hombre en limpiar se ocupa  
Una cortadora espada  
De brillante empuñadura.  
Él solo se halla en el cuarto,  
Cuyos ámbitos alumbra  
De una vela gruesa y larga  
La opaca luz moribunda.  
En la vidriera se azota  
Con grande estruendo la lluvia,  
Y el relámpago por ella  
Penetra dando pavura.  
—¡Que noche tan espantosa!  
Dijo el hombre: ¡con que furia  
Cae el agua y silba el viento  
Que el silencio y calma turban!.....  
En sus sombras cuántas veces,  
Y sin cuidar de la lluvia,  
Corriendo desatentado  
En pos de mis aventuras,  
He quitado, con mi acero,  
La vida á persona alguna!....  
¡Cuántas inocentes vírgenes,  
Juzgando mi pasión pura,  
Han quedado deshonradas  
Para no reir ya nunca!....  
¡Oh! que recuerdos tan tristes  
Ahora por mi mente cruzan!...  
No sé por qué el corazón  
Que el pavor no sintió nunca,  
Ahora tiembla á pesar mió

Con una opresion aguda.  
No sé por que la conciencia  
En este instante me acusa  
De crímenes que jamas  
Me han turbado en mis venturas.  
Oigo una voz en el centro  
Del corazon que me anuncia  
Que mi último dia llega  
De mis hazañas impuras.....  
¡Mencia!.....!pobre Mencia!.....  
En mi corazon aun dura  
El resto de una pasion  
Que bajar te hizo á la tumba....  
Yo te abandoné y moriste  
De vergüenza y de tristura,  
Sin que haya de mi corrido  
Lágrima de dolor una!.....  
¡Y voy á cruzar mi espada  
Mañana, lleno de furia,  
Con tu hermano, porque airado  
Vino de un traïdor en busca!.....  
¡Y tal vez al rudo golpe  
De mi espada sin segunda,  
Echale su último aliento  
Y baje tras tí á la tumba!.....  
¡Ah! si pudiera evitar  
Que se efectuase esta lucha!.....  
No: se reirian de mí:  
Que uno de los dos sucumba.....  
Mas esas negras fantasmas  
Que se alzan ante mí y cruzan,  
¡Que me quieren?....!son las víctimas

Que vienen en mi hora última  
A recordarme mis crímenes,  
Y las que ante Dios me acusan?....  
¡Oh! pasad, recuerdos lúgubres....  
Pasad, fantasmas cerúleas,  
Y dejad que mi alma goce  
La tranquilidad que busca....  
Mas ¿quien meneea la llave  
Que se halla en la cerradura?....  
Dijo escuchando un ruido  
Estraño que su alma turba,  
Y dirijiendo los ojos  
Acia do el ruido se escucha,  
Con el cabello herizado  
Y la frente en sudor húmeda.  
No se, porque á mí pesar  
Todo esta noche me asusta:  
Prosiguió, cuando el silencio  
Siguió solo á su pregunta.  
Mas volvió otra vez la llave  
A oirse en la cerradura;  
Y él volvió otra vez los ojos  
Lleno de hórrida pavura,  
Sin que osase respirar  
Ni mover su planta inmunda.  
—¿Quien llama? preguntó al fin  
Con voz apagada y trémula,  
Haciendo un terrible esfuerzo  
Que toda su faz demuda.  
Mas á sus breves palabras.  
No contestó voz ninguna,  
Sino el silbido del viento.

Y el golpe atroz de la lluvia.  
—El aire fué quién la llave  
A mover llegó sin duda:  
Dijo; pero nuevo ruido  
Oyendo en la cerradura,  
Abrió la puerta diciendo,  
¿Quién es quien me llama ó busca?  
Mas tampoco contestó  
Nadie á esta nueva pregunta,  
Y sorprendido quedose  
Sintiendo opresion aguda.  
Un golpe dado en la mesa  
Con imponderable furia,  
Le hizo volver la cabeza  
Acia la vela que alumbra;  
Y redoblóse su espanto  
Y su terrible amargura,  
Al ver, vestida de negro,  
A una jóven tierna y pura,  
Que, lo mas, diez y ocho abriles  
Que tiene su rostro anuncia.  
Sentada está en una silla  
Que con franqueza la ocupa,  
En un papel escribiendo  
Con indecible presura.  
Sin respirar Don Fadrique  
Y corriéndole una á una  
Las gotas que su ancha frente  
Frias y copiosas suda,  
Mira atónito, espantado,  
La misteriosa figura  
Que sin alzar la cabeza

De posicion nunca muda.  
—¡Gran Dios! exclamó por fin!  
Al ver, á la luz que alumbra,  
Por un momento la faz  
De la fantasma nocturna.  
¡Mencia!.... ¡Es Mencia!... Cielos!  
Y no bien esto pronuncia,  
Cuando la vision, el rostro  
Acia él volvio con dulzura.  
Fijó despues en Fadrique,  
Que en frio sudor se inunda,  
La vision los grandes ojos  
Que cual estrellas relumbran;  
Y mostrándole el papel  
Que escribiera con presura,  
Despareció de la estancia  
Sin abrir puerta ninguna,  
Como espíritu divino  
Que toma humana figura.  
Quedó Fadrique suspenso,  
Sin vigor, sin fuerza alguna,  
Sin atreverse á mover  
La planta débil y trémula,  
Hasta que pasado un rato,  
Y avergonzado sin duda  
Del temor que le infundiera  
Aquella negra figura,  
Se adelantó ácia la mesa  
Do estaba el papel y pluma.  
Y al fin cogiendo el primero,  
Aunque no con calma mucha,  
Con sorpresa el contenido

Leyó así, con voz profunda.  
"Aun os concede el Eterno,  
"Fadrique, por la vez última,  
"Que arrepentido busqueis  
"El perdon de vuestras culpas.  
"Ese duelo de mañana,  
"A que vais con ciega furia,  
"Suspendedlo, Don Fadrique,  
"Por vuestra dicha futura.  
"Satisfaced á mi hermano  
"Con palabras de dulzura,  
"Y dejad libre á Leonor  
"A quien vais á abrir la tumba.  
"Mas si no atendeis, Fadrique,  
"A lo que el papel anuncia,  
"Y al duelo marchais airado,  
"Perecereis en la lucha;  
"Y el infierno y fuego eterno  
"Será el premio á vuestras culpas.  
"Aprovechad los instantes:  
"Dios esto por mí os anuncia."  
Quedó Fadrique mirando,  
Acabada la lectura,  
Un largo rato el papel,  
Mas sorprendido que nunca.  
—¡Fué un espíritu divino  
El que de un malvado en busca  
Vino, para libertarle  
De ir á las llamas profundas!....  
¡Dios mio!.... cuanta bondad!....  
Mi lengua se encuentra muda  
Para alabar este rasgo

De tu piedad y dulzura!....  
¡Ah! siento en mi corazon  
Una delicia profunda,  
Superior á los deleites  
Que gocé en la tierra impura.  
¡Dios ha tocado mi alma!....  
Dios ahora mi mente alumbra,  
Y me hace ver el abismo  
A do corrí en mi locura....  
¡Dios mio!.... ¡Padre amoroso!....  
Desde hoy mi pecho renuncia  
A los placeres del suelo,  
Para ir de tu gloria en busca.  
En un santo monasterio,  
Penitencia haciendo mucha,  
Servir será mi consuelo  
Al que hoy perdonó mis culpas.

En la sala ya reunidos  
Leonor, Felix y Don Diego  
Están: este sin sosiego,  
Y aquella con gran dolor:  
El padre, porque Fadrique  
En llegar mucho se tarda,  
Y la hija porque aguarda  
El sacrificio mayor.

Indiferente el ministro  
Del altar, está sentado  
De la sala en otro lado,  
Sin ver á nadie ni hablar;

Y Felix que ve á la hermosa  
En un continuo desvelo,  
Quiere prestarla consuelo  
Y sus penas aliviar.

—¿Qué le habrá á Fadrique Espíndola  
Eterno Dios sucedido?  
Dijo Don Diego abatido  
Sin poderse reprimir.  
Y en esto la puerta abrióse,  
Y entró Fadrique por ella,  
A cuya vista la bella  
Sintióse casi morir.

—Señores, dijo Fadrique  
Con la voz desconcertada,  
Y la faz desencajada  
Aun de la noche anterior:  
Suspended la ceremonia  
Que pedí con tanto anhelo:  
Esta union la impide el cielo,  
Porque ofende al Criador.”

Quedáronse sorprendidos  
Todos oyendo tal cosa,  
De placer Leonor la hermosa,  
Y Don Diego de furor.  
Y notando, Don Fadrique,  
La mutacion repentina  
De Diego y su hija divina,  
Prosiguió así con ardor.

De lo dicho no varío

Aunque me cueste la vida:  
Es ya cosa decidida  
Y en la que obedezco á Dios;  
Y acercándose al oido  
Del ofendido Don Diego,  
Hablóle algo; y en sosiego  
Se quedaron ya los dos.

—Sí es así, señor Fadrique,  
Dijo Don Diego en voz alta,  
Cumplid con Dios, que gran falta  
A él fuera no obedecer.  
Y volviéndose á Don Felix,  
Al sacerdote y su hija,  
Añadió: nadie se aflija;  
Cumple con un fiel deber.

Y Espíndola de la sala  
Salió en el mismo momento,  
Y marchó en su seguimiento  
Al punto Felix Monzon;  
Y alcanzándole en el campo,  
Díjole que le siguiese  
Al sitio donde midiese  
Su espada y su corazon.

—Os seguiré: contestóle  
Don Fadrique, porque quiero  
Satisfacer, caballero,  
Vuestra justa indignacion;  
Y sin hablar mas palabras  
En un bosque se internaron,

Y allí quietos se quedaron  
Como valientes que son.

—Sacad la espada, Fadrique,  
Dijo Don Felix, que quiero  
Ver si moveis el acero  
Como la lengua moveis:  
Sacadla, que vuestra sangre  
Derramarla necesito,  
Para el ultraje infinito  
Vengar que en mi alcurnia veis.

—Don Felix, no vuestra sangre  
A verter ahora he venido,  
Sino á pedir os rendido  
Que mi ofensa perdoneis.  
No es el temor á la muerte  
El que la lucha repulsa,  
Sino un deber que me impulsa  
A humillarme cual me veis.

—Digna es de vos ciertamente  
Tan villana cobardia.

—Don Felix, de mi hidalguia  
Nadie duda y de mi honor.

—¿Pues por qué tan humillado?....

—Leed esta carta al momento;  
Y no dudeis de mi aliento  
Ni de mi esfuerzo y valor.

Leyó don Felix la carta  
Lleno de ansiedad y prisa,  
Y con insultante risa

Dijo despues de leer.  
Este papel vos sin duda  
Lo habeis escrito, malvado,  
Temiendo lidiar osado  
Con quien os ha de vencer.

—¡Don Felix!.... dijo con rabia,  
Fadrique, mal reprimida.

—Pues reñid por vuestra vida,  
Que en milagros no he de creer.

—¿Luego pensais que yo miento  
Y que esto es una impostura?

—Tal creo.—La lengua impura  
No volvereis á mover.

Y cruzando furibundos  
Ambos los limpios aceros,  
Se lanzaron uno á otro  
De rabia implacable ciegos.  
Con igual destreza luchan  
Los dos, sin perder terreno,  
Ora parando los golpes,  
Ora desviando el cuerpo,  
Ora amagando á la cara,  
Ora dirijiendo al pecho  
Golpes terribles y muchos  
Sin descansar un momento.  
Mas á pesar que don Felix  
Combate con noble esfuerzo,  
Don Fadrique le supera  
De la espada en el manejo.  
Así lidiando tenaces

Largo rato se estuvieron;  
Y ya iba á dar fin la lucha  
Con la muerte de uno de ellos,  
Cuando una luz refulgente  
Bajada del alto cielo  
Que aquel duelo presenciaba,  
Cayendo de ambos en medio,  
Hizo suspender los brazos  
Cegándoles un momento.  
Y cuando ya recobrados,  
A abrir los ojos volvieron,  
En los aires suspendida  
A Mencía descubrieron,  
Rodeada de blancas nubes  
Y con el rostro risueño.  
—¡Mencía!....—Hermana.....esclamaron  
Felix y Fadrique á un tiempo,  
Y ambos de las fuertes diestras  
Dejan caer los aceros.....  
Fernando que tras Fadrique  
Llegaba en aquel momento,  
Deseando lavar la honra  
Que manchó Espindola un tiempo,  
Detuvo el paso admirado  
Al mirar aquel portento;  
Y ocultado entre los árboles,  
Se arrodilló sobre el suelo,  
Junto á los dos combatientes,  
Sin ser él visto de ellos.  
—El Eterno, hermano mio,  
“Maldice este horrible duelo;”  
Dijo la vision celeste,

Con dulce armonioso acento.  
“Olvidad ya las ofensas:  
“Que es la voluntad del cielo  
“Que don Fadrique sus culpas  
“Las borre en un monasterio.”  
Y sin decir mas palabras,  
Radiante de luz, al cielo,  
Mirando á los dos mortales,  
Fué levemente subiendo.  
Quedó todo por un rato  
En el mas mudo silencio,  
Y aun plegó sus bellas alas,  
Para no hacer ruido, el céfiro.  
Pararon su curso rápido  
Los lípidos arroyuelos,  
Y en los árboles las aves  
Cesaron en sus gorjéos.  
Y mientras que don Fernando  
Y don Felix, en el cielo  
Fijos los ojos tenían  
Un dulce placer sintiendo,  
Don Fadrique, conmovido,  
Inclinó la frente al suelo,  
Y quedó la humilde tierra  
Besando con gran respeto.  
—Lidiar ya con él seria  
No obedecer al Eterno,  
Dijo, para si, Fernando;  
Yo su voluntad venero,  
Y no quiero se malogre  
Su santo arrepentimiento.  
Y saliendo de los árboles,

Sin ser notado, en silencio,  
Se alejó del sitio aquel,  
Alavando al Ser Supremo,  
Que tanto hace por los hombres  
Que le ofenden sin respeto.  
—Don Fadrique, yo os perdono  
Cual os perdona el Eterno.  
Dijo Felix cuando todo  
Quedó en el mayor silencio.  
Quedad con Dios y salvaos:  
Yo su mandato obedezco,  
Y me retiro admirado  
De su amor tan manifiesto.  
Y dejando á don Fadrique  
Besando el humilde suelo,  
Se alejó de aquel lugar  
De su sorpresa aun no vuelto.

### CONCLUSION.

En cuanto Fernando supo  
Que Fadrique renunciaba  
A la muger que él amaba  
Con inestinguible ardor,  
Corrió a casa de don Diego,  
A pedirle, humildemente,  
Que le cediera clemente  
La mano de su Leonor.

Sorprendiose el buen anciano  
Viendo á Fernando, á quien muerto

Juzgaba, como por cierto  
Hasta aquel dia pasó:  
Pero al cabo, enternecido,  
Viendo á su hija y á Fernando  
A sus plantas suplicando,  
En unirlos consintió.

Y ambos vivieron felices  
Llenos de dicha y contento;  
E Isabel entró á un convento  
Donde cual santa vivió;  
Y Fadrique, en aquel sitio  
Donde apareció Mencía,  
Con afan y con fé pia  
Una ermita construyó.

Y en ella, siendo el ejemplo  
De virtud y de clemencia,  
En continua penitencia—  
Vivió y en santa oracion;  
Hasta que el Dios de los cielos,  
Al ver que ya sus pecados  
Estaban todos purgados,  
Lo llamó ácia su mansion.



## LOS SONETOS.

### SONETO.

¿De qué sirve sufrir y estar mohino  
Buscando consonantes que á uno abrumen,  
Y dar cada seis meses un volúmen  
Do el autor muestre su sapiencia y tino?  
Solo de acreditar que es un pollino:  
Pues los que su existencia la consúmen  
En escribir, hoy pasan, en resúmen,  
Por poetas de gusto poco fino.

Pues ya solo es tenido por discreto,  
Y de sábio á adquirir llega renombre,  
El que escribe cada año algun soneto  
Cuyo prosaico estilo al mundo asombre.  
Por eso yo este escribo; y me prometo  
Con él solo inmortal hacer mi nombre.



### LA EXISTENCIA DE DIOS.



¡Oh Señor Nuestro, y como vuestro nombre  
Es por sus maravillas admirable,  
Ilustre y memorable  
En la estendida habitacion del hombre!  
„Juan de Jáuregui.“

¡Cuán grande es tu poder, Ser Increado,  
Fuente de dichas, de venturas centro!  
Pues donde quier que miro, allí te encuentro  
De gloria y de belleza circundado.

¿Quién te podrá negar sino el impío  
Que teme tu poder, temor que muestra  
Que existes, Gran Señor, y que en tu diestra  
Tienes el mundo todo á tu albedrío?

Esos celestes astros que radiantes  
Los inmensos espacios iluminan,  
Y nunca su carrera la terminan  
Recorriendo la esfera de diamantes:

Esos mil soles, plácidas lumbreras

## LOS SONETOS.

### SONETO.

¿De qué sirve sufrir y estar mohino  
Buscando consonantes que á uno abrumen,  
Y dar cada seis meses un volúmen  
Do el autor muestre su sapiencia y tino?  
Solo de acreditar que es un pollino:  
Pues los que su existencia la consúmen  
En escribir, hoy pasan, en resúmen,  
Por poetas de gusto poco fino.

Pues ya solo es tenido por discreto,  
Y de sábio á adquirir llega renombre,  
El que escribe cada año algun soneto  
Cuyo prosaico estilo al mundo asombre.  
Por eso yo este escribo; y me prometo  
Con él solo inmortal hacer mi nombre.



### LA EXISTENCIA DE DIOS.



¡Oh Señor Nuestro, y como vuestro nombre  
Es por sus maravillas admirable,  
Ilustre y memorable  
En la estendida habitacion del hombre!  
„Juan de Jáuregui.“

¡Cuán grande es tu poder, Ser Increado,  
Fuente de dichas, de venturas centro!  
Pues donde quier que miro, allí te encuentro  
De gloria y de belleza circundado.

¿Quién te podrá negar sino el impío  
Que teme tu poder, temor que muestra  
Que existes, Gran Señor, y que en tu diestra  
Tienes el mundo todo á tu albedrío?

Esos celestes astros que radiantes  
Los inmensos espacios iluminan,  
Y nunca su carrera la terminan  
Recorriendo la esfera de diamantes:

Esos mil soles, plácidas lumbreras

Que en el cielo se muestran en la noche,  
Cuando cierra la flor su hermoso broche  
Y la mecen las auras placenteras:

Esos mundos de luz, cometas bellos  
Que en círculos inmensos van rodando,  
Y otros mundos sin número alumbrando  
Do del sol no llegáran los destellos:

Esa luna apacible, blanca y pura  
Que cual lámpara hermosa de consuelo  
Colgada miro en el azul del cielo  
Derramando en el alma la dulzura:

¿Por quién, sino por tí, Señor del mundo,  
Giran iluminando el firmamento?

¿Por quién, sino por tí, sí, á cuyo acento  
Cuanto existe salió del caos profundo?

¿Quién el ser dar podría á tantos seres  
Sino otro Ser mas grande y poderoso,  
Ser sin principio, sábio y bondadoso,  
Como tú, padre mio y mi Dios, eres?

Cuando en los aires miro suspendidas  
Las aguas que el brillante cielo ocupan,  
Y las flotantes nubes que se agrupan  
En un punto do quedan detenidas:

Y escucho el trueno que precede impio  
Al rayo ardiente que furioso estalla  
Que abre la oscura y tenebrosa valla,  
Dejando de agua descender un rio:

Entonces, Gran Señor, mi alma, estasiada,  
Tu poder reconoce sobrehumano,  
Poder que al hombre, que te insulta vano,  
Y al mundo reducir puede á la nada.

Y cuando miro el mar profundo, inmenso,  
Rugiendo alzarse y que el mortal se asombre,  
Conozco mas la pequeñez del hombre,  
Y en tu poder y en tu grandeza pienso.

¡El mar! . . . ese elemento solo á el alma  
Tu existencia á probar basta, Dios mio:  
Tu enojo él muestra cuando ruje impio;  
Tu bondad suma cuando yace en calma.

Mas ¿quién, mejor que el hombre, tu existencia  
Revelar puede sobre el suelo inmundo?  
¿Quién mejor que él, que con afán profundo  
Corre constante tras la hermosa ciencia?

El los espacios todos ha medido  
Y el curso de los astros ha estudiado:  
Todos los elementos dominado;  
Y todos los obstáculos vencido.

Jamas su pensamiento encuentra valla:  
Inventa, crea, canta la natura;  
Y siendo la mas débil criatura  
Con su talento á todas avasalla.

Mas este mismo ser, este mismo hombre  
A quien toda la tierra está humillada,  
¿Qué es ante tí, gran Dios? . . . menos que nada:  
Inmundo cieno á quien le diste nombre.

Lodo á quien vida diste con tu aliento,  
Y que, en su orgullo, un Dios se ha figurado:  
Un vil gusano que hasta á tí se ha alzado  
Vano con su saber y su talento.

Mas ¿qué hace el hombre con su ciencia tanta,  
Tras de afanes sin cuento conseguida?  
¿Podrán los sábios todos darle vida  
A una piedra que pisan con su planta?

No: ellos imitan lo que tú has criado:  
Mas tú das vida á lo que yace yerto;  
Y ellos á lo que existe dejan muerto,  
Por mas que darle vida han procurado.

Y aun así se empeña el hombre,  
Miserable cuanto vano,  
Sin que tu poder le asombre,  
En no ver al Soberano  
Que le dió ecsistencia y nombre.

Y así se empeña tambien,  
Porque le tengan por sabio,  
En acerte eterno agravio,  
Y en negar su impío labio  
Que hay un Dios, un Sumo Bien.

El avaro, por el oro,  
Se olvida tambien de tí;  
Que para él no ecsiste aquí  
Otro Dios que su tesoro,  
Que adora con frenesi.

Solo el poeta, en su anhelo,  
Te ve á tí en la creacion;  
Pues lleva, para consuelo,  
En su alma la religion,  
Y su esperanza en el cielo.

Él con su suave laúd,  
Te canta, Dios de clemencia;  
Y á la humilde multitud,  
La revela tu ecsistencia,  
Y la enseña la virtud.

Pobre, sin vana opulencia  
Que otros buscan noche y dia,  
Pero rico de conciencia,  
Por cuanto hay no cambiaria  
Su religiosa creencia.

Para el poeta, en el suelo,  
Solo ecsisten bienes dos  
De eterna dicha y consuelo:  
Un Omnipotente Dios,  
Y un resplandeciente cielo.

Y no busca  
Ya en el mundo,  
Falso, inmundo,  
Do está el mal,  
Esa necia  
Falsa gloria,  
Transitoria,  
Del mortal.

Que el poeta,  
Mas que el oro  
Y el tesoro  
Que hay mayor,  
Ama siempre  
Tiernamente,  
Al clemente  
Criador.

Y en sus trovas,  
Al Eterno,  
Siempre tierno  
Canta y fiel;  
Y á la triste  
Criatura,  
La ley pura  
Muestra él.

Porque ese Dios que de la nada el mundo  
Hizo y el sol y rápido cometa,  
"Canta la religion," dijo al poeta;  
"Canta mis glorias y mi amor profundo.

"Pulsa la dulce y armoniosa lira,  
"Y guía al hombre en la virtuosa senda;  
"Y dile que hay un Dios: que no le ofenda,  
"Pues sus acciones mas pequeñas mira.

"Esa es, poeta, sobre el triste suelo  
"Tu mision, y vivir en la indijencia;  
"Mas al perder tu mísera ecsistencia,  
"Riqueza y gloria te daré en mi cielo."

Y el bardo cogió el laúd  
Que pulsó con débil mano;  
Y libre de orgullo vano,  
Cantó á su Dios Soberano,  
Y la paz y la virtud.

Y acató las santas leyes  
Del Ser que le diera el ser;  
Y nunca vendió al poder  
De impuros, y viles reyes,  
Su virtud ni su saber.

Que donde quier que los ojos  
Vuelve, á su Dios allí mira;  
Y temiendo sus enojos,  
Va del mundo en los abrojos  
Con su creencia y su lira.

Si; yo te miro ¡oh Dios! en el fulgente  
Sol que alumbra la plácida colina,  
Y en la callada luna que ilumina  
Las olas de ese mar ancho, inclemente.

Yo te miro do quier, si, Padre mio,  
Y do quiera tambien tierno te adoro;  
Y donde quiera mi laúd sonoro  
Pulsar en tu alabanza es mi albedrío.

Que tu gloria y la virtud  
Quiero cantar solamente  
Y tu eterna escelsitud;  
Y al cielo subir fulgente,  
Cuando baje al atahúd.

## AL SR. CRUCIFICADO.

### SONETO.

Padre de amor que descendiste al mundo  
A redimir al hombre del pecado,  
Y abandonaste el cielo tan amado  
Por este valle miserable, inmundo:  
Mira mi pena, mi dolor profundo,  
Por haberte á esa cruz santa enclavado,  
Y mírame á tus pies arrodillado  
Vertiendo llanto con que el suelo inundo.  
Mi maldad, gran Señor, es infinita;  
Mas una gota de tu sangre pura,  
Las manchas todas de mis culpas quita:  
Por eso en mi afliccion y mi amargura,  
Vengo esa gota á demandar bendita  
Para que me abra el cielo de ventura.



## LA CAUTIVA.

### POESIA ORIENTAL.

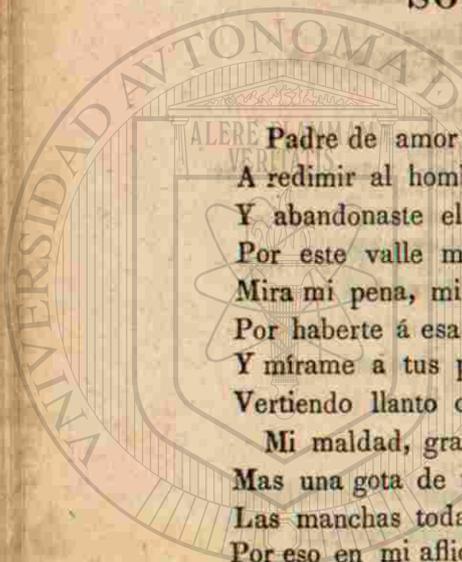
De hoy á mañana está el cielo  
Mas sereno, mas nublado,  
Está seco y verde el suelo,  
Y el pájaro mas atado  
Por el aire esparce el vuelo.  
Lope de Vega.

#### I.

Es el delicioso baren  
Del mas poderoso Emir,  
En donde grutas se ven  
De delicado zafir  
Y de pórfido tambien.

Fuentes con mil surtidores  
Se ven allí construidas,  
Cuyas linfas en las flores  
Dejan sus gotas prendidas,  
A las que el sol dá colores.

Hay estancias regaladas,  
Que parecen por las hadas  
Construidas con afan,  
Do las aves encerradas  
Trinando tiernas estan.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Y hay un mirador dorado  
De hermosura sin igual,  
Con todo el mero labrado,  
Con columnas de cristal  
Y de marfil delicado.

Baños de aguas perfumadas,  
Donde se ve por alfombra  
Flores muchas nacaradas;  
Y a los que dan grata sombra  
Bellas rosas enlazadas.

Estanques llenos de flores,  
De riquísimas labores,  
Cubiertos con verdes ramas,  
Do hay mil peces de colores  
Y de doradas escamas.

Junto á lagos pintorescos,  
Se levantan mil glorietas  
De columnas gigantescas;  
Y en jarrones arabescos  
Mécense las violetas.

Y tejiendo allí guirnaldas  
De rubies y esmeraldas,  
Están las esclavas bellas,  
Ostentando, todas ellas,  
Ricas flores en sus faldas.

Y en medio de ellas pulsando  
De oro un arpa guarnecida,  
Está una hermosa cantando,

Con acento dulce y blando,  
Una trova muy sentida.

Sobre su nevada espalda  
Y su alabastrino cuello,  
Estremadamente bello,  
Flota su blondo cabello  
Do brilla alguna esmeralda.

Un vestido trasparente,  
De gasa leve de Italia,  
Lleva la bella inocente;  
Y sobre el seno turjente  
Ostenta una hermosa dália.

En sus dedos delicados,  
De nieve pura tocados,  
Brillan preciosos diamantes,  
Y riquísimos brillantes  
Por el Emir regalados.

Mas oigamos de la hermosa  
Su divino y tierno acento,  
Y su voz dulce, armoniosa,  
Que lleva el lánguido viento  
Que entre las flores se posa.

“¿De qué sirven perlas y oro,

“Y tener todo el tesoro

“De este mundo,

“A la que cautiva gime,

“Y á su corazón oprime

“Mal profundo?... . . .

“Qué, tener de hermosas flores,

“De matizados colores,

“Blando lecho,

“Si las espinas delgadas

“Del dolor, siente enterradas

“En el pecho?....

“¿De qué los claros diamantes,

“Y los costosos brillantes

“De Golconda,

“Si ellos son duras cadenas

“Que aumentan muy mas sus penas

“Y herida honda?....

“De qué bellos abanicos

“De hermosas plumas y ricos,

“A la triste,

“Si en una atmósfera ardiente

“Que abrasa el seno y su frente,

“Siempre ecsiste?....

“¿De qué músicas sonoras

“El oír á todas horas

“Noche y día,

“Si eternal y amargo llanto

“Está derramando en tanto

“A porfia?....

“¿De qué ver en redes de oro,

“Al canario tan canoro

“Fiel trinando,

“Si le recuerda á la hermosa,

“Que en prision cual él lujosa,

“Va penando?.....

“¿Qué gustar gratos manjares,

“Y peces particulares

“Que ha admirado,

“Si el pan que come entre enojos,

“Con el llanto de sus ojos

“Va amasado?.....

“¿De qué tener ricas telas,

“Y de encajes de Bruselas

“Ir vestida,

“Si es el sudario vistoso

“Que cubre su cuerpo hermoso

“En la vida?....

“¿De qué vivir bajo un cielo

“De delicias y consuelo

“Para alguna,

“Si esta pátria no es la de ella,

“Y su recuerdo á la bella

“La importuna?.....

“Muy mas vale en la indigencia

“Vivir, con independencia,

“En su suelo,

“Que vivir sujeta á un moro,

“Aunque perlas nos dé y oro

“Con anhelo.”

Y aquí fin á la canción  
Dió la desdichada hermosa;  
Y una lágrima preciosa,  
En su megilla de rosa  
Tembló de amarga aflicción.

Cesó del arpa el sonido  
Y la plácida armonía;  
Y en su lugar un gemido,  
De tierna melancolía,  
Esbaló el pecho afligido.

Y todo en calma quedó  
Al rededor de la bella  
Que lamentaba su estrella,  
Cuando una esclava ácia ella  
Con cautela se acercó.

—Señora, un noble español,  
La dijo, don Juan llamado,  
Que os dijera me ha encargado  
Que esteis, al hundirse el sol,  
En la reja con cuidado.

Que tres días ha llegó,  
Y que no ha podido entrar  
Hasta aquí, aunque procuró;  
Por lo cual os quiere hablar  
De un asunto en vuestro pro.

—¿Don Juan dices?... y al volver  
Los ojos á quien la hablaba,  
Cerca á nadie llegó á ver,

Pues sentada la muger  
Ya entre las otras se hallaba.

II

Es la noche:  
Negro el cielo  
Cubre el suelo  
De pavor:  
Ni una estrella  
Brilladora,  
Muestra ahora  
Su esplendor.

Mas no jime  
Fuerte el viento,  
Pues muy lento  
Va también;  
Derramando  
Los olores,  
De las flores  
Del haren.

Todo en calma  
Yace triste:  
Todo ecsiste  
Ya en quietud,  
Menos una  
Jóven bella,  
Que muestra ella  
Su inquietud.

A la reja  
De un palacio,  
Largo espacio  
Se halla ya;  
Y algo espera  
Tristemente,  
Que impaciente  
Mucho está.

Mas ¿que mira,  
Que en sus ojos  
Los enojos  
Ya no están?  
Un mancebo  
Que ella adora,  
Por quien llora,  
Y es don Juan.

—¿Laura mía!

—Juan amado! ...

Te he esperado  
Sin quietud.

—¿Me amas mucho?.....

—Sí, sin calma:

Cual del alma  
La virtud.

Y en tanto que juramentos  
De amor entrambos se hacian,  
Que escuchaba no veían,  
Detras de Laura, el Emir;

El cual, un grito lanzando,  
Salió á la calle al instante  
Y sobre el feliz amante  
Se arrojó para le herir.

Pero este sacó en el punto  
Su muy bien templado acero,  
Y resistió el golpe fiero  
De su enemigo fatal;  
Y lucharon largo rato  
Los dos con furia y acierto;  
Pero al fin el Emír, muerto  
Fué por su fuerte rival.

—Huyámos, Laura, ninguno  
Se opone á nuestro albedrio:  
Huyámos, que ya un navio  
Nos espera, dulce amor;  
Y Laura dejó el palacio,  
Y con su querido amante  
Entró al buque, y al instante  
Dejó el puerto sin temor.



SONETO.

Bien podrás aflijirme y darme enojos  
Despreciando mi amor, mi pasión tierna:  
Bien podrás mi desgracia hacer eterna  
Esquivando el abrir tus labios rojos.  
Podrás muy bien rasgar á tus antojos  
Los versos do habla mi pasión interna;  
Y una lágrima hacer que sempiterna  
Brille temblando en mis amantes ojos.  
De tu vista muy bien podrás privarme  
Cuando en tu casa á tu albedrío quedes,  
Y la puerta muy bien podrás cerrarme  
Sin que pueda mirar mas que paredes:  
Muy bien podrás, hermosa, detestarme;  
Mas que deje de amarte.... eso no puedes.



LA MUGER.

Mas ese Supremo Ser,  
Que al hombre en su maldición  
Predestinó a padecer,  
Le ofreció por compasión,  
El amor de una muger.

C. Diaz.

¿Quién es el ángel de ventura y gloria  
Que Dios al hombre destinó en el suelo?  
¿Quién es su dicha, su eternal consuelo,  
Su vida y su placer?  
¿Quién es el astro bienhechor que ufano  
Sigue en el mundo con amantes ojos?  
¿Quién el que enjuga, en su dolor y enojos,  
Su lloro? La muger.  
Mas ¿quién tambien arrebatarle suele  
La paz sencilla de que goza el alma?  
¿Quién, para siempre, la apacible calma  
Suele en dolor volver?  
¿Quién es la estrella fúlgida que al hombre  
Le ofusca y lleva por fatal camino?  
¿Quién el que amarga su feliz destino?  
La celestial muger.

SONETO.

Bien podrás afljirme y darme enojos  
 Despreciando mi amor, mi pasion tierna:  
 Bien podrás mi desgracia hacer eterna  
 Esquivando el abrir tus labios rojos.  
 Podrás muy bien rasgar á tus antojos  
 Los versos do habla mi pasion interna;  
 Y una lágrima hacer que sempiterna  
 Brille temblando en mis amantes ojos.  
 De tu vista muy bien podrás privarme  
 Cuando en tu casa á tu albedrio quedes,  
 Y la puerta muy bien podrás cerrarme  
 Sin que pueda mirar mas que paredes:  
 Muy bien podrás, hermosa, detestarme;  
 Mas que deje de amarte.... eso no puedes.

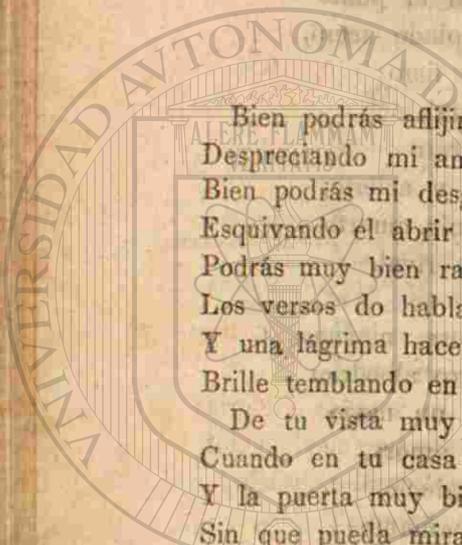


LA MUGER.

Mas ese Supremo Ser,  
 Que al hombre en su maldicion  
 Predestino a padecer,  
 Le ofrecio por compasion,  
 El amor de una muger.

C. Diaz.

¿Quién es el ángel de ventura y gloria  
 Que Dios al hombre destinó en el suelo?  
 ¿Quién es su dicha, su eternal consuelo,  
 Su vida y su placer?  
 ¿Quién es el astro bienhechor que ufano  
 Sigue en el mundo con amantes ojos?  
 ¿Quién el que enjuga, en su dolor y enojos,  
 Su lloro? La muger.  
 Mas ¿quién tambien arrebatarle suele  
 La paz sencilla de que goza el alma?  
 ¿Quién, para siempre, la apacible calma  
 Suele en dolor volver?  
 ¿Quién es la estrella fúlgida que al hombre  
 Le ofusca y lleva por fatal camino?  
 ¿Quién el que amarga su feliz destino?  
 La celestial muger.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ella del hombre suele ser la vida:  
Ella del hombre suele ser la muerte:  
Ella su dicha, su penar, su suerte,  
Su bien, su padecer.

Ella quien torna los abrojos tristes  
Del mundo, en bellas olorosas flores:  
Ella quien cambia en penas y dolores  
La dicha y el placer.

¡Feliz aquel que sus halagos huye!  
¡Feliz aquel que sus halagos siente!  
¡Feliz quien vence su pasión ardiente,  
Y quien la dá su amor!....

Es la honra de unos: la deshonra de otros:  
El bien y el mal: ventura y desventura:  
Cicuta y triaca: enfermedad y cura:  
La afrenta y el honor.

Nada hay, sin ella, que alegría inspire:  
Nada hay, con ella, que pesar no cueste:  
Nada hay, sin ella, que quietud nos preste:  
Ni con ella solaz.

Sin ella todo nos inspira hastio:  
Con ella todo sobresalta á el alma:  
Sin ella no hay felicidad ni calma:  
Ni hay, donde ella está, paz.

Es un ser puro, encantador y hermoso:  
Es un ser falso, fementido y fiero:  
Un ser constante, cándido y sincero;  
Y un inconstante ser.

Es la fortuna y perdición del hombre;  
Y allá en su seno encantador encierra,

La dulce paz y la funesta guerra  
La gloria, el padecer.

Su aliento aduerme con dulzura el alma:  
El pecho abraza con furor su aliento:  
Con su sonrisa plácida, el contento  
Derrama y el dolor.

Dichoso aquel á quien su labio dice:  
“Mi bien, yo te amo.” Y venturoso el hombre  
A quien le dice: “te odio; y hasta el nombre  
Tuyo, me causa horror.”

Criola Dios para calmar los males  
Y para azote de la especie humana:  
Hízola tierna, pérfida y tirana,  
Y fiel y desleal.

¡Ay! cuán feliz el hombre que su pecho  
Cierra al encanto de este ser hermoso!  
Y cuán feliz aquel que su reposo  
En él busca leal!

Si; que es cual sol que vivifica amante  
Las plantas todas con su ardor fecundo:  
Es, siendo buena, lo mejor que al mundo  
Mandó el Eterno Ser.

Mas como el sol las flores seca ardiente,  
Ella, si es mala, despedaza el alma:  
De esta huya el hombre, y hallará la calma,  
Que anhela, en la muger.



SONETO.

Tras el oro fatal que encierra el orbe,  
Corre el avaro sin temor ni tino;  
Y se arroja á la mar en débil pino  
Sin que nada en su marcha ya le estorbe.  
Mas irritado el Ponto brama y sorbe  
Cuanto flota en sus ondas con mal sino,  
Y al buque y al avaro y su oro fino,  
Dentro sus olas furibundo absorbe.  
Así ciego en el mundo corre ufano,  
Tras el placer, el hombre licencioso  
Sin ver escollos en su afán insano.  
Mas turban las pasiones su reposo  
Que él mismo las buscó sediento y vano,  
Y muere de ellas al rigor furioso.



EL SULTAN Y LA CRISTIANA.

POESIA ORIENTAL.

Contra mi pecho abrasado,  
Que tiranamente obráis!  
Pues cuando sola bastáis,  
Vos y amor se han conjurado  
Agustín de S. y Torres.

¿Porqué, preciosa cristiana,  
Ser rehusas la sultana  
Con quien viva;  
Y de mí tus bellos ojos  
Apartas, dándome enojos,  
Siempre esquiva?

¿Por qué desprecias, bien mio,  
Mi riqueza y poderio,  
Despiadada?  
¿Por qué, mi hermosa gacela,  
Amarme tu alma recela  
Siendo amada?

Tú ves mil mugeres bellas  
Que codician, todas ellas,  
Mis caricias;  
Mas yo anhelo tu ternura,  
Porque eres tú mi ventura,  
Mis delicias.

Tendrás un lecho de flores,  
Do al aspirar sus olores  
Te adormezcas.  
Y una hamáca reluciente,  
Con mil perlas del oriente,  
Do te mezcas.

Mil pebeteros bruñidos  
Darán humo á tus sentidos  
Regalado;  
Y de oro y plata luciente,  
Se verá risueña fuente  
A tu lado.

Tendrás baños de cristales,  
Do tus miembros celestiales  
Mojes, pura:  
Cuyas aguas olorosas  
Con el jugo de las rosas,  
Dén dulzura.

Entre flores y bejuços

Te mecerán los eunucos  
Del serrallo;  
Cual suele la brisa inquieta,  
Mecer á la viöleta  
En el tallo.

Allí el flotante cabello,  
Rizará, sobre tu cuello,  
Aura leda;  
Y tu seno cual la nieve,  
Dejará entrever la leve  
Blanca seda.

Del árpa la melodía  
Escucharás, vida mía,  
De fiel bardo:  
Y oirás cantar á las aves  
Con trinos dulces suaves,  
Sobre el nardo.

¿Rehusarás, bella cristiana,  
Ser ahora la sultana  
Con quien viva?  
¿Apartarás ya tus ojos  
De mí, causándome enojos,  
Siem pre esquiva?

¿O querrás tornar á mi alma,  
Con tu amor, la dulce calma

Que perdiera?  
¡Ah! responde bien querido,  
Que el sultan tu voz, rendido,  
Aquí espera.

II.

Con los ojos en el suelo,  
Sin consuelo  
La cristiana oyó al sultán;  
Y viendo que presa ecsiste,  
Con voz triste  
Contestó así con afan.

La fortuna mi enemiga,  
Hoy me obliga  
Vuestra esclava á ser, señor;  
Mas aunque tema enojaros,  
Voy á hablaros  
De mis penas y dolor.

Yo á un cristiano amé constante,  
Y él, amante,  
En mi amor ardió tambien:  
Hoy me aguarda con anhelo,  
Sin consuelo,  
Porque cifra en mí su bien.

El, cual yo, ruega á Maria

Noche y dia,  
Porque calme nuestro afan.  
El Dios de él es el Dios mio,  
No el impio  
De vuestro falso alcoran.

De él es, pues, mi alma coastante;  
Y otro amante  
Nunca llegaré á tener:  
Ora me hable con terneza,  
O fiereza,  
O bien me haga padecer.

—Basta basta, infiel cristiana,  
Que mañana  
Tus deprecios llorarás.  
Mi esclavo es ese cristiano,  
Inhumano,  
A quien muerto mirarás.

Yo tus pasos he seguido,  
Y he oido  
Vuestras palabras de amor;  
Mas creí que le olvidarás  
Y me amáras,  
Porque yo era tu señor.

III.

A la prima luz del alba,  
La cristiana, asaz llorosa,  
Tierna, hermosa,  
Bajó, abatida, al jardín.  
Donde amoroso trinaba,  
Cabe la risueña fuente

Reluciente,  
El pintado colorín.

Pero al alzar los sus ojos,  
Vió á su amante tan querido,  
Suspendido  
De un árbol por un cordel;  
Y al bajarlos, de horror llena,  
Vió, en su triste desconsuelo,  
Sobre el suelo  
Con sangre escrito un papel.

Que decia: "Quien me roba  
"Mi joya la mas querida,

"Con la vida

"Pagará su usurpacion.

"Vengado estoy ya, cristiana:

"Mira aquí á tu tierno amante

"Tan constante,

"Sin fuego en el corazón."

Cayó al suelo la infelice,  
De agudo mal traspasada

Desmayada,  
Cual cae cortada una flor.  
Y el sultan que estaba oculto  
Salió; y sin ver su martirio,  
Con delirio  
La besó lleno de amor.

III.

Vivir aquí es padecer  
Y jemir en el dolor:  
Es la ventura cual flor  
Que brilla el sol al nacer,  
Y al morir pierde el color.

El mundo, con su hermosura  
Que deslumbra nuestros ojos,  
Es camino de amargura,  
Por donde, entre mil abrojos,  
Vamos á la sepultura.

Corre el hombre, sin recelo,  
En su ardiente juventud,  
Tras el placer en el suelo.  
Mas sin conseguir su anhelo,  
Baja el triste al atahud.

Sí; que la felicidad  
Es ilusion halagüena:  
Una mentida deidad

Conque el hombre siempre sueña:  
El mal es la realidad.

---

Y ese angelical amor,  
Del alma afeccion divina,  
Mandado es por el Señor,  
Como dulce medicina  
Que calma, en parte, el dolor.

---

Más suele breve pasar  
Cual celeste ecesalacion,  
Y una ancha herida dejar  
En medio del corazon,  
Que no se llega á cerrar.

---

¿Qué es de la hermosa cristiana  
Que despreció ser sultana,  
Soñando dichas y amor?  
Mirad: es la flor temprana  
Muerta del sol al ardor.

---

La que fué joya querida  
De un cristiano y de un sultan,  
Perdió, de dolor, la vida:  
Hoy todo el mundo la olvida,  
Y huye de ella con afan.

---

Esta es la vida: un momento  
De placer y de ilusion:  
Un siglo atroz de tormento:  
Una flor que arranca el viento  
Apenas rompe el boton.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SONETO.

Rompe la tierna y matizada rosa  
Su delicado y celestial capullo,  
Y de la brisa al apacible arrullo  
Se columpia, en su tallo, magestuosa.  
Por un instante se presenta hermosa,  
De aromas llena, cual tambien de orgullo;  
Y el arroyo, apacible en su murmullo,  
Pasa á su lado, pues besarla no osa.  
Mas ruje el huracan, y fuerte el viento  
El tallo arranca do la flor descuella,  
Y sus hojas destroza violento.  
Así en el mundo la muger tan bella,  
Su hermosura, feliz muestra un momento;  
Mas llega la vejez y acaba aquella.



A LOS ROMANTICOS FANATICOS.

Cien coplas hace Don Panfilo  
Siempre que enristra la pénola,  
Ya pintando escenas trágicas  
Ya visiones cadavéricas.  
Juan M. de Villergas.

Con este siglo romántico  
En que está en moda ser tísico,  
Está en contraste mi físico  
Y tambien mi alegre cántico.

Pues los de carrillos sólidos,  
Que no tienen rostro livido  
Y el carmin ostentan vívido,  
Son tenidos por estólidos.

Andar lento: la faz pálida:  
Mirar triste: barba esférica:  
Pelo largo: vez histérica,  
Hacen la persona válida.

SONETO.

Rompe la tierna y matizada rosa  
Su delicado y celestial capullo,  
Y de la brisa al apacible arrullo  
Se columpia, en su tallo, magestuosa.  
Por un instante se presenta hermosa,  
De aromas llena, cual tambien de orgullo;  
Y el arroyo, apacible en su murmullo,  
Pasa á su lado, pues besarla no osa.  
Mas ruje el huracan, y fuerte el viento  
El tallo arranca do la flor descuella,  
Y sus hojas destroza violento.  
Así en el mundo la muger tan bella,  
Su hermosura, feliz muestra un momento;  
Mas llega la vejez y acaba aquella.



A LOS ROMANTICOS FANATICOS.

Cien coplas hace Don Panflo  
Siempre que enristra la pénola,  
Ya pintando escenas trágicas  
Ya visiones cadavéricas.  
Juan M. de Villergas.

Con este siglo romántico  
En que está en moda ser tísico,  
Está en contraste mi físico  
Y tambien mi alegre cántico.

Pues los de carrillos sólidos,  
Que no tienen rostro livido  
Y el carmin ostentan vívido,  
Son tenidos por estólidos.

Andar lento: la faz pálida:  
Mirar triste: barba esférica:  
Pelo largo: vez histérica,  
Hacen la persona válida.

Pues se dice ya en voz pública,  
Por los que se untan cosmético,  
Que es cual insufrible emético  
La alegría en la república.

Y que es escritor ridículo  
Y de corazón elástico,  
El que huye de lo fantástico  
Y lleva lleno el ventrículo.

Que comedia sin patíbulo,  
Es cual novela sin prólogo,  
Cual tragedia sin monólogo,  
O cual templo sin vestíbulo.

Y que no vale una albóndiga  
Quien no pinta el amor tórrido,  
Y al que no usa el puñal hórrido.  
Vender se debe en la alhóndiga.

Mas yo, sin seguir la brújula  
De tanto sabio romántico,  
Ya de aquí ó ya tras atlántico,  
Digo en consonancia esdrújula.

Que es la alegría el bien único  
Que hay en el mundo misérrimo;  
Y enjugar el lloro ubérrimo  
Debe hasta el autor que es púnico.

Y que el que nos causa un cólico  
Pintando un amor volcánico,  
Debe ser autor satánico;  
Mas no romano católico.

Y aunque me lleven al Bósforo  
Esos entes tan raquítricos,  
Que están casi paralíticos,  
Aunque almas tienen de fósforo,

Diré, al ver el mar indómito,  
Que es la alegría un bien célico;  
Y el furor anti-evangélico,  
Peor que el cólera y el vómito.

Porque en este valle hipócrita,  
Do nos consuela el Paráclito,  
Mas que llorar cual Heráclito,  
Vale reír cual Demócrito.

Mas contempla, amigo Hermógenes,  
A esos autores patéticos,  
Y a todos los verás héticos  
Y vestidos como Diógenes.

Delgados como un espárrago,  
Ningun autor leen agrónomo;  
Y hambrientos como un gastrónomo,  
Llenan su vientre de fárrago.

Y miran el blanco pértigo  
Del carro del sol magnífico;  
Mas como no es específico  
Contra el hambre, caen de vértigo.

Y en tanto el autor, cual Jérica,  
Risueño, alegre y satírico,  
Bien dramático ó bien lírico,  
Anda sin faz cadavérica.

Y aquesto no es problemático:  
El primero cual espátula,  
Tiene el cuerpo y la carátula,  
Cuando el segundo está eucrático.

Todos del dolor el ácido  
Sienten, viendo á un antropófago,  
Que hace bajar al sarcófago  
Mil víctimas siempre plácido.

Mientras que un chiste poético  
De autor lírico ó dramático,  
Le hace bailar á un reumático  
Y al que buscaba un diurético.

Que es gustar ver muertes ¡cáscaras!  
De la crueldad el cúmulo;  
Pues mas divierte que un túmulo  
Un baile alegre de máscaras.

Y aun esos mismos apóstoles  
Que no hablan de lo terrijeno,  
A que no toman ocsijeno,  
Pongo el órgano de Móstoles.

Mas si hay alguno que el tálamo  
Mortuario, que es tan terrífico,  
Prefiere á un baile magnífico,  
Deben colgarle de un álamo.

O ensillarle, voto al chápiro,  
Como si fuera un bucéfalo;  
Porque debe estar acéfalo  
De los hombres, tal gagnápiro.

Y en vez de la lira de ébano  
Que escuche la gaita rústica,  
Pues sabe tanto de acústica,  
Como de un pasiego el cuébanos.

Y paja y cebada fríjida  
Coma en un pesebre ó rábanos,  
O cual á bestia los tábanos  
Píquienle por Santa Brígida.

Y que le salga un ardínculo  
Como á tal, ó leve pápula,  
Mientras otros á la crápula  
Se entregan con dulce vínculo.

O hacerle vuele cual Icaro  
Hasta el sol bello cual diáspero,  
Y de golpe mortal y áspero  
Deje de existir el pícaro.

Por fortuna es corto el número  
De los que aman fines trájicos;  
Y el afecto á chistes májicos  
Es, á no dudar, innúmero.

Pues para un mortal erótico,  
Que es de la Parca noble émulo,  
Y habla con acento trémulo,  
Y sus versos son narcótico:

Hay mil que corren solícitos,  
Jóvenes fuertes, no exánimes,  
Tras de la alegría unánimes  
Y tras los placeres lícitos.

¿Qué gefe en la helada y tórrida  
Zona, que mortal armijero,  
No va á un baile mas alijero  
Que no á una batalla hórrida?

Los mas; y no es una andrómina;  
Que si algunos hay impávidos,  
De los que huyen la lid ávidos  
Es larguísima la nómina.

Pues les importa una jicara  
El que en su honor haya mácula,  
O que brille como fácula  
Su vida en la tierra pícara.

¿Y á que jóven dulce, angélica,  
De un romántico la plática,  
No la deja triste, estática,  
Si así enamora á la célica?

“¡Maldicion!... ¡maldicion!... llama fosfórica

“Los tuétanos me abrasa y la clavícula!...

“No hay en todo mi cuerpo una partícula

“Que fria esté como columna dórica!...

“¡Maldicion! ¡maldicion!.. todo me es frívolo,

“Sin tí, mi bien, sobre la tierra árida....

“De amor mi aliento abrasa cual cantárida...

“Como el que lanza en su furor el cibolo...

“El bátrato á mis pies truene flamijero

“Si nunca me has de amar; y espectros pálidos,

“En confuso tropel, con hierros cálidos  
“Vengan á herir mi corazon belijero!....

¡A Dios!... ¡á Dios!.. Cuando de mí olvidándote,  
“De la campana el doble oigas tristísimo,  
“Te anunciará voló mi alma al Altísimo,  
“Y que á la tumba he descendido amándote!...”

Cual en el mundo satánico  
Con el coco y mil farándulas,  
Esas viejas de camándulas  
Dan al niño terror pánico:

Así con su estilo hidrópico,  
Y sus fantasmas y cánticos,  
Asustado han los románticos  
Desde el uno al otro trópico.

Mas daré fin á mi jacara  
Clásica-esdrújula-irónica,  
Dondé no hay bebida tónica,  
Ni ambiente, ni flor, ni bácara.

Y siguiendo en mi propósito,  
Sostendré en España ó Méjico,  
En grato estilo estratéjico,  
Que no he dicho un despropósito.

Y que en este valle hipócrita,  
Do nos consuela el Paráclito,  
Mas que llorar cual Heráclito,  
Vale reir cual Demócrito.

## A LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ.

### SONETO.

A tí que de la Cruz al pié postrada  
Llorando estás ¡oh Madre de consuelo!  
Por tu Hijo amado, que del alto cielo  
Bajó á salvar la tierra degradada:  
A tí mi alma afligida y desolada,  
Se acerca, sin ventura ni consuelo,  
A acompañarte en tu terrible duelo,  
Que aumenta mi dolor, VIRGEN amada.  
Tú perdistes en él á un Padre tierno  
Y á un Hijo amante que jamas dió enojos:  
Yo á un Padre de bondad, al Ser Eterno,  
A quien de espinas coroné y de abrojos:  
Unase mi dolor al tuyo interno,  
Y el llanto mio al llanto de tus ojos.



## A LA VIRGEN DE DOLORES.

Consuelo del afligido  
Que en este mundo de llanto  
Lanzó el cielo,  
No desoigas mi gemido....  
Dame en desconsuelo tanto  
Tu consuelo.  
"A. G. Gutierrez."

Como en la luna esplendente,  
Que brilla en el claro cielo,  
Halla placer el doliente,  
Yo encuentro en tu hermosa frente,  
VIRGEN Madre, mi consuelo.

Yo encuentro en tus dulces ojos  
La luz que muestra las huellas,  
Por do el Señor fué entre abrojos;  
Y en esas lágrimas bellas,  
La calma de mis enojos.

De tu boca purpurina  
Que la contemplo entreabierta,  
Escucho tu voz divina,  
Que abre del cielo la puerta  
Que Dios al justo destina.

Y en ese fiero puñal  
Que rasga tu corazón,  
Miro tu amor maternal,  
Pues tú, por mi salvación,  
Sufres tan terrible mal.

¡Ah, soy un vil pecador!

Te pagué con amargura  
Tu dulce y eterno amor,  
Y tu afecto y tu ternura,  
Con la copa del dolor.

Mas mirame aquí postrado  
Pedirte perdón de hinojos  
Con el pecho desgarrado,  
Al ver que por mi pecado,  
Lloran, sin cesar, tus ojos.

Mirame, sí, Madre mía,  
Y con esas manos santas,  
Bellas cual la luz del día,  
Borra tú, mis culpas tantas,  
Y desde hoy mis pasos guía.

Madre de Cristo, Ser por el que envía  
Sus dones Dios al mundo de maldad,  
Tú eres la estrella que al marino guía  
En medio de la horrible tempestad.

Madre del hombre, celestial paloma  
Que lloraste por mí, junto á la Cruz,

Tu amor dá vida, como el sol que asoma  
Por Oriente vertiendo su alba luz.

Madre divina, cuyos bellos ojos  
Llanto derraman de eterno dolor,  
En tí, al marchar por entre mil abrojos,  
Halla el mortal una fragante flor.

Tú eres la vida del que muerte alcanza:  
Tú eres el bien del que padece el mal:  
Tú eres, en nuestra duda, la esperanza:  
Tú eres la calma en la inquietud fatal.

Y al mirar tu alma bondad,  
¡Oh Virgen de los DOLORES!  
Aborrezco mi maldad;  
Y de mis culpas y errores  
Vengo á que tengas piedad.

Porque son mis culpas tantas,  
Que si tú, compadecida,  
Del suelo no me levantas,  
Mi cuerpo caerá sin vida,  
Con su gran peso, á tus plantas.

Mas no: tú tendrás de mí  
Piedad en el triste suelo:  
Que nunca, al que llega á tí,  
Ir le dejas sin consuelo,  
Y yo á llorar vine á aquí.

No me bandones, pues, Virgen bendita,  
Que si mis culpas infinitas son,  
Es tambien tu bondad, Madre, infinita,  
Y en ella alcanza el pecador perdon.

No mas te ofenderé: desde hoy mi anhelo  
A bendecir tu nombre guiaré:  
Y pues me guardas con tu amor el cielo,  
Yo para tí, mi alma guardaré.

Que la dicha del mundo es ilusoria:  
El amor y placeres ilusion:  
La dicha del mortal está en la gloria  
Do solo ciertas las venturas son.



### EL DIA DE DIFUNTOS.

Poesia escrita en el Panteon de Santa Paula el 2  
de Noviembre de 1849.

Dives cum dormierit, aperiet  
oculos suos, et nihil inveniet.

Job.

Palacio del dolor para el que ecsiste:  
Para los muertos plácida morada:  
Caos do los cuerpos vuelven á la nada,  
Yo te saludo conmovido y triste.

Yo te saludo, sí, recinto santo,  
Do su pena á llorar viene tirana,  
Aquel por quien vendrá tal vez mañana,  
Otro á verter sobre su tumba llanto.

Que cual del mar se estrellan y confunden  
Las olas que se siguen y preceden,  
Así los tristes hombres se suceden,  
Y unos tras otros en la tumba se hunden.

Los muertos hojas son que el raudo viento  
De los árboles fuertes ha arrancado;  
Los vivos hojas secas que han quedado;  
Mas que caerán á un leve movimiento.

Los muertos seres son desposeídos  
De esos ropajes de oro vil cubiertos;  
Y los que á verles vienen sor. los muertos  
Con deslumbrantes galas aun vestidos.

Muertos los vivos son, muertos que lloran  
Por los que gozan ya de eterna vida;  
Flor delicada, á otra rejion traída,  
Do los rayos del sol no la coloran.

Pero es dulce y balsámico ese lloro  
Como la gota pura del rocío;  
Bálsamo que mitiga el mal impio:  
De un Dios emanacion, rico tesoro.

Dichoso aquel, que en su crüel quebranto  
Mira el sepulcro de su amada prenda,  
Y sobre ella una luz pone de ofrenda,  
Y vierte triste y abundante llanto.

Mas ¡ay! de aquel que solitario jime  
En apartado y extranjero suelo!...  
Para él no ecsiste plácido consuelo:  
Que eterno mal su corazon oprime.

Ese no puede colocar amante,  
Sobre la triste y funeraria losa  
De su infelice madre, ni una rosa,  
Ni orar en su sepulcro un leve instante.

Y ¡cúan dulce es orar .!. ¡cúanto en el alma  
Sentimos el placer, que el justo lleva,  
Cuando arrobada hasta su Dios se eleva  
Pidiendo paz por quien murió y la calma!....

Pues bien: yo quiero orar aquí de hinojos:  
Yo quiero orar por la que el ser me diera;  
Mas ¡ay! su tumba descubrir siquiera  
No les es dado á mis amantes ojos.

No me es dado besar, como hijo tierno,  
El duro marmol que su cuerpo encierra:  
Que á aquel que sufre en extranjera tierra,  
Aun de esta dicha le privó el Eterno.

Pero puedo llorar; puedo aflijido  
Alzar la vista al esplendente cielo;  
Que ella, sin duda, la dirige al suelo,  
Por ver al hijo de su amor querido.

Puedo un recuerdo á la mansion sagrada  
Mandar do ecsiste y do su amor me guarde:  
Santo cual luz que en los sepulcros arde:  
Como el recuerdo de la patria amada.

Si; que mas aman, los que ya han dejado  
Para siempre este mundo borrascoso,  
Un acento sentido y religioso,  
Que un sepulcro magnífico dorado.

Que aquí de nada sirve la riqueza;  
Y esos mil nichos que dorados cuento,

No los alzará un noble sentimiento,  
Sino el deseo de ostentar grandeza.

---

Mansion á donde á parar  
Van pobres y poderosos,  
Como suelen, sin cesar,  
Ir los rios caudalosos  
A confundirse en el mar:

Yo te saludo otra vez:  
Te saludo, panteón:  
Que en tí encuentra el corazón  
Que implora al Eterno Juez,  
Ventura y consolacion.

En tí he llegado á probar  
Ese divino placer,  
Que se disfruta al llorar,  
Que nos dá el Eterno Ser  
Cuando llegamos á orar.

Yo beso tu polvo leve  
Con respeto sin igual,  
Polvo tal vez de un mortal,  
Que á la mansion celestial  
Pasó de esta vida breve.

Aquí odiamos la maldad,  
Y la virtud adoramos,  
Al ver que tan cerca estamos  
De la inmensa eternidad,  
Acia la cual caminamos.

Aquí vemos que el nacer  
Es comenzar á morir;  
Un triste viaje emprender,  
Tras el cual debemos ir  
A gozar ó á padecer.

Viaje que miran los ojos  
En dos caminos cortado:  
Uno de flores sembrado,  
Otro cubierto de abrojos,  
Largo mucho y muy cansado.

Mas señalados los dos  
Están con firme señal,  
Y por ambos va el mortál;  
Uno que conduce á Dios;  
Otro á la mansion del mal.

Pero el que ciego y sin juicio  
Sigue el de flores cubierto  
Deslumbrado por el vicio,  
Al fin halla un precipicio  
Bajo de sus pies abierto.

Y al querer retroceder,  
Reconociendo su error,  
No puede ya atras volver,  
Y va al abismo á caer  
Donde muere con dolor.

Pero el que con santo anhelo  
Sigue el de ásperos abrojos,  
Y en Dios pone su consuelo,

Al fin de su viage, el cielo  
Mira delante sus ojos.

Y si marchó entre dolores  
En este mundo infeliz,  
Despues cercado de flores,  
Eternamente feliz  
Vive entre ángeles de amores.

Por eso yo bendigo este momento,  
Este instante feliz que á la memoria  
Me trae que soy tan solo vil escoria,  
Hoja que arrancará muy pronto el viento.

Y bendigo á ese Ser Omnipotente,  
Porque ha hecho que conserve dentro el alma,  
Virtud y religion, que dán la calma  
Al hombre en su dolor, duro, inclemente.

¿Que le queda del mundo, donde zumba  
La voz de las pasiones, al que espira..?

Allí una eternidad que su alma mira:  
Para su cuerpo aquí la estrecha tumba.

Esta que yace aquí, bajo esta losa  
Que contempla ese joven tristemente,  
Fué muy mas pura que el lijero ambiente:  
Cual la azucena cándida y hermosa.

Amó y fué amada con ardiente anhelo:  
Su voz llena de encanto y armonía,

A los mortales todos conmovia,  
Y querube llamábanla del cielo.

¿Mas donde esta el querub y su hermosura? . . .  
¿De su pasado amor ya que la queda . . . ? . . .  
De su amante la lágrima que rueda:  
Pues cubre lo demas la sepultura.

Este otro que á su lado, yace ahora  
Bajo el dorado marmol en reposo,  
Fué un hombre allivo, fuerte y poderoso,  
Rico de ese oro que el mortal adora.

De pluma un blando y regalado lecho  
En la noche su cuerpo sostenia,  
Y su mesa cubierta se veia  
De cuanto Dios crió y el hombre ha hecho.

¿Mas que és de su riqueza y poderío . . . ? . . .  
En inmundos gusanos se han cambiado;  
Y su lecho de plumas regalado,  
En un sepulcro miserable y frio.

¿Oh de las tumbas silencioso idioma . . . ! . . .  
Tú hablas al corazón y lo conmueves;  
Y muestras que los años pasan breves,  
Cual de la flor el delicado aroma.

¡Adios, panteon; adios libro divino  
Que recorres el vil y denso velo  
Que cubre nuestros ojos en el suelo,  
Y nos muestras del bien santo el camino.

¡A Dios! y tu ¡oh mi madre! que en la gloria  
Estás mirando mi dolor tan cierto,  
Recibe por ofrenda, esta que vierto  
Lágrima pura, á tu feliz memoria.



## A LOLA.

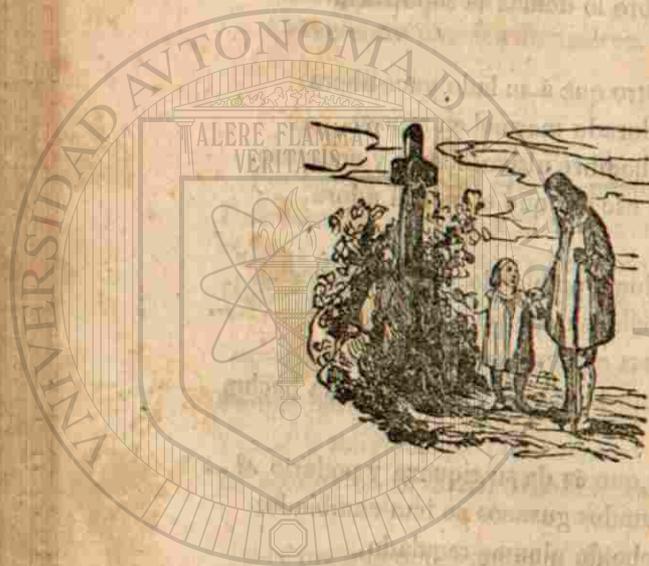
Yo te he visto crecer cual la palma  
En virtud, á las gracias unida;  
Que adorada aun mas que querida  
Debes ser de quien sepa de amor.  
M. de Rementería.

### CANCION.

Lola bella, mas pura que el astro  
Que en la noche ilumina este mundo,  
Muy mas bella que el sol rubicundo,  
Dulce y tierna cual cándida flor:  
Fija en mí, que te adoro rendido,  
Compasiva una vez los tus ojos;  
Y en tus labios divinos y rojos,  
Lea yo mi ventura y tu amor.

De la rosa el aroma es tu aliento;  
Y tu acento tan grato y süave,  
Como el canto amoroso del ave,

¡A Dios! y tu ¡oh mi madre! que en la gloria  
Estás mirando mi dolor tan cierto,  
Recibe por ofrenda, esta que vierto  
Lágrima pura, á tu feliz memoria.



## A LOLA.

Yo te he visto crecer cual la palma  
En virtud, á las gracias unida;  
Que adorada aun mas que querida  
Debes ser de quien sepa de amor.  
M. de Rementería.

### CANCION.

Lola bella, mas pura que el astro  
Que en la noche ilumina este mundo,  
Muy mas bella que el sol rubicundo,  
Dulce y tierna cual cándida flor:  
Fija en mí, que te adoro rendido,  
Compasiva una vez los tus ojos;  
Y en tus labios divinos y rojos,  
Lea yo mi ventura y tu amor.

De la rosa el aroma es tu aliento;  
Y tu acento tan grato y süave,  
Como el canto amoroso del ave,

Como el aura que halaga el clavel:  
¡Ay! quien mire tu rostro divino  
Y no te ame, querube del cielo,  
Tiene una alma insensible, de hielo,  
No amorosa, cual yo, pura, y fiel.

Abre al fuego de amor que me abrasa,  
Tu albo seno, mi angélica Lola,  
Como el cáliz la tierna viola  
Al rocío feliz suele abrir.  
Abrelo, que mi dicha es quererte;  
Mi ventura, tu grata memoria;  
Y tu amor mi delicia y mi gloria....  
No mirarte, llorar y morir....

No ya esquiva, muger adorada,  
De mí apartes tus vívidos ojos,  
Que al sol mismo le causan enojos  
Cuando miran con luz celestial:  
Alzalos y en los míos los fija  
Amorosa, templando la llama,  
De mi pecho que ardiente te ama,  
Cual á un ángel divino, inmortal.

Son tus ojos brillantes luceros,  
Ora miren serenos ó crueles:  
Son tus labios nacientes claveles;  
Y tu aliento el que aspira el amor:  
Son tu seno y tu cuello de nieve,  
Nieve pura que roba el sosiego,

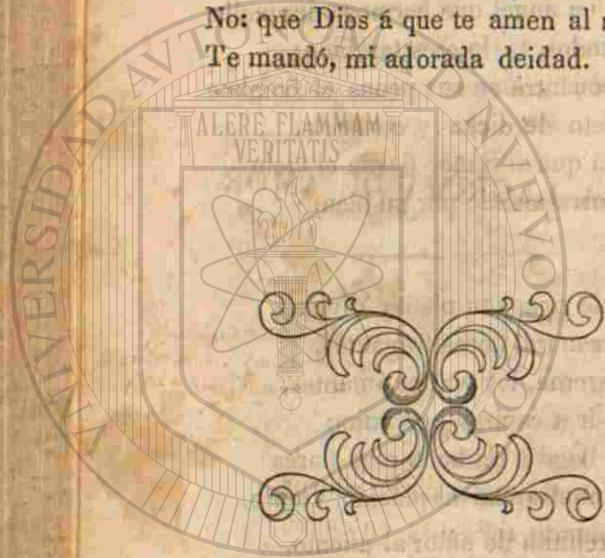
Y que enciende en mi pecho ese fuego  
Que dá vida y dá muerte en su ardor.

Si hay un ser hechicero en el mundo,  
Ese ser eres tú, Lola bella:  
Si hay un ángel que hermoso descuella  
Sobre todos, tú lo eres también;  
Y si encuentra en sus penas el hombre  
Un objeto de dicha y consuelo,  
Eres tú que el Señor desde el cielo  
A la tierra mandó por mi bien.

Donde pones tu planta divina,  
Allí nacen mil flores fragantes,  
Cuyo aroma, los tiernos amantes,  
Suelen ir á respirar con afán;  
Mas si llego á mi boca esas flores  
Que embalsaman el plácido viento,  
Se marchitan de amor al aliento,  
Que es la lava de ardiente volcán.

Quando cantas de amor dulce trova,  
El amor cuantos te oyen respiran,  
Y estasiados de dicha te miran  
Cual si fueras tú misma el amor:  
Con tu acento trasmites al hombre  
La alegría, el dolor, el consuelo....  
Y se cree transportado hasta el cielo,  
Quando canta tu voz al Señor.

Las sirenas tu canto no igualan,  
Ni la nieve te iguala en blancura,  
Ni las gracias en gracia y ternura,  
Ni ya Vénus te iguala en beldad.  
¡Ah! ¿Y hay hombre que pueda mirarte  
Sin sentir este amor tan profundo?  
No: que Dios á que te amen al mundo  
Te mandó, mi adorada deidad.



### UNA LAGRIMA DE AMOR.

Hoy que os anubla impia  
La noche del dolor, llorad mis ojos.  
M. Breton de los Herreros.

Quando en la noche serena  
El mundo descansa en calma,  
Triste y afligida mi alma  
Vela en su amargo dolor:  
Que el sueño calmar no quiere  
De un amante los enojos;  
Y tiembla, pura, en mis ojos,  
Una lágrima de amor. ®

La faz de la blanca luna  
Que brilla en el firmamento,  
Cercada de estrellas ciento,

Derramando su fulgor:  
Me recuerda el rostro bello  
Del ángel que amo inocente;  
Y vierte ¡ay Dios! mi alma ardiente,  
Una lágrima de amor.

En todas partes su imagen  
Miro encantadora y bella:  
En la mas luciente estrella,  
En el cielo y en la flor;  
Y mientras ella descansa,  
Sin ver mis penas y enojos,  
Tiembla, brillante, en mis ojos,  
Una lágrima de amor.

En vano, en vano procuro  
Olvidarla un solo instante:  
En vano, sí, que constante  
Es de mi pecho el ardor;  
Pues cuando creo logrado,  
Lleno de placer, mi intento,  
En mi faz resbalar siento  
Una lágrima de amor.

¡Ah! sí; que el hombre que adora,  
Cual yo, con toda su alma,  
Gozar no puede esa calma  
Que dá treguas al dolor:  
Nada, nada hay en el mundo  
Que mitigue mis enojos,

Pues siempre tiembla, en mis ojos,  
Una lágrima de amor.

Mis párpados ni un instante  
Cerrar logra el grato sueño;  
Ni de la rosa el beleño  
Calma de mi alma el ardor.  
Que siempre nacer la aurora  
Miro que en oriente brilla;  
Y ella alumbra, en mi mejilla,  
Una lágrima de amor.

Mas ¡ay! si en la noche hermosa  
Tanto sufre el alma mia,  
Muy mas se aumenta de dia  
Su incomprendible dolor:  
Pues el placer que otros gozan  
Viene á aumentar mis enojos;  
Y hace asomar á mis ojos  
Una lágrima de amor.

Virgen pura, ídolo hermoso,  
Muger bella cual la luna,  
No ha sido jamas ninguna  
Amada con tal ardor:  
Ni ha habido un hombre en el mundo  
Que cual yo constante ame,  
Ni á todas horas derrame  
Una lágrima de amor.

¡Ah! feliz, feliz si un día  
Logro que escuches mi ruego,  
Y tierna premies el fuego  
Que en mí siento, abrasador:  
Feliz si con un "yo te amo"  
Calmas mis penas y enojos,  
Y miro en tus dulces ojos  
Una lágrima de amor.

¡Ay! entonces ¿qué importarme  
Podrán las penas del suelo,  
Si en tí miraré mi cielo  
Y mi ventura mayor?  
Los males de dos que se aman,  
Dejan el alma tranquila,  
Conque vierta la pupila  
Una lágrima de amor.

Oye, mi bien: no ya esquivo  
Mi amor desprecies profundo;  
Que el bien único del mundo,  
Es este divino ardor:  
Dime que me amas, mi encanto;  
Y disipa mis enojos:  
Viertan juntos, nuestros ojos,  
Una lágrima de amor.



## El Guerrero Español.

Y á cada momento crecen  
El fuego, el humo y las voces,  
De aquellas hordas feroces  
Que del infierno parecen.  
G. R. Larranaga.

Sobre un brioso bridon  
Que tasca el freno impaciente,  
Está un guerrero valiente,  
Bajo el dorado balcón  
De la que ama tiernamente.  
Una coraza brillante,  
Donde los rayos del sol  
Reflejan en este instante,  
Lleva el soldado Español,  
Apuesto asaz y arrogante.  
Un yelmo resplandeciente,  
Do bellas plumas ondéan

Al impulso del ambiente,  
Y que al oscilar flamean,  
Ostenta sobre su frente.

Con la visera calada,  
Y hasta los dientes armado,  
Está el valiente soldado,  
Y pesadísima espada  
Lleva pendiente á su lado.

Paredes. (Diego Garcia)  
Este guerrero se llama:  
Hombre audaz y de hidalguia,  
Que á la hermosa Elvira ama,  
La cual en su amor ardia.

Es Diego Garcia el hombre,  
Mas valiente de su tropa:  
Tiene de bravo el renombre;  
Y es tenido, á nadie asombre,  
Por el mas fuerte de Europa.

Es gigantesca su altura:  
De varonil hermosura:  
Gruesos músculos, derecho,  
De ancha espaldá y ancho pecho,  
Y de gentil apostura.

En sus músculos nerviosos,  
Su grande fuerza atestigua,  
Y revelan, poderosos,  
Ser de uno de los colosos  
De la edad la mas antigua.

Despues de haber largo rato  
Hablado á su amada hermosa  
De su pasion ardorosa,  
Dijola con mucho acato  
Y con voz muy cariñosa.

—A Dios, Elvira, mi encanto,  
Contra el valiente frances  
Que á Italia llena de espanto,  
Preciso combatir es  
Sin estar ociosos tanto.

Hasta hoy feliz la campaña  
En Italia nos ha sido  
Y bien siempre hemos salido,  
Que nadie al leon de España  
Resistírsele ha podido.

A Dios pues, mi dulce amor:  
A Dios ¡oh luz de mis ojos!  
Pronto vendré vencedor,  
Y á tus plantas los despojos  
Pondré que ganó el valor.

—A Dios, Diego, mi alma late  
De témor porque te ama:  
Si mueres.....—Tranquila estate;  
Siempre vence quien combate  
Por su rey y por su dama.

Y arrimando á su corcél  
Las espuelas al momento,  
Se ausentó del sitio aquel

Voloz como el mismo viento  
Que silvando va cruel.

Quedó Elvira en el balcon  
A Diego partir mirando,  
Y en su terrible afliccion,  
Sus ojos fueron brotando  
Lágrimas del corazon.

Era, la que tanto afan  
Sufriera y dolor tan malo,  
Hija del Gran Capitan,  
Del intrépido Gonzalo,  
Tras quien los laureles van.

A Italia su padre amante  
Hizo pasara la bella,  
Porque su bien cifra en ella,  
Como cifra el navegante  
Del norte en la hermosa estrella.

Es Elvira de estatura  
La mas bella en la muger,  
Ni de estraordinaria altura,  
Ni tan baja que perder,  
La hiciera algo su hermosura.

Frente clara y espaciosa,  
Pura cual su corazon:  
Labios de color de rosa  
Cuando rompe su boton  
Fresca, pura y olorosa.

Ojos azules, serenos,

Que revelan el candor  
De su seno encantador:  
Ojos ¡ay! de vida llenos  
Donde reside el amor.

Nariz pequeña, divina,  
De delicado perfil;  
Ceja leve, peregrina;  
La tez tan tersa y tan fina  
Cual la de un ser infantil.

Blanca la faz cual la nieve,  
Tocada de un color leve  
De finísimo carmin:  
Mejillas que envidiar debe  
El agradable jazmin.

Castaño claro y brillante  
El cabello, que abundante  
Hasta sus plantas caía:  
Fino cual seda, y fragante  
Como la dulce ambrosía.

Cuello hermoso, alabastrino,  
Seno turjente, elevado;  
Talle airoso, delicado:  
Pie muy pequeño, divino;  
Y brazo muy torneado.

En cuanto el fuerte guerrero  
Se ausentó con su bridon  
De aquel sitio placentero,  
Elvira un ¡ay! lastimero  
Ecshaló, y cerró el balcon.

II

Jamas nacion alguna tan ínclitos guerreros  
Como la rica España pudiera presentar,  
Ni tantos capitanes, ni tantos caballeros  
Que nunca superiores llegaron á encontrar.

La España era de nobles y de valientes cuna;  
La España era temida do quier brillaba el sol:  
La España no tenia nacion rival alguna;  
Y todos respetaban el nombre de Español.

Cortés, Pizarro, Ercilla, Paredes, Acevedo,  
Don Pedro de Alvarado, Gonzalo Sandoval,  
Pedro Navarro, Iñigo, Correa, Olid, Segredo,  
El nombre de su patria lo hicieron inmortal.

Y todos en un siglo la luz de Iberia vieron,  
Y mil otros guerreros que respetados son;  
Y allí donde lucharon, allí siempre vencieron,  
Que nunca vióse hollado de España el pabellon.

Mas mientras unos de estos con los aztecas lidian,  
Hazañas mil haciendo que admiracion nos dan,  
Pasemos á la Italia, do su valor no envidian  
Los otros que triunfantes por donde quiera van.

Tascando el duro freno, briosos los bridones,  
Al enemigo campo dirígense francés;  
Y oprimen sus hijares los nobles infanzones,  
Y escúchase el ruido del esplendente arnés.

Los yelmos, do flamean mil plumas de colores,

De plata un monte imitan que marcha á otra region  
Y las lucientes plumas, canoros rui señores  
Y pavos que allí tienen pacífica mansion.

El ruido de las armas escúchase á lo lejos:  
Escúchase el relincho fogoso del corcél;  
Y las corazas brillan del sol á los reflejos,  
Y brillan las espadas cortantes y el broquel.

El enemigo campo divisan los valientes,  
Donde el frances espera la lucha con ardor;  
Y entonces hacen alto los otros; é impacientes  
Se forman esperando mostrar su gran valor.

A seis millas escasas del pueblo Cerinola  
Se encuentra el campo todo del ínclito frances;  
Y avanza ácia la gente intrépida española,  
Cuyo valor temido de los contrarios es.

Empéñase la lucha terrible en el instante:  
Retumba en ambos campos el destructor cañon;  
Y marchan los franceses, sin miedo, ácia adelante,  
Con paso siempre firme, con noble corazon.

Sobre ellos, de la España los hijos valerosos,  
Arrojanse atrevidos, con furia singular;  
Y juntos unos y otros se dan golpes furiosos,  
Y en sangre rojo el campo lo llegan á dejar.

De polvo una gran nube levántase ácia el cielo;  
Escúchanse los golpes del hierro matador;  
Y muerden mil valientes el empapado suelo  
Que heridos caen y lanzan un ¡ay! desgarrador.

De la una y otra parte los capitanes fieles,  
Animan sus soldados que lidian sin cesar:  
Y llámanse y se buscan, y golpes dan crueles,  
Sin que al contrario logre ninguno desmayar.

La plácida victoria por nadie se decide:  
Franceses y españoles combaten con valor;  
Y aunque el oscuro polvo mirarse les impide,  
Se estrechan y se hieren con hierro matador.

Mas la fortuna airada se muestra é importuna  
Al fin á los primeros que empiezan á aflojar,  
Y dejan en el campo de sangre una laguna  
Do vense cuerpos muertos sin número nadar.

Nemurs el valeroso, cayó tambien sin vida,  
El inclito Chandea y el conde de Morcon;  
Y al verse sin caudillos pusieron en huída,  
Mirando ya en la fuga la dulce salvacion.

El español entonces, con ciega confianza,  
Los sigue y los acosa de cerca, sin cesar;  
Y en los franceses hace terrífica matanza,  
Y todos sus cañones lograron les quitar.

Y todas sus banderas y todos sus pertrechos  
Dejaron en las manos del fuerte vencedor;  
Y ya desordenados heridos y deshechos,  
Huyeron los franceses del campo, con temor.

III

De Elvira bajo el balcon,

Un arrogante guerrero,  
Vestido de limpio acero,  
Desmonta de su bridon,  
Que es, como el aire, lijero.

Sube al punto la escalera  
Con inquietud en el pecho;  
Y á su amada, que le espera,  
Un abrazo la dá estrecho,  
Con pasion pura y sincera.

—¡Paredes!... dijo la hermosa:  
Ya soy feliz pues te veo.  
Y una lágrima preciosa,  
Por sus mejillas de rosa,  
Corrió, que á él causó recreo.

—Gracias, Elvira, mi amor:  
La dijo Diego García:  
Por tí vuelvo vencedor:  
Pues tú me inspiras valor  
Siempre en la batalla impia.

—¿Vencisteis?—Bien se portaron  
Los franceses ciertamente:  
Bien su denuedo mostraron;  
Pero al fin se retiraron  
Zurrados por nuestra gente.

Con su lanza un rudo vote  
Me dió en el pecho un frances;  
Y yo con mi chafarote,

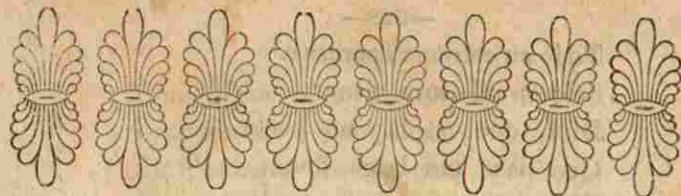
Al verle tan descortes,  
Le partí en dos el cogote.

Otro, con crudo despecho,  
Me tiró al cuello los brazos,  
De sus fuerzas satisfecho;  
Y yo, apretándole el pecho,  
Le hice los huesos pedazos.

Bien zurrados, vive el sol,  
Los enemigos han sido:  
Bien ciertamente han corrido;  
Y no echarán en olvido  
Los golpes del español.

Mas dejemos, vida mia,  
A los franceses allí,  
Y hablemos de amor aquí:  
Que tras larga lucha impia,  
Hablar de amor dulce es, sí.

Y esto diciendo, en sus brazos  
La estrechó con ciego ardor;  
Y ambos juráronse amor,  
Y en indisolubles lazos  
Vivir libres de dolor.



## MEMORIAL DE UN POETA.

Si alguno quiere morirse  
Sin ponzoña ó pestilencia,  
Proponga hacerme algun bien,  
Y no vivira hora y media.  
Quevedo.

Haceros saber pretendo  
En estos versos que escribo,  
Que muriendo de hambre vivo,  
Si es vivir, vivir muriendo.  
Por lo mismo, conociendo  
La bondad de vuestra alteza,  
En mi estremada pobreza  
Que me atendais os suplico,  
Pues os hizo Dios tan rico,  
Cual pobre á mí su Grandeza.

Nunca podré ponderar  
La miseria que me abruma,  
Porque no es dado á mi pluma.

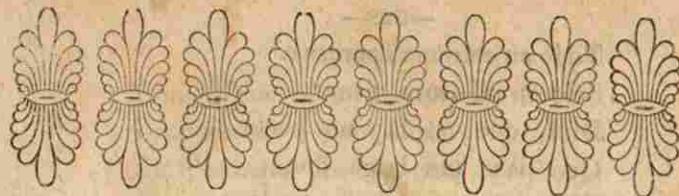
Al verle tan descortes,  
Le partí en dos el cogote.

Otro, con crudo despecho,  
Me tiró al cuello los brazos,  
De sus fuerzas satisfecho;  
Y yo, apretándole el pecho,  
Le hice los huesos pedazos.

Bien zurrados, vive el sol,  
Los enemigos han sido:  
Bien ciertamente han corrido;  
Y no echarán en olvido  
Los golpes del español.

Mas dejemos, vida mia,  
A los franceses allí,  
Y hablemos de amor aquí:  
Que tras larga lucha impia,  
Hablar de amor dulce es, sí.

Y esto diciendo, en sus brazos  
La estrechó con ciego ardor;  
Y ambos juráronse amor,  
Y en indisolubles lazos  
Vivir libres de dolor.



## MEMORIAL DE UN POETA.

Si alguno quiere morirse  
Sin ponzoña ó pestilencia,  
Proponga hacerme algun bien,  
Y no vivira hora y media.  
Quevedo.

Haceros saber pretendo  
En estos versos que escribo,  
Que muriendo de hambre vivo,  
Si es vivir, vivir muriendo.  
Por lo mismo, conociendo  
La bondad de vuestra alteza,  
En mi estremada pobreza  
Que me atendais os suplico,  
Pues os hizo Dios tan rico,  
Cual pobre á mí su Grandeza.

Nunca podré ponderar  
La miseria que me abrumba,  
Porque no es dado á mi pluma

Todo su extremo espesar.  
Solo en mi duro penar  
Diré, que no hay un poeta  
Que pase tan larga dieta;  
Y que el mas triste mendigo,  
Si se compara conmigo,  
Vive en ventura completa.

Mas para dar por entero  
De mi estado una pintura,  
Hablaros hoy con lisura  
Del trage que porto quiero.  
Hablaré de mi sombrero  
Primeramente, señor,  
Por ser el mueble mejor  
Que tengo y contemplo á ratos,  
Dando fin por mis zapatos  
Que son la cosa peor.

Es mi sombrero tan viejo  
Y tan mugriento, que os juro,  
Que cuando yo me rasuro  
Me suele servir de espejo.  
Si fué el pelo de conejo  
Se ignora, ó si fué de seda,  
Pues solo el carton le queda  
De color de seca estopa:  
Alas no tiene ni copa  
De donde agarrarle pueda.

Mi corbata, si es corbata  
Un agujerado harapo,

Con el cual á medias tapo  
Un pescuezo como lata,  
Es fragmento de una bata  
Que le sirvió á don Miguel  
Y á su hermano Rafaél,  
Y que vender no he podido,  
Porque nadie la ha querido  
Ni para hacerla papel.

Una levita räida  
Con faldon de gallardete,  
Por cuyos claros se mete  
El aire y halla salida,  
Es mi prenda mas querida;  
Y no quiero acepillarla,  
Porque temo, que al tocarla,  
Se desbarate al momento,  
Y sus pedazos el viento  
Los lleve antes de limpiarla.

Fué su color primitivo  
Una especie de café;  
Pero con el tiempo fué  
Entre café y verde olivo:  
Luego, el sudor escesivo,  
La hizo de cuatro colores,  
Hasta que con sus rigores  
La lluvia, el aire y el sol,  
La volvieron tornasol,  
Que es color de los peores.

De mi chaleco convengo  
Que nada tengo que hablar,

Pues creo que ha de bastar  
Con decir que no le tengo.  
Así es que un trapo mantengo  
Que las veces hace de él  
Cubriendo mi pecho fiel;  
Pues como estoy sin camisa,  
Pudiera la fresca brisa  
Atormentarme cruel:

Que aunque sería mejor,  
Para poderme tapar,  
La levita me abrochar,  
Está tan debil, señor,  
Que al movimiento menor,  
La mitad (cosa es bien clara)  
En mis manos se quedara  
Causándome triste afán,  
Y la otra media en gaván  
Convertida se mirara.

Hablar de mi pantalon  
No es una cosa sencilla,  
Pues es verle maravilla,  
Por ser tan solo ilusion.  
En él ya ningún boton  
Lugar tiene; y no es extraño,  
Porque no resiste el paño  
Que se cosa nada en él:  
Por lo cual con un cordel  
Atado lo llevo ogaño.

Mis zapatos (no es cautela

De mi pobreza escesiva)  
Están rotos por arriba,  
Y por abájo sin suela:  
Por delante como muela  
Sale el dedo superior;  
Y para mayor dolor,  
Aunque dá pena decillo,  
Por detras se ve el tovillo  
De uno y otro pié, señor.

Mi pañuelo de sonar  
Es ya color de culebra;  
Y un jiron en cada hebra  
Tiene de tanto le usar.  
Sus agujeros contar  
Imposible al hombre fuera,  
Pues son tantos (suerte fiera)  
Que por ellos, infeliz,  
Suele salir la nariz  
Sin tocar en él siquiera.

Tan flaco estoy, que no hay gente  
Que me pueda conocer,  
Ni la amorosa muger  
Que me echó al mundo inclemente:  
Mi cuerpo tan transparente  
Se encuentra, y tan invisible,  
Que ya verme es imposible  
(¡Cuántas desgracias acopio!)  
Sino con un microscopio  
Que me aumente lo posible.

En mi casa no hay ninguna

Mesa, ni silla, ni cama:  
Mi luz es la que derrama,  
Si es noche clara, la luna;  
Mas en la noche importuna  
Que este astro no osa salir,  
La luciérnaga servir  
Suele de luz, si algo escribo,  
Pues la miseria en que vivo  
A ella me hace recurrir.

Perdóneme vuestra alteza  
Si á fatigar le he llegado,  
Y consuele á un desdichado  
A quien mata la pobreza;  
Vos, que empleais la riqueza  
En vestir al indigente,  
Ruego me tengais presente,  
Para que llegue mi musa,  
Ya sin hambre y sin escusa,  
A brillar resplandeciente.



**PENSAMIENTO RELIGIOSO.**

Tú al pecador dijiste generoso  
Que no quieres su muerte ¡oh Dios piadoso!  
Sino que lllore y se convierta y viva.  
„M. A. Principe.”

¡Oh siglo de irreligion,  
De impiedad y de ateísmo!  
Ya sin fé en el corazón,  
El hombre se odia á sí mismo  
En medio de la aflicción.

¿De qué ha servido la ciencia  
Que los hombres han hallado?  
De robar una creencia  
Que endulzaba la existencia  
Del infeliz desgraciado.



Tal vez con menos saber  
Nuestros abuelos vivieron;  
Pero sabian creer,  
Y muy mas felices fueron  
En medio su padecer.

Porque á calmar su dolor  
Una esperanza venia;  
Y un ruego puro al Señor,  
En sus pechos difundia  
Bálsamo consolador.

Por su Dios y por su dama  
A las lides se lanzaron,  
Y á la virgen ampararon,  
Y mil hazañas obraron  
Que en bronce guarda la fama.

Mas hoy que la ciencia brilla,  
El inocente perece;  
A la virtud se escarnece,  
Y á la virgen se envilece,  
Cubriéndola de mancilla.

Entonces dulce consuelo  
Hallába, en la religion,  
El hombre en el triste suelo;  
Hoy sin fé en el corazon,  
Solo encuentra desconsuelo.

Y en su terrible penar  
Todo á maldecir se lanza,  
Que el bálsamo de esperanza

Que se disfruta al orar,  
El á comprender no alcanza.

¿Qué es la ciencia del mortal  
Que profesa el ateismo?  
Un espantoso fanal,  
Que nos conduce al abismo  
Con la luz que dá infernal.

Mas la creencia divina,  
Es el faro que ilumina  
La senda del Criador:  
Es la dulce medicina  
Que calma nuestro dolor.

¡Ah! sí; yo quiero esperar  
En medio mi padecer;  
Y todo quiero ignorar,  
Si he de tener que dudar  
De lo que debo creer:

Nada codicio la ciencia:  
Yo codicio la quietud;  
Y esperar, en mi dolencia,  
Que al bajar al atahud  
De Dios iré á la presencia.

Que es existir esperar:  
Y no creer es morir:  
El bien del hombre es orar;  
Y su desgracia es dudar,  
Y dudar es no existir.

Por eso yo bendigo ¡oh Dios Eterno!  
El que mi pecho abrigue esa creencia,  
Esa divina sin igual herencia  
Que un padre me legó sensible y tierno.

“Hay un Ser que gobierna á su albedrío  
“Cuanto tu vista mira en este mundo:”  
Me dijo: “con respeto el mas profundo,  
“Adórale de hinojos, hijo mio.

“El te ama mas que yo, que tanto te amo,  
“Y cuida por tu bien de noche y dia:  
“El, cuanto yo te doy, tierno me envía,  
“E hijo te llama como yo te llamo.

“Aquellas mil y mil blancas estrellas  
„Que ves quitando al cielo toda sombra,  
“Son, del Señor, la reluciente alfombra,  
“Donde impresas están sus santas huellas.

“Desde allí te contempla con ternura,  
“Y desde allí gobierna el firmamento:  
“Desde allí el rayo manda violento,  
“Y el rocío que anima la natura.

“Allí la tempestad encadenada  
“Está bajo sus pies, siempre impaciente;  
“Y al escuchar su voz, baja inclemente  
“Sobre la tierra vil y degradada.

“Pero es Padre de amor: Padre que escucha  
“La súplica del hijo mas malvado;

“Y que absuelve sus culpas apiadado,  
“Cuando vé su afliccion, su pena mucha.

“Pídele cuanto justo hay, hijo mio,  
“Que nada ha de negarte Ser tan bueno;  
“Mas siempre la virtud guarda en tu seno,  
“Si anhelas satisfaga tu albedrío.

“Y cuando solo y lejos de mi lado  
“Te encuentres en la tierra, sin consuelo,  
“Tu corazón eleva hasta su cielo,  
“Que nunca de él serás abandonado.”

¡Oh! sí; y todo es verdad: jamás en vano  
A tí, mi Padre y Dios, he recurrido,  
Que siempre al verme triste y afligido,  
Me has alargado tu benigna mano.

Siempre al verme llorar en tierra estraña,  
Y al elevar á tí mis tiernos ojos,  
Has calmado los bárbaros enojos  
Que sufro ausente de mi cara España.

Y te bendigo, sí, porque en mí dura  
Aquel de religion fiel sentimiento,  
Que no me ha abandonado ni un momento,  
Y que un bálsamo ha sido en mi amargura.

Y por eso yo te adoro  
Con todo mi corazón,  
Porque hallo en la religion,  
Y en tí, á quien constante imploro,  
Placer dulce en la afliccion.

Que es existir, esperar;  
Y no creer, es morir:  
El bien del hombre es orar:  
Y su desgracia es dudar;  
Y dudar es no existir.



## A OAXACA.

De siglo en siglo las futuras gentes  
Cantarán a sus hijos tus hazañas:  
Cambia en laureles las humildes cañas,  
Que tienes que ceñir mil nobles frentes.  
M. de Rementería.

No bien tu nombre lo escuchó mi oído,  
Cuando á mi viva y atrevida mente  
Te presentastes plácida, riënte,  
Como el recuerdo del placer perdido.

Veloz mi fantasia cruzó inquieta  
El espacio que verte me impedia,  
Y hermosa cual el astro rey del día  
Te miraron los ojos del poeta.

Y aunque nunca te ví, ni aun he alcanzado  
De conocer tu suelo la ventura,  
Tan bella te juzgué cual vírgen pura  
Orando ante el Señor crucificado.

Dos elevados montes, do se anidan  
Canoras aves, cerca á ti ví hermosos,  
Que cual dos centinelas poderosos  
De tí, constantes, sin descanso cuidan.

Vi dos arroyos y un brillante rio  
Que refrescaban tu terreno ardiente,  
Como el llanto refresca dulcemente  
Del hombre el corazon, el mal impio.

Vi un valle junto á tí do al manso viento  
Se mecian los árboles copados,  
Cual oscilan los mástiles pesados  
Sobre el inmenso y húmedo elemento.

Un limpio, claro, y azulado cielo,  
Tus palacios y templos los cubria,  
Cual cubre el rostro de la virgen pia,  
Un delicado y transparente velo.

Y ví el Zempoaltepec cuya alta cumbre  
Dos mares dominando está y el llano,  
Cual domina del trono el soberano  
A la terrible y fuerte muchedumbre.

Amarte desde entonces fué preciso;  
Que al mirar tus encantos juzgó el alma,  
Que en tí reinaba la apacible calma,  
Cual en el grato y bello Paraíso.

Y vi tus mugeres bellas  
Con sus mejillas de rosa,

Con su frente ruborosa,  
Y puras cual las estrellas.

Miré sus blondos cabellos,  
Su pié delicado y breve:  
Su cintura estrecha y leve,  
Sus alabastrinos cuellos.

Leí dentro el corazon  
De ellas al ver la belleza,  
Y ví que habia pureza,  
Amor casto y religion.

Vi que eran como los ángeles,  
Hermosas, de pecho tierno,  
Puras cual hizo el Eterno  
A los divinos arcángeles.

Vi en su sonrisa el candor,  
En sus ojos la virtud,  
Y en su seno la quietud  
Que á los buenos dá el Señor.

Y mi ardiente fantasía  
Se olvidó del triste suelo,  
Y un querub puro del cielo  
En cada muger veía.

Y siempre que mi memoria  
Recuerda aquel bien profundo,  
Vuelve á olvidarse del mundo  
Y se transporta á la gloria.

Y vi tambien tus ínclitos campeones,  
 Aquellos hijos que te dan honor,  
 Aquellos que sus fuertes corazones  
 Presentaron al bárbaro invasor.

Yo los miré políticos y urbanos  
 Con el amigo que se muestra fiel,  
 Y fuertes los miré con los tiranos  
 De esa nacion vecina tan cruél.

Yo los vi abandonar sus pátrios lares  
 Al escuchar el ruido del cañon,  
 Y su sangre miré correr á mares  
 Guiados á la lucha por Leon.

Y las trovas oí dulces, sentidas,  
 De tus poëtas, suelo sin igual,  
 Trovas sonoras, gratas y fluidas,  
 Que placer me causaron celestial.

¡Salve, Oaxaca, salve pátria hermosa  
 Del amigo mas bueno para mí:  
 Que lejos de mi España, el alma ansiosa,  
 Su amor eterno te consagra á tí.

¡Salve, ciudad risueña, dulce suelo,  
 Do impera la sublime religion;  
 Salve, que verte es mi mayor anhelo,  
 Y tuyos son mi afecto y corazon.



## HIMNO

A LA

## DIVINA PROVIDENCIA,

EN EL ÚLTIMO DÍA DEL AÑO. (\*)



Do quiera que los ojos  
 Inquieto torno en cuidadoso anhelo,  
 Allí, gran Dios, presente,  
 Atonito mi espíritu te siente.  
 „Melendez.”

Sonó, Señor, tu voz Omnipotente  
 En el inmenso espacio, y los abismos  
 Se estremecieron violentamente:  
 La eternidad en sus cimientos mismos,  
 Se estremeció tambien con fuerza horrible,  
 Y retembló en su centro, asáz terrible.

(\*) Hace un año que tuve el gusto de leer un hermoso himno á la Divina Providencia, escrito en elegante prosa, en 1846, por D. Juan Nepomuceno Bolaños, mi amigo íntimo; y seducido por la claridad y belleza de sus pensamientos, hice la presente poesia, siguiendo fielmente la composicion de mi referido amigo. Ba

Y vi tambien tus ínclitos campeones,  
Aquellos hijos que te dan honor,  
Aquellos que sus fuertes corazones  
Presentaron al bárbaro invasor.

Yo los miré políticos y urbanos  
Con el amigo que se muestra fiel,  
Y fuertes los miré con los tiranos  
De esa nacion vecina tan cruél.

Yo los vi abandonar sus pátrios lares  
Al escuchar el ruido del cañon,  
Y su sangre miré correr á mares  
Guiados á la lucha por Leon.

Y las trovas oí dulces, sentidas,  
De tus poëtas, suelo sin igual,  
Trovas sonoras, gratas y fluidas,  
Que placer me causaron celestial.

¡Salve, Oaxaca, salve pátria hermosa  
Del amigo mas bueno para mí:  
Que lejos de mi España, el alma ansiosa,  
Su amor eterno te consagra á tí.

¡Salve, ciudad risueña, dulce suelo,  
Do impera la sublime religion;  
Salve, que verte es mi mayor anhelo,  
Y tuyos son mi afecto y corazon.



## HIMNO

A LA

## DIVINA PROVIDENCIA,

EN EL ÚLTIMO DÍA DEL AÑO. (\*)

Do quiera que los ojos  
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,  
Allí, gran Dios, presente,  
Atónito mi espíritu te siente.  
„Melendez.”

Sonó, Señor, tu voz Omnipotente  
En el inmenso espacio, y los abismos  
Se estremecieron violentamente:  
La eternidad en sus cimientos mismos,  
Se estremeció tambien con fuerza horrible,  
Y retembló en su centro, asáz terrible.

(\*) Hace un año que tuve el gusto de leer un hermoso himno á la Divina Providencia, escrito en elegante prosa, en 1846, por D. Juan Nepomuceno Bolaños, mi amigo íntimo; y seducido por la claridad y belleza de sus pensamientos, hice la presente poesia, siguiendo fielmente la composicion de mi referido amigo. Ba

En la capacidad grande, infinita,  
E insaciable de bellas creaciones,  
Como un trueno sonó tu voz bendita,  
Cual la descarga de hórridos cañones,  
Porque era del poder la voz aquella,  
De la Sabiduría Grande y Bella.

Quisiste hacer los cielos, y al momento  
Millones mil y mil de Serafines  
Brotaron de tu Eterno pensamiento,  
Y Arcángeles sin cuento y Querubines:  
Como suele brotar la fragua ardiente  
Sus fulgurantes chispas al ambiente.

Las altas criaturas, admiradas  
De tu magnificencia y poderío,  
Ante tu trono viéronse postradas,  
Porque era bendecirte su albedrío;  
Y absortas tu grandeza contemplaron,  
Y cánticos de gloria te entonaron.

El tiempo fué, Señor, la obra primera  
De tu inmenso poder, porque en el mundo  
En él empiezan todos su carrera,  
Hasta ese Sol radiante y rubicundo:  
Todos, sí, menos tú, Dios de clemencia,  
Pues principio no tuvo tu existencia.

Entonces se la dediqué y se imprimió; y ahora que le consagro, como una corta prueba de lo mucho que le aprecio, este tomo de poesías, la coloco entre éstas porque la considero como la menos imperfecta que ha producido mi limitado talento.

Al escuchar tu voz Omnipotente,  
Dejó la eternidad, y en rauda vuelo,  
Recorrió los espacios velozmente,  
Obedeciendo plácido tu anhelo:  
Cual de la arca salió tras nube oscura,  
Volando blanca la paloma pura.

Velóz aun mas que el mismo pensamiento  
Del Arcangel, jamás halla demoras  
Ni diques que le tengan un momento:  
Deja detras de sí las raudas horas,  
E impulsado por Dios y como él solo,  
Mide volando el uno y otro polo.

El sol radiante su carrera un día  
Suspendió caminando ácia su Ocaso;  
Mas el tiempo pasó con osadía,  
Sin detener, á su presencia, el paso;  
Y desdenando al astro rey del cielo,  
Imperturbable prosiguió su vuelo.

Todo sujeto se halla á mutaciones:  
Todo puede alterarse, detenerse,  
Y sufrir en el mundo variaciones:  
Todo puede mudarse y suspenderse;  
Pero el tiempo jamás sujeto ha estado  
A los demas objetos que has criado.

Como súbdito fiel, cumple obediente  
Con tu mandato santo, positivo;  
Y rápido camina y velozmente  
A dó tú le sacaste compasivo;  
Sí, va á la eternidad negra, espantosa,  
Dó le dió el ser tu mano poderosa.

Y en su curso veloz, arrebatados  
Son los siglos, los hombres, las naciones  
Y los cielos de estrellas tachonados:  
Como suelen los fuertes aquilones  
Arrebatarse las hojas de la rosa  
Y arrojarlas al mar ancha, furiosa.

Si, todo tiene fin: la tierra impía,  
Los evos y los años, todo acaba,  
Porque todo principio tuvo un día  
Y en el caos de la nada todo estaba. . . .  
Solo tú, Santo Dios, mi Padre tierno,  
Pues nadie te dió el sér, eres eterno.

A su término este año ha ya llegado:  
El *hasta aquí* de su existencia toca;  
Y al borde del abismo se ha acercado,  
Que abre, para tragarse, su ancha boca:  
En la terrible eternidad va á hundirse,  
Para en la triste *nada* confundirse.

¿Dónde esa infinidad de horas han ido?  
¿En dónde, en donde están, Dios Trino y Sumo?  
¡Nada ecsiste ya de ellas! . . . Han huído  
Cual en el viento se disipa el humo:  
No tornarán ya mas al triste suelo,  
Mientras tú imperes en el alto cielo.

Solo impresas las huellas han quedado  
De nuestras obras en tan fiero instante;  
Y en el alma del hombre desdichado,  
La reflexion durísima, importante,  
De que cuenta ya un año *mas de vida*,  
Y uno *menos* del tiempo de *partida*. . . .

Es justo, pues, ¡oh Eterna Providencial  
Que los mortales, ante tí, de hinojos,  
Te den, en pago á tu eternal clemencia,  
El corazon y el alma por despojos;  
Y que gracias te den, reconocidos,  
Por los inmensos bienes recibidos.

Si, Padre de bondad: de noche y dia  
Bendecirémos tu sagrado nombre;  
Y hasta tu trono augusto y de María  
La plegaria ferviente irá del hombre;  
Del hombre que en tu amor pone su gloria,  
Y en tu bondad eterna su memoria.

Homenaje pequeño á tu grandeza  
Es el nuestro; mas ¡ah! que tú no miras  
Sino del alma al grado de pureza,  
Porque pureza solo ¡oh Dios! respiras:  
Pues cual mereces tú, ni los Querubes  
Te alabarán entre brillantes nubes.

Por eso yo mi destemplada lira  
En tu alabanza pulso en dulce calma,  
Porque mi pecho con tu amor respira;  
Porque te adora sin cesár mi alma;  
Y sé que para tí, *Bien de mis males*,  
Sonará cual las arpas celestiales.

Mas ¡ah! desentenderme no podria  
De tan grato deber, Padre el mas bueno,  
Pues depositas en el alma mia  
Ese lenguaje de misterios lleno;  
Ese lenguaje que el placer derrama,  
Y que sublime inspiracion se llama.

Yo te bendigo, sí: yo te bendigo,  
Porque esa inspiracion no me has negado,  
Y tu doctrina salvadora sigo:  
Porque del ateísmo me has librado,  
Y has libertado mi existencia en suma,  
De esa incredulidad que al hombre abruma.

Si de tu realidad firme evidencia  
No tuviera, gran Dios, el alma mia  
Un Sér de bondad lleno y de clemencia,  
De perfecciones santas finjiria:  
Un Padre cariñoso á quien amara,  
Y á quien mis penas miseras contara.

Pues sin esta idea pura,  
De ventura,  
Que aliviara mi dolor,  
Errante me juzgaria,  
Y tendria  
De mi mismo ¡oh Dios! horror.

Sin consuelo en mi tormento,  
Sin contento  
Me encontrara en mi penar:  
Sin padre que me cuidara,  
Y lograra  
Mis lágrimas enjugar.

Mas tú no huyes de mis ojos:  
En los rojos  
Rayos te miro del Sol:

Y de la noche en la calma,  
Cuando el alma  
No contempla su arrebol.

Te admiro en el cielo amado,  
Tachonado  
De estrellas que luz nos dán;  
Y te conozco en la hormiga,  
Que una miga  
Lleva de cándido pan.

Te veo en la Luna hermosa,  
Silenciosa,  
Que alumbra rústica cruz;  
Y en la luciérnaga bella,  
Que destella  
Rayos de pálida luz.

Yo te admiro sorprendido,  
Al ruído  
De la negra tempestad;  
Cuando sierpes de luz lanza,  
Con pujanza,  
Silbando con crueldad.

Y tambien, Señor, te admiro,  
Cuando miro  
Ese arco-iris relucir,  
Que colocaste en el cielo,  
Porque el suelo,  
Viera el fin de su gemir.

Te reconozco, si, pronto,  
Cuando el Ponto  
Miro inquieto rebullir,  
Cual suele de una caldera,  
En la hoguera  
El líquido ardiente hervir.

Te he sentido cuando has hecho,  
En mi pecho  
Mi corazón palpar,  
Y cuando la sangre siento  
Con contento  
Por mis venas circular.

Mas ¿quién, Dios piadoso, podrá no mirarte,  
Si no hay una parte que no te dé á ver?  
Los mares, los cielos, que existes revelan;  
Las aves que vuelan con dulce placer.

Tan solo el ateo negarte podría;  
El alma que impía se goza en el mal:  
Aquel que dijera "no hay Dios en el cielo;  
No hay mas que este suelo: no hay alma inmortal."

La luz de la aurora caerá, sí, en sus ojos:  
Los rayos tan rojos del Sol mirará:  
Verá en esas noches serenas y bellas,  
Las blancas estrellas que el cielo tendrá.

Verá esos luceros que alumbran palacios,  
Y son los topacios que adornan tu sien:

Verá de los campos la grata hermosura:  
La rosa tan pura y el lirio tambien.

Verá sucederse las cuatro estaciones:  
Verá cien millones de flores lucir:  
Sentirá el ardiente calor del Estío:  
Del invierno el frio que obliga á sufrir.

Oirá de las aves el canto armonioso:  
Verá con reposo sus hijos cuidar:  
Su sed apagarla podrá en clara fuente,  
Cuya agua el ambiente la riza al pasar.

Verá... Cuanto existe verá; mas su pecho  
De dudas desecho tendrá atroz dolor:  
Porque esos afectos sentir no le es dado  
Al hombre malvado que niega al Señor.

Ni un dulce recuerdo tendrá dentro el alma:  
Jamás de la calma gozar podrá él:  
Porque estas son flores que en rústica roca  
Nacer no les toca, sino en un vergel.

Recibe, pues, Padre, de tu alcázar santo  
Mi fervido canto nacido de amor:  
Los votos escucha de una alma afligida,  
Que implora rendida, tu gracia, Señor.

Haz, sí, que mi pátria feliz de hoy mas sea;  
Que libre la vea de guerra civil:  
Que el año que asoma nos mire ya unidos  
Si hasta hoy divididos nos vió veces mil.

## SONETO.

Trabaja el labrador asiduamente  
Para aumentar el fruto que ha sembrado;  
Y sufre y vive en eternal cuidado,  
Sin mostrarse un momento negligente.

Suda copiosas gotas de su frente,  
En tan continuo afán, el desdichado:  
Pero al fin su desvelo ve premiado,  
Alzando una cosecha sorprendente.

Así el virtuoso que en el triste suelo  
Virtudes siembra, y la virtud predica,  
Vive por siempre en eternal desvelo:

De su alma las pasiones mortifica;  
Mas deja de existir, y halla, en el cielo,  
Una cosecha, de venturas, rica.



### ¡POBRE MUGER!

En los jóvenes furor,  
Y en viejos indiferencia  
Hallareis, bella Leonor,  
En todos poca indulgencia  
Y en ninguno largo amor.  
„Arolas.”

¡Pobre muger! tan hermosa,  
Y ya naces destinada  
A ser siempre desdichada,  
A vivir siempre llorosa  
Sobre la tierra malvada.

¡Pobre muger! creces pura,  
Y en tu divino candor  
Te halaga la voz de amor,  
Como el aura que murmura  
Halaga á la tierna flor.

Y abres tu seno amoroso  
Al primer hombre tal vez

Que se muestra cariñoso,  
Creyendo en ser tan hermoso  
Que haber no puede doblez.

Que solo sabes amar,  
Y en sus palabras creer  
Que te han llegado á abrasar;  
Y llegas luego á llorar  
Tu engaño ¡pobre muger!

No ves que el hombre procura  
Tu amor alcanzar hermosa,  
Y deshacer tu ventura,  
Como deshoja una rosa  
Cuando gozó su hermosura.

Solo ves, cuando él ufano  
Te dice que fiel te adorá,  
Un rendido amante, humano,  
No el sangriento y vil milano  
Que halaga y luego devora.

Tú no puedes comprender,  
Cómo se puede fingir

Lo que no es dado sentir;  
Mas te hace luego sufrir,  
Y lloras ¡pobre muger!

Lloras, sí, lloras rendida  
Al ver rota tu ilusion:  
Lloras por siempre afligida,  
Viendo, á quien diste la vida,  
Burlarse de tu pasion.

¡Pobre muger! ángel tierno,  
Juguete del hombre aquí,  
Yo miro tu llanto eterno,  
Y me lastimo de tí  
Al ver tu dolor interno.

Pobre flor encarcelada  
Eres dentro del boton  
Por las auras columpiada,  
Rosa del tallo arrancada  
Después por el aquilon.

Eres paloma inocente,  
Que pura y llena de afán,  
Te entregas tranquilamente,  
Al terrible gavilan  
Que te devora inclemente.

Ser descendido del cielo  
Que en sí las gracias reasume:  
Flor divina de consuelo,  
Que esparce por todo el suelo  
Su delicado perfume.

Flor, si, cuyo blando aroma  
Se afana el hombre en gozar  
Cuando fragante se asoma;  
Y que la llega á arrojar  
Cuando en sus manos la toma.

Rosa de colores rojos:  
De hojas suaves, divinas,  
Nacida entre mil abrojos,

Bella del hombre á los ojos  
Mientras la ve con espinas.

Mas que cuando la despoja  
De ellas, de constancia ageno,  
Poco á poco la deshoja,  
E ingrato despues la arroja,  
Sin compasion en el cieno.

¡Pobre muger! ¡desgraciada!  
Desprecia ese tierno acento  
Del que te llama su amada:  
¡Ah! deja que el raudó viento  
Su voz lleve envenenada.

Mas ¡cómo sufrir el hielo  
El fuego del sol ardiente  
Sin deshacerse en el suelo!  
¡Cómo mostrarse inclemente  
Con aquel que ruega, el cielo!

¡Como la tierna viöla,  
El aura grata al sentir,  
A su halago resistir  
Y no abrirle su corola,  
Y su caliz ¡ay! no abrir!

¡Como la jóven sencilla,  
Llena de fé y de candor,  
No rendirse al dulce amor,  
Si en la faz del seductor  
La pasion ardiente brilla!

¡Infeliz, triste muger!  
El hombre te hace esperar  
Una vida de placer;  
Mas se burla de tu ser  
Y te abandona á llorar!

Te llama su dulce vida  
Hasta mirarte á él rendida,  
Y te estrecha entre sus brazos;  
Y despues hace pedazos  
Tu honra tal vez y te olvida.

¡Pobre muger! tan hermosa,  
Y ya naces destinada  
A ser siempre desdichada,  
Y á vivir siempre llorosa  
Sobre la tierra malvada.

¡Ah! si: llora sin cesar  
Y riega el suelo con llanto:  
Que yo á tu duro penar  
He de unir siempre mi canto  
Que en tu defensa he de alzar.

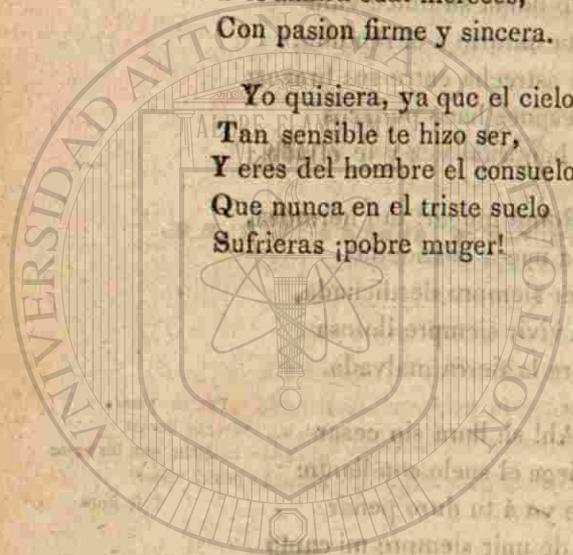
Mas falsos todos no son:  
Que hay hombres de alma tan pura,  
Que antes con el corazon  
Les quitarán su ternura,  
Que hacer á nadie traicion.

Por eso no hay que creer  
Ciegamente ni dudar,  
Sino observar y escoger

Al que juzgues te ha de amar  
Por siempre ¡pobre muger!.....

¡Pebre muger! yo quisiera,  
Pues siempre pura apareces,  
Que el hombre no te ofendiera,  
Y te amara cual mereces,  
Con pasion firme y sincera.

Yo quisiera, ya que el cielo  
Tan sensible te hizo ser,  
Y eres del hombre el consuelo,  
Que nunca en el triste suelo  
Sufrieras ¡pobre muger!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## ZORAIDA.

### POESÍA ORIENTAL.

¡Por tu amor  
Así tan ardiente lloras?  
¿Quién te ha dicho que las horas  
Llorando pasan mejor?

T. R. Rubi

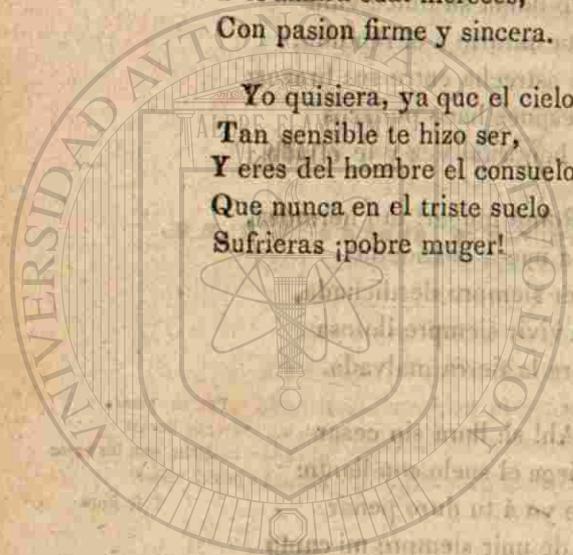
¿Por qué viertes, dulce encanto,  
Duro llanto  
Que me inunda de dolor?  
¿Qué le falta á tu albedrio,  
Dueño mio,  
Que no te ceda mi amor?

Tu capricho el mas ligero,  
Placentero

Al que juzgues te ha de amar  
Por siempre ¡pobre muger!.....

¡Pebre muger! yo quisiera,  
Pues siempre pura apareces,  
Que el hombre no te ofendiera,  
Y te amara cual mereces,  
Con pasion firme y sincera.

Yo quisiera, ya que el cielo  
Tan sensible te hizo ser,  
Y eres del hombre el consuelo,  
Que nunca en el triste suelo  
Sufrieras ¡pobre muger!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## ZORAIDA.

POESÍA ORIENTAL.

¡Por tu amor  
Así tan ardiente lloras?  
¿Quién te ha dicho que las horas  
Llorando pasan mejor?

T. R. Rubi

¿Por qué viertes, dulce encanto,  
Duro llanto  
Que me inunda de dolor?  
¿Qué le falta á tu albedrio,  
Dueño mio,  
Que no te ceda mi amor?

Tu capricho el mas ligero,  
Placentero

Dejo cumplido, mi bien:  
Que tu esclavo soy ahora;  
La señora  
Eres tú del bello haren.

Odoliscas, circasianas  
Y cristianas,  
Todas dejo, por tu amor:  
Todas dejo, que en ti sola,  
Mi española,  
Retratado está el pudor.

Por tí el ópico de Tebaida,  
Mi Zoraida,  
Y la pesca del coral,  
Diera yo, y la dulce goma,  
Cuyo aroma  
Dá deleite celestial.

Diera yo perlas, rubies,  
Cien huries,  
Cuanto encierra el mar azul,  
Por un tuyo dulce beso,  
Mi embeleso,  
Y á la plácida Stambul.

¡Cuánto, pues, no diera, hermosa,  
Tez de rosa,  
Tu duro afan por calmar:

Por contener esas perlas,  
Que al verterlas  
Llegas mi alma á desgarrar!

Dime, dime, bien divino,  
Peregrino,  
Por quien lloras, sin piedad:  
Si la esclavitud te oprime,  
Pronto dime,  
Y estarás en libertad.

Si algun noble nazareno,  
Tu albo seno  
Hace lata de pasion,  
Dilo al punto, dueño mio,  
Que un navío  
Te llevará á tu nacion.

—A ninguno mi alma adora:  
Hasta ahora  
Libre del amor viví:  
Ni derramo, en mi quebranto,  
Triste llanto  
Por la patria que perdí.

Sois tan bueno, que mi alma  
Dulce calma  
Goza agena de temor:

Y si libre ya me viera,  
Tal vez fuera  
Mas terrible mi dolor.

—¡Oh! que escucho, vida mia:  
La alegría  
Trastornado ha mi razon:  
Pues ¿por quién?.. tal vez... ¡Ah! temo..  
Tal extremo  
¿Puede alcanzar mi pasion?....

Si eso fuera, mi española,  
En tí sola  
Cifraria mi placer:  
Y de rica orfebreria,  
Cubriria  
Tus vestidos, yo, muger.

Mil esclavas, todas ellas,  
Blancas, bellas,  
Te asistirian, mi bien;  
Y de flores y esmeraldas  
Cien guirnaldas,  
Tejerian en tu haren.

Con pintados abanicos,  
Y muy ricos,  
De plumas de pavo-real,

Te harian, con gran donaire,  
Grato aire  
De un aroma celestial.

En tu rizado cabello,  
Blondo, bello,  
Que despide suave olor,  
Perla brillante y redonda  
De Golconda,  
Prenderian con amor.

Y esclavos de faz tostada  
Y atezada,  
Tendrias y eunucos mil;  
Y tendrias miradores  
Con mil flores,  
Y columnas de marfil.

Y grutas que dieran sombra,  
Do de alfombra  
Sirviera el bello azahar;  
Y una hamaca de oro y seda,  
Do, tú, leda,  
Te pudieras columpiar.

Y estanques claros tendrias,  
Do verias  
Peces de colores mil;

Y de cristal limpias fuentes  
Trasparentes,  
Que regáran el pensil.

---

Y asiento de bellas flores,  
Donde amores  
Gozáramos sin cesar:  
Donde un beso regalado,  
Estasiado  
Me llegase allí á dejar.

---

¿Qué respondes á mi acento?  
¿De contento  
Llenarás mi corazón?  
¿Mi oro mucho en algo aprecias?  
O desprecias  
Este igual que mi pasión?

---

—Si tan solo perlas y oro,  
El tesoro  
Fuera que en vos viera aquí,  
Solo indiferencia fría  
Noche y día  
Hallaríais siempre en mí.

---

Mas yo aprecio mas que el mundo,  
El profundo  
De vuestra alma tierno amor;

Y os diera mi amor y mano,  
Si cristiano  
Os volvierais, mi señor.

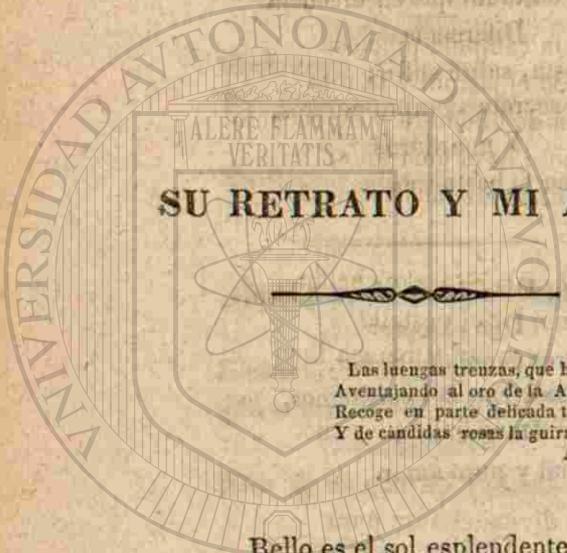
---

Mas en tanto que en creencia  
Diferencia  
Ecsista, sabré sufrir;  
Y en secreto siempre amaros,  
Y guardaros  
Eterna fe hasta morir.

---

—A tu Dios desde ahora adoro,  
Dijo el moro:  
Tú eres ángel del Señor.  
Pronto á España partiremos,  
Do goecemos  
Eternal y puro amor.





**SU RETRATO Y MI AMOR.**

Las lenguas trenzas, que hasta el suelo llegan  
Aventajando al oro de la Arabia,  
Recoge en parte delicada toca,  
Y de candidas rosas la guirnalda.

Angel de Saavedra.

Bello es el sol esplendente  
Al nacer en el oriente;  
Y bella es la luz que envia  
A alumbrar la tierra umbria,  
Pero es mas bella tu frente.

Bellos los claveles rojos  
Son que brillan sin abrojos;  
Bellas las candidas flores  
Que al aura dan sus olores;  
Mas son mas bellos tus ojos.

—267—

Dulce es el caliz que toca  
La mariposilla loca;  
Y dulce la brisa leda  
Que en el á libar se queda;  
Pero es mas dulce tu boca.

Es la campiña preciosa  
Cuando el jazmin y la rosa  
Sirven de alfombra y de encanto:  
Hermoso es el amaranto;  
Pero es tu faz mas hermosa.

Del cielo el azul es bello:  
Encantador el destello  
De la hermosa y blanca luna  
Que riela en la laguna:  
Pero es mas lindo tu cuello.

Es divina el aura pura  
Que entre las flores murmura  
Si en su estrecho caliz bebe;  
Pero es mas divina y leve  
Y estrecha ¡oh Dios! tu cintura.

Lijero el sueño es que encanta  
Y nuestras penas espanta:  
Leve el rocío que brilla  
En la hermosa campanilla;  
Pero es mas leve tu planta.

Dulce es del lánguido viento

Que en la flor durmió un momento,  
El aroma regalado  
Que aduerme el pecho angustiado;  
Pero es mas dulce tu aliento:

---

Como ama la luz del día  
El que sufre pena impía:  
Como ama al olmo la hiedra  
Al cual enlazada medra,  
Así te amo yo, alma mía.

---

Cual la flor ama al rocío:  
Como los peces el río,  
Y como á la dulce rosa  
Ama la abeja afanosa,  
Así te amo yo, ángel mio.

---

Cual del cielo la blancura  
Ama el nauta en noche oscura,  
Y como el jirasol tierno  
La luz del sol sempiterno,  
Así te amo, virgen pura.

---

Como ama su patrio suelo  
Quien lejos de él sin consuelo  
Vive y sin descanso llora:  
Cual las aves á la aurora,  
Así te amo yo, mi cielo.

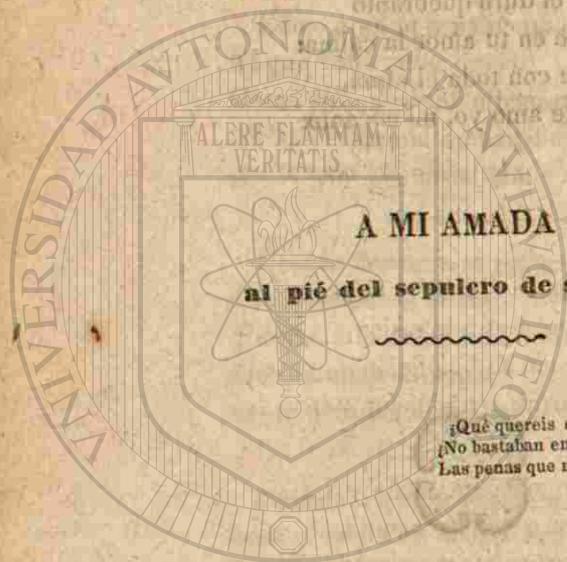
---

Cual su libertad perdida  
La calandria ama afligida:

Cual ama la vista el ciego  
Que nunca goza sosiego,  
Así te amo yo, mi vida.

---

Enjuga, pues, ya mi llanto:  
Mitiga el duro quebranto  
Y dame en tu amor la calma:  
Amame con toda el alma,  
Como te amo yo, mi encanto:



A MI AMADA  
al pié del sepulcro de su madre.

¿Qué queréis de mí, desdichas!  
No bastaban en mi patria  
Las penas que me afligían!  
De un ingenio.

Viertes, muger celestial,  
Al pié del sepulcro helado  
De aquella que el ser te ha dado,  
Lloro puro y virginal.

Tus rodillas en el suelo  
Doblas al pié de su tumba:  
Tu voz en el viento zumba,  
Y tu plegaria vá al cielo.

Virgen casta, que á llorar  
Vienes aquí por su amor,

Tú logras traerle una flor,  
Y sobre la flor llorar.

Tú, en tu terrible amargura,  
Puedes decir: "está aquí"  
Y calmar tu frenesí  
Llorando en su sepultura.

Y en medio de tus enojos  
Puedes felice esclamar:  
"Yo la cuidé hasta espirar,  
Y yo la cerré sus ojos.

En mí su última mirada  
Fijó al ir á otra mansion,  
Y me echó su bendición  
Al dejarme abandonada."

Tú puedes de noche y día  
Besar su sepulcro helado,  
Y estar rogando á su lado  
Por ella siempre á María.

¡Feliz tú en medio el penar,  
Que puedes ¡oh vírgen pura!  
Llorando en su sepultura,  
Tus crudas penas calmar!

¡Feliz tú que ni un instante  
Te apartaste de su lecho,  
Y al morir, contra tu pecho  
Pudiste estrecharla amante!

Tú lloras porque la muerte  
Ha un mes te la arrebató;  
Mucho há que la perdi yo,  
Porque así quiso mi suerte.

Yo no pude recibir,  
Como tú, su bendicion,  
Ni contra mi corazon  
Pude estrecharla al morir.

Que lejos del patrio suelo  
Me arrojó la suerte impia,  
Y tal vez mi alma reia  
Cuando la de ella iba al cielo.

Tal vez sin pena ni enojos  
Al amor yo me entregaba,  
Cuando tal vez me llamaba  
Al ir á cerrar sus ojos.

Tal vez en aquel momento  
Que al espirar me bendijo,  
En tí, muger, este hijo  
Ponia su pensamiento.

Hoy al redor de su tumba  
No hay quien coloque una flor,  
Y en vez del ruego al Señor,  
El viento furioso zumba.

No se eleva una plegaria  
Do ella reposa, al Eterno,  
Ni se vierte lloro tierno  
En su tumba solitaria.

Porque el hijo de su amor,  
Que adoró con toda 'el alma,  
Lejos de ella está sin calma,  
Traspasado de dolor.

Porque no puede á su lado  
Ir cariñoso á llorar,  
Pues le aparta inmenso mar  
De su suelo idolatrado.

Y si tal vez un acento  
Se escucha en su tumba fria,  
Es el ¡ay! que el alma mia  
Lanza y allá lleva el viento.

¡Feliz tú en medio el penar,  
Que puedes ¡oh virgen pura!  
Llorando en su sepultura  
Tus duras penas calmar!

La muerte llevó á los dos  
El objeto mas amado;  
Yo soy, cual tú, desdichado,  
Y une nuestras almas Dios.

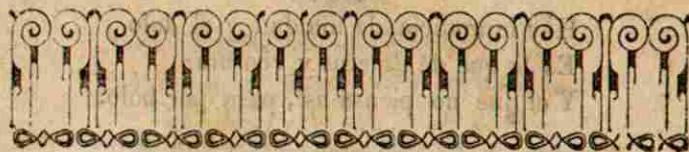
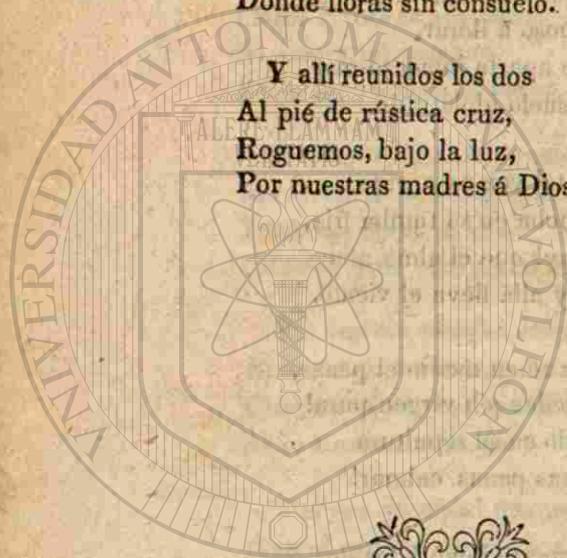
Nuestras almas, sí, que un día  
Eterna fé se juraron;  
Nuestras almas, que se amaron  
Casi con idolatría.

Mas no quiero, virgen pura,  
Que ahora pienses en mi amor,

Pues respeto ese dolor,  
Nacido de tu ternura.

Solo en mi desgracia anhelo,  
Que una lámpara piadosa  
Pongamos cabe la losa  
Donde lloras sin consuelo.

Y allí reunidos los dos  
Al pié de rústica cruz,  
Roguemos, bajo la luz,  
Por nuestras madres á Dios.



## SÁTIRA.

Tarde llega el desengaño;  
Mas no llega tarde, no,  
Si cauteriza severo  
Las llagas de un triste error.  
Rementería.

¿Predicando virtud nos vienes, Fabio,  
En el siglo presente? Tú estas loco,  
Pues tal se atreve á pronunciar tu lábio.

De vivir en el mundo entiendes poco,  
Cuando sostienes, con menguado juicio,  
Que donde no hay virtud, no hay paz tampoco.

¿Y qué importa la paz? Nada. El patricio  
Que la razon defiende, queda solo;  
Y al fin viene á parar en un hospicio.

Hoy la malicia, la maldad y el dolo  
Es lo que dá dineros y ventura;  
Y el que no piensa así, pasa por bolo.

El hombre sin pudor, que la hermosura  
De su muger le sirve de resorte  
Para alcanzar empleos sin tortura,

Ese vive feliz siempre en la corte:  
De ese es el mundo, y los placeres todos;  
Y do quier alabada es su consorte.

Y mientras el virtuoso, con los codos  
Fuera de la levita marcha flaco,  
Sin zapatos tal vez, por entre lodos.

No tus doctrinas, caro amigo, ataco;  
Mas en el mundo en la miseria gime  
El que no roba mas que el mismo Caco.

El déspota cruel que al pueblo oprime,  
¿Cómo subió al poder que juzga eterno,  
Donde riquezas atesora, dime?

Revelándose infiel contra el gobierno,  
Y uniéndose á otros muchos sin camisa,  
Con los cuales se muestra franco y tierno.

De estos hombres el vicio es la divisa;  
Y aunque ellos se dan nombre de cristianos,  
Se mofan, sin piedad, del que oye misa.

„Es preciso quitar, claman ufanos,

„Esas riquezas que disfruta el clero;”  
Y los bienes se pasan á sus manos.

“El que murió enclavado en un madero,  
Prosiguen, „por nosotros pecadores,  
„Predicó la pobreza y no el dinero.”

Y ellos, que de ella son predicadores,  
Dejando á todos los demas desnudos,  
Se visten, pues de todo son señores.

„Vivamos siempre en fraternales nudos:  
„Viva la libertad y el socialismo,  
„Y dénos, el que tenga, sus escudos.

„Acabe para siempre el despotismo,  
„Y el que trabaja al holgazán dele oro,  
„Pues todos han de ser aquí lo mismo.”

Esto dicen en voz alta y á coro,  
Algunos que se llaman liberales,  
Y que es el vicio y fraude su tesoro.

Y al predicar que todos son iguales,  
Y que es para hablar libre el ciudadano,  
Si habla el robado son, con él, fatales.

Verás tambien al pisaverde vano,  
Enamorar á un tiempo á seis hermosas,  
De cuya candidez se burla, ufano.

“Las mugeres, te dice, son preciosas,  
“Y con ellas pasar es bueno el rato;  
“Mas solo al que es ladron, pónganle esposas.

“Solo, añade, se casa el mentecato  
“Que tiene religion y fiel conciencia,  
“Y se precia de justo y timorato.

“Pero el hombre de mundo y de experiencia  
“Que mil novelas malas ha leído,  
“De la muger se burla y su inocencia”.

¿Ves á Don Roque allí, lujoso, erguido,  
Con cuánto orgullo la cabeza mueve?  
Pues aun no paga al sastre su vestido.

La renta de la casa, ha un año debe;  
Y aunque oye del casero mil horrores,  
No le causa cuidado esto el mas leve.

Todo ha cambiado ya: los oradores (\*)  
Que debieran salvar, con alma fuerte,  
A la patria infeliz de sus horrores,

No se cuidan ¡oh Fabio! de su suerte:  
Antes parece que en sus crudos males  
Se gozan y que anhelan ya su muerte.

Varios, no todos, viles generales  
Por las calles verás que con gran lujo  
Se pasean en coches sin iguales.

Mientras que el oficial que se condujo  
Con valor en el campo de batalla,  
En la miseria vive, hecho un cartujo.

(\*) Hay excepciones honrosas.

No mas Fabio, no mas: por tu bien calla:  
Ya la virtud murió; y el vicio, erguido,  
En todas partes acatado se halla.

El usurero vil que no ha seguido  
Tus máximas, paséase contento,  
Y arruinando á la viuda ha enriquecido.

Y el padre de familia que un momento  
No abandonó de la virtud la senda,  
En union de sus hijos muere hambriento.

De tus ojos caer deja la venda  
Que te ocultaba la verdad ¡oh Fabio!  
Y ministro tal vez te harán de hacienda,  
Si alaba el robo y la maldad tu labio.



“Solo, añade, se casa el mentecato  
“Que tiene religion y fiel conciencia,  
“Y se precia de justo y timorato.

“Pero el hombre de mundo y de experiencia  
“Que mil novelas malas ha leído,  
“De la muger se burla y su inocencia”.

¿Ves á Don Roque allí, lujoso, erguido,  
Con cuánto orgullo la cabeza mueve?  
Pues aun no paga al sastre su vestido.

La renta de la casa, ha un año debe;  
Y aunque oye del casero mil horrores,  
No le causa cuidado esto el mas leve.

Todo ha cambiado ya: los oradores (\*)  
Que debieran salvar, con alma fuerte,  
A la patria infeliz de sus horrores,

No se cuidan ¡oh Fabio! de su suerte:  
Antes parece que en sus crudos males  
Se gozan y que anhelan ya su muerte.

Varios, no todos, viles generales  
Por las calles verás que con gran lujo  
Se pasean en coches sin iguales.

Mientras que el oficial que se condujo  
Con valor en el campo de batalla,  
En la miseria vive, hecho un cartujo.

(\*) Hay excepciones honrosas.

No mas Fabio, no mas: por tu bien calla:  
Ya la virtud murió; y el vicio, erguido,  
En todas partes acatado se halla.

El usurero vil que no ha seguido  
Tus máximas, paséase contento,  
Y arruinando á la viuda ha enriquecido.

Y el padre de familia que un momento  
No abandonó de la virtud la senda,  
En union de sus hijos muere hambriento.

De tus ojos caer deja la venda  
Que te ocultaba la verdad ¡oh Fabio!  
Y ministro tal vez te harán de hacienda,  
Si alaba el robo y la maldad tu labio.



**SONETO.**

Un árbol tierno en el pensil florido  
 Se vé, del cuidador abandonado,  
 Y á su planta el clavel luce encarnado,  
 Y mil flores que allí vida han tenido.  
 Mas con tal libertad, crece torcido,  
 Y las flores se mueren á su lado,  
 Unas, porque del sol las ha privado,  
 Otras, porque jamas sombra han tenido.  
 El niño así que descuidado crece  
 Por el ser que le diera la existencia,  
 Acia el vicio se inclina que apetece.  
 A su lado sucumbe la inocencia:  
 De sus amigos la virtud perece;  
 Y á su pátria destruye sin clemencia.



**A HORRENDA CULPA,  
 HORRENDO CASTIGO.**

**LEYENDA.**

**PRIMERA PARTE.**

**Amante, esposo, y asesino.**

Amar, señora, es tener  
 Inflamado el corazon,  
 Con un deseo de ver  
 A quien causa esta pasion,  
 Que es la gloria del querer.  
 Agustio Moreto.

Es una noche serena:  
 La luna lánguidamente  
 Brilla en el cielo esplendente  
 Cercada de estrellas mil.  
 Pliega el céfiro sus alas  
 A sus tibios resplandores,  
 Y en el caliz de las flores  
 Duerme que hay en el pensil.



Corre el Nerva silencioso,  
Sus aguas moviendo apenas,  
Y en la orilla sus arenas  
Se ven cual perlas brillar:  
Y en el Arenal balsámico,  
Cubierto de cien jardines,  
Los pintados colorines  
Duermen sin trinos alzar.

Todo yace en el silencio  
En Bilbao en este instante:  
Ningun rondador amante  
Mueve en sus calles el pié;  
Y en una casa tan solo  
Que está en la hermosa Rivera,  
Una luz brillar ligera  
Tan solamente se ve.

Dos mugeres en su sala,  
Alhajada ricamente,  
Están una de otra en frente,  
Mirándose y sin hablar:  
Las dos sintiendo en sus pechos  
Diferentes afecciones,  
Y latir sus corazones  
Por el amor y el pesar.

La mayor veintin abriles  
A lo sumo contaria,  
Y diez y nueve tendria,  
O poco mas la menor;  
Y ambas son hermanas tiernas  
Que cada una á la otra ama:

Laura la menor se llama,  
Y Maria la mayor.

Es esta de faz tan blanca  
Como el ampo de la nieve,  
Tocado con tinta leve  
De finísimo carmin:  
Sus mejillas son dos rosas  
Que el botón roto han apenas;  
Y su frente es de azucenas,  
Sus labios de serafin.

Sus ojos negros, rasgados,  
Grandes y medio dormidos,  
Por pestañas circuidos  
Largas que sombra les dán:  
Dientes de perlas preciosas  
De amarillez sin un rastro,  
Cuello hermoso de alabastro  
Donde las gracias están.

Pelo negro que le cubre  
Su finísima cintura,  
Y que está con su blancura  
En contraste seductor:  
Planta breve cual la huella  
Que deja el feliz arcángel,  
Y leve cual la del ángel  
Cuando se acerca al Señor.

Un niño inocente y tierno,  
Que apenas seis meses cuenta,  
Ella en sus brazos, contenta,

Arrulla llena de amor;  
Y cualquiera al cotemplarla  
Con su hijo así juzgaria  
Que es esta hermosa Maria,  
La madre del Redentor.

Laura como ella es hermosa,  
Y como ella blanca y pura:  
De planta breve, y cintura  
Flexible como el laurel;  
Mas sus ojos son azules,  
Vivos, que vierten consuelo;  
Su mirada es la del cielo,  
Y sus labios de clavel.

Su cabello es muy mas claro  
Que el de la tierna Maria,  
Y en finura bien podria  
A la seda aventajar:  
Largo tambien y abundante  
Como el de su hermana hermosa,  
Que huele cual tierna rosa  
Que se acaba de cortar.

Despues de un largo silencio  
Que no turba ni aun el aura,  
Con voz dulce dijo Laura  
A su hermana y con amor:  
Tú padeces demasiado,  
Lo conozco, hermana mia,  
Aunque me callas Maria  
Tus penas y tu dolor.

Tú dudas, y con justicia,  
Del cariño de tu esposo;  
Y por eso sin reposo,  
Vives en cruda inquietud;  
Mas aunque afanosa quieres  
Ocultarme tus desvelos,  
Las espinas de los celos  
Sé que turban tu quietud.

Maria.

Te engañas, Laura, pues libre  
De esa pasion está mi alma,  
Ni jamas turba mi calma  
Ningun recuerdo cruel:  
Tranquila estoy, que en mi pecho  
A entrar la duda no alcanza,  
Que yo le amo; y confianza  
Tengo en que me ama Miguel.

Laura.

Tal vez aciertes; mas creo  
Que te equivocas, hermana:  
Tal vez con pasion insana  
A otra adora, por tu mal;  
Y de esos viajes continuos,  
Para engañarte se vale;  
Y quizá de aqui r.o. sale  
Por un amor criminal,

Maria.

Basta, Laura, tus palabras

En vez de agradar me ofenden,  
Pues introducir pretenden  
La desconfianza en mí.  
Basta; y nunca, hermana mia,  
Si deseas que yo te ame,  
Tu lengua á mi esposo infame,  
Pues he de dudar de tí.

Con tan singular respuesta,  
Quedó Laura sorprendida;  
Y su hermana, enternecida,  
Despues así prosiguió.  
Soy feliz como tú lo eres  
Con el amor de tu amante,  
A quien adoras constante,  
Como á mi esposo amo yo.

Amorosa y bella Laura,  
Cuando con un lazo eterno,  
Con ese don Juan tan tierno,  
Te llegues unida á ver:  
Conocerás cuánto vale  
Ese creer que nos aman,  
Y que si al esposo infaman,  
Dan tormento á la muger.

Laura.

Perdona si te he ofendido:  
Conozco lo mal que he hecho  
En querer herir tu pecho  
Con una duda cruel.  
Perdóname.

Maria.

Laura mia,  
Pura cual la alma de un niño,  
Fué un esceso de cariño  
El tuyo, si hermana fiel.

Y ambas hermanas guardaron  
El silencio mas profundo,  
Y en calma seguia el mundo,  
Y el viento sin murmurar;  
Y el planeta melancólico  
De la noche, débilmente  
Del Nervion en la corriente  
La luz hacia rielar.

Así tan tierna y tan pura,  
Tan complaciente y hermosa,  
Era la sensible esposa  
Del felice Don Miguel.  
Jamás abrió ella los labios  
Para quejarse un instante,  
Que siempre en su pecho amante  
Ocultó el dolor cruel.

Y siempre, todas las noches,  
Cual en esta, espera en calma  
Al esposo de su alma  
Que á la una suele llegar;  
Sin que nunca le pregunte  
Por qué tanto se ha tardado,

Ni donde hasta entonce ha estado  
Sin venirla á consolar.

Un ángel es en virtudes,  
Como lo es en hermosura:  
Como la paloma es pura,  
Y cual la tórtola es fiel;  
Mas preciso es que sepamos,  
Dejando ya aquí á Maria,  
En donde, esta noche umbría,  
Se encontraba Don Miguel.  
En una calle algo oculta  
De la villa, vive ufana,  
La aliva y bella Doña Ana  
De Percira y Aguilar,  
En una casa magnífica  
Alhajada ricamente,  
Do las horas dulcemente  
La hermosa suele pasar.

Es de veinticuatro abriles  
La Aguilar, alta y hermosa;  
Mas cuanto bella, ambiciosa,  
Y cuanto ambiciosa, atroz:  
Que oculta bajo de un rostro  
De ángel que está ante el Eterno,  
La alma de un ser que el infierno  
Al mundo arrojó feroz.  
Irascible y altanera,  
Celosa, vil, vengativa,

De imaginacion muy viva  
Y de ardiente corazon:  
Que cuando de alguien recibe  
Alguna ligera ofensa,  
Solo en la venganza piensa,  
Que es su mas fuerte pasion.

Tal es la bella Doña Ana,  
Que hace llegó de Sevilla  
De Bilbao á la leal villa,  
Doce meses poco mas.  
Ni padre ni madre tiene  
Portento tan soberano,  
Sino un hombre á quien hermano  
Le dice y se llama Blas.

Y nadie sabe otra cosa  
Perteneiente á Doña Ana,  
Aunque algunos diz que hermana  
No es ella del tal Don Blas:  
Sino que este es un oculto  
Sin pudor antiguo amante,  
Que si hay rondador galante  
No le incomoda jamás.

En la iglesia de Santiago  
A la bella Ana vió un dia,  
El esposo de Maria  
A poco de que llegó;  
Y prendado de su rara  
Y extraordinaria belleza,  
Y su extrema gentileza,  
En el instante quedó.

Y sin quitar un instante  
La vista de ella se estuvo,  
Hasta que acabado se hubo  
La misa, corta para él:  
Y al salir; la agua bendita  
Diola muy cortés y urbano,  
Y ella su divina mano  
Estendió ácia don Miguel.

Y desde entonces, constante,  
Bajo la estrecha ventana  
Está, Miguel, de doña Ana,  
Como el mas tierno galan:  
Y ella al fin de algunos dias,  
De quien era estando cierta,  
Abrióle amante la puerta  
Para premiar tanto afan.

Que por su fingido hermano  
Informada estensamente,  
De que el nuevo pretendiente  
Era rico y de poder,  
Miró, á su ambicion sin límites,  
El fin en tanta riqueza,  
Y á ella vendió su belleza  
Como una infame muger.

Y aunque tambien informóla  
De que se hallaba casado,  
Ella, sin mostrar cuidado,  
Halagaba á Don Miguel;  
Y finjia que ignoraba

Aquellos sagrados lazos,  
Y estrechábale en sus brazos  
Mintiendo amor puro y fiel.

Mas cuando juzgó prudente  
Que el reprenderle seria,  
Demostrando pena impía  
Y llorando sin cesar  
Recibióle; y sorprendido  
Don Miguel quedó al mirarla;  
Y su pena al preguntarla,  
Llegó ella así á contestar.

—Me preguntas lo que tengo  
Cuando me engañas, bien mio!....  
Cuando amarte es mi albedrio  
Y olvidarte mi deber!....  
¡Ah!.... por qué me has ocultado  
Que estabas con otra unido!....  
¡Ah!... ¿por qué te he conocido?....  
¿Por qué te llegué á querer?....

Y un mar de brillantes lágrimas  
Dejó correr de sus ojos,  
Y él, por calmar sus enojos,  
A sus plantas se arrojó;  
Y rendido y amoroso  
Su mano blanca besando,  
Con acento dulce y blando  
De esta manera la habló.

—¡Ah! perdona mi delito:  
No desgarras con tu llanto,

Del hombre que te ama tanto,  
El sensible corazón.  
Te oculté que estaba unido  
Con otra, bien de mi vida,  
Porque temi que, ofendida,  
Despreciaras mi pasión.

Mas perdóname, ángel puro;  
Que me perdones te ruego:  
Me hizo engañarte este fuego  
Que me priva de razón;  
Mas todo cuanto poseo,  
Honores, vida y riqueza,  
Si algo calman tu tristeza,  
Tuyos, Ana, desde hoy son.

De un placer imponderable  
De la vil llenóse el alma;  
Mas mostráudo estar sin calma  
Vertiendo llanto siguió;  
Y ¿qué valen las riquezas?  
Dijo con dolor impío,  
¿Qué del mundo el poderío  
Para quien su honor perdió?

¡Ah! yo llevo ya en mí misma,  
De este amor el fruto horrendo;  
El fruto que estoy temiendo  
Que llegue el sol á mirar....  
¡Ah! Miguel, cuán desgraciada  
Y cuán infeliz me has hecho;

Y sin embargo, mi pecho  
A tí solo sabe amar.

Mas al ser madre, á un convento  
A entrar estoy decidida,  
Y en él á acabar mi vida  
Para mis culpas borrar;  
Y de mi pasión en pago  
Unicamente te ecsijo,  
Que cuides de nuestro hijo  
Sin llegarle á abandonar.

Y otro torrente de lágrimas,  
Mas que el primero abundante,  
La falsa y pérfida amante  
Llegó de nuevo á verter;  
Y ¿por qué te he conocido?  
Cada instante repetia:  
Ya no hay para el alma mia  
Ni ventura ni placer.”

—Hermosa, no así atormentes  
Un corazón que te adora:  
Te juro que desde ahora  
Todo, para mí, has de ser:  
Todo, sí; que sin tí nada  
Para mí hay grato en la tierra;  
Y solo el penar me aterra  
Que el mundo quieres perder.

Y volvió á ofrecerla tierno  
Su riqueza y poderío,

Y sugetar su albedrio  
De ella al gusto y voluntad:  
Y doña Ana que esto ansiaba  
Con anhelo el mas profundo,  
Vivir con él en el mundo  
Ofreció al fin con piedad.

Y fué madre á poco tiempo  
De un niño, cual ella, hermoso;  
Y de Maria el esposo  
La amó entonces cual jamas;  
Pero celosa doña Ana  
Aun de la hermosa Maria,  
Hacerla infeliz queria  
Cada dia mas y mas.

Y de infiel y de perjura  
La acusaba á cada instante,  
E hizo que fuera su amante,  
Para perderla, don Blas;  
Mas don Miguel que seguro  
De la virtud de ella estaba,  
A estas palabras no daba  
Crédito alguno jamas.

Y doña Ana, interiormente,  
Confianza tal maldecia,  
Y estudiaba noche y dia  
Como herir á su rival;  
Mas las de su hermano y ella  
Intrigas mil, no alcanzaron  
Nada, ni en nada variaron  
A la esposa angelical.

Y así hasta la noche plácida  
Do estamos de la leyenda,  
Llegaron, sin que comprenda  
Tal intriga Don Miguel:  
Antes de amor embriagado,  
Creyéndola tierna y pura,  
A doña Ana amarla jura  
Con alma constante y fiel.

—Mas no es tu pasion tan grande  
Ni tan fuerte cual la mia,  
Doña Ana Aguilar decia  
A su amante con afan:  
Tú divides con tu esposa,  
El amor que hay en tu alma,  
Cuando yo vivo sin calma  
Por tí solo, dulce iman.

Y ella, en tanto que en tí miro  
Yo el mayor bien de mi vida,  
Por otro amante te olvida.....  
—Calla, calla por piedad:  
Esclamó don Miguel triste  
Y en extremo conmovide.  
—¿Aun dudas? —Nunca he creído  
En ella tanta maldad.

Y mordióse Ana los labios,  
Viendo que no conseguia  
La desconfianza impia  
En su amante hacer brotar;  
Y él quedó meditabundo,  
Sin calma en su pecho alguna,

Y en este instante la una  
El reloj llegó á marcar.

—¡A Dios, gloria de mi vida;  
Dijo don Miguel, dejando  
El sofá lujoso y blando  
Donde estaba con su bien:  
Hasta mañana, —¡Ah! cuán presto  
Pasan las horas de calma;  
Repuso Ana, cuando el alma  
Se juzga está en el eden.

Y un estrecho abrazo dándose  
Lleno de amor y ternura,  
Don Miguel, con gran tristura,  
De aquella casa salió;  
Y poco despues en ella,  
Mostrando dolor tirano,  
De doña Ana el falso hermano,  
Violentamente entró.

Ana.—Tu faz nada bueno anuncia,  
Mi Blas.

Blas.— Es tiempo perdido:  
En un año no he podido  
Nada de ella conseguir:  
Y aunque á las criadas tengo  
Ganadas una por una,  
Me es contraria la fortuna,  
Y mal me ha de hacer salir.

Toda la noche he esperado;  
Mas fué diligencia vana,

Porque con ella su hermana  
Ha estado, sin la dejar.

Ana.—Pues mañana, ya que todo  
Mal hasta hoy nos ha salido,  
Mientras aquí está su marido,  
De Bilbao la has de sacar.

Blas.—¿Mas de que suerte?

Ana.— Despacio  
Te contaré mi proyecto;  
Y sino eres un abyecto,  
Bien el plan ha de salir;  
Mas descansenos ahora,  
Y hablaremos largamente,  
Cuando el sol por el oriente  
Llegue brillante á lucir.

II.

Las once son de otra noche  
En que sin oscuras nubes,  
En el claro azul del cielo  
La luna esplendente luce,  
Las estrellas, ojos vivos  
Con que el cielo ve y descubre  
Cuanto los mortales hacen,  
A su derredor relucen,  
Como suelen los magnates  
Que á ver á su rey acuden,  
Al rededor de su trono  
Brillar cual brillar les cumple,  
El céfiro grato y leve

Entre mil lirios azules  
Juguetea, haciendo que estos  
Sobre el tallo se columpien.  
El Nervion sus mansas aguas  
Contra el muro no sacude,  
Y calma y paz solo muestra  
Cuanto á la tierra circuye.  
En las calles solamente,  
Como es del siglo costumbre,  
Algun rondador amante  
Bajo el farol se descubre,  
Esperando á su adorada  
Que mil encantos reúne.  
En el Arenal las aves  
No elevan sus trinos dulces,  
Que en las ramas de los árboles  
Que el viento leve sacude,  
Duermen tranquilas, en tanto  
Que el sol no muestra su lumbre.  
Todo calla: el aura apenas  
Hace que suaves ondulen  
Las flores que, al sacudirse,  
Esparcen gratos perfumes.  
Mas aunque todo está en calma,  
Hay un vil ser de quien huye  
En este instante la paz,  
Aunque en calma estar procure.  
Es una infame criada  
De Maria, sin virtudes,  
Que espera á dos hombres viles  
Que con su oro la seducen.  
Cada instante á una ventana

Que cae á un jardin, acude,  
Por ver si en él, la malvada,  
A los que espera descubre.  
Pero viendo que no llegan,  
Se desespera y se aburre,  
Y en quejas mil contra ellos  
Al fin furiosa prorrumpe.  
Mas cuando sin esperanza  
Se encuentra y teme la burlen,  
Tres palmadas se escucharon  
Que aquel silencio interrumpen.  
—Ellos son, dijo ella; y luego  
Pronta á la ventana acude,  
Do con otras tres palmadas  
Contestó sin que ya dude,  
De que son los que ella espera  
Dos personas que descubre,  
Bajo la estrecha ventana  
Acia la cual pronto suben.

—Don Blas, dijo ella despues  
Que entró uno de ellos al cuarto:  
Con temor he estado harto.  
—Aquí está tu prémio, Inés.

Contestó Blas al momento  
Una bolsa la alargando,  
Que en su seno fué guardando  
Inés con grande contento.

¿Está sola tu ama?  
Inés. Si:  
Que hasta las doce su hermana  
No viene.  
Blas. Muy bien: ufaaa  
Quedaré cuando entre aquí.

Y por la ventana vino  
Tras Blas á entrar su criado,  
De espada y puñal armado  
Y con la faz de asesino.

Blas.—Conducenos á do está  
Tu ama, Inés, en el momento.  
Inés.—Callad, que de su aposento  
A este sitio llega ya.

Mas ocultaos, por Dios,  
Al instante en este cuarto,  
Y tiempo tendreis muy harto  
Para robarla los dos.

Blas.—¿Y su hijo donde se encuentra?  
Inés.—En la cuna está dormido;  
Mas entrad, que sois perdido  
Si aquí estáis cuando ella entra.

Y al cuarto de la derecha  
Al instante hizo que entraran,  
Poco antes de que María  
A donde estaban llegara.

—Nada me ocultes. Inés,  
Dijo María; no nada,  
¿Con quién estabas hablando  
Hace poco en esta estancia,  
Que hasta mi cuarto han llegado,  
En confusion, tus palabras?  
—Señora. . . —Pero ¿qué veo! . . .  
Está abierta esta ventana,  
Y desde el jardin á ella  
Descubro puesta una escala! . . .  
¿Quién ha entrado? . . . —Yo, María,  
Que os amo con el alma:  
Dijo saliendo del cuarto  
Don Blas, con voz dulce y clara.

Yo, María, que sabiendo  
Que el verme os causa penar,  
Quise, mi pasion venciendo,  
Ya no volveros á hablar,  
Aunque esté de amor muriendo.

Mas fué en vano: la razon  
Me abandonó en un instante;  
Pues un frenético amante  
Que adora, cual yo, constante,  
No resistió á su pasion.

Que como los rayos rojos  
Sigue amante el jirasol  
De ese celeste farol,  
Sigo yo de vuestros ojos  
La luz que es de mi alma el sol.

Por eso con tierno afan,  
Aunque en paz dejaros quiero,  
Vuelvo ácia vos placentero,  
Como va tras el iman,  
Sin resistir, el acero.

Soy la tierna mariposa,  
Que á la luz de vuestros ojos  
Sin cesar vuela afanosa,  
Dando la vida en despojos  
De esta pasion ardorosa.

Soy el naufrago infeliz,  
Que mi fin mirando cierto,  
En vos descubro ya el puerto,  
Do espero vivir feliz,  
Y que á mi dicha está abierto.

Pues cómo dejar podria  
En mi imponderable afan,  
De veros, bella Maria,  
Cuando en vos ve el alma mia,  
Su puerto, luz, sol, é imán?

María.—Mas ved que aunque el jirasol  
Constante suele seguir  
Del cielo el rojo farol,  
Con su fuego consumir  
Suele sus hojas el sol.

Blas.—Yo cual el fenix la vida  
Llego en el fuego á alcanzar;

Y aunque él sea mi homicida,  
El de nuevo me ha de dar  
La existencia apetecida.

María.—Acabemos de una vez,  
Don Blas, tal conversacion:  
Conoceis ya mi altivez,  
Mi virtud y mi honradez,  
Y que ama á otro el corazon.

Nada tengo que añadir  
A lo dicho; y ya que Inés  
Os llegó aquí á introducir,  
Muy justo y prudente es  
Que ambos llegueis á salir.

Blas.—Muy mal conoceis, María,  
El temple de mi pasion:  
El que ha tenido osadia  
Para entrar á esta mansion,  
Firme estará en su porfia.

Hace un año, ó mas tal vez,  
Que vivo por vos sin calma:  
Pues bien, hoy vuestra altivez  
A rendir viene mi alma  
Sin respeto á ley ni juez.

Miro que estais sorprendida  
De oirme hablaros así;  
Mas es cosa decidida,  
Y queuan me cueste la vida

He de sacaros de aquí.

María.—¡Infame!... ¿tendreis valor?...

Blas.—Para todo: os amo tanto,

Que nada me causa espanto:

Solo aspiro á vuestro amor

Que es causa de mi quebranto.

Si compasiva quereis

Premiar esta llama impia

Que sufriendola me veis,

Mi reina desde hoy sereis,

Y yo un esclavo, María.

Pero si rehusais ahora

Ofrecerme vuestro amor,

En pago del vivo ardor

Que mi corazon devora,

Me hareis ser un vil raptor.

Ved, pues, lo que respondeis.

Si mi amor premiais, María,

Aquí segura estareis;

Mas si despreciaisme impia,

Dé aqui arrancada os vereis.

María.—¡Hombre vil!... cómo paciencia

Tuve para oiros no sé:

Quitaos de mi presencia,

Que ya el que delirio fué,

En vos, se ha vuelto demencia.

¿Pensabais intimidar

Mi corazon de muger?

Os llegasteis á engañar;

Si hasta hoy no os pude amar,

De hoy os he de aborrecer.

Blas.—Conque tanto odiais, María,

Mi tierno y rendido amor?

María.—Vuestro amor es mi agonía;

Veros mi mayor dolor,

Y oiros mi pena impia.

Mas salid de aquí, por Dios,

Que hablar no es justo los dos.

Blas.—¿El amor que yo os ofrezco

Aborreceis?

María.— Aborrezco

Cuanto pertenece á vos.

Blas.—Ya no hay paciencia á sufrir

Tantos insultos, señora:

Vine tierno hace una hora;

Mas ya el furor me devora,

Y á fuerza habeis de salir.

¿Butron?, exclamó furioso,

Don Blas con acento horrendo;

Y salió el criado al punto,

A su voz, del aposento.

Quedó María, al mirarle,

Con sobresalto en el pecho,

Sorprendida y aterrada,  
Sobrecogida de miedo.  
—¿Qué mandais? dijo Butron.  
—Ved, María, no hay remedio:  
Que me sigais es preciso  
En este mismo momento.  
De Don Miguel á la esposa  
Prosiguió Don Blas diciendo,  
La blanca mano agarrándola,  
De ella á pesar del esfuerzo.  
—Soltadme ¡monstruo! soltadme.  
—Pues seguidme.—No, primero  
Vertereis toda mi sangre  
Que en menos que mi honra aprecio.  
—Butron, entra en ese cuarto;  
Y á un grito mio, en el pecho  
De un tierno niño que duerme,  
Entierra el puñal horrendo.  
—¡Ah! ¡qué escucho! . . . No: jamás:  
Esclamó con fuerte acento  
María, volando al cuarto,  
Llena de afán, al momento;  
A cuya puerta se puso  
Con ambos brazos abiertos,  
La entrada, con toda furia,  
La infelice defendiendo.  
Herid, esclamó, sí, herid  
De una triste madre el pecho,  
Cuya vida en nada estima  
Si á su hijo defiende tierno.  
—Señora, dejad que pase,  
Dijo, su puñal blandiendo,

El criado de Don Blas,  
Enpujándola ácia adentro.  
—Cobarde, herid os repito,  
Que la muerte no la temo,  
Pues no vencereis jamás  
De una madre el noble esfuerzo.  
Entonces Don Blas lanzóse  
Sobre ella, de furia ciego,  
Y agarrándola del brazo  
Quiso vencer su denuedo.  
Pero la infeliz María  
Contra ambos, con noble aliento,  
Se defendia, y gritaba,  
Socorro á voces pidiendo.  
En esto ruido de pasos  
En la escalera se oyeron,  
Y de un hombre que llegaba  
El terrible y fuerte acento.  
—Alguien viene: dijo Inés  
Sobrecogida de miedo:  
Seguramente es Don Juan. . . .  
Huyamos sin perder tiempo.—  
Y no bien estas palabras  
Pronunció, cuando, ligero,  
Entró de Laura el amante  
A do estaban, al momento.  
—¡Infame! . . . dijo sacando  
El tajante y limpio acero,  
Y arrojándose á Don Blas  
Que le esperaba sereno.  
Vuestra sangre vil é impura  
Pagará este atrevimiento.

—Huyamos, señor, huyamos,  
Pues de otro los pasos sienta  
Que ya sube la escalera,  
Y que Don Miguel es creó.  
Dijo el criado de Blas;  
E Inés, tal noticia oyendo,  
Apagó la luz al punto,  
Para así huir sin recelo.  
En tanto el ruido seguía  
De los cortantes aceros,  
Hasta que tras un instante  
Quedó ya todo en silencio.  
—¿Dónde te ocultas, infame?  
Decía Don Juan, queriendo  
En la oscuridad hallar  
A su rival vil y fiero.  
Pero este acia la ventana,  
Ser sorprendido temiendo,  
Se acercó; y á ella al llegar,  
Al jardín bajó al momento  
Por ella; y tras él, al punto,  
Su criado, asaz ligero.  
Inés que miró á los dos  
Libres del terrible riesgo,  
Quiso seguirles también  
En aquel lance tremendo;  
Pero cuando á la ventana  
Se subió, Don Juan que, ciego,  
Iba tras de su contrario,  
Creyó que de este era el cuerpo  
Que á escapar se preparaba,  
Y.. —No huirás, con fuerte acento,

Dijo, infame seductor,  
Cruél; y en el blanco seno  
De Inés enterró, hasta el pomo,  
La hoja de su duro acero:  
A cuyo golpe cayó  
Sin vida, aquella, en el suelo,  
Lanzando un ¡ay! espantoso  
Al cual le siguió el silencio.—  
No era Don Miguel el hombre  
Cuyas pisadas se oyeron,  
Sino un amigo muy íntimo  
De Don Juan que, en tal momento,  
Le acompañaba y detras  
De él subía con sosiego,  
De cuanto estaba pasando  
En la casa, muy ageno.

III.

Pasado seis dias han  
Desde la noche que airado,  
Por las sombras engañado,  
A Inés matára Don Juan.

Pero nada Don Miguel  
Sabe de esta fuerte escena,  
Pues por no causarle pena,  
Todo lo han callado á él.

Pues dotado de un feroz  
Génio, en extremo iracundo,

Temen su enojo profundo,  
Y alguna venganza atroz.

Mas encargado Don Juan  
De á su deber atraerle,  
En este dia fué á verle,  
Y juntos por eso están.

Y muerta quedó la Inés;  
Y Don Juan sin temer nada;  
Pues la justicia, comprada,  
Calló, porque rico él es.

Juan—Teneis una esposa fiel  
Que os ama tiernamente,  
Mientras vos indiferente  
Sois, con ella, don Miguel.

Y no falta algun galan,  
Que al ver vuestra indiferencia,  
No la ronde en vuestra ausencia,  
Aunque es inutil su afan.

Miguel.—Don Juan, ¿y ese hombre cruel  
Compasion ha hallado en ella?...

Juan —No; que es pura cuanto bella,  
Y cuanto es muy bella, fiel.

Mas es tan murmurador  
El vulgo.....

Miguel.— Yo haré se cure,  
Y que ya nunca murmure  
De mi nobleza y mi honor.

Y gracias, señor don Juan,  
Por tan salvador aviso:  
Yo haré de hoy lo que es preciso,  
Para ahuyentar tal galan.

Juan.—Mas cuanto llego á decir  
No debe daros desvelo,  
Que es todo un débil recelo,  
Que en nada os debe de herir.

Miguel.—¡Oh! bien satisfecho estoy  
De la virtud de Maria,  
Y si cual es obra hoy dia,  
Yo obraré como quien soy.

Juan.—Pues quedaos ya con Dios,  
Y ved que el vulgo es maligno.

Miguel.—Yo me haré del vulgo digno,  
Don Juan, y digno de vos.

Y solo llegó á quedar,  
Don Miguel, sin paz ni calma,  
De celos herida el alma,  
Y su honra ansiando lavar.

Y tras un rato cruel  
De dolor y de agonía,  
Esclamó, sintiendo impía  
De la amargura la hiel.

~~~~~  
—Cuatro noches hace, sí,  
Por mí infelice fortuna,

Que á casa al volver á la una,  
 De ella á un hombre salir ví;  
 Y aunque verle pretendí  
 El rostro, nada alcancé;  
 Pues él, al notar me, fué  
 Mi encuentro al punto evitando,  
 Y aunque tras él fui marchando,  
 Alcanzarle no logré.

Y aunque pregunté á Maria  
 Quien era el que hubo salido,  
 Me hizo quedar persuadido  
 De que ella nada sabia;  
 Y yo no ví que fingia,  
 Ni noté su crudo afán!....  
 Mas algo sabe don Juan,  
 Aunque en ocultar se afana....  
 Si; no mentia doña Ana:  
 Las pruebas claras están.

„El vulgo es murmurador,”

Me dijo don Juan; pues bien,  
 Yo haré que no hable de quien  
 Sabe conservar su honor;  
 Y aunque el galán rondador  
 Diz nada llegó á lograr,  
 Porque nada á murmurar  
 Llegue el vulgo en mi deshonra,  
 Seré el médico de mi honra  
 Para llegarla á salvar.

Debil humo eres, honor,  
 Do el hombre cifra su suerte,

Y por tí la horrible muerte  
 Desprecia, ciego, en su ardor;  
 Mas ¡ay! que al soplo menor  
 Del austro te desvaneces,  
 Y en el aire desapareces,  
 Derramando sobre el alma,  
 Del que buscó en tí la calma  
 De la deshonra las heces.

¡Con mis desdichas me abrumo!  
 Mas ¿cómo pude esperar  
 Que no llegase á faltar  
 De casa el honor siendo humo?....  
 ¿No es dolor terrible y sumo,  
 Que honor, que tanto he guardado,  
 Lo haya una muger manchado?....  
 Mas ¡ah! yo lo he de lavar  
 Con sangre que ha de manar  
 Del pecho que me ha engañado.

Y al acabar de decir  
 Estas últimas palabras,  
 De la Aguilar dirigióse  
 En el momento á la casa,  
 Meditando, en su interior,  
 La mas hórrida venganza,  
 Contra la esposa inocente  
 Que jamas le ofendió en nada.  
 Era el instante en que el sol  
 Sus rayos al mundo lanza  
 Desde el cenit, y en que todo

Con igual calor lo bañá.  
Los pájaros, fatigados  
Por el calor que abrasaba,  
Timidos se guarecian  
Debajo las verdes ramas  
De los árboles frondosos,  
Cuyos brazos se enlazaban,  
Formando calles sombrías  
Do el sol penetrar dudaba.  
En el Nervion ni una ola  
Ligeramente se alzaba,  
Ni una flor sobre su tallo  
Hacia mecer el aura.  
Tal era el día terrible  
En que esta historia nos halla,  
Cuando don Miguel, airado,  
A hablar iba con doña Ana.  
Mas en tanto que él camina  
De la Aguilar á la casa,  
Oigamos lo que esta pérfida  
Con su amante don Blas habla.

Ana.—Es preciso que esta noche,  
Cual lo hiciste la pasada,  
Cuando don Miguel á la una  
Llegue, cual suele, á su casa,  
Procurando que él te vea,  
De ella con cautela salgas,  
Fingiendo, cuando te mire,  
Que mucho de él te recatas.  
Así empezarán los celos  
A despertar en su alma,  
Y al preguntar á su esposa,  
Que de esto no sabe nada,

A quien recibe de noche,  
Mirando que ella se calla,  
Aquellos se aumentarán,  
Tomando por prueba clara,  
Que cuando ella nada dice,  
Es porque culpable se halla.

Blas.—Haré como tú deseas.

Ana.—Hasta que no muera, mi alma  
Jamás ha de estar tranquila.  
Ser la dueña soberana  
Anhele de don Miguel,  
No porque mi pecho le ama,  
Sino porque herido ahora  
Mi orgullo en extremo se halla.  
Si ella muere, yo la esposa  
Seré de él; y en paz y calma,  
Gozaré de sus riquezas  
Que tiene en tanta abundancia,  
Y á mi muerte será mi hijo  
Quien todas llegue á heredarlas.

Blas.—¿Y yo?

Ana.— Cuanto tu codicies  
Tendrás, sin faltarte nada.  
Pero silencio que él llega,  
Pues escucho sus pisadas.—  
Entró don Miguel entonces  
Revelando de su alma,  
En su pálido semblante,  
La iniquidad extraordinaria.

Miguel.—Me han engañado vilmente:  
Tenias razon, tú, Ana:  
Vengo sediento de sangre

Con que sacie mi venganza.

Ana.—¿Qué tienes, Miguel, que tracas  
La faz tan desencajada?

Miguel.—¿No ves en mi triste frente,  
Una deshonrosa mancha  
Que solamente con sangre  
Un noble puede lavarla?

Ana.—¿Que escucho!... ¿Doña Maria?...

Miguel.—Debe morir.

Ana.—¿Os es falsa?

Miguel.—Debe morir: ya lo he dicho.

Un hombre vi de mi casa

Salir hace cuatro noches,

Cuando á ella yo me acercaba;

Y aunque no sea perjura,

El saber que entró me basta.

Un hombre, para que yo

Procure tomar venganza,

Y así evitar que murmure

El vulgo, soez canalla,

De mi nobleza, diciendo

Que ella á un amante dió entrada,

En tanto que yo, tranquilo,

Estaba ausente de casa.

Mas quiero que me aconsejes

Lo que ahora hacer debo, para

Que oculta quede su muerte,

Y mi deshonra labada.—

Guardó un momento silencio

El mas profundo, Doña Ana,

Procurando la alegría

Ocultar que disfrutaba.

Y compadecer fingiendo

A la que ella tanto odiaba,

Contestó de esta manera

Con hipócritas palabras.

Ana.—Aunque es cierto que la honra

Es joya tan delicada

Que su brillantez preciosa

La mas leve cosa empañá,

No debe el hombre entendido,

Por una sospecha vaga,

Privarla de la existencia

A una muger que idolatra.

Bien sé que el vulgo es maligno,

Y que de una corta falta,

Forja cuentos atrevidos

Conque á los nobles infama;

Pero yo...

Miguel.— Tú, lo comprendo,

Todo lo disimuláras,

Porque tu pecho es muy noble;

Pero yo que hasta hoy sin mancha

Conservar he procurado

Los blasones de mi casa,

No puedo al verlos hollados,

Perdonar á quien me infama.

Por eso vengo resuelto

A tomar cruda venganza;

Y cuanto en contra me digas,

Será diligencia vana.

Ana.—Pues es cosa decidida,

Y no te hará variar nada,

El consejo que me pides

Te daré en pocas palabras,  
Aunque dártele le cueste  
Dolor extremo á mi alma.—  
Para que nadie sospeche  
De su muerte extraordinaria,  
Debes de fingir un viaje  
A do diz vas á llevarla;  
Y en uno de tus palacios  
Que cerca de Bilbao se hallan,  
Meterla, do de su vida  
Podrás, sin temor, privarla.  
Hecho esto, con gran cautela  
Vendrás, de noche, á mi casa,  
Donde por un par de meses  
Podrás oculto y en calma,  
Vivir, sin que á saber llegue  
Ninguno del pueblo nada.

Miguel.—Es salvador pensamiento  
El tuyo, querida Ana.

Ana.—Despues de este tiempo, puedes  
Decir que hallándose mala,  
Dejado la has en Sevilla  
O en otra ciudad de España,  
A donde finjas volver  
Cada mes á visitarla,  
Pasando todo ese tiempo  
De ausencia, dentro mi casa.

Miguel.—Pues voy á arreglarlo todo:  
A Dios ángel de mi guarda.

Ana.—A Dios, Miguel, vuelve pronto  
Porque te llevas mi alma.

IV.

Es una noche oscura y horrorosa;  
Con furia silba, sin cesar, el viento:  
El agua en mil torrentes furiosa  
Desciende desde el alto firmamento:  
Brama la mar con fuerza poderosa:  
El cielo se arde en rayos mil, sin cuento;  
Y se encuentra el mortal en dura guerra,  
Con cielo, rayos, viento, mar y tierra.

Solo un hombre descúbrese tranquilo  
En medio de la horrisona tormenta:  
Por la ventana de su humilde asilo  
Sale una débil luz amarillenta:  
Derrama de sus ojos hilo á hilo  
Mil lágrimas ardientes, mientras cuenta,  
Con fervor religioso, extraordinario,  
Las ordinarias cuentas de un rosario.

Es un monge feliz, cuya fé ardiente  
Su santo fuego por do quier derrama:  
Sobre una mesa, colocada enfrente,  
Tiene una Virgen que su pecho inflama;  
Mas su oracion turbado ha de repente,  
De uno el ruido que á su puerta llama:  
Abrela al punto, y á su vista encuentra,  
Gallardo jóven que á su alcoba entra.

Y como hace tres dias solamente  
Que llegara á Bilbao, y no sabia  
Si era mala ó pacífica la gente,

Pues á ninguno en ella conocia,  
Soprendióse; y el hombre que en su frente,  
De su pecho el temor crudo leia,  
Para calmar su bárbaro tormento,  
Le dijo con muy dulce y tierno acento.

Mas quiero antes de pasar  
Con mi leyenda adelante,  
Quien era el hombre contar  
Que fuera en aquel instante  
Al sacerdote á buscar.

Y tambien hacer saber,  
Como es para mi un deber,  
Que aunque hoy esté prohibido  
En Bilbao coche el tener,  
Era entonces permitido.

Que las cosas han variado  
Mucho desde el tiempo aquel,  
Y no estaba tan aseado  
El pueblo de Bilbao fiel,  
Cual hoy, ni tan hermosado.

Pero volvamos al hombre  
Que á llamar al monge fuera;  
Y aunque el buen lector se asombre,  
Sepa que Miguel el nombre  
Del que entró á su casa era.

Don Miguel, sí, que tirano  
Iba á su esposa á matar,  
Y queria, cual cristiano,  
Hacerla antes confesar  
Para salvar su alma ufano.

—No temais nada de mí,  
Padre, cese vuestro espanto:  
Pues de una niña el quebranto,  
De su fin próximo el llanto  
Me obligan á entrar á aquí.

Id á su lado, señor,  
Que en su amargo desconsuelo  
Os llama con fiel anhelo,  
Pues quiere, al dejar el suelo,  
Que seais su confesor.

Venid, pues, sin dilacion,  
No temais la noche fiera,  
Que abajo mi coche espera,  
Venid, no sea que muera  
La infeliz sin confesion.

—Donde me llama el deber,  
Dijo el padre, he de acudir:  
Vamos al punto á salir,  
Y antes que llegue á morir  
Salvemos á esa muger.

Y sale al punto  
Con aquel hombre,

Sin que le asombre  
La tempestad;  
Y al coche suben  
Ya sin sosiego,  
Y marchan luego  
Con ansiedad.

Mil calles dejan  
Atrás al punto:  
El padre junto  
Del otro está;  
Y juzga, al verle  
Triste y callado,  
Que el desdichado  
Sufriendo va.

Y de él al punto  
Compadecido,  
Que dé al olvido  
Dice el pesar;  
Mas sus palabras  
No hallan respuesta:  
Nada contesta:  
No quiere hablar.

Porque una pena  
Dentro del alma  
Lleva, y sin calma  
Va y sin quietud.  
Es el terrible  
Remordimiento  
Que dá tormento:  
Que dá inquietud.

El coche en tanto  
Marcha lijero,  
Como velero  
Buque en la mar.  
Luz en las calles  
No hay la mas leve,  
Y á mares llueve  
Ya sin cesar.

El viento zumba,  
Y el rayo estalla,  
Y el cielo se halla  
Negro do quier;  
Y el coche sale  
Ya de la villa,  
Y el agua brilla  
Fuerte al correr.

El padre viendo  
Que el hombre guarda  
Silencio, y tarda  
Do va en llegar,  
Teme un instante  
Que con engaño,  
Para su daño  
Le fué á llamar.

Y muy mas teme,  
Cuando se alejan,  
Y á Bilbao dejan  
Ya muy atrás;  
Y que por sendas

Desconocidas  
Muy escondidas,  
Llévale á mas.

—¿Do vamos, dice

Sobresaltado,

El engañado

Padre, decid?

¿Está ya cerca

Vuestra morada?

¿O retirada

Está aún? oid.

Callado sigue,

Y no responde,

El hombre á donde

Le va á llevar;

Y el sacerdote

Tembló al momento,

Y de su asiento

Se alzó así á hablar.

—Caballero, mandad que vuestro coche  
No se adelante más, porque voy solo,  
Y la villa el dejar así de noche,  
Es esponerme á padecer un dolo.

Y aunque ministro soy del alto cielo,  
Y debo de amparar al moribundo,  
No he de pasar de aquí, porque recelo  
Que horrores solo preparais al mundo.

Pues si, cual vos dijisteis, peligrara  
La vida de esa jóven, no afanoso  
Por confesor hasta Bilbao llegara  
Teniendo fuera un santo religioso.

Haced, pues, que volvamos al instante  
A do me habeis sacado, caballero,  
Porque no he de pasar mas adelante  
Cuando el alma me anuncia algun mal fiero.

Al oir Don Miguel tal advertencia,  
Sorprendido quedó, mudo y sin calma,  
Mas llevado despues de su impaciencia,  
Sintió con mas furor latir el alma.

Y asiéndole con mano, asaz fornida,  
Al sacerdote fiel de la garganta,  
Con un puñal amenazó su vida,  
Cuya punta agudisima le espanta.

—Seguidme, dijo, si temeis la muerte,  
Pues á cualquiera voz que deis os mato:  
Nada á temer llegueis por vuestra suerte,  
Que á Bilbao volvereis dentro de un rato.

Guardó silencio el padre con recelo  
Porque su conductor ya no le ofenda,  
Y este, sacando entonces un pañuelo,  
Con él los ojos al primero venda.

Caminó así con grande sobresalto  
El sacerdote, sin quietud el pecho,

Hasta que el coche al fin llegó á hacer alto  
Despues de haber andado un largo trecho.

Y le obliga

A que baje

Del carruaje

Sin hablar;

Y su mano

Coje luego,

Y cual ciego

Le hace andar.

Llena el agua

De tristura

La llanura

Por do van;

Y ya el padre

Crée que en breve,

Muerte aleve

Le darán.]

Y camina

Silencioso,

Sin reposo,

Sin valor;

Y del trueno,

En triste lucha,

Aun escucha

Su fragor.

Y á torrentes

Aun caia

La agua impia

Sin cesar;

Y él mil vueltas

Sin ver daba,

Y marchaba

Sin hablar.

Mas al cabo

De un momento,

Cesó el viento

De silbar;

Y la lluvia

No mojaba,

Do él llegaba

Ya á pasar.

Y conoce

Que á una casa

Entró, y pasa

Con temor;

Y camina

Ya sin calma,

Llena el alma

De pavor.

Callejones

Mil torcidos

Y escondidos

Pasa ya;

Y oye el ruido

De las puertas,

Que á él abiertas

Son do va.

Baja pronto

Una escala

Larga y mala,

Y tembló;

Y allí el guía,

Sin recelo,

El pañuelo

Le quitó.

Mira el padre que ha llegado

A un estrado

Do hay tapices ricos, mil;

Y ve que de su techumbre,

Viva lumbre

Derrama un rico candil.

Y ve, en vasos de colores,

Presas flores,

Aroma grato exhalar;

Y muy mas que ellas preciosa,

A una hermosa

Con su lloro las regar.

Es la cándida María,

Que jemía

Sin calma allí y sin quietud;

E iba á recibir la muerte,

Porque, fuerte,

Defendiera su virtud.

Al verlos entrar, los ojos

Abrió, y flojos

A bajarlos los volvió;

Y en nuevo dolor se abisma,

Y en la misma

Flor que antes lloro vertió.

Pálida la faz tenia,

Do se vía

Retratado su candor:

Suelto el cabello en mil rizos,

Sus hechizos

Mostrando al par del dolor.

Ahí teneis la desgraciada,

Condenada

La dura muerte á sufrir.

Dijo Miguel, sus pecados

Desdichados,

Oidla, que va á morir.

Ninguna enfermedad tiene;

Mas conviene

Que perezca, y vive Dios,

Que si intentais el salvarla,

Al matarla

Tambien os mataré á vos.

Cumplid vuestro ministerio,  
Y el misterio  
Solo, vos, padre, sabreis;  
Y cuando hayais concluido,  
Conducido  
A vuestra casa seréis.

—¡Ah! dejad por un instante,  
Que á mi amante  
Hijo abrace por favor....  
Dijo la infeliz Maria;  
Mi agonía,  
Miguel, calma y mi dolor.

Deja, esposo, antes que espire,  
Que le mire  
Y bese su blanca faz.  
De rodillas te lo ruego,  
Porque luego  
Contenta muera y en paz:

—Tantos ruegos son en vano,  
Nunca humano  
Ya María me has de ver.  
Contestó Miguel; el niño,  
Tu cariño  
No ha de gozar, vil mujer.

Y salióse apresurado  
Del estrado,  
Dejando á los dos allí;  
Y Maria, sin consuelo,  
Con anhelo  
Dijo al secerdote así.

¡Ah! salvadme  
Padre mio,  
De ese impio  
Que me quiere asesinar:  
¡Que es, Dios santo,  
Dura suerte,  
Ver la muerte  
Nuestra vida al empezar.

¡Ir tan jóven  
A la tumba!....  
Cuando zumba  
Aún en mí la voz de amor!....  
¡Cual la rosa  
Nacer bella,  
Y cual ella  
Morir pronto sin color!....

No; no creo  
Que alguien quiera  
Que yo muera,  
Cuando á ninguno ofendí.  
¡Ah! conozco

Que es delirio,  
El martirio  
Que esperaba contra mí.

---

Mas ¿no dijo  
Ya el tirano  
Inhumano,  
Que mi sangre ha de verter?....

¡Sí.... no hay duda!....  
Ya recuerdo....  
Hoy, hoy pierdo  
La vida sin merecer!....

---

¡Y mi hijo!....  
¡Cielo santo,  
De mi llanto  
Tened piedad por favor!....

Quiero verle  
Y abrazarle  
Y besarle,  
Y demostrarle mi amor.

---

Fiel ministro  
De consuelo,  
Que ese cielo  
Ha mandado hoy ácia mí,  
¡Ah! salvadme  
Desde luego....  
Yo os ruego  
Que no me dejeis aquí!

---

Sacerdote.—Tierna joven  
Inocente,  
Cuya frente  
Revela santa virtud,  
No apetezcas  
Esta vida  
Corrompida,  
Que acaba en el atahud.

---

Hay un Padre  
De ventura,  
Muger pura,  
Que te espera en su mansion.  
Alli eternas  
Son las dichas:  
Las desdichas  
Deje aqui tu corazon.

---

Yo no puedo,  
De la muerte  
Cruda y fuerte,  
Que te preparan, salvar.  
Valor, hija,  
Que tu alma,  
Pronto en calma  
De la gloria irá á gozar.

---

Dí tus culpas,  
Hija mía,  
Cuanta impia

Pena sufra el corazon.  
Dilas todas,  
Porque tu alma  
Suba, en calma,  
A la angélica mansion.

Maria.—¿No hay remedió,  
Padre mio?  
¿Yerto y frio  
Mi cuerpo va ya á quedar?..  
¿Son los hombres  
Tan malvados,  
Que asi airados  
Sin crimen me han de matar!....

Sacerdote.—Dios lo tiene  
Ya dispuesto:  
Decid presto  
Vuestras culpas, con fervor.  
Si, decidlas,  
Cual pretendo,  
Bendiciendo  
La voluntad del Señor.

Y Maria,  
Desolada,  
Ya postrada  
Del Sacerdote á sus piés,  
Dijo todos

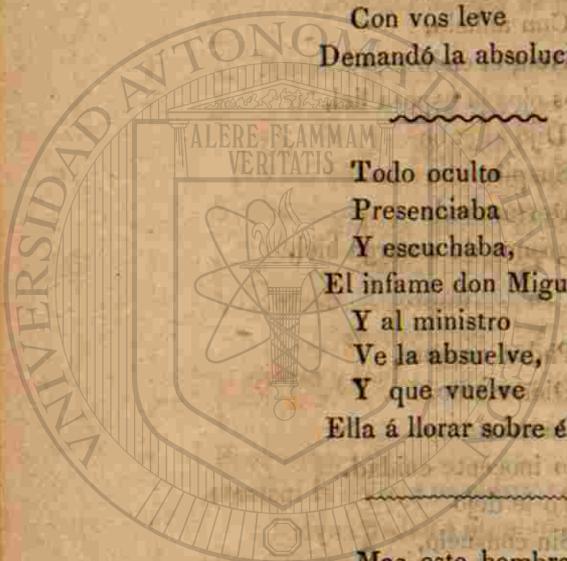
Sus pecados;  
Y callados  
Ambos quedaron despues.

Y elevando,  
Con anhelo,  
Acia el cielo  
Los ojos la esposa fiel,  
Dijo al cabo  
Suspiráudo,  
Derramando  
Lágrimas de amarga hiel.

Padre amante,  
Dios eterno,  
De mi tierno  
Hijo inocente cuidad.  
Yo le dejo  
Sin consuelo,  
Vos del cielo  
Sus tiernos pasos guiad.

Conducidle  
Por la senda,  
Do no ofenda  
A vos en nada, Señor.  
Yo os lo pido  
Aquí rendida,  
De mi vida  
Como el último favor.

Calló entonces  
 Un momento,  
 Un lamento  
 Lanzando del corazon;  
 Y tras otro  
 Rato breve,  
 Con vos leve  
 Demandó la absolucion.



~~~~~  
 Todo oculto  
 Presenciaba  
 Y escuchaba,  
 El infame don Miguel.  
 Y al ministro  
 Ve la absuelve,  
 Y que vuelve  
 Ella á llorar sobre él.

~~~~~  
 Mas este hombre  
 Que tirano  
 E inhumano,  
 Miró su lloro correr,  
 De su estancia  
 Salió airado,  
 Despiadado,  
 En su virtud sin creér.

~~~~~  
 Y blandiendo  
 Fuertemente

El luciente  
 Y terrífico puñal,  
 Escondiolo,  
 Con despecho,  
 Dentro el pecho  
 De su esposa angelical.

~~~~~  
 Cayó al suelo,  
 Ya espirante,  
 Al instante  
 Que la herida recibió.  
 "Te per.... dono....  
 „Si.... impru.... dente....  
 „Y.... no.... cente....  
 Mue.... ro!"... dijo; y espiró.

~~~~~  
 Un trueno terrible se oyó en el instante.  
 Un rayo brillante do estaban cayó:  
 Tembló rebramando la tierra un momento,  
 Y un triste lamento de entre ella salió.

~~~~~  
 Y luego una dulce voz suave y sonora,  
 Cual de ángel que mora do se halla el Señor,  
 Dejóse en los aires oír, y la estancia  
 De grata fragancia llenóse y de olor.

~~~~~  
 —;Miguel!... escuchóse la voz que decia,  
 La muerte que impia me acabas de dar,  
 Me ha abierto las puertas del plácido cielo,  
 Que pura en el suelo viví sin pecar.

Tu mano terrible mi sangre inocente  
Vertió que tu frente llegó á salpicar;  
Mas Dios, por mis ruegos, tu crimen olvida,  
Si guardas tu vida tal mancha á lavar.

De tu hijo inocente que dejo en el mundo,  
Con celo profundo vigila, Miguel,  
Sus pasos primeros haz marque en la senda  
Do al Dios nunca ofenda que vela por él.

Y vos, fiel ministro de un Ser de clemencia,  
Que tanta inclemencia llegasteis á ver,  
Guardad de este caso secreto profundo,  
Y nadie en el mundo lo llegue á saber.”

Aquí de escucharse dejóse el acento:  
Miguel sin aliento llegóse á quedar,  
Y pálida, horrible, su faz se veía,  
Que en su alma sentia terrible pesar.

„¡Dios mio! al fin dijo: piedad! la he matado  
Creyendo manchado mi lecho nupcial:  
Piedad, Dios piadoso, piedad del que ciego,  
No oyendo su ruego, dió el golpe fatal.”

Y a questo diciendo de llanto anegóse  
Y á los pies echóse del fiel confesor;  
Y todas sus culpas contole rendido,  
Sin dar al olvido su impúdico amor.

El padre absolvióle despues que le oyera;  
Y al punto ácia afuera salieron los dos,  
Despues que el secreto juró guardaria  
El padre que habia servido ya á Dios.



## SEGUNDA PARTE.

### EL AMANTE Y EL CONFESOR.

Desde aqui habeis de volveros,  
No habeis de pasar de aqui.  
P. Calderon de la Barca.

I.

Seis meses han transcurrido  
Desde aquella noche oscura,  
En que á la infeliz María  
Abrió Don Miguel la tumba.  
Seis meses que Laura bella  
No tiene noticia alguna  
De su idolatrada hermana,  
Por quien á todos pregunta;  
Y solo en su pena amarga  
Encuentra grata dulzura,  
En Don Juan su tierno amante,

Tu mano terrible mi sangre inocente  
Vertió que tu frente llegó á salpicar;  
Mas Dios, por mis ruegos, tu crimen olvida,  
Si guardas tu vida tal mancha á lavar.

De tu hijo inocente que dejo en el mundo,  
Con celo profundo vigila, Miguel,  
Sus pasos primeros haz marque en la senda  
Do al Dios nunca ofenda que vela por él.

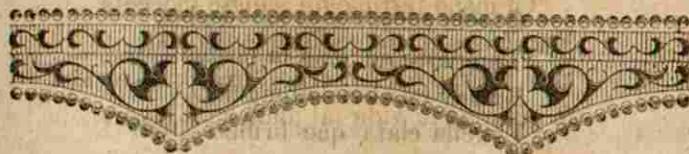
Y vos, fiel ministro de un Ser de clemencia,  
Que tanta inclemencia llegasteis á ver,  
Guardad de este caso secreto profundo,  
Y nadie en el mundo lo llegue á saber.”

Aquí de escucharse dejóse el acento:  
Miguel sin aliento llegóse á quedar,  
Y pálida, horrible, su faz se veía,  
Que en su alma sentia terrible pesar.

„¡Dios mio! al fin dijo: piedad! la he matado  
Creyendo manchado mi lecho nupcial:  
Piedad, Dios piadoso, piedad del que ciego,  
No oyendo su ruego, dió el golpe fatal.”

Y a questo diciendo de llanto anegóse  
Y á los pies echóse del fiel confesor;  
Y todas sus culpas contole rendido,  
Sin dar al olvido su impúdico amor.

El padre absolvióle despues que le oyera;  
Y al punto ácia afuera salieron los dos,  
Despues que el secreto juró guardaria  
El padre que habia servido ya á Dios.



## SEGUNDA PARTE.

### EL AMANTE Y EL CONFESOR.

Desde aqui habeis de volveros,  
No habeis de pasar de aqui.  
P. Calderon de la Barca.

I.

Seis meses han transcurrido  
Desde aquella noche oscura,  
En que á la infeliz María  
Abrió Don Miguel la tumba.  
Seis meses que Laura bella  
No tiene noticia alguna  
De su idolatrada hermana,  
Por quien á todos pregunta;  
Y solo en su pena amarga  
Encuentra grata dulzura,  
En Don Juan su tierno amante,

Que la consuela en sus dudas.  
Tempestuosa está la noche:  
No hay en el cielo ninguna  
Estrella clara que brille  
Rielando en la laguna.  
Todo es sombras. Negras nubes  
Veloces y tristes cruzan  
Por los cielos; y la tierra  
Con su lobreguez enlutan.  
Pero aun el agua no cae  
Que las ciudades inunda,  
Aunque el trueno y el relámpago  
El fin de la calma anuncian.  
Escribiendo y meditando,  
En un cuarto, al cual alumbraba  
Una vela blanca y gruesa,  
Un hombre está, de estatura  
Mediana, de rostro hermoso,  
Y de complexión robusta.  
Largo rato hace que escribe,  
Y de posición no muda.  
Por más que en una ventana,  
Que tiene enfrente, reluzca  
La luz del rojo relámpago  
Y se azote cruel la lluvia.  
Mas al fin á un leve golpe  
Dado en la puerta, la pluma  
Dejó caer de la mano,  
Viendo entrar, por su ventura,  
Por ella á Laura, radiante  
De gracias y de hermosura,  
De un criado acompañada

Con cuya honradez se escuda.  
Quedóse por un momento,  
Don Juan, cual fría escultura,  
Sin movimiento, cual hombre  
Que, de lo que mira, duda.  
Pero cerciorado al cabo  
De que es Laura quien le busca,  
Haciéndola se sentara,  
Hablóla así con dulzura,  
Con el galante lenguaje  
Que entonces se usó, y no se usa.

Juan.—Mi Laura, nunca creía

Que después de ausente el sol,  
Con más luciente arrebol  
Brillara otro nuevo día;  
Mas pues el cielo en tí envía  
Sol á Sol, por mi placer,  
Debo sin duda creër,  
Que del día á la luz pura,  
No sigue la noche oscura  
Si á tí se te llega á ver.

Pero sepa yo de tí,  
A qué le debo el consuelo  
De ver que la luz del cielo,  
Bajando de él venga á aquí.  
Que como hasta ahora viví  
Entre sombras, sin cesar,  
Creo que llego á soñar  
Una ventura ilusoria,

Pues de la tierra á la gloria  
Hoy me veo transportar.

Laura.—Don Juan, ese mismo sol,  
Cuya luz tanto te admira,  
Al redor de su eje jira  
Mandándole su arbol;  
Y si el luciente farol  
Soy, cuyo fuego fecundo  
Da vida y salud al mundo,  
No esperes de tí me aleje,  
Cuando á ser vienes tú el eje  
En quien mi existencia fundo.

Por eso vengo ahora á aquí;  
Y porque en mi amarga pena  
A que el cielo me condena,  
Quiero hallar consuelo en tí.  
Ya no hay placer para mí  
Desde que se fué María,  
Sino cuando el alma mia  
Escucha tu dulce acento,  
Que calmar sabe el tormento  
Que sufro de noche y dia.

Juan.—¿Y Don Miguel nada dice  
De su vuelta, Laura hermosa?

Laura.—No: su conducta es odiosa  
Y mis preguntas maldice.  
¡Oh! tal vez á la infelice  
La condena á padecer,  
Mientras con otra muger

Vive en indignos amores,  
De su esposa los dolores  
Y las lágrimas sin ver.

Juan.—Y tú que te has empeñado,  
Hasta que no vuelva á aquí,  
El no unirte, Laura, á mí....

Laura.—Y tú, Juan, ¿nada has llegado  
A saber de ese malvado?

Juan.—Nada; que es hombre, Miguel  
Reservado.

Laura.— Si; y cruel;  
No se si mi pecho acierta,  
Mas yo la he soñado muerta  
A mi hermana tierna y fiel.

Muerta, si; y abierto el pecho  
Con honda y terrible herida;  
En sangre pura teñida  
Y con el seno deshecho:  
En un atahúd estrecho,  
Sin cubrirlo, colocada;  
De flores mil circundada  
Y fijos en mí los ojos:  
Pálidos sus labios rojos  
Y de ángeles rodeada.

Y desde entonces estoy  
Sin quietud dulce y sin calma,  
Llevando dentro del alma  
Este afan do quier que voy.  
Y por eso desde hoy

He empezado á preguntar  
A todos, sin exceptuar  
En Bilbao persona alguna,  
Por ella, por ver si una  
Razon de ella llega á dar.

Y vengo á que tú tambien  
Empieces desde mañana,  
A indagar do está mi hermana  
Para que razon te den.  
A esto he venido, mi bien;  
Y si anhelas que tu esposa  
Sea, no perdones cosa  
Por saber do está Maria,  
Porque en ese mismo dia  
Serás mio, y yo dichosa.

Jnan.—Laura, mira este papel  
Que escribia en este instante,  
Donde á un amigo constante  
Le pido noticia fiel,  
De si es cierto que Miguel,  
Por nuestra felice estrella,  
Llevó á allá á su esposa bella,  
Cual dice; y que en Barcelona  
No deje ni á una persona  
Sin preguntar ya por ella.

Laura.—Ya yo esperaba de tí  
Tan noble procedimiento,  
Pues no pierdes ni un momento  
Para complacerme á mí;  
Mas, ¡ah! mucho temo, si,

Que mi sueño, tan fatal,  
Se realice, por mi mal;  
Y que venga nuestro amor  
A entristecer el dolor  
De una noticia infernal.

Y sin que le diera tiempo  
A replicar cosa alguna,  
Salió Laura de la estancia  
A la calle, asaz oscura,  
Que á recibir empezaba  
Ya algunas gotas de lluvia.  
Quedó don Juan un momento  
Sin saber á donde acuda,  
Si á escribir ó á acompañar  
A la que era su ventura.  
Pero al fin volvió á sentarse  
Junto á la vela que alumbra,  
Y nuevamente á cojer  
Su blanca cortada pluma.  
Laura en tanto á toda prisa,  
Rasgando las sombras húmedas,  
Se acercaba ácia su casa  
Llena de triste amargura,  
Pensando en su amada hermana  
A quien no verá ya nunca.

Pero volvamos á la noche impia,  
En que á su hermosa y celestial María  
Don Miguel la matara,

Y la voz escuchara  
Dulce que revelaba su inocencia,  
Cuando de Dios volara á la presencia.—  
No bien hubo dejado  
Al sacerdote en casa, destrozado  
El pecho de dolor y pena insana,  
Cuando á ver á doña Ana  
Corrió triste, abatido,  
El corazon herido  
Por el remordimiento  
De haber dado á su esposa fin sangriento.  
Miróle, sorprendida,  
Aquella muger falsa y fementida,  
Llegar de tal manera;  
Pálida cual la cera  
Su faz y ensangrentada,  
Furiosa la mirada,  
El cabello herizado,  
Y el vestido en desorden y manchado.  
Por la sangre inocente  
Que su mano verter hizo inclemente.  
—¿Qué tienes, amor mio?  
Preguntóle, doña Ana, mi albedrio  
Es hacer tu ventura;  
Tú lo sabes, Miguel; y mi ternura  
Conocer solo anhela  
El dolor que te abate y te desvela  
Para calmar tu bárbaro quebranto.  
¿Qué tienes, dí, mi encanto?  
¿Acaso han sorprendido  
Que á tú Maria infiel la has, noble, herido  
Para lavar tu afrenta?

¿O aun vive, y se acrecienta  
Mas tu piedad ahora,  
Acia la que traidora  
De tu afan se reia,  
Y á otro su impuro corazon vendia?  
—No, no: de su ecsistencia  
Yo la privé con bárbara inclemencia...  
¿No ves enrojecidas  
Mis manos, y teñidas  
En sangre pura de su blanco seno,  
Que de maldad vivió por siempre ageno?  
¿No ves sobre mi frente  
La maldicion del Padre Omnipotente  
Para siempre esculpida?...  
¿No la ves á ella herida,  
De mis ojos delante,  
El pecho palpitante,  
De asesino acusarme y de perjuro?...  
¿Dejad, dejadme huir... mi amor impuro  
Ofende al Ser Eterno!....  
¿Tu amor, doña Ana, me lanzó al infierno!..  
—Perdono tu delirio  
Y el bárbaro martirio  
Que tus fieras palabras me han causado.  
Yo que siempre te he amado  
Cual ninguna muger amó en el mundo:  
Yo que al delito inmundo  
Me arrojé de tu acento seducida:  
Yo que hubiera la vida  
Dado por complacerte solamente:  
Yo que llevo en la frente  
Escrita, por tu amor, fatal deshonrra:

Yo que te dí mi honra,  
Que es cuanto puede dar la que ha nacido  
Noble, solo he debido  
En premio recibir baldon tamaño,  
Y tan terrible y crudo desengaño.  
Y esto diciendo, lágrimas sin cuento  
Empezó á derramar en el momento  
La pérdida doña Ana, dolor fuerte,  
Fingiéndola mas cruel aun que la muerte.  
Asustóse esto viendo,  
Don Miguel ya creyendo,  
Que iba á espirar de su alma el dulce encanto;  
Y para consolarla en su quebranto,  
Estrechóla al instante  
Contra su pecho amante,  
Diciéndola palabras de ternura  
Que calmáran su pena y amargura.  
—Perdóname, alma mia;  
Abrazándola tierno la decia:  
Perdona, yo te adoro:  
Te ofendí sin querer: detén tu lloro.....  
Fatal remordimiento,  
Me asaltó en el momento  
En que manchada en sangre ví mi mano.  
Mas fué un delirio insano,  
Lo conozco ahora, sí: lo que creyera  
Que la voz de ella era  
Cuando ya no existia,  
Fué aquella que forjó mi fantasía.  
Mas ya mi pecho goza dulce calma;  
Y en amarte mi alma  
Tan solo piensa, reina de mi vida.

Mi ofensa, pues, olvida;  
Y desde este momento,  
No se escuche otro acento  
Que el del amor que causa mi ventura  
Y que arroja del pecho la amargura.  
—Miguel, con tus palabras  
En el mundo mi gloria eterna labras.  
¡Ah! cuán dulce á quien ama  
Con ardorosa inestinguible llama,  
Es el oír rendida  
Tiernos conceptos que le dan la vida!—  
Miguel, enternecido,  
Dando al punto al olvido  
El recuerdo y palabras de su esposa,  
Con pasión ardorosa,  
Contestó delirante,  
Así á Doña Ana, su querida amante.  
—Muger, tú eres mi vida y mi consuelo,  
Tú eres mi ángel, mi cielo,  
Mi encanto, mi tesoro,  
Y el bien mayor que sin cesar adoro.  
Por ti desprecio el mundo  
Y el recuerdo profundo  
Que atormentó mi alma.  
Desde hoy nada mi calma  
A turbar llegará: crédito alguno  
No he de dar á ninguno  
De esos seres fantásticos, sin nombre,  
Que la mente á formar llega del hombre.  
Porque todo es mentira,  
Falsedad conque el alma fiel delira.  
Solo creo en tu amor y tu hermosura,

Y en la feliz ventura  
Que á tu lado á gozar voy, vida mia.  
Y no bien acabó su lengua impía  
Estas palabras de decir fatales,  
Terribles é infernales,  
Cuando corrió á abrazarla,  
Contra su corazon para estrecharla.  
Mas detuvo su paso de repente:  
Cubrióse de sudor frío su frente  
Al ver cerca y delante de sus ojos,  
Con los vestidos rojos,  
De sangre aun fresca y pura,  
A su esposa infeliz y sin ventura,  
Herido el blanco pecho  
Que él desgarrara en su fatal despecho.  
Dió un paso atras al punto.  
Pálido el rostro como el de un difunto:  
Tentóse el cuerpo apresuradamente:  
Fijo su vista ardiente  
En todas partes, con delirio insano:  
Al corazon su mano  
Llevó para saber si aun le latía;  
Y en tan triste agonía,  
Y en tan terrible empeño,  
Si era verdad dudaba ó si era un sueño  
Cuanto allí le pasaba  
Y cuanto con sus ojos él miraba.  
—Miguel, ¿qué te detiene?  
Tu corazon ¿qué tiene  
Que así en tu faz retrata el duro espanto  
Que sufre y el quebranto?  
Doña Ana le decia,

Porque ella no veia  
La vision que á los ojos de su amante  
Se presentaba en tan terrible instante.  
Mas Don Miguel, en vez de contestarla,  
Ni aun se atrevió á mirarla;  
Que apartar de María  
Su vista no podia,  
Pues á verla obligado  
Parecia se hallaba condenado.  
Al fin la sombra leve,  
Ante la que no mueve  
Don Miguel, sorprendido,  
Ni una mano atrevido,  
Se fué desvaneciendo,  
Poco á poco perdiendo.  
De la bella María  
La forma que tenia,  
Derramando en la estancia  
Una dulce fragancia,  
Que el alma adormecia  
Y en ella dulce languidez vertia.  
Y al perderse en el viento,  
Oyó su grato acento,  
Y estas palabras que á aumentar su espanto  
Fueron y su quebranto.  
—,Jamás inutilmente  
Manda el Omnipotente,  
Desde el inmenso cielo,  
Sus avisos al suelo.  
Miguel, no es, no, mentira,  
Cuanto ves, ni delira  
Tu alma con un sueño.

Que en apartar de tí tuviste empeño.  
Es la que fué tu esposa  
Quien te habla y que dichosa  
Mora en la mansion santa  
Al lado de la Virgen sacrosanta.  
No des, pues, al olvido  
Tu crime cometido,  
Y lavarle procura  
Para alcanzar la gloria y la ventura,  
Que esto, con santo anhelo,  
Por mí te pide el Hacedor del cielo.  
Calló la voz, y al punto de rodillas  
Cayó, admirando tantas maravillas,  
Don Miguel sorprendido  
Y á Dios tierna oracion hizo rendido,  
Dulce lloro vertiendo,  
El perdon de sus culpas le pidiendo.  
Doña Ana que no habia  
Las palabras oido de Maria,  
Creyó que era delirio de su amante  
Cuanto hacia y hablaba en tal instante.  
Por lo que interrumpirle  
No quiso en nada ni contradecirle,  
Esperando pasara  
El delirio fatal que le turbara.

~~~~~  
Mas pasan muchos dias  
Y en don Miguel no calma  
Aquel afan del alma  
Que turba su razon;  
Pues siempre ve delante

La faz de su Maria,  
Que oprime noche y dia  
Su triste corazon.

Y sufre de la suerte  
Los bárbaros rigores,  
Y olvida los amores  
Que fueran su existir;  
Que triste y afligido,  
No encuentra ya en el mundo,  
Sino un dolor profundo  
Que le hace ya gemir.

Do quier que va le sigue,  
Causándole tormento,  
Aquel remordimiento  
Que acosa al criminal;  
Y aunque del pecho anhela  
Lanzar, pues le desgarrá,  
Muy mas aquel se agarra  
Con fuerza sin igual.

No ve en su amante ahora  
Aquella muger bella,  
Aquella blanca estrella  
Que le embriagó de amor:  
Que indiferente á todo  
Se encuentra en su delirio,  
Que absorbe su martirio  
Ya todo y su dolor.

Y así pasan los dias,  
Y un mes tras otro corre,

Sin que su mal se borre  
Ni lléguese á calmar:  
Que nunca de su alma  
Aquel fatál tormento  
Que dá el remordimiento,  
Consigue desterrar.

Mas siempre cariñosa  
Doña Ana está á su lado,  
Solicito cuidado  
Mostrándole y amor;  
A todas horas dándole  
Mil pruebas de ternura,  
Por ver si su amargura  
Mitiga y su dolor.

Y tantas le prodiga  
Caricias ya sin tasa,  
Y tanto el tiempo pasa,  
Calmante del pesar,  
Que á suceder empieza  
A aquella pena impia,  
Dulce melancolia,  
Preludio del gozar.

¡Cómo quedar oculta  
La rosa en su capullo  
Del aura al grato arrullo,  
Que halaga con pasion!  
¡Cómo no abrir, rendida,  
Al fin sus bellas hojas,  
Frescas, puras y rojas,  
Rompiendo su boton!

¡Cómo escuchar la tórtola,  
Del triste compañero,  
El canto lastimero  
Que alza al verla sufrir!  
¡Cómo mostrarse ingrata  
A aquella pasion pura  
Que calma su amargura,  
Y un bien la hace sentir!....

¡Como la piedra viva  
No verse hueca ó rota,  
Si el agua gota á gota  
La moja sin cesar!  
¡Cómo no ir despojándose  
De su dureza impia,  
Si siente noche y dia  
El agua á ella bajar!....

¡Cómo mostrarse esquivo  
El infeliz amante,  
Que escucha, á cada instante,  
Palabras mil de amor!....  
¡Cómo no abrir su pecho  
A la feliz ternura,  
Que calma su amargura  
Y ahuyenta su dolor!....

Miguel no era insensible  
A la pasion eterna  
De aquella muger tierna  
Que amaba, á su pesar.  
Miró su amargo lloro

Y resistió constante;  
Mas era hombre y amante;  
Y al fin volvióla á amar.

Y huir miró del alma  
Aquel atroz tormento,  
Fatal remordimiento  
Que padeció cruel;  
Y halló, de Ana en los brazos,  
Su dicha y alegría,  
Y no vió de Maria  
La sombra ya junto á él.

Y del amante fruto  
De su pasión pasada,  
A quien cuida su amada  
Con indecible afán,  
Contempla la hermosura  
Que en alabar se afana,  
Y halaga al de doña Ana,  
Que juntos siempre están.

Si; juntos ambos niños  
Se hallaban y crecían,  
Cual convenido habían  
Doña Ana y don Miguel;  
Y aunque aborrece al uno  
La Aguilar inclemente,  
Finge un cariño ardiente  
La pérfida ácia él.

Y agradecido al tierno  
Afan que por él muestra,

Sin ver que oculta, diestra,  
Así ella su rencor,  
La estrecha entre sus brazos  
El confiado amante,  
Que la jura un constante  
Y ardiente y fino amor.

Y así á pasar volvieron  
Los dias entre amores,  
Sin penas ni dolores,  
Jurando siempre amar;  
Y así del mundo entero  
Entrambos olvidados,  
De amor embriagados,  
Vivieron sin pesar.

Pero la astuta amante  
Que tanto amor fingia,  
Tan solo pretendia  
Llegar esposa á ser;  
Y comenzó á estar triste,  
Sin encontrar contento,  
Y lágrimas sin cuento  
Y amargas á verter.

Al verla así abatida,  
Tan llena de amargura,  
La dijo con ternura  
Y anhelo don Miguel,  
¿Qué tienes, amor mio?.....  
Habla, que no habrá cosa  
Que yo te niegue, hermosa,

Pues sabes te amo fiel.

¿Qué tienes?....

—¡Ah!.....responde

Doña Ana suspirando:

Mi pecho está luchando

Con un fatal temor.....

—¿Cual es?....

—No soy tu esposa

Aun...—Pues bien, mi Ana,

Descansa, que mañana

Seráslo, por mi honor.

—Miguel, ya soy dichosa:

Huyó mi pena impía,

Y á vuelta la alegría

En mi alma á renacer:

Dijo Doña Ana echando

Los brazos á su amante:

Me creo en este instante

La mas feliz muger.

II.

Seis meses ha que en eternas lazos  
Se hallan unidos Don Miguel y Ana,  
Lazos que ya romper es imposible  
Si la muerte cruel no los desata.

Seis meses ha que la quietud ha huido  
De la sensible y amorosa alma

Del esposo infeliz, que eterna dicha  
Creyó encontrar uniéndose á su amada.

Mas ¡cómo se engañó!....la que afanosa  
Solicita sus cuitas consolaba,  
Hoy, al mirarse dueña de su mano,  
Con imperioso orgullo siempre le habla.

Hoy la que de Maria al tierno hijo  
Como al suyo felice le cuidara,  
Apartarle pretende de su lado  
Y para siempre echarle de su casa.

En vano Don Miguel por él suplica,  
En vano su cariño la reclama,  
Que en su ambicion y celos nada escucha  
Aquella muger vil y despiadada.

Ya todos saben que á Miguel unida  
Para siempre con lazo eterno se halla,  
Pues todos saben que murió Maria,  
Aunque no que muriera asesinada.

Don Miguel la noticia de su muerte  
Hizo que por la villa circulara,  
Y mostró á los parientes de ella, triste,  
Una que recibió finjida carta.

Y así en la oscuridad quedó el delito  
Sin que á saber el crimen se llegara,  
Aunque en el pecho del indigno esposo  
Mas vivo cada día aquel estaba.

Mas ¡cúan presto á pagar su culpa horrenda  
Comenzó el infeliz con crudas ansias!...  
¡Cúan presto conoció que no hay ventura,  
Do no ecsiste virtud, que es bien del alma!..

Sentado en un sofá vedle abatido,  
Vertiendo sin cesar amargas lágrimas,  
Suplicando á su esposa no le prive  
De la vista del hijo de su alma.

De aquel hijo inocente que María  
Le encomendó que atento le cuidara,  
Y que está en alejarle de su lado,  
La nueva esposa, firme y empeñada.

—No, Miguel, á mi lado ver no puedo  
Al hijo de otro amor; dijo Doña Ana:  
Su vista á la rival me representa  
Que el cariño tenia de tu alma.

El que al hijo acaricia, la memoria  
De la que el ser le dió, constante guarda,  
Y muestra que divide su cariño  
Entre la que no existe y la que ama.

Sí, Miguel, es preciso que tú alejes,  
Al hijo de María, de esta casa,  
Para que nunca vuelva á ver que, tierno,  
Entre tus brazos, por mi mal, le halagas.

Viva lejos de aquí para bien mio,  
Porque su vista me atormenta el alma:

Viva lejos de aquí, sin que por esto,  
Carezca, do le envíes tú, de nada.

Esto solo te pido que me cumplas,  
Si aun en tu pecho algun amor me guardas,  
Pues es cosa imposible bajo un techo  
Que vivamos los dos en paz y calma.

—¡Esposa de mi amor, que es lo que exiges!..  
De dolor me han llenado tus palabras:  
¡Ah! cómo cometer accion tan fiera,  
Con el hijo infeliz de mis entrañas!....

Jamás imaginé que á tal extremo  
Tus celos implacables los llevaras:  
Yo juzgué que la madre que perdiera  
De menos á tu lado nunca echara.

¡Ah! yo me imaginé remplazarias  
A la muger que tanto le adoraba,  
Y que por madre á ti reconociera  
Cuando saliera de la tierna infancia.

—No prosigas, Miguel, si ese motivo  
Ha sido el que te unió conmigo, basta:  
Dime que no el amor, sino un proyecto,  
Por ver feliz á tu hijo, te arrastraba.

¡Oh! tanta humillacion es demasiado:  
Semejante destino no esperaba:  
No buscabas en mí una compañera,  
Sino de tu hijo una vendida esclava.

—¡Ana! por Dios....—Lo sé; pero repito,  
O á él de tu lado en el momento apartas,  
O yo abandono, con mi tierno hijo,  
Mañana mismo el techo de esta casa.

Y viendo, Don Miguel, que ni caricias,  
Mi lágrimas, ni ruegos, ni amenazas,  
Eran á traerla á la razon bastante,  
Pronunció, con enojo, estas palabras.

—Está, muy bien, muger, mi hijo inocente  
De aquesta habitacion saldrá mañana,  
Que su ihumano padre le destierra  
De la que por derecho es, sí, su casa.

Pero no olvides que inflexible has sido  
A mis súplicas hoy y duras ansias;  
Y que un dia, quizás que no está lejos,  
Yo tambien, sin piedad, veré tus lágrimas.

Llena de placer y júbilo,  
Sin entender el sentido  
De las palabras que ha oido,  
A su esposo tan benévolo  
En sus brazos estrechó;  
Pero él triste y melancólico,  
Inquieto se halla á su lado,  
Con el pecho desgarrado,  
Al pensar que á su hijo mísero  
A padecer condenó.

Y no bien el sol flamijero  
Asomó del nuevo dia,  
Cuando con el niño angélico,  
Don Miguel se dirigia  
A una corta poblacion;  
Y allí á una muger solícita  
Dejó su hijo encomendado;  
Y ocultó, á su esposa pérfida,  
El lugar do al niño amado  
Dejó su corazon.

Procuró Doña Ana plácida  
Mostrarse desde aquel dia,  
Y prodigaba a porfia  
Caricias tiernas, sin número,  
A su esposo Don Miguel;  
Pero halló cerrado el cándido  
Corazon del padre amante,  
Que desde aquel mismo instante  
Se mostró para ella rústico,  
Sino se mostró cruel.

Don Miguel que en su hijo el idolo  
De su amor puro tenia,  
A verle afanoso y ávido  
Siempre al pueblo do vivia,  
Iba, en su noble corcel;  
Mas Doña Ana celosísima  
Su conducta reprobaba;  
Pero un dia que frenética  
En cara su amor le echaba,  
Contestóla, airado, él.

Qué mas pretendes de mí  
Muger, por mi mal, hermosa?  
A mi hijo arrojé de aquí  
Como á despreciable cosa,  
Para complacerte á tí.

Mi hijo es sí, mi hijo adorado,  
A quien amo con pasión,  
Como á ser que el ser le he dado;  
Y quieres que abandonado  
Le deje mi corazón!

Ana, el cariño de padre  
No tiene igual en el mundo:  
Tú este cariño profundo  
Conoces, pues eres madre;  
Cariño que es sin segundo.

Guardó, al oírle, Doña Ana

El mas profundo silencio,  
Juzgando que el replicarle  
Era impropio en tal momento.  
Pero volvió al otro día  
A mostrar el mismo empeño,  
Y á lamentar que olvidada  
Se veía hacia tiempo.  
—Pues dá permiso á que vuelva  
A tu lado mi hijo tierno,  
Y así verás, vida mia,  
Que á ausentarme nunca vuelvo.

Dijo Don Miguel, llevado  
De su paternal anhelo.  
—Jamás! contestó Doña Ana:  
Jamás: mil veces prefiero,  
A verle junto de mí,  
Tus infinitos desprecios.  
—¿Y deseas que inhumano,  
Cuando de aquí le destierro,  
Tambien le niegue el cariño  
De padre, y de padre tierno?  
—Sí; quiero que no prefieras  
Su amor á mi dulce afecto;  
Y que sea para tí,  
Yo, todo en el universo.  
—¿Conque es preciso que viva  
Siempre del paterno techo,  
Separado el ángel puro,  
A quien cuidar tanto debo?  
—Siempre, si; no es sacrificio  
Tan grande, á lo que comprendo,  
El preferir una esposa  
Que nos ama, á un niño tierno.  
—Está bien; dijo Miguel,  
Mal su enojo reprimiendo:  
No hablemos mas de este asunto  
Que me martiriza el pecho.—  
Y concibiendo al instante  
Felicísimo un proyecto,  
Esperó las sombras negras  
De la noche, con anhelo,  
Para en práctica al instante,  
Sin dejar nada, ponerlo.  
Pronto el sol su roja lumbre

Fué en el horizonte hundiendo,  
Dejando al mundo entre sombras,  
Que causan terror, envuelto.  
La luna oculta entre nubes,  
No mandaba ni un destello  
De su luz sobre las hondas  
Del Nerva que está sereno.  
Son las doce: el mundo todo  
Yace en el mayor silencio,  
Sin que su calma perturbe  
Ni el leve rumor del viento.  
Solo en una casa un hombre  
Se halla á tal hora despierto,  
Mientras en ella entregados  
Están los demas al sueño.  
Ensilla al punto un carruaje,  
Veloz como el mismo céfiro,  
Y entra despues, cauteloso,  
A un apartado aposento,  
Donde duermen sosegados  
Su esposa y un niño tierno.  
Pronto en los brazos á este  
Cojió, respirando inquieto,  
Y sin que nada sintiera  
Su esposa, del aposento  
Sale con él al instante;  
Y montando, sin recelo,  
En el corcél, de la villa  
Salió al galope al momento.  
“Ana, murmuró aquel hombre,  
Al ir de Bilbao ya lejos,  
“Mañana conoceras

“Lo que se ama á un hijo tierno”  
Y arrimando las espuelas  
Al caballo noble y fiero,  
Despareció entre las sombras  
Que borraban los objetos.  
Poco despues á la casa  
Llamó de un humilde pueblo,  
Y de par én par la puerta,  
Al ver quien era, le abrieron.  
“Aquí teneis al hermano  
Del niño que os traje ha tiempo:  
Cuidad de los dos, que largo  
Será, confiad, el premio  
De los servicios que ahora  
Me estais, por mi bien, haciendo.”  
Y sin hablar mas palabras,  
Volvió á salir de aquel pueblo,  
Y á Bilbao, poco despues,  
Llegó en su corcél ligero.  
Todos en su casa estaban  
En el mas profundo sueño,  
Por lo que sin ser notado  
De nadie, entró con secreto,  
En el cuarto de su esposa,  
Y arrojándose en el lecho,  
Esperó la luz del día  
Con inquietud en el pecho. ®

Cuando despertó Doña Ana,  
A la siguiente mañana  
Sin recelo,

Preguntó por su hijo amado  
A su esposo idolatrado,  
Con anhelo.

—Nada temas por él, mi alma,  
Recobra la dulce calma,  
Miguel dijo.

Está bueno, amada esposa,  
No temas ninguna cosa  
Por tu hijo.

Ana.—Pero ¿dónde está? Dios santo.  
Donde se halla el dulce encanto  
De mi vida?  
¡Ah! traele á aquí en el instante,  
Te lo pido, esposo amante  
Yo rendida.

Te lo pido aquí de hincjos,  
Llenos de llanto los ojos  
Por la pena:  
Con tu silencio me espantas:  
¡Ah! mirame ya á tus plantas  
De ánsia llena.

Tú no sabes cuánto le amo!  
Sí; por eso le reclamo  
Tiernamente:

Es mi gloria apetecida,  
Y que amo mas que á mi vida  
Ciertamente.

Miguel.—¿Comprendes, pues, Ana, ahora,  
Cúanto á un tierno hijo se adora  
En el mundo?  
¿Comprendes en tal momento,  
Que su ausencia es un tormento,  
Muy profundo?

Ana.—¡Oh! sí, Miguel, lo comprendo;  
Y tú ves que estoy vertiendo  
Por él, lloro;  
Y de rodillas te pido,  
Me vuelvas mi hijo querido  
Que yo adoro.

Miguel.—Pues bien, yo te imploré un día,  
Como tú, con pena impía,  
Por el mio;  
Y tú viste con contento,  
De mi alma el fatal tormento,  
Duro, impío.

Yo tambien, arrodillado,

Y en tierno lloró anegado,  
Suplicaba,  
Por aquel niño inocente,  
A quien á vivir ausente  
Le obligaba.

Fuiste sorda é invariable:  
A mi llanto inexorable,  
E inhumana;  
Y entonces juré que un día,  
Yo contigo lo sería  
También, Ana.

Y mi palabra he cumplido:  
Desde hoy á tu hijo querido.  
Ver te vedo:  
Te juro está bien cuidado;  
Mas decir do le he dejado,  
Yo no puedo.

—Gran Dios! que es lo que he escuchado!  
Dijo con terrible acento,  
Levantándose afligida  
Doña Ana ya sin consuelo.  
—Tranquilízate: ya he dicho  
Que feliz será, si serlo  
Puede, quien de las caricias  
No goza de padres tiernos.

¡Ay Ana! ¡cómo pudiste  
Pensar que mi amante pecho,  
Pudiera vivir felice  
Lejos del hijo que aprecio!  
¡Cómo has podido juzgarme  
Tan insensible y tan fiero,  
Que de una esposa espirante  
Desoyera el dulce ruego!  
¡Ni cómo esperar tampoco  
Que mirase con desprecio  
Al uno, mientras al otro,  
Le revelase mi afecto!  
No: los dos son hijos míos;  
Y los dos igual derecho  
Tienen á mi amor sin límites,  
Y á vivir bajo este techo.  
—¡Bárbaro! exclamó Doña Ana;  
Pero ¿cuál es tu proyecto?  
¿Qué intentas?... habla, responde,  
Que oírte con ansia espero.  
—Escucha: tengo dos hijos;  
Ambos inocentes, tiernos,  
A quienes igual cariño  
Y amor igual les profeso.  
Triste huérfano es el uno;  
Y su amarga horfandad quiero  
La ignore cuando aquí vuelva  
De su bárbaro destierro.  
Por eso un plan he ideado  
Que le libre del tormento,  
De mirarse despreciado  
De tí, esposa, á quien yo temo.

Ambos cuentan una edad;  
Y diferencia ecsistiendo  
Muy corta en las sus facciones,  
Estas las borraré el tiempo,  
Haciendo que ignores tú,  
Cuando á ambos vuelvas á verlos,  
Quien el hijo es de Maria,  
Y quien criaste á tus pechos.  
Entonces dudosa y tierna,  
Luchando con el tremendo  
Temor de ultrajar al tuyo,  
Tu amor partiras entre ellos.  
—¡Jamás! furiosa Doña Ana  
Gritó en su cruel despecho.  
¡Jamás gozará mi amor  
El niño que yo aborrezco.  
El mio, solo, sí, el mio  
He de estrechar á mi seno,  
Que el alma jamás confunde  
Dos encontrados objetos.  
—Tus insensatas palabras  
Me afirman en mi proyecto;  
Dijo don Miguel tranquilo  
Y con el rostro sereno.  
A ver á tu amado hijo  
No volverás, lo prometo,  
Hasta que yo no conozca  
Que no podras conocerlos.  
—¡Ah! Miguel, no me reduzcas,  
A sufrir lo que no puedo;  
A esa desesperacion  
Que al mundo manda el infierno.

—Ana, ya en vano procuras  
Que desista de mi empeño:  
Mi resolucion es hija  
Del deber que el alto cielo  
Impone al padre en el mundo,  
Deber que juzgo el primero.  
—Pues bien, gózate, inhumano,  
En mi terrible tormento:  
Esclamó doña Ana airada:  
Gózate; mas te prometo  
Que yo tambien á tu hijo  
Le conservaré odio eterno.—  
Don Miguel una mirada  
De profundo sentimiento,  
Lanzó á su esposa, y salióse  
Al punto del aposento,  
Por el pesar y el dolor  
Despedazado su pecho.

III.

En una casa magnífica  
Y ricamente alhajada,  
Que en la Rivera se encuentra  
Que mira al rio Ibaizábal, [\*]  
Está triste y melancólico,  
Hablando con doña Laura,  
Don Juan, su rendido amante,  
Que nadie en ser fiel le iguala.  
—Con que ¿nada has descubierto?  
Preguntó la hermosa Laura.  
—Aclarar no he conseguido,

(\*) Este nombre, el de Nerva y Nervion, se le dá á la ria de Ibaizábal.

Por mi amigo, hasta ahora, nada:  
Contestó don Juan; ignora  
Si allí estubo ó no tu hermana.  
—¡Ah! yo temo que esos sueños  
Que por la noche me asaltan,  
La verdad pura revelen  
Como lo juzga mi alma.  
Si; yo la veo, don Juan,  
Con la faz hermosa y pálida,  
Acercarse ácia mi lecho  
Herida y ensangrentada.  
Yo la veo que se acerca,  
Como una vision fantástica,  
Y que se sienta en mi lecho,  
Y que en mí sus ojos clava.  
Yo siento, cuando me cubro,  
Por temor, la faz helada,  
Una mano fria y dura  
Que por verme, la destapa.  
Y aunque los ojos los cierro,  
Para recobrar la calma,  
Siento su aliento en mi rostro  
Que mis potencias embarga.  
Así por un largo espacio  
A mi cabecera se halla,  
Sobre mi frente dejando  
Caér una que otra lágrima.  
Sin respirar, casi yerta,  
Sobrecojida, aterrada,  
Estoy, hasta que sin ruido,  
De mi lecho se levanta.  
Mas entonces, me estremezco

Don Juan, entonces me abraza,  
Y un beso sus frios labios  
Imprimen en mi garganta.  
Y un ¡ay! lanzando tristísimo,  
Y diciendo, “A Dios, hermana,”  
La sombra desaparece  
Sin ruido de la estancia.  
—Ficcion todo de tu mente  
Es eso, querida Laura.  
Los sueños hijos son siempre  
De una temerosa alma  
Que dá crédito á sospechas  
Que debiera desterrarlas.  
—Tambien el cielo se vale  
De ellos, replicóle Laura,  
Para descubrir el crimen  
Y al autor de alguna infamia.  
¿Cómo sabiendo mi amor,  
Me pudo ocultar mi hermana,  
La enfermedad que al sepulcro  
Acabó al fin por llevarla?  
¿Cómo desde que partió,  
No escribirme alguna carta,  
Donde me diera noticia  
Del lugar do se encontraba?  
No, don Juan: no mis sospechas  
Son, cual tú las juzgas, vagas:  
Yo sé, sí, que la conducta  
De esa pérfida doña Ana,  
Siempre ha sido escandalosa,  
Libre por demas y mala.  
Yo he sabido que aun en vida

De mi desgraciada hermana,  
En su casa recibia  
A Don Miguel y le amaba.  
¡Ah! pues bien: ¿quién me asegura  
Que esa muger temeraria,  
No ha hecho que desaparezca  
Del mundo la que ella odiaba.  
—Amor mio, deja ahora  
Las sospechas que te matan,  
Y hablemos de nuestra dicha,  
De nuestra union deseada:  
Dijo Don Juan, procurando  
En sus penas consolaria.  
¿Es posible que aun intentes  
Retardar, bien de mi alma,  
Esos lazos en que cifro  
Mi bien mayor, mi esperanza?  
—No; Don Juan: ya decidida  
Estoy á calmar tus ansias,  
Y á pagar dentro de un mes,  
Con mi mano tu constancia.  
Tal vez á tu lado entonces  
Encontrar podré esa calma  
Que busco en vano en el mundo,  
Y que jamás logro hallarla.  
—¡Cuánto te amo! Don Juan dijo,  
Besando su mano blanca:  
Tú me has abierto del cielo  
Las puertas con tus palabras.  
Dentro de un mes seré el hombre  
Mas feliz, mi hermosa Laura!  
Y estrechándola en sus brazos  
La espresó cuanto la amaba.

IV.

Han tres años pasado terribles  
Desde aquella fatal noche umbria,  
En que á un niño, que un año tendria,  
De su casa sacó Don Miguel;  
Y ha tres años tambien que Doña Ana,  
Que en él cifra su dicha y encanto,  
Derramando tristísimo llanto  
A su esposo pregunta por él.

Mas tan solo, por dulce respuesta,  
Estas breves palabras recibe,  
„Nada temas: contento está: vive  
De su hermano querido en union;”  
Y aunque emplea caricias sin cuento  
Por saber donde está su hijo amado,  
Don Miguel, con afán y cuidado,  
Se lo oculta con justa razon.

Ella en vano á Don Blas que vigile  
Manda y siga por siempre á su esposo:  
Que este siempre al partir cauteloso  
Marcha, y sabe burlarse de aquél.  
Y así pasan las horas, los días,  
Y los meses tambien y los años,  
Sin que sepan ni amigos ni estraños  
Donde pasa los dias Miguel.

Y doña Ana, sin paz en el pecho,  
Su ecsistencia maldice arrogante,  
Y maldice tambien el instante  
En que al hombre que ya odia, se unió.

Y se mesa y arranca el cabello,  
Y de rabia su rostro se enciende,  
Y vengarse tan solo pretende  
Del que de ella cruel se burló.

Así Dios castigó de doña Ana  
El delito fatal que tenía,  
Y tornó su placer y alegría  
En el mas infinito dolor;  
Y la paz que en los lazos buscaron  
De Himeneo, tras crimen que aterra,  
Convirtiéndose en satánica guerra;  
Y de entrambos huyó el dulce amor.

Una tarde que en nubes oscuras  
El rey astro su lumbre escondia,  
Un aldeano, mostrando ansia impia,  
A la casa llegó de Miguel;  
Y este el nombre al oír del aldeano,  
Hizo entrara á do estaba al momento,  
Y encerróse en su hermoso aposento,  
Donde habló largamente con él.

Mas no bien despidióse el fiel rústico,  
Y salió de la casa ligero,  
Revelando el dolor duro y fiero  
En su rostro y la pena cruel;  
Cuando ansioso, con voz afligida,  
Don Miguel á un criado mandara  
Que al momento y sin calma ensillara  
Su arrogante y hermoso corcéel.

Y entre tanto que su órden cumplia  
El criado que en ello se afana,  
Dirigióse á do estaba doña Ana,  
Y estas breves palabras la habló.  
“De mis hijos, en este momento,  
Uno el mundo á dejar va este día,  
Por él ruega, mi esposa, á Maria,  
Y al Eterno á quien mi alma ofendió” ..

Ana, ¡Ah! ¿quien de ellos? ¿quien de ellos?; Dios mio  
No atormentes mi pecho: responde:  
Llévame, por piedad, ahora á donde  
Vas tú á verle: te quiero seguir.  
No cruel por mas tiempo te muestres:  
Te lo pido con llanto en los ojos:  
Te lo pido á tus plantas de hinojos:  
¡Que le bese siquiera al morir!....

Miguel.—No eres digna de ver á ese niño  
Que á dejar va este mísero mundo:  
Tú que el odio terrible y profundo  
Preferistes á tu hijo de amor:  
No; no esperes acceda á tus ruegos:  
No tuviste piedad tú de un padre;  
Y es muy justo que yo de una madre  
No lo tenga en su amargo dolor.

Y acabando estas duras palabras,  
Sin oír de su esposa el lamento,  
De su casa salió en el momento  
Sobre el noble y ligero corcéel;  
Y doña Ana furiosa, frenética,  
Quedó allí maldiciendo su suerte,

Y jurando que la hórrida muerte  
Le daría á su esposo cruel.

V.

Pero volvamos, lector,  
Ocho días mas atras  
En que dejamos la historia  
Que ocupándonos esta.  
Dia en que en la iglesia se halla,  
Llamada San Nicolás,  
Doña Ana, rezando humilde  
Al pié del sagrado altar.  
Está situada esta iglesia  
En el hermoso Arenal,  
Paseo donde las auras  
Sobre el tallo columpiar  
Hacen á la violeta  
Al lirio y al tulipan,  
Que despiden sus aromas  
Suavemente sin cesar.  
Un jóven, tras de doña Ana,  
De agraciada y noble faz,  
Sin quitar de ella la vista,  
De pié hace rato que está.  
Largo y negro es su cabello,  
Noble su mirada, audaz;  
Alto, fornido, y de fino  
Porte y gracioso ademan.  
Su vestido, aunque sencillo,  
Con tal gracia puesto está,  
Que revela que su dueño  
Es hidalgo y fino á mas.

Consiste este en un jubon  
De color de verde mar,  
Que á sus formas varoniles  
Soltura y gracia les dá.  
Calzon fino y ajustado,  
Calzas que oprimiendo están  
Una pierna bien formada  
Robusta y firme á la par.  
Un ferreruelo gracioso  
Se vé de su hombro colgar,  
Por bajo del cual asoma  
Una espada larga asaz.  
Un sombrerillo sin falda  
Que puesto á sus pies está,  
Completa el traje del jóven  
Que á Ana mira sin cesar.  
Al fin levantóse esta,  
Despues de hacer la señal  
De la cruz, de do se hallaba  
Con recogido ademan,  
Y se dirigió á la pila,  
Do el agua bendita está,  
Para tomar con sus dedos  
El líquido celestial.  
Pero el jóven, que tras ella,  
Estuvo con tanto afan,  
Al ver que se levantaba,  
Se fué al punto á colocar  
Junto del agua bendita,  
Conociendo el hombre audaz,  
Que á tomarla en breve iría  
Aquella jóven beldad.

No se engañó; y cuando ufana  
Iba el agua ella á tocar,  
El se la dió cortesmente,  
Que era cortes por demas.  
Alzó Doña Ana los ojos  
A dar gracias al galan,  
Y un grito dió de sorpresa  
Al ver del jóven la faz.  
—¿No me conoces Camila?  
—Calla, por Dios, Aguilar:  
No pronuncies ese nombre  
Si que me amas es verdad.  
—¿Puedes dudar de mi amor,  
Cuando sabes que el imán  
Eres tú que ciego sigo  
Sin poderlo remediar?  
—Estoy de prisa: dejadme,  
Porque esperándome están,  
Y temo. —Conmigo nada  
Debes tú de recelar.  
—No conviene que me hables  
En este instante, Aguilar.  
Y diciendo esto, Doña Ana  
Salió de allí con afan.  
Pero empeñado el guerrero  
En seguir á la beldad,  
En el momento á su lado  
Voló, sin mas esperar.  
—Camila, me hallo resuelto  
A ir contigo á donde vas,  
A pesar de tus enojos,  
Y del infierno á pesar.

Y ya sabes que mi lengua  
Nunca llega á decir mas  
Que aquello que sé muy bien  
Que tengo de ejecutar.  
—¿Y si te suplico?....—Entonces  
Tú, sin duda, venceras:  
Que de una hermosa á la súplica  
No he resistido jamas.  
—Pues bien, por tu amor te ruego  
Que me dejes ir en paz,  
Porque soy casada, y temo  
A mi marido encontrar.  
—¿Casada!....¿que oigo, Camila!....  
—No pronuncies nunca mas  
Ese nombre que he dejado  
Con mi vida criminal.  
Ana me llamo; y ahora  
Que sabes mi estado ya,  
Espero que, como noble,  
Tu palabra cumpliras.  
—La palabra que te he dado,  
Dala por cumplida ya;  
Pero nunca, hermosa, esperes  
Que te deje yo de amar.  
—No hallaras correspondencia  
Y así el tiempo perderas.  
—Tú, por tu bien, amor mio,  
Mis ruegos has de escuchar.  
—No lo esperes.—O tu esposo  
Todo á saber llegará.  
—¿Por Dios, compasion.—Tú tenla,  
Y nada sucederá.

—Pues bien, ya á hablar volveremos.

—¿Cuándo?—Mañana, Aguilar.

—Está bien; mas sino accedes

A lo que quiero, sabrá

Tu esposo, mañana mismo,

Con quien se llegó á enlazar.

Y doña Ana, temerosa,  
Se apartó de aquel guerrero,  
Que tras ella, placentero,  
Caminaba sin cesar.  
Y á distancia algo apartada,  
El constante la seguía,  
Por saber donde vivía,  
Y no dejarse engañar.

Y no la perdió de vista  
Hasta no ver que hubo entrado  
En su casa, y cerciorado  
Quedar que vivía allí;  
Y entonces á paso lento  
Se fué el jóven retirando,  
En su semblante mostrando  
De su amor el frenesí.

Y volvió al siguiente día,  
En cuanto el sol se ocultaba,  
Al sitio donde esperaba  
A su hermosa altiva ver;  
Y envuelto en su ferreruelo

Que daba gracia á su talle,

Inmoble en la oscura calle

De ella, estaba con placer.

Doña Ana en tanto afligida  
Por el encuentro pasado,  
La venganza ha meditado  
Contra Aguilar, mas cruel;  
Y piensa halagarle, en tanto  
Que llega el fatal momento,  
Para tenerle contento  
Y no hable con Don Miguel.

Pues temiendo que su esposo  
Llegue á sorprenderle un día,  
Y de su conducta impia  
Algo le cuente Aguilar,  
La muerte de este ha resuelto,  
Para que su torpe lengua,  
Jamás revele la mengua  
Que ella procura ocultar.

Así es que á poco de hallarse  
Bajo la estrecha ventana,  
Aguilar, de Doña Ana,  
Esta á hablarle se asomó;  
Y á poco, con gran recelo,  
Viendo la calle desierta,  
Le abrió con afán la puerta,  
Por la cual al punto entró.

Así ocho noches pasaron,  
Para Aguilar de contento,

Mas para Ana de tormento,  
De continuo meditar;  
Y así llegó aquel tremendo,  
Triste y desgraciado dia,  
En que de Ana ó de Maria  
Iba el tierno hijo á espirar.

Y no bien hubo salido  
Don Miguel tras el aldeano,  
Cuando Aguilar llegó ufano:  
A la cita, tierno, fiel;  
Y Doña Ana que furiosa  
Estaba, al verle, ha jurado,  
Que de vengarse ha llegado  
El instante ya cruel.

Y fingiendo, como siempre,  
El mas plácido contento,  
Le hizo pasara al momento,  
Sin obligarle á esperar;  
Y le colmó de caricias,  
Y con acento armonioso  
Le dijo: "no está mi esposo:  
Hoy es noche de gozar."

Y él embriagado de dicha,  
En sus brazos la estrechaba,  
Y eterno amor la juraba,  
Y eterna fidelidad;  
Mas al dar las diez, Doña Ana  
Dijo con voz que enagena,  
"Ya es la hora de la cena;  
Hoy por mi esposo cenad."

—Lo acepto: perfectamente:  
Contestó Aguilar risueño:  
Hoy soy de esta casa dueño;"  
Y entraron al comedor,  
Donde dispuesta la hermosa,  
Una gran mesa tenia,  
Donde el vino se veia,  
En botellas de color.

Mas sentados á la mesa  
Dejémosles un instante;  
Y hablemos del nuevo amante  
Tan arrogante y leal:  
Digamos cómo á doña Ana  
Conociera anteriormente,  
Y por qué teme al presente,  
A él, la hermosa angelical.

Cuando doña Ana en Sevilla  
Vivia bajo otro nombre,  
Su casa era de todo hombre  
Que se mostrara galan;  
Y sin temer lo pasado  
Ni lo futuro inclemente,  
Disfrutaba lo presente,  
Con un delicioso afán.

Entonces fué cuando tierno  
Conoció Aguilar á ella,  
Por quien á todos, la bella,  
Al instante despreció;  
Y esto le atrajo rivales  
Poderosos y aun impios,

Y mil duros desafíos  
Do siempre vencer logró.

Dos años así vivieron,  
Ella muy fiel y él constante,  
Hasta que llegó el instante  
De tener él que partir;  
Y cual militar valiente,  
Por su obligación dejola;  
Y ella, al verse libre y sola,  
Quiso como antes vivir.

Hasta que al cabo olvidada  
Ya por todos en Sevilla,  
De Bilbao bajó á la Villa  
Con el malvado don Blas:  
Donde el lector, su conducta,  
Punto por punto ha mirado;  
Y cómo se han encontrado  
Los dos en San Nicolas.

Volvamos, pues, á la mesa  
Donde están ambos amantes,  
Animados los semblantes,  
Del vino por el calor;  
Y las palabras oigamos  
Que se dicen mutuamente,  
Palabras que de repente  
Se tornarán en dolor.

—¡Cuan feliz y venturoso  
Me juzgo en este momento!.....  
Dame un abrazo.—Y aun ciento

Te deseo dar, mi bien.  
—¡Oh! tus labios son divinos:  
Tu aliento, dulce ambrosia.  
—Bésame, pues, vida mia,  
Que es un beso el grato Edén.

Y tras lúbricos abrazos  
Que ofenden al Dios Divino,  
Apuran el dulce vino  
Sin método y con afán;  
Y comen, cantan y rien  
Y gritan ya sin recelo;  
Y aunque beben con anhelo,  
Embriagados aun no están.

Doña Ana, viendo que había  
Llegado el crítico instante,  
De hacer morir á su amante,  
Una copa le sirvió:  
Copa que él cogió en la mano  
Con grato afán, muy ajeno,  
De que guardaba un veneno  
Que doña Ana al vino echó.

—“Por nuestro amor,” dijo el jóven;  
Y la alegría en la frente  
Se retrató, de repente,  
De aquella infame muger;  
Pero el guerrero queriendo  
Mostrarse con ella urbano,  
Dijola: “bien soberano,  
Primero tú has de beber.”

Perdió su color Doña Ana  
Y rehusó el ofrecimiento,  
Y un fuerte sacudimiento  
Hizo el cuerpo á su pesar;  
Y al notar tan repentina  
Y tan estraña mudanza,  
Sospechó alguna asechanza  
El confiado Aguilar.

Y mas empeñado entonces,  
Dijo que el vino bebiera;  
Pero la bebida fiera  
Doña Ana á rehusar volvió;  
Y él entonces convencido  
De que allí estaba la muerte,  
El puñal, con brazo fuerte,  
Y con enojo sacó.

—Bebe, infame: dijo entonces  
Con furor el mas profundo:  
Bebe, ó el puñal te hundo  
En tu infame corazon:  
Bebe al momento ese vino  
Que guarda infernal veneno;  
Y pide á Dios, Padre bueno,  
De tus crímenes perdon.”

—¡Aguilar!.... dijo cayendo  
De rodillas, doña Ana,  
Por la Virgen soberana  
Perdóname: ten piedad.  
—No hay piedad: pon en el cielo

Ya tan solo tu esperanza:  
Que en mí no hay mas que venganza:  
Venganza, no caridad.

Bebe, é mueres bajo el golpe  
De mi puñal espantoso,  
Sin que al Todopoderoso  
Te deje pedir perdon.  
—¿No hay remedio?..—No.—¡Dios mío!  
Deja pues que humilde pida,  
Antes de perder la vida,  
Piedad en tanta afliccion.

Y ante una imágen preciosa  
De la Madre inmaculada,  
Cayó al punto arrodillada  
Doña Ana; y él esperó  
A que de sus culpas todas  
Perdon pidiera rendida;  
Y la infeliz, afligida,  
Esta oracion elevó.

Madre de Dios, Virgen pura,  
Tú que miras mi amargura,  
Mi quebranto y mi dolor,  
Ten piedad de la que implora,  
En esta terrible hora,  
Sin consuelo, tu favor.

Tú que en tan duro momento,  
Ves el arrepentimiento

De esta infelice muger,  
Ruega, á ese Ser Infinito,  
Que perdobe mi delito  
Conque le llegué á ofender.

A tí, divina Señora,  
Del cristiano intercesora,  
Ruego intercedas por mí;  
Y alcance, al dejar el suelo,  
Por tu amor, el alto cielo  
Que por mis culpas perdí.

Refugio del afligido  
Que se acerca arrepentido,  
A demandarte perdon,  
Yo en tí mi esperanza fundo:  
Ruega, ¡oh Madre! al Dios del mundo,  
Que me dé la salvacion.

Pide por la sangre tanta  
Que derramó en la Cruz santa,  
Por esta triste muger:  
Por esta que te ofendiera;  
Mas que en su hora postrimera,  
En tí mira su placer.

No me arrojes de tu seno;  
Voy á beber el veneno

Que me abre la eternidad:  
Piedad, piedad, madre mia:  
Perdóna, sí, á tu hija impia:  
¡Piedad, oh Virgen, piedad!

Y esto, al decir, resignada  
La copa cojió al instante,  
Que le presentó su amante  
Que aun empuñaba el puñal;  
Y perdon aun demandando,  
Con fervor, al Ser mas bueno,  
Apuró todo el veneno,  
De aquella copa fatal.

—¡Aguilar!... exclamó entonces;  
Aun tengo una hora de vida,  
Pues no vertí en la bebida  
Veneno con profusion:  
Traeme, por favor te pido,  
A un ministro del Eterno,  
Porque temo ir al infierno  
Si muero sin confesion."

—Pierde cuidado: al instante  
Voy por él, la contestó  
Aguilar, y fué corriendo  
En busca del confesor.  
Pero al salir de la casa,  
La puerta muy bien cerró,  
Para que así no pudiera  
Ella huir en su dolor.

Doña Ana que ya la muerte  
Tan cercana la miró,  
Quiso de todas sus culpas  
Dejar una relacion  
A su esposo, que por ella  
A Maria asesinó.  
Y al punto todos sus crímenes  
Uno por uno escribió,  
Con mano muy temblorosa,  
Perdido ya su valor,  
Y aquel escrito espantoso  
Sobre la mesa dejó.  
Al cabo de un cuarto de hora,  
En compañía volvió,  
Aguilar, del sacerdote  
Mismo, que una noche atroz,  
A la infelice Maria,  
Con tierno afan confesó,  
Cuando Don Miguel la muerte  
La dió en su ciego furor.  
Al mirar al sacerdote  
Doña Ana, se sorprendió,  
Y lanzó un grito espantoso  
De lo hondo del corazon.  
El padre clavó los ojos  
En ella al oír su voz,  
Y retrocediendo un paso,  
Clamó admirado, “¡Leonor!”  
—¡Qué veo! . . . ¡sois sacerdote!  
— Ministro indigno de Dios,  
Por tí, muger desdichada,  
Siete años hace que soy.

—Sí, yo fui la que anhelando  
Vuestro cariño y amor,  
A la muger que adorabais  
Vilmente la envenenó.  
—Desde entonces consagréme  
Solo á servir al Señor,  
Conociendo que, en el mundo,  
Todo es perfidia y traicion.  
—Confesadla, padre mio,  
Aguilar interrumpió,  
Que el veneno que os he dicho,  
Ha una hora que bebió.  
—¡Ah! sí; escuchad mis pecados,  
Que innumerables ya son:  
Escuchádmelos piadoso,  
Que á perder la vida voy.  
Y á sus piés, vertiendo lágrimas,  
Fervorosa se arrojó,  
Y llena de santo celo  
Hizo una fiel confesion.—  
Escuchóla, enternecido,  
El ministro del Señor;  
Y al ver su arrepentimiento,  
A la infeliz absolvió.  
Poco despues el veneno,  
Con una fuerza feroz,  
A abrasarla horriblemente,  
Cual plomo hirviendo, empezó.  
—Padre, mi muerte se acerca,  
Yo imploro vuestro perdon,  
En este terrible instante  
En que el mundo á dejar voy.

—Hija mia, perdonada  
Estás: muere con valor,  
Que ya te espera, amoroso,  
El Eterno en su mansion.  
El te ha mandado el castigo  
Que tu crimen mereció;  
Mas te ha concedido, tierno,  
El vivo y santo dolor  
Con que se alcanza la gloria  
Que para el hombre formó.  
—¡Bendito seas, Dios mio!....  
Recibe mi corazon....  
Todas mis culpas detesto....  
¡Piedad.... piedad.... Gran Señor!....  
Dijo, y toda renegrida  
Por el veneno feroz,  
Privada ya de la vida,  
Al suelo, fria, cayó.  
Aguilar, al verla muerta,  
Salió á la calle veloz;  
Y el sacerdote, abatido,  
Tras él á poco salió.

Aun no hacia media hora  
Que Doña Ana habia muerto,  
Cuando entró Don Blas al sitio  
Donde se encontraba el cuerpo.  
Quedó al verla, como estatua,  
Sobrecogido de miedo;  
Y sin pretender saber  
La causa de aquel suceso,

Salió del cuarto al instante  
A paso largo y ligero.  
Registró despues la casa;  
Y las alhajas de precio  
De Don Miguel y Doña Ana,  
Las recogió en el momento;  
Y en una maleta todas  
Guardando con el dinero  
Que hallo en grande cantidad,  
Salió á gran prisa del pueblo.  
Una hora despues llegaba  
A Bilbao, en su lijero  
Corcel, Don Miguel, á un niño  
En union suya trayendo.  
Apeóse del caballo  
Guardando el mayor silencio,  
Y penetró hasta su cuarto  
Llevando á su niño tierno.  
Pero al ver que nadie estaba  
En él, buscó con anhelo,  
A su esposa, y llegó al sitio  
Do estaba muerta en el suelo.  
—¡Gran Dios!.... exclamó aterrado,  
Frio cual mármol.... ¡qué veo!....  
¡Ana!.... mi Ana!.... ¡no respira!....  
¡Qué ha pasado, Dios Eterno!....  
Y al mirar sobre la mesa  
El escrito, asaz horrendo,  
Se arrojó á ver que decia,  
De ánsias y de penas lleno.  
“¡Qué acaban de ver mis ojos!....  
Dijo despues de leerlo:

¡Tan criminal fué Doña Ana!...  
¡Fué tan malvado su pecho!...  
¡Oh! perdóname, Maria!...  
Su crimen castigó el cielo.  
Perdóname cual yo á ella  
Le perdono en tal momento!  
Y al decir estas palabras,  
Con ansiedad en el pecho,  
Abandonó aquella casa  
Horrorizado en extremo.  
“¡Un hijo y una muger  
„Me ha arrebatado hoy el cielo!”....  
Salió Miguel murmurando,  
Y amargo lloro vertiendo.  
„¡Justo ha sido mi castigo,  
Porque mi crimen fué horrendo.”—  
Y agarrando entre sus brazos  
Al hijo de su amor tierno,  
A dar parte á la justicia  
Fué del terrible suceso.

CONCLUSION.

No bien el sol su luz pura  
Mandara al siguiente dia  
A alumbrar la tierra umbria,  
Mansion del hombre cruel,  
Cuando al palacio funesto,  
Do á Maria muerte diera,  
Con su hijo, que un ángel era,  
Entró, triste, Don Miguel.

Y al llegar al sitio horrendo  
Do su sangre hubo vertido,  
Quedó mudo, sorprendido,  
Al ver brillar luces mil.  
Y á su esposa fresca, hermosa,  
Con la faz tan sonrosada,  
Cual si estuviese entregada  
A un sueño dulce, infantil.

Y voces de ángeles puros  
En los aires se escuchaban,  
Que las virtudes cantaban  
De Maria, sin cesar;  
Y de hinojos al oirlas,  
Cayó Don Miguel postrado  
De su amada esposa al lado,  
Traspasado de pesar.

—Perdona, exclamó, perdona,  
Maria; yo te he ofendido:  
Por este tu hijo querido  
Perdona mi crimen, sí:  
Por este inocente niño  
Que tú mandastes al mundo,  
Y que con afan profundo,  
Me encomendastes á mí.

Desde hoy amoroso y tierno  
Me verás siempre á su lado,  
Y en él solo mi cuidado  
Verás que llevo á poner;  
Y este palacio, do el crimen.

Cometì mas espantoso,  
En un monasterio hermoso  
Que se convierta he de hacer.

Y Don Miguel su promesa  
Cumpliò como buen cristiano,  
Que un templo, al Dios Soberano,  
Le llegó allí á levantar;  
Y de monges él y su hijo  
Allí con fervor vivieron,  
Y en sus almas no sintieron  
Jamás del mundo el pesar.

Don Juan, ya el plazo cumplido  
Que le puso Laura bella,  
Se unió felice con ella,  
Ya mitigado el dolor;  
Y alegres siempre y felices  
Sin ningun pesar vivieron,  
Que siempre latir sintieron  
Sus pechos con puro amor.

A Don Blas, á pocos días  
De las alhajas robadas,  
Se halló muerto á puñaladas  
Cerca del rio Nervion:  
Que al verle algunos tan rico,  
Al encuentro le salieron,  
Y muerte horrible le dieron  
Al punto sin compasion.



## ADVERTENCIA.

Al mes de haber empezado á salir esta obra, se publicó, en *La Crónica* de Oaxaca, una poesia que D. Felix Romero hizo en elogio de D. Niceto de Zamacois, y que los señores editores del Siglo XIX la copiaron íntegra en las columnas de su acreditado periódico. El autor de *Los Ecos de mi Lira*, reconocido á la deferencia del mencionado D. Felix Romero, le contestó, manifestando su gratitud, con otra poesia que se insertó tambien en el Siglo XIX: poesia que, como editor que soy y como amigo del Sr. Zamacois, he querido que se publicara en este tomo, así como la composicion del Sr. Romero, para que el lector viera la una y la otra, y se convenciera de que cuanto dije en mi prospecto, ha sido una verdad corroborada por los inteligentes imparciales.

Al acabar de escribir estos renglones, me han entregado *El Universal*, donde hay otra composicion, en elogio del Sr. Zamacois, escrita por D. Severo Maria Sariñana, la cual me ha parecido conveniente colocar tambien al fin de este tomo, así como la contestacion que el elogiado, dá al mencionado D. Severo Maria Sariñana.—*T. Orozco.*

LA GLORIA DEL POETA.

AL JÓVEN ESPAÑOL D. NICETO DE ZAMACOIS.

Hijo de bendicion habeis nacido  
En la pátria del Cid batalladora,  
Que en sanguinosas lides triunfadora,  
Ha su nombre en la tierra esclarecido.

Poeta naciste tú: de Dios la mano  
Tu corazon sentimental formó;  
Y el númen de los vates te inspiró  
De sus lábios un soplo soberano.

Hijo de Lope, cuya fama brilla,  
Del gran Herrera divinal, nieto  
Pareces tú, magnífico Niceto,  
Y hermano de Espronceda y de Zorrilla.

Que en tu edad juvenil, del mar profundo  
Has surcado las ondas bramadoras,  
E ilusiones tuviste encantadoras  
Al divisar el sol del Nuevo-Mundo.

Y en la pátria de Guatimoc, has levantado  
De tu lira los ecos armoniosos,  
Y espléndidos laureles y gloriosos  
Con tu canto *guerrero* has conquistado.

Y yo escuché, como el rumor del trueno,  
Los tonos de tu trompa sonora,  
Cantando aquella guerra pavorosa  
Que allá á la España desgarró su seno.

Himnos tambien de mística dulzura,  
Que á Dios entonas de tu lira al son,  
Y en el fondo del mustio corazon  
El bálsamo derraman de ventura.

Y de Oaxaca, con modal galano,  
Sus campeones cantar y sus placeres,  
Sus poetas, monumentos y mugeres  
Con acento melifluo y cortesano.

Y tambien, encomiar de un buen amigo,  
Las prendas que lo adornan lisongeras;  
Y otras, en fin, canciones placenteras,  
Por las que á tí, con emocion te digo:

Poeta naciste tú: de Dios la mano  
Tu corazon sentimental formó;  
Y el númen de los vates te inspiró  
De sus lábios un soplo soberano.

Canta poeta, la fortuna  
Del rendido trovador,  
Y aquellas trovas de amor,  
Que á la faz de linda luna  
Diera al viento con ardor.

Tambien á aquellos campeones  
Que se herian los corazones  
En sangrientos desafíos:  
Tal vez, por preocupaciones,  
O por ligeros desvíos.

O ya del moro africano  
Las pasiones ardorosas,  
Que siempre apuesto y galano,  
Cautivara á las hermosas  
Del potente suelo hispano.

Que es país de los amores  
Y de las mugeres bellas:  
Lozanas como las flores,  
Y suaves cual los fulgores  
Que despiden las estrellas.

Canta, sí, que resonó  
Ya tu lira placentera;  
Y en la tierra apareció,  
Como la aurora primera  
Que á los mundos alumbrió.

Y tambien grata y sonora,  
Como del ave canora  
Su trinar encantador;  
Y dulce y arrobadora  
Como los besos de amor.

Que si pinta los horrores,  
O los odiosos rencores  
De la guerra asoladora,  
Es fiera y espantadora,  
Cual los vientos bramadores.

Sigue, pues, al mundo dando  
Esos *Ecos de tu lira*:  
Sigue con ardor cantando,

Que ya tu fama brillando  
En un México se mira.

Y la aureola divinal  
Que resplandece en tu frente,  
Y es la corona triunfal  
Que alcanzaste dulcemente  
Con tu *Poema* inmortal.

Y ya que en tu juventud  
De gloria abriste la senda,  
Yo quiero con mi laud  
Cantar la mas bella prenda  
Que honrará tu senectud.

Oaxaca.—*Felix Romero.*



GRATITUD AL POETA OAXAQUEÑO,

DON FELIX ROMERO.

Gracias mil veces mil, gracias, Romero,  
Porque con tu sublime poesía,  
Has querido elevar la humilde mia  
Hasta donde llegar jamas espero.

Oh! cuántas ácia tí, sensible bardo,  
De amistad afecciones he sentido,  
Y cuántas, en mi pecho agradecido,  
A tí memorias placenteras guardo!

Sí, tú lo has dicho ya; del Ser Eterno  
He recibido un corazon que siente,  
Un corazon que nunca indiferente  
Es ácia el hombre que me aprecia tierno.

Y si Dios ese númen me ha negado  
Que diera á Lope y al divino Herrera,  
En cambio un alma me cedió sincera,  
Y afectos nobles su bondad me ha dado.

Por eso con mi planta el fértil suelo  
Al pisar del potente Moctezuma,  
Cojí afanoso y con placer mi pluma  
Para cantar su azul y limpio cielo.

Para cantar la patria de un amigo,  
Rica en memorias y en productos rica,  
A Oaxaca inmortal, á quien dedica  
Mi alma un recuerdo, de mi amor testigo.

A esa Oaxaca, donde tú, Romero,  
Has pulsado, en mi honor, tu acorde lira,  
Honor que mi alma conseguir aspira,  
Mas que alcanzarle, por mi mal, no espero.

Pero siempre á tu afecto agradecido,  
Do quier que vaya, te estaré, ¡oh poeta!  
Ya al otro lado de la mar inquieta,  
O ya en la patria donde tú has nacido.

Que cual tú dices, Felix, el Eterno  
Un corazon sensible y fiel me ha dado:  
Y aunque de vate el númen me ha negado,  
Me hizo, con mis amigos, noble y tierno.

Y ese poema, (\*) falto de elegancia,  
Que ensalzas tú, benévolo Romero,  
Solo revela al universo entero,  
Mi ardiente patriotismo y mi constancia.

Yo sí, te debo decir,  
Poëta sentimental,  
Que al mundo le hagas oír,  
De tu lira celestial,  
Los tonos que hacen sentir.

Canta, Felix, de tu suelo  
Las tradiciones antiguas:  
Canta con ardiente anhelo,  
Que en tus trovas atestigüas  
Que te hizo poëta el cielo.

(\*) La obra que publiqué con el título de *Guerra de los Castistas en las Provincias Vascongadas y en Navarra.*

Conta tú á las mexicanas  
Tan hermosas y galanas,  
Mientras yo á las españolas:  
Que el Señor las hizo hermanas,  
Y á ambas, en belleza, solas.

De nuestras liras al son,  
De la tuya y mi nacion  
Ensalcemos á las bellas,  
Porque á nosotros y á ellas  
Nos une una religion.

O bien, unidos los dos,  
Cantemos nuestras canciones  
Del arpa á las vibraciones;  
Ya que hermanas quiso Dios  
Que fueran nuestras naciones.

O cambiando mutuamente,  
Cantaremos, con anhelo,  
Yo á las lindas de tu suelo,  
Tú á las que el Omnipotente  
Diólas de España su cielo.

De tu lira la armonía  
Deja oír, sin que concluya,  
Y canta la patria mia,  
Que yo cantaré la tuya  
Y su antigua bizzarria.

Cantemos mientras no espira  
Nuestra hermosa juventud,  
Y oiga el mundo que nos mira,

Con *Los Ecos de mi Lira*,  
Los ecos de tu laúd.

Que yo, con pasión profunda,  
Mientras de España esté ausente,  
A México, tiernamente,  
Que es ¡ay! mi patria segunda,  
Ensalzaré eternamente.

Que en ella amigos hallé  
Que jamás los merecí,  
Y hermosas mugeres vi,  
Que solo iguales miré  
En el suelo do nací.

En los hombres amistad  
Miré y amabilidad:  
En las mugeres ternura,  
Trato agradable, dulzura,  
Y en todos urbanidad.

Por eso, do quier que el sol  
Me alumbre, tanta virtud  
Ensalzaré sin quietud,  
Que no cabe ingratitud  
En ningún pecho Español.

Sin conocerte, Romero,  
Te aprecio, Dios es testigo;  
Y si tu amistad consigo,  
Cual con todas véras quiero,  
Seré tu mejor amigo.

Niceto de Zamacois.

A mi amigo, el joven poeta español, D. Niceto de  
Zamacois.

Al mundo con *Los Ecos de tu Lira*,  
Vate sublime, sin cesar, regala;  
Ora ensalzando su esplendente gala,  
Ora el contento del ardiente amor.  
Que al verte de entusiasmo arrebatado,  
El alma conmovida se enagena;  
Y si nos pintas la terrible pena,  
Suspiramos contigo de dolor.

Prosigue tu carrera esplendorosa,  
Hijo feliz de la inmortal Castilla, (\*)  
Que el númen de Bermudez y Zorrilla  
Contemplamos en tí resplandecer.  
Dichoso tú, que el porvenir te aguarda  
Con el presente de inmutable gloria:  
¡Alcanzar de los siglos la memoria,  
Eso es vivir para volver á ser!

Eso es matar el fuego que devora  
La alzada frente del cantor divino,  
Sembrar de flores el fatal camino  
Que tenemos por fuerza que cruzar.  
¡Inspirado cantor! Cuánto celebro  
Ser de tus *Ecos* mísero testigo;  
Prosigue, en fin, mi venturoso amigo,  
Esa espléndida ruta sin cesar.

[\*] Tómese por España.

Dichoso yo porque fui  
 El primero que te oí  
 La blanda lira pulsar;  
 Que todos con frenesi  
 Escucharon resonar.

¡Qué mucho, si me adormija  
 Con tanta y tanta canción  
 De no escuchada armonía,  
 Y la ardiente inspiración  
 Contigo, ansioso, bebía?  
 ¡Los dos en la juventud,  
 Con un deseo que saciar,  
 Con una misma inquietud!  
 Tú mas felice, pulsar  
 Escucharon tu laúd.

Como tú la gloria amé,  
 Pues sabes amar, sentir;  
 Tu sien ardorosa hallé;  
 Y el genio en ella miré,  
 Fecundo y tierno existir.

Poeta yo te bendigo,  
 Porque es una nuestra historia;  
 Porque le basta al amigo,  
 Ser de tus triunfos testigo  
 Y admirador de tu gloria.

El laud de Zorrilla y Espronceda  
 Te miramos pulsar, caro Niceto;

Y el pecho late, al escucharlo, inquieto,  
 Cediendo á su concento celestial.  
 Perdón debo pedirte, si contemplas  
 Pobre en extremo mi leal ofrenda;  
 De mi amistad recibela por prenda,  
 Tú á quien alumbra el númen inmortal.

México, Diciembre de 1849.—*Severo María Sariñana.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**Contestacion al jóven poeta mexicano,  
D. Severo Maria Sariñana.**

Jamás creí que mis humildes trovas,  
Pues nunca elogios plácidos aguardo,  
Merecieran que el númen de hábil bardo  
Las quisiera hasta el cielo levantar.  
Mas ¡ah! que la bondad en este suelo  
Y en los hijos de México reside,  
Y al hombre alientan que el espacio mide  
Que aun le falta, infelice, por andar.

Sí; seguiré la senda que he empezado,  
Llena de escollos, mas tambien de gloria;  
Que nada en esta vida transitoria  
De ella me hará jamás retroceder:  
Que una vez emprendida mi carrera,  
Al término llegar quiero en mi obra,  
Que si talento no, valor me sobra,  
Y sabré, si no triunfo, perecer.

Tú me has visto, Severo, noble jóven,  
Siempre sereno proseguir mi ruta,  
Que mi alma un solo bien grato disfruta,  
Que es cantar la virtud, la religion;  
Y sin orgullo oír las alabanzas  
De mis caros, benèvolos amigos,  
Que han sido siempre de mi afan testigos,  
Y de que en mí no existe presuncion.

Tú el primero fuiste, sí,  
Que me escuchaste cantar

Mis pobres trovas aquí,  
Como yo el primero fui  
Que te oyó el laud pulsar.

Yo escuchaba la armonía  
De tus trovas, Sariñana,  
Y tú de la lira mía;  
Y mi alma te oía ufana,  
Como la tuya me oía.

Que ambos en la juventud,  
Con un afan que saciar,  
Mas sin celos ni inquietud,  
Pulsábamos el laud  
Que empezaba á resonar.

Que dió á nuestras almas Dios  
Pena igual é igual consuelo,  
Que aunque nos hizo, en su anhelo,  
Nacer en distinto suelo,  
Nos dió un afecto á los dos.

Y yo esta igualdad bendigo  
Que en sentimientos nos diera;  
Que así cada uno consigo,  
La memoria de su amigo  
Llevará do quier que fuera.

¡Ah! yo te estimo, sí, con toda el alma,  
Esos elogios mil, que no merezco;  
Esos elogios tantos que agradezco  
Porque sé que los dicta tu bondad:

Cantemos, pues, los dos, como hasta ahora,  
La virtud que jainas la envidia empaña,  
Y de la Vieja y de la Nueva-España  
Admiren de dos hijos la amistad.

*Niceto de Zamacois.*

Y en de la lina mis  
Y mi alma te oia mis  
Como la tuq me de



**ERRATA NOTABLE.**

Página 166, línea 18, dice: De columnas gigantesca.

Léase: De pilares gigantescos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Porque es que los dios tu por  
Esos elogios tantos que agrados  
Esos elogios mil, que no me  
¡Ah! yo te estimo, así con toda el alma  
Llevaré de quien que fuer  
La memoria de su amigo  
Que es el alma que con  
Que en su corazón me  
Y yo era igual a los

